

ELIGIO R. MONTERO

1921

DIARIO DE UNA
ENFERMERA



ÍNDICE

Sinopsis
Dedicatoria
Citas

PRÓLOGO DEL CORONEL PIZARRO
DIARIO DE LAURA DE LA GASCA MONTENEGRO
 Parte I. Madrid, mayo de 1920 a julio de 1921
 Parte II. Melilla, julio a octubre de 1921
EPÍLOGO DEL CORONEL PIZARRO

Nota del autor y agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

El 22 de julio de 1921 llegan a Madrid las horribles noticias sobre el Desastre de Annual, una de las batallas más sangrientas a las que el Ejército español se enfrentó en el norte de África. Las Damas Enfermeras, jóvenes aristócratas formadas por la reina Victoria Eugenia, abandonan sus vidas de lujo y se movilizan para acudir en ayuda de los miles de heridos que colapsan los hospitales. Laura, una de ellas, se desplaza hasta allí en busca de respuestas sobre la repentina e inexplicable desaparición del capitán de aviación del que está enamorada. Pero lo que encontrará en Melilla no es lo que esperaba. El amor por su piloto se verá puesto a prueba cuando atienda a un misterioso héroe con el rostro vendado que no recuerda nada de su pasado.

Laura se enfrentará a todo su mundo para atender los horrores de la guerra, recorriendo el camino que la llevará a ser una mujer, de verdad, libre.

A Rocío y a Marcos

He tenido bajo mi responsabilidad más vidas humanas que ningún hombre o mujer antes. Y atribuyo mi éxito a esto: nunca doy o acepto una excusa. En eso veo mi diferencia con muchos hombres. Cuando ocurre un desastre, yo actúo y ellos buscan excusas.

«Carta a Miss H. Bonham Carter, 1861»
FLORENCE NIGHTINGALE

La memoria cree antes de que el conocimiento recuerde. Cree mucho más tiempo que recuerda, mucho más tiempo del que tarda el conocimiento en preguntarse.

Luz de agosto
WILLIAM FAULKNER

PRÓLOGO DEL CORONEL PIZARRO

Inglaterra, 1940

*Melilla ya no es Melilla,
Melilla es un matadero
donde van los españoles
a morir como corderos.*

Esta tonadilla es lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en el Desastre. No son los muertos y los heridos, ni las noticias que nos iban llegando a la Península, ni las posiciones rebosantes de cadáveres que se descubrieron al retomar el territorio, ni siquiera el momento terrible en que desenterramos el cuerpo de Laura junto a la carretera de Nador. Cuando dejo flotar la memoria a capricho y vuelvo a aquellos días, veo a unas niñas jugando a la comba mientras cantan esa canción.

Acababa de ser nombrado teniente auditor del Cuerpo Jurídico Militar y sabía que en un mes me enviarían a Melilla. No porque lo quisiera sino porque era el nuevo y allí nos enviaban, los mandos decían que a curtirnos, pero creo que era porque a nadie le gustaba un destino donde los lugareños te querrían ver muerto y tus compatriotas te querrían ver lejos. De hecho, oí a un legionario decir que preferiría vérselas de frente con toda la *harka* de Abd el-Krim antes que sentarse en la cantina junto a un picapleitos militar. Aun así, era un ascenso, estaba feliz e iba a celebrar el nombramiento con unos cuantos amigos en el Café Gijón.

Me crucé con esas niñas en el paseo de Recoletos. Teniendo en cuenta que Melilla era mi destino, no pude evitar un estremecimiento. Las pequeñas, acabada la cancioncilla pero no el juego, volvieron a empezar:

*En el Barranco del Lobo
hay una fuente que mana sangre*

*de los españoles
que murieron por la patria.*

*Pobrecitas madres,
cuánto llorarán al ver
que sus hijos en la guerra están.*

*Ni se lavan ni se peinan,
ni se ponen la mantilla
hasta que vuelvan sus novios
de la guerra de Melilla.*

*Pobrecitas madres,
cuánto llorarán al ver
que sus hijos en la guerra están.*

*Melilla ya no es Melilla,
Melilla es un matadero
donde van los españoles
a morir como corderos.*

Y así, una y otra vez, mientras saltaban y reían.

En el Barranco del Lobo, hacía ya doce años, habían muerto más de mil soldados españoles en una emboscada de las cabilas. La mayor tragedia de la guerra de África. El desastre con el que se medía cualquier revés. Pero en menos de una semana sería olvidado, igual que esa canción, para dejar lugar a otras sobre Annual. Una matanza diez veces mayor y una humillación mucho más devastadora, cuyas consecuencias aún sufrimos hoy.

Aunque no soy supersticioso ni creo en presagios, sigo recordando a esas niñas como un anuncio de lo que estaba por llegar.

El Desastre de Annual retrasó mi partida. En Melilla hacían falta soldados, artillería, barcos y aviones, no abogados y fiscales. Cuando por fin llegué, lo hice para investigar la desaparición de Laura de la Gasca, dama enfermera de primera de la Cruz Roja e hija de uno de los empresarios más importantes de España.

Las pistas eran pocas y nadie parecía saber nada. Y así fue hasta que encontré el diario de Laura. Gracias a él dimos con los culpables de su muerte y encontramos su cuerpo.

La lectura del diario y la investigación de todo lo que había dejado atrás Laura me hicieron desarrollar un extraño y morboso afecto por esa joven tan bella y extraordinaria, pero enseguida tuve que archivarlo para unirme a la investigación del general Juan Picasso sobre la derrota de Annual. Un expediente cuyas conclusiones fueron tan duras y demoledoras para el alto mando que provocó un golpe de Estado militar. Solo las buenas relaciones de la familia de Laura, que así agradeció mi dedicación al caso, me evitaron caer en desgracia durante la dictadura de Primo de Rivera. Cuando se produjo el alzamiento de 1936 tuve la fortuna de estar destinado como agregado militar en la embajada de Londres, una forma de decir «espía» que ya no engaña a nadie, con lo que evité combatir contra mi propio país. Hoy colaboro en esa extraña pirueta del Gobierno del general Franco que consiste en hacer que España se lleve bien con Hitler y Churchill al mismo tiempo.

Como pueden ver, siempre me las había apañado para estar lejos de intrigas políticas, balas y bombas... hasta que una, alemana, estalló a mi lado cerca de la catedral de San Pablo.

Fue durante uno de los primeros días del *Blitz* y me enviaron a un hospital en las afueras. Allí, entre decenas de heridos, encontré a una persona que me hizo recordar lo vivido en Melilla. Alguien que sabía cosas sobre la muerte de Laura que yo ignoraba.

Por esa razón me he animado a liberar el diario del olvido, para verlo bajo esa nueva perspectiva. Si ahora divulgo sus secretos no es porque sea un chismoso, aunque un espía siempre ha de tener un poco de ello, sino porque ya ha pasado mucho tiempo y no hará daño a nadie.

Un amigo mío, que se cree literato pero aún no lo es, dice que casi todas las historias sobre jóvenes esconden a un adulto recordando su pasado, y que por eso resultan tan nostálgicas y amargas. No es el caso de Laura. Su historia esconde un futuro que, como tantos otros futuros soñados, no pudo ser. Ojalá que la luz que emanan sus páginas traiga algo de esperanza a esta época de tinieblas que nos ha tocado vivir.

Coronel Eugenio Ernesto González Pizarro
Agregado militar de la embajada de España en Londres
Hospital EMS de Watford, Hertfordshire
15 de octubre de 1940

DIARIO DE LAURA DE LA GASCA MONTENEGRO

Parte I
Madrid, mayo de 1920 a julio de 1921

15 de mayo de 1920

Este es un diario para el odio, el rencor y la ira; para la frustración, el resentimiento, la rabia, la inquina, el dolor y todos esos sentimientos que una señorita de bien, educada y de buena cuna, como tanto le gusta decir a mi madre que somos, no debe mostrar nunca en público, ni siquiera ante sus padres o el servicio en la intimidad de su propio hogar. Para esto te he comprado, querido diario, ¿no es así como se te llama, «querido diario»?; para vomitar toda esta ponzoña en tus páginas y que no se quede dentro y me envenene.

Pues bien, querido diario, empecemos por mi hermana. Es seis años mayor que yo y sé que está mal que una señorita diga de otra que es una zorra, y más si es de su propia sangre, pero qué le voy a hacer si mi hermana es una redomada zorra. Y no lo digo porque venda su cuerpo por dinero, lo cual no sería tan criticable —cosas peores ha vendido mi familia para conseguir la fortuna de que tanto presume—, sino porque me ha vendido a mí y a cambio de bien poco. Además es frívola, insensible, voluble, egoísta, habla en voz demasiado alta y tiene una risa estúpida y escandalosa. Ni siquiera es guapa ni sabe vestir con gusto. Y es muy aburrida; su conversación no es interesante y lo que ella considera una aventura es ir a la casa de fieras del Retiro o acercarse hasta las fuentes de El Pardo a tomar el acero. Y, por si todo eso fuera poco, se llama Ana. No se me puede ocurrir un nombre más corto y más tonto. Hasta rima con hermana. Mi hermana Ana. Una rima interna. Qué horror...

Antes de contarte lo que me hizo, te pondré en antecedentes sobre mis padres, que tampoco se quedan cortos.

Mi padre, don Adolfo de la Gasca Uriarte, debe de ser uno de los empresarios más importantes del país. Lo supongo porque, al contrario que casi todos sus amigos, no presume de ello ni se dedica a hacer tantas visitas y llamadas como las que recibe. Y supongo que lo prefiere, porque es un hombre doméstico y de pocas palabras. Solo sale de casa para ir, muy de vez en cuando, al teatro con nosotras o a unas reuniones que tiene con sus amigos cada dos semanas. Le gusta despachar rápido con

sus empleados y sus clientes y, en cuanto puede, se encierra en su despacho a estudiar sus libros de cuentas para pasar después, en la biblioteca, a libros de todo tipo. Allí es donde está más tiempo conmigo. Cada uno con su lectura, en silencio. A veces noto que me mira y, si le gusta lo que estoy leyendo, sonrío ligeramente. Esa es la muestra de afecto más grande de la que es capaz. Con ese carácter y esa pasión no sé cómo hizo para seducir a mi madre y tener dos hijas con ella. En la comida, como mucho, levanta la vista de su plato para murmurar «la comida está muy rica, querida», a lo que mi madre responde con gesto de agradecimiento como si fuese mérito de ella, ¡cuando lo ha hecho todo Rosalía, la cocinera!

Pero no te hagas la idea de que mi padre, desde su silencio, es un hombre de éxito hecho a sí mismo, pues, aunque la gestione con pericia, su fortuna la ha heredado. Se remonta a mi tatarabuelo, don Agustín de la Gasca. Según mi madre, comerciaba con países complicados; un eufemismo por «contrabandista». Lo que se calla es que traficaba con esclavos. Por ahí he leído que pusieron precio a su cabeza y que él, al saberlo, hizo que uno de sus propios hombres lo entregase y cobrara la recompensa. Luego se fugó y con ese dinero compró otro barco que lo hizo aún más rico y peligroso. Cuando dejó el contrabando y se volvió un hombre de bien, fueron tantos los favores que hizo a la Corona que el rey Fernando VII le ofreció el título de conde. Don Agustín hizo sus números y al ver que el honor le costaría más dinero del que iba a darle, renunció. Por eso no somos condes, se lamenta mi madre. Mi tatarabuelo dejó los esclavos por la canela, no por moralidad, sino porque daba más dinero y menos problemas. Y a la canela la siguieron otras especias, algodón, café, tabaco... Hoy mi padre tiene más de cincuenta barcos, puestos comerciales por medio mundo y la asombrosa capacidad de dirigirlo todo sin salir de casa.

Mi madre, doña Adela Montenegro, está muy orgullosa de su apellido, aunque no deja de ser el nombre de un país muy pequeño y pobre que, desde hace un par de años, ni siquiera existe. Es orgullosa y presumida, pero he de reconocer que tiene de qué; es guapa y muy elegante. Y esa es su profesión: estar perfecta e impecable. No solo de aspecto, sino en todo lo que dice y hace. Vive la vida como si fuese un escaparate y todos fuesen a mirar y juzgar cada uno de sus actos..., y, conociendo a las que dicen ser sus amigas, seguro que es así. Se pasa horas acicalándose y aún más horas asistiendo a cuanta actividad caritativa se celebra en la ciudad: rastros, colectas y bailes benéficos en

favor de hospicios, asilos, inclusas, hospitales, las Damas Enfermeras... Todos ellos sufragados por mi padre, claro, y ella siempre con una actitud intachable pase lo que pase a su alrededor. Ha intentado educarnos a mi hermana y a mí para que seamos idénticas a ella. Con mi hermana, más o menos, lo ha logrado. Conmigo...

Una cosa sí ha conseguido. Que sepa cuidar muy bien de mi apariencia y de mis modales, sobre todo ante ella. Aunque la autoridad es, en teoría, de mi padre, ante cualquier cuestión él responde invariablemente «Lo que diga tu madre», hasta cuando le pregunto por la hora o si hace buen tiempo. De su autorización depende que yo pueda salir de casa y tenga mi asignación, y de pequeña hasta creía que era ella quien fijaba las fechas de la Pascua y la Navidad. Así que intento ser a sus ojos la jovencita que ella cree que debo ser. Cumplo sus expectativas durante el noventa y nueve por ciento del tiempo, lo que, para mi madre, es lo mismo que no cumplirlas.

Hoy iba a ser el mejor día de mi vida. Iba a satisfacer mi sueño. Bueno, al menos uno de ellos. Y no solo mío. El sueño de toda la humanidad: ivolar! E iba a hacerlo con él.

Conocí a Javier hace cuatro meses en un baile en el Casino de Madrid. Nada más entrar deslumbró a todas con su uniforme de teniente del Ejército del Aire. Y lo que había dentro no desmerecía el envoltorio. Un hombre tan guapo, ya cercano a la treintena, que se presenta solo en un lugar así es como un pastel de nata en medio del patio de un colegio. Casi todas las jovencitas se arracimaron en torno a él cual avispa sobre un higo maduro. Parecía que se hubiese declarado un fuego, pero, en lugar de correr hacia la salida, corrían hacia Javier para saludarlo, hacerle una broma, un comentario o tan solo guiñarle un ojo. Semejante actitud me pareció tan exagerada y ridícula que ni me fijé en lo guapo que era, puse mala cara y me alejé de aquella algarada.

Me serví un poco de ponche, me senté en un rincón y me dispuse a disfrutar de la música que estaba a punto de comenzar. Para mi sorpresa, Javier se deshizo educadamente de todas ellas y vino directamente hasta mí.

«Disculpe, señorita, ¿he hecho algo que la molestase?», dijo.

De reojo me fijé en que yo era objeto de decenas de miradas de odio por parte de conocidas y desconocidas. Por eso tardé en responder. Bueno, por eso y porque fue entonces cuando me di cuenta de lo guapo que era. Y es que Javier, créeme, querido diario, es más bonito que un san Luis. Muchísimo más.

«¿Señorita?», insistió él.

«No me ha hecho nada, es solo que me ha parecido un poco... — Busqué la palabra un momento—. Un poco frustrante, y triste, ver como todas las mujeres de este baile se comportan como gallinas descabezadas ante la aparición de un uniforme.»

Él se rio. Intenté que me pareciese un gesto arrogante y vano, pero su risa era tan encantadora que no lo conseguí. Hasta creo que me reí con él, como una tonta.

«No me había dado cuenta —dijo, aunque estoy segura de que era mentira—, pero no está siendo justa, porque lo mismo podría decirse de usted.»

«¿De mí?»

«¿Tampoco se ha fijado en que todos los jóvenes pasean a su alrededor intentando llamar su atención?»

«Exagera.»

Y claro que exageraba, pero me gustó que lo dijese. Lo siguiente que recuerdo es que los dos estábamos bailando y que no se separó de mí en toda la velada. No le permití que me besase esa noche, aunque me moría de ganas. No se lo permití hasta la tercera vez que nos vimos, lo que haría que tanto a mi madre como a mi hermana les diese un soponcio y que mi padre se viese en la obligación de retar a un duelo al pobre Javier; así de anticuada es mi familia.

Y Javier no se lo merece. Es divertido y galante, y, aunque no le gusta leer tanto como a mí, le encanta que le cuente, de pe a pa, mis novelas favoritas, y que incluso le recite poesía moderna. Le han hecho mucha gracia los caligramas de Apollinaire y sus dibujos hechos con letras. Me ha dicho que algún día me escribirá uno en el cielo con su avión. ¿Se puede ser más romántico?

Hará cosa de un par de semanas habíamos ido al Teatro Cómico a ver *El enigma del anillo de rubíes* y, al salir, fuimos hasta el Café Colonial. Le expliqué a Javier que allí, aún hacía pocos años, Trotsky vendía a cambio de la voluntad los dibujos que hacía su esposa, Natalia Sedova; y que poco después, entre esas mismas mesas, había nacido la poesía ultraísta. Él también decidió enseñarme algo en ese café: la absentia. Al principio me mareé y hasta creí que iba a vomitar y desmayarme, pero después sentí como si volase y pudiese bailar sin música, como si lo que ocurría alrededor estuviese envuelto por una nube etérea que lo volvía todo más divertido, gentil y mágico. Bailé, reí y

bromeé con todos hasta que alguien me arrancó de ese ensueño tirando de mi brazo con violencia. Era mi hermana.

«¡Ana, qué casualidad!», creo que le dije con una enorme sonrisa.

«No es ninguna casualidad, Laura.»

Mala cosa cuando mi hermana dice mi nombre en el tono en que lo dijo.

«Me han avisado unas amigas porque te han visto completamente ebria y organizando este escándalo... Y ya veo que no exageraban. Nos vamos ahora mismo.»

Según Ana, yo tiré un par de mesas rompiendo botellas y vasos mientras bailaba, molesté a los camareros y a varios clientes, y hasta me había insinuado al *maître*. No recuerdo nada de eso o, más bien, recuerdo todo lo contrario: diversión, belleza y elegancia. Aunque he de reconocer que al día siguiente me dolía la cabeza, tenía varios moratones en las piernas y un par de amigas me retiraron el saludo. Pero creo que, pasara lo que pasara, mi hermana lo había dramatizado para dar fuerza a su discurso: «Javier no te conviene».

Me lo repitió de mil maneras y dando mil razones que no llegaron a convencerme: que si no es de buena familia, que si es poca cosa para mí, que sus amigas le han dicho esto o lo otro de él, que si frecuenta lugares y compañías poco recomendables, que un militar anda de destino en destino y que esa no es vida para formar una familia... Tonterías. Le dejé bien claro que todo eso me importaba un comino y que pensaba seguir viéndome con él. Ella me pidió que, al menos, por ahora fuese discreta y que no les dijese nada a nuestros padres. Estuve de acuerdo.

Luego, debo reconocer, se portó muy bien. Me sirvió de coartada para justificar lo tarde que había llegado, me disculpó en el desayuno diciendo que estaba indispuesta y me dio a beber un consomé que sabía a rayos pero hizo que se me asentase el estómago y me desapareciese el dolor de cabeza.

«¿Cómo sabes preparar estos mejunjes?», le pregunté.

«Aunque tú así lo pienses, no todas mis amigas son unas santas... Y solo quiero ahorrarte disgustos, Laura.»

Sonó tan amigable y dulce que pensé que, aunque Javier no le gustase, respetaba mi elección y que en ella tenía a una aliada y una amiga; lo que debe ser una hermana, vamos. Qué equivocada estaba, querido diario...

Hace tres días Javier me propuso volar. Pero no de forma metafórica; él no es nada poético, sino literal. Su avión es un biplano De

Havilland DH9A que usan para reconocimiento y bombardeo, así que, además de la cabina del piloto, tiene otra para el observador. La idea era que fuésemos a Cuatro Vientos, que es donde están el centro de mando y los talleres, el día de San Isidro, pues casi todos estarían de permiso por las fiestas.

Pero en mi casa ese día es tradición ir a la ermita del Santo a beber el agua milagrosa, pasear hasta la dehesa de Arganzuela a tomar las galletas, emparedados y entresijos que Rosalía nos prepara, y comprar unas rosquillas para el postre. Es una costumbre que ha impuesto mi madre, que allí se encuentra con muchas de sus amigas, y que a mi padre no le hace ninguna gracia aunque la acepte. Para mí era el momento ideal, ya que estarían fuera todo el día.

Mi hermana tendría que ayudarme a inventar una excusa para no acompañarlos y Javier me conseguiría un traje de piloto y un bigote postizo para disfrazarme, pues en el aeródromo no dejan entrar a mujeres o, al menos, no dejan entrar a las amigas de los pilotos para que estos las paseen por el aire.

Así que bien temprano me he fingido enferma e, ilusa de mí, esperaba que mi hermana me apoyase, pero ella se lo ha contado a mis padres. Y no solo mi plan de hoy, sino toda mi historia con Javier, incluido el pequeño incidente del Café Colonial, que habrá exagerado hasta límites inimaginables. Puedes figurarte, querido diario, el cataclismo que ha provocado en mi familia.

No solo se han cancelado todos los planes para San Isidro y me han encerrado en mi cuarto, sino que mi padre ha interceptado a Javier cuando venía a buscarme y se ha pasado media mañana hablando con él en su despacho. Luego me han dejado muy claro que no volveré a ver a mi amado Javier.

Mi madre y mi hermana han insistido en que es por mi bien, que ese joven no me conviene y que con el tiempo se lo agradeceré. Pero sé que no es así. Odio a mi hermana, odio a mi madre, odio a mi padre y jamás los perdonaré.

19 de mayo de 1920

Tengo una familia maravillosa: mi padre, mi madre, mi hermana; todos. No me los merezco. He sido tan afortunada con ellos... Ya sé, querido

diario, que no es lo que te contaba hace cuatro días, pero ¡qué equivocada estaba!

Me había enfadado tanto con el castigo de no volver a ver a Javier y no salir de casa hasta sabe Dios cuándo que decidí fingir un estado de exacerbada melancolía y no probar bocado, al menos delante de mis padres. De no ser porque Rosalía me hacía llegar las sobras por las noches, creo que no habría aguantado ni dos días con esa pantomima.

Mi padre fue el primero en mostrar signos de derrota y quiso llamar al médico para que me viese, pero mi madre se negó diciendo que las rabietas no se tratan con medicinas, sino con disciplina. Y su remedio fue esperar a ver quién aguantaba más. Yo, con la ayuda de Rosalía, pensaba resistir el tiempo que hiciese falta, pero anoche, cuando esperaba que la cocinera llegase con mi ración diaria de sobras, fue mi madre quien apareció por la puerta con la bandeja.

«Rosalía es muy bondadosa, hija, pero me debe más favores a mí que a ti —me dijo—. Tómate la cena antes de que se enfríe.»

Mientras yo comía, ella continuó:

«Sé que pensarás que no te dejamos estar con Javier porque es mayor que tú, o porque no es de buena familia y no tiene tu educación, o porque es un hombre de costumbres un tanto disipadas.»

Efectivamente, pensaba algo así.

«Pero no solo es por eso. De hecho no es por él, sino por ti.»

«¿Por mí?», casi me atraganté. Tosí.

Lo que más les había molestado era el alboroto que había montado en el Café Colonial al probar la absenta y la idea de disfrazarme de hombre para entrar en una base militar y volar en un avión. Entendí que empeoraría el concepto que se habían hecho de Javier si argumentaba que esas propuestas las había hecho él.

«Estoy segura de que ambas ideas partieron de Javier —supuso bien mi madre—, pero tú deberías haberle dicho que no. Una señorita debe saber pararle los pies a un hombre.»

Le prometí que sabía hacerlo, que me había resistido durante todo un mes a besarlo... Y aun esa eternidad le pareció poco y solo conseguí escandalizarla más.

«¡¿Ya lo has besado?! Por el amor de Dios, Laura. ¿Qué va a pensar ese joven? ¿Que eres una fresca? Tu padre aguantó meses de paseos y bailes, que yo sabía que le horrorizaban, solo para que le dejase cogerme la mano.»

Igual que yo acababa de mentir, estoy segura de que ella también estaba exagerando bastante.

«Y no creo que tu problema sea que te falte carácter para frenar a nadie. De hecho, creo que tienes bastante. Lo que te falta es criterio, discernimiento...»

Me dieron ganas de responderle que ella había sido la responsable de mi educación y que, por tanto, sería la culpable. Pero la cosa ya estaba bastante mal como para empeorarla.

«Por eso tu padre y yo te vamos a hacer una propuesta que me ha inspirado doña Herminia, la madre de tu amiga Inés Santirso.»

Hay que ver lo rápido que mi madre asciende a mis conocidas a amigas cuando le conviene.

«Su hermana mayor, Margarita, que era tan revoltosa como tú, acaba de regresar de prestar servicio con las Damas Enfermeras.»

Ahora sí, la comida se me atragantó del todo. Cuando pude hablar, aterrada, pregunté: «¿Me quiere meter a monja?».

«Por Dios, Laura, claro que no. Las Damas Enfermeras no son una orden religiosa.»

«Creía que lo de ayudar a los enfermos era cosa de monjas, aparte de las enfermeras profesionales, las de verdad, vamos.»

«Las Damas Enfermeras también son “de verdad”. Que no cobren por su servicio no las hace menos, al contrario. De hecho, pertenecen a la Cruz Roja. Hasta hace unos años es cierto que solo las monjas se encargaban de esa labor caritativa, pero la reina ha creado esa institución para que cualquier joven de buen corazón y buena posición pueda colaborar sin necesidad de ser religiosa. Primero hay que hacer un curso, luego unas prácticas y después estarás preparada para ayudar a los enfermos y heridos que lo necesiten. Margarita, ahora, es mucho más responsable, atenta y obediente. Ha visto el sufrimiento que hay en el mundo y eso le ha dado conciencia. Y no se lo ha debido de pasar tan mal cuando tu amiga Inés, su hermana menor, va a unirse a ellas...»

«¿Y quiere que yo también...?» No necesité acabar la frase.

«El curso empieza el lunes de la semana que viene.»

«Dentro de... ¡cinco días!»

«Tu padre, a través de mí, ha contribuido muy generosamente a la creación del hospital de la Cruz Roja, y ha conseguido que te admitan. También he hablado con nuestra modista y no tardaría mucho en hacer el uniforme.»

«¿Uniforme?» Cada vez me asustaba más.

«Serían solo seis meses —siguió mi madre como si nada— y estoy segura de que volverías convertida en otra. No una niña caprichosa, sino una mujercita a la que sí podría dejar salir de casa y permitir que la cortejase un teniente de Aviación, si es que ese sigue siendo tu deseo.»

Mi primera reacción fue negarme a ese chantaje, pero mi madre me pidió que no dijese nada y que lo pensara para responderle por la mañana.

Esa noche recibí dos visitas más, como en el *Cuento de Navidad* de Dickens. La siguiente fue la de mi padre. No me habló ni de Javier ni de las Damas Enfermeras. Solo trajo varios libros, se interesó por cómo me encontraba de salud y comentó lo que había estado leyendo últimamente, como si ese fuera un día más, como si no hubiera pasado nada... Como si yo siguiera siendo su niña. Lo siento, padre, pero cuando su niña conoce a un joven, y ese joven es como Javier, ya no será su niña nunca más.

La última visita fue la de mi hermana. Al principio le pedí que se fuera inmediatamente; todo era culpa suya. Como no se iba la llamé bruja y otras cosas así, le lancé una almohada, un par de cojines y todos los libros que me había traído mi padre. No desistió. Y, mientras se recomponía el peinado, dijo:

«Lo de las Damas Enfermeras ha sido idea mía».

«¿Y pretendes que te dé las gracias?!» Podría habérmelo figurado, porque Margarita sí que es muy amiga de ella.

«Madre pretendía enviarte a cuidar de la tía Sagrario, a Almendralejo.»

Me quedé helada, que es como uno está en ese lugar ya desde septiembre. Por si no lo sabes, querido diario, Almendralejo está en Extremadura, en medio de la nada, que es lo mismo que se puede hacer allí: nada. Fuimos una vez, hace años, de visita, y fue la semana más aburrida de toda mi vida. Y, por si fuera poco, la tía Sagrario es agotadora. No para de hablar, hablar y hablar... Y tampoco se cansa de pedir cosas. Y lo peor es que lo hace con condicionales: «Si me fueses a por un vaso de agua», «Si me trajeses la medicina de la botica», «Si me rascases entre los hombros, que me pica»... ¡Si aprendieses a pedir las cosas, tía!

«Ese era el plan de madre para alejarte de Javier y hacerte entrar en razón: un año con la tía. Yo le hablé de Margarita y de las Damas Enfermeras, y le pedí que hablase con doña Herminia.»

«Ya..., y Herminia la convenció de que esa especie de señoras disfrazadas de monja son lo mejor para mí. Eso o Almendralejo, que

también es como un convento.»

«Madre no solo piensa en tu educación. Muchas familias envían a sus hijas a las Damas Enfermeras para ver si conocen a un médico y se casan con él. En el fondo espera que, además de domesticarte, allí conozcas a uno y te olvides de Javier.»

«Pues va apañada.»

«Eso ya es asunto tuyo. Si quieres volver a verte con Javier, solo tienes dos alternativas: seis meses con las Damas Enfermeras o un año en Almendralejo.»

«Que me permita despedirme de Javier y aceptaré lo de las Damas Enfermeras.»

Ana ya le ha transmitido mis condiciones a mi madre y mi madre ha aceptado. Mi padre, después, ha sido informado y las ha asumido. Así que dentro de una semana me incorporaré a las Damas Enfermeras y mañana, por fin, volveré a verme con Javier. ¿No soy afortunada?

20 de mayo de 1920

Hoy por la mañana me he despedido de Javier bajo la inevitable vigilancia de mi hermana. Nos hemos abrazado y besado, hemos llorado (bueno, quizá solo haya llorado yo) y jurado que nos esperaríamos. Seis meses ahora parecen una eternidad, pero dentro de seis meses formarán parte del pasado. No quiero darle más vueltas porque me pone muy triste.

Por la tarde fui a la modista para hacerme un par de uniformes de dama enfermera. No me puedo imaginar una ropa más sosa y menos favorecedora. Y cómo la tienen diseñada para que no pueda ser de otra forma. La falda debe ser blanca y lisa, con dos tablas en la parte de atrás y trece centímetros exactos hasta el suelo. La blusa, igual de blanca (y aburrida), con tres tablas de seis centímetros y medio en el pecho, y en la espalda un canesú de quince centímetros de alto; el cuello, bien planchado y almidonado, para que hasta sea difícil respirar, lleva una corbata de dos hojas; las mangas, también lisas, rematan en un puño de seis centímetros con abertura hasta el codo. O sea, la ropa menos femenina del mundo. Y, por si acaso, van cubiertas por un delantal tan blanco y liso como todo lo anterior, con bolsillos grandes y el peto poco (nada) escotado. La cofia, los zapatos, las medias y los guantes también son blancos. Creo que no había ido tan de blanco desde mi bautizo.

La única prenda de color es la capa azul marino que se abrocha con tres botones dorados y lleva la insignia de la Cruz Roja en el lado izquierdo. Dos tiras de la misma tela bajan desde los hombros hasta la cintura, donde se abotonan a la capa, formando una especie de equis sobre el pecho. A ver cómo me queda...

21 de mayo de 1920

Javier se había colado en casa por la ventana y nos besábamos cuando nos descubrió mi madre. Me arrancó de sus brazos como una arpía furiosa mientras gritaba: «No irás, no irás».

Me he despertado bruscamente. La luz del amanecer apenas iluminaba la habitación. Según espabilaba, me he dado cuenta de que los gritos de mi madre se habían colado en mi sueño desde el pasillo, donde discutía con mi padre. Y convencida de que, como suele ser habitual, yo sería el objeto de la discusión, me he asomado con cuidado. Pero no se trataba de mí.

Mi madre se empeñaba en que mi padre no fuese a algún sitio y él insistía en que debía hacerlo: «¡No solo era mi empleado, era mi amigo!». Creo que esta ha sido una de las pocas veces en que he oído gritar a mi padre.

«¿De quién habláis?», les he preguntado aún medio somnolienta.

«Laura —me ha dicho mi madre—, vuelve a tu cuarto. Es muy temprano y no tendrías que estar despierta.»

«Pues no haber gritado tanto, ahora quiero saber qué pasa.»

A mi madre le he visto las ganas de darme un bofetón, pero mi padre ha reaccionado antes: «Han matado a Enrique Sanchís».

«¿El de Barcelona?», he preguntado tontamente, como si pudiese haber otro Enrique Sanchís que preocupase a mi padre.

Era el capataz en los muelles de esa ciudad y había venido por casa algunas veces. A nosotras, de niñas, nos hacía mucha gracia porque tenía un tímpano perforado y sabía echar el humo de su pipa por esa oreja. Esta misma noche, aún hace unas horas, le habían disparado al salir de una reunión de la patronal.

«Han tenido que confundirlo con otro —se ha lamentado mi padre—, hemos aceptado la jornada de ocho horas que se pidió en la huelga de La Canadiense y no teníamos problemas con los estibadores...»

«A esos anarquistas les da igual a quién matar con tal de que no sea un obrero —ha opinado mi madre—; hasta no sé si no se matarán entre ellos mismos. ¡¿Y tú quieres ir a Barcelona a que también te maten?! — Entonces ha recurrido a mí—: ¡Dile algo a tu padre, Laura!»

La verdad es que no sabía que decir... Así que no dije nada.

«¡No puedo faltar a su funeral!», ha gritado mi padre.

«¡Puede haber otro atentado en la iglesia o en el cementerio!» Mi madre tampoco se quedaba corta a la hora de gritar.

«¡Y puede haberlo aquí mismo, a la puerta de casa!»

«¡Madrid no es como Barcelona, no está llena de pistoleros!»

«¡Aquí han matado a dos presidentes! ¡Y si alguien me quisiera ver muerto, ya lo estaría!»

Así han seguido hasta tenernos de testigos tanto a mi hermana como a mí. Esta ha sido una de las pocas veces en que mi padre se ha salido con la suya. Aún no eran las diez de la mañana cuando el chófer lo ha recogido para llevarlo a la estación del Mediodía.

Antes de que se marchase me he acercado a su habitación para llevarle un par de libros y su periódico favorito, *La Voz*, que acababan de dejar en la puerta.

«Para que se entretenga en el viaje.»

Me lo ha agradecido a su manera. Y al coger el diario, ha visto la portada.

«Aún no dicen nada de lo de Enrique... —Luego ha enarcado las cejas meneando la cabeza—. No me lo puedo creer... Convocan nuevas elecciones.»

«Pero ¿no fueron ya?»

«Sí, estas serán las terceras... Y el país sigue sin un Gobierno fuerte. Aunque a saber si el que viene es peor.»

Y así, con un gesto pesimista, ha guardado los libros y el periódico en la maleta.

«Cuídese mucho, por favor.» Le he dado un beso en la mejilla.

Él me ha acariciado la mejilla y me ha mirado con cariño.

«Menos mal que me lo has recordado, porque no se me habría ocurrido.»

Este tipo de bromas me hacen gracia, pero a mi madre la sacan de quicio. Por eso se las hace más a ella.

Antes de salir se han besado junto a la puerta. Mi madre le ha dicho algo al oído, ha vuelto a besarlo, lo ha abrazado y por fin lo ha dejado irse. Verlos tan cariñosos me ha preocupado mucho.

22 de mayo de 1920

Hoy hemos ido a recoger el uniforme de las Damas Enfermeras. Mi madre, al verme, se ha emocionado. A mí casi me da un desmayo. No serán monjas, pero se les parecen muchísimo. No sé cómo se las arreglan para seducir a los médicos.

Mi madre ha insistido en hacerme una fotografía para recordar el momento y hemos ido hasta el estudio de Alfonso, en Fuencarral. Aún usa placas fotográficas de cristal, pues dice que dan mayor calidad. El proceso me ha parecido muy interesante y no me habría importado ser la modelo si llevase otra ropa. Pero con ese uniforme ni me he atrevido a ver el resultado porque seguro que salgo horrorosa. Pero mi madre está encantada y, si por ella fuese, mañana iría así vestida a misa.

Por la tarde ha llegado un telegrama de mi padre. Ya había asistido al funeral y mañana tomará el tren de vuelta. A tiempo de acompañarme a la escuela de las Damas Enfermeras el lunes. En la despedida pone: «Adolfo, que os quiere y que, por ahora, no ha sido asesinado». A mi madre no le ha hecho ninguna gracia.

24 de mayo de 1920

Ya estoy de vuelta de mi primer día en esa especie de convento sanitario.

Mi padre llegó el domingo por la noche y nos ha llevado en el coche a mi madre y a mí. Tanto el hospital de la Cruz Roja, que es la antigua Casa de Salud de San José y Santa Adela, como la escuela de enfermeras están en el barrio que llaman de Tetuán, en el camino de Aceiteros, no muy lejos de la glorieta de Joaquín Ruiz y su enorme fuente, la Mariblanca. Nunca había ido por esa zona salvo en mi imaginación, acompañando a Tristana, en la novela de Galdós, por la Mala Francia, que hoy se llama calle de Bravo Murillo, y por el camino de Aceiteros. Aunque Tristana los recorría cuando aquí acababa Madrid y en este cruce, que llamaban de los Cuatro Caminos (y aún hay quien lo llama así), solo había barracas y pequeñas huertas. Ahora es muy diferente. Sigue dando la sensación de que se llega a una frontera, pero no una desolada y lejana, sino al mismo borde de una urbe que crece. Las casas tienen dos o tres alturas y en una esquina están construyendo un edificio enorme que, dice mi padre,

tendrá quince pisos y será el más alto de Madrid. Por su tamaño lo llaman «el Titanic». Esperemos que no acabe igual que el barco.

Desde la glorieta hemos bajado la suave cuesta del camino de Aceiteros hacia el hospital. Está llena de baches y piedras, y el coche no paraba de traquetear. Las casas y el bullicio, de repente, desaparecen y solo se ven carros que pasan con material de construcción para la propia carretera y los pocos edificios que hay a sus lados. En solo unos metros parecía que habíamos pasado de una ciudad a un páramo lleno de cascotes, hierbajos y arenisca.

El hospital, aún a unos doscientos metros, destaca en medio de ese descampado. Desde el camino parece una gran residencia de dos pisos de ladrillo rojo. Una iglesia, con una estrecha torre que se eleva sobre los tejados, la divide en dos alas. A cada lado de la puerta de esa capilla hay un gran arco, cada uno con su garita, uno para la entrada de carruajes y automóviles, y otro para la salida.

Como el solar está en cuesta, bajo los dos pisos de ladrillo rojo asoma el semisótano en piedra blanca con sus tragaluces. Por la derecha, la parte alta de la cuesta, apenas se ve y esos tragaluces tan solo son unos ventanucos. Pero a la izquierda ya está claramente a la vista y sus ventanales se hacen más grandes. Da la sensación de que ese desnivel de la calle hace que al edificio se le vea su ropa interior.

Hemos dejado el coche frente al hospital, pues por los arcos solo se permite el paso de ambulancias, y nos hemos acercado al edificio con las demás candidatas a damas enfermeras y sus familias. La mañana era luminosa. Uno de esos cielos madrileños tan azules que parece que las nubes han sido pintadas. Soplaba una brisa fuerte que lanzaba el frío contra nuestras caras. He agradecido la cofia y, sobre todo, la capa, que abriga bastante, aunque sabía que en un par de horas haría calor y estaría de sobra.

Desde las ventanas algunas monjas y enfermeras nos miraban con curiosidad y cuchicheaban entre ellas. Y no era para menos. Aunque las candidatas ya íbamos vestidas con el uniforme, nuestros familiares parecía que iban a una gala en el Palacio Real. Me figuro que esperaban que por allí se dejase ver la reina, que es la patrocinadora de la Cruz Roja, pero no ha aparecido. Quien sí lo ha hecho ha sido la duquesa de la Victoria, doña Carmen Angoloti y Mesa, que es la presidenta de la Junta de las Damas Enfermeras. A su lado había un hombre, don Víctor Manuel Noguerras, que, según hemos sabido, cumple de forma oficiosa las labores de director. Ha saludado a algunos asistentes, entre ellos a mi padre, que

con sus donaciones y, por lo que veo, con sus hijas, contribuyen a mantener el hospital con vida.

Doña Carmen llevaba el mismo uniforme que nosotras. Es una mujer de unos cuarenta y tantos años, muy elegante y que habla con una voz tan firme, segura y profunda que podría dirigir un regimiento de coraceros.

Nos ha recibido con un discurso sobre lo que se espera de nosotras o algo así. La verdad es que no le he hecho mucho caso. Me estaba fijando en las que serían mis compañeras, a ver si su aspecto me decía algo. Allí estaba Inés, sonriente, nada raro en ella, pues siempre está de buen humor. Es muy inocente y solo ve el lado bueno de las cosas y de la gente; creo que hasta vería la parte positiva de un bofetón o de atragantarse con un hueso de pollo. Tanta candidez, a veces, me resulta insoportable. A su lado estaba una chica de piel muy clara y cabello muy rubio, seria y con el ceño fruncido; la acompañaba su padre, un militar que tenía tantas medallas y condecoraciones que su pecho parecía el escaparate de una cacharrería. Luego he sabido que se llama Alba y que es de una familia de militares de toda la vida, de esas en las que a cada pariente le falta un brazo, una pierna, un ojo o todo a la vez, y que miran por encima del hombro a quien no haya cogido nunca un fusil. Supongo que las Damas Enfermeras son lo más parecido que encontró su hija a un ejército. Sí, ya sé, querido diario, Javier también es militar. Pero no es lo mismo. Él es de Aviación y los de Aviación son modernos y sofisticados. Nada que ver con la rudeza de la Infantería. Y Alba, además de hija de militar, es mal encarada y arrogante. No es que lo haya adivinado nada más verla, pero no he tardado en descubrirlo.

Al acabar el discurso de Carmen Angoloti todas hemos aplaudido y nos hemos despedido de nuestras familias. Inés, al verme, ha corrido a abrazarme con tal efusividad que casi me tira al suelo.

«¡Cuánto me alegro de que hayas venido!»

Tanta alegría por tan poco me ha parecido excesiva, pero he fingido que también me alegraba muchísimo de verla. La felicidad de Inés no me resulta contagiosa, me cansa; pero no quiero ser yo quien arruine ese mundo tan bonito en el que vive. Aunque un tropezón con Alba, que la ha empujado y mirado con desprecio, ha estado a punto de hacerlo.

«¿Qué hacéis ahí paradas? —nos ha dicho—. Hay que seguir a doña Carmen.»

«Pero ¿qué le pasa a esa?», se ha extrañado Inés.

Esto es todo lo enfadada que puede llegar a estar. Y ahí yo ya comencé a darme cuenta de que Alba, además del ceño, tiene el alma

arrugada.

«Vuestra aula no está en el hospital, sino aquí al lado, junto a las cocheras del tranvía —nos ha informado la duquesa—. El doctor Francisco Luque os acompañará hasta allí. —Y ha señalado a un médico joven, de no más de treinta años, muy bien peinado aunque ya con algunas entradas, que estaba a su lado—. Que no os engañe su juventud. El doctor Luque se ha licenciado en Medicina y Cirugía entre los primeros de su promoción, ha completado sus estudios en Viena y acaba de regresar de Marruecos, donde ha servido como médico militar. Se ha unido a nosotras para organizar el servicio de Ginecología y este año tendréis la inmensa fortuna de que sea vuestro profesor.»

El doctor nos ha llevado bordeando la valla de ladrillo rojo y hierro colado que rodea el hospital hasta la escuela. Está en la calle, o más bien proyecto de calle, doctor Santero. Un polvoriento camino de adoquines con la mayoría de las casas a medio hacer. El edificio es pequeño y de dos plantas, encalado y con una gran cruz roja en una de sus paredes.

Hemos subido a la segunda planta, dejando nuestras capas en un armario y entrado en el aula. Es pequeña y tiene unos pupitres de madera en cuya superficie apenas caben un libro y un cuaderno. El profesor se ha situado frente a nosotras, con la pizarra a su espalda y un esqueleto, al que ya hemos apodado «Paquito», a su lado.

Nos ha explicado que nuestro curso dura seis meses y es el de damas enfermeras de segunda. Las que quieran, tras cincuenta días de prácticas y de asistir a un moribundo, podrán presentarse al curso para damas enfermeras de primera. No me ha gustado. En el Ejército también hay muchos grados. Un sargento es menos que un teniente, pero no hay nada malo en la palabra «sargento». Sin embargo, «de segunda» suena fatal. ¿Qué enfermo o herido en su sano juicio querría que le atendiese una enfermera... de segunda?

Alba, que se había apresurado a sentarse en primera fila, enseguida ha hecho saber su interés por completar ambos cursos. Yo he debido de poner cara de asco, porque me ha mirado con odio. Al salir, de hecho, se me ha acercado: «Sé que no te agrado, pero me da igual: tú tampoco me gustas a mí». Al menos he de reconocerle algo: es perspicaz. Aunque la perspicacia, si no va acompañada por otras virtudes, es un defecto.

Nuestro curso, de segunda, consta de trece temas, cada uno dividido en una parte teórica y una práctica. Por ejemplo, en el primero nos van a hablar de la Cruz Roja y, en la parte práctica, haremos vendajes en las extremidades inferiores. No sé qué tiene que ver lo uno con lo otro. Pero

al principio son todos así: nos hablan de algo, como la anatomía o las enfermedades, y practicamos otra cosa completamente diferente, sobre todo vendajes en diferentes partes del cuerpo. No es hasta el quinto tema, en el que se habla de los vendajes de inmovilización y los apósitos, cuando practicamos la lección teórica.

Me he fijado en que no nos contarían nada sobre el sistema nervioso ni la cirugía, lo que me da un poco de pena, porque me parecen más interesantes que los vendajes y las pequeñas curas. Pero estoy aquí para recuperar a Javier. Lo otro lo puedo consultar en cualquier biblioteca.

Al finalizar esa presentación, don Francisco nos ha entregado un cuaderno, lápices para tomar apuntes y un par de libros a cada una: *El consultor de la dama enfermera*, que es el manual que usaremos en el curso, y un pequeño vademécum para las consultas rápidas sobre enfermedades, remedios y curas. Luego ha comenzado a hablarnos de la historia de la Cruz Roja, de Henry Dunant, de la batalla de Solferino y de otras cuestiones igual de aburridas. Con disimulo, me he puesto a hojear los libros que nos había entregado. Tenían grabados y fotografías sobre el cuerpo humano, el esqueleto, los músculos, vendajes, curas... Y he debido de distraerme bastante, porque lo siguiente que recuerdo es a don Francisco mirándome fijamente.

«Señorita, sí, es con usted. Parece que le interesa más lo que pone en los libros que lo que yo tengo que decir...»

«Disculpe, doctor —le he dicho y, como reina de las excusas, he añadido—: Siento una gran fascinación por los libros y no he podido evitarlo. Nunca había leído nada de ciencia.»

«Pues siento decepcionarla, pero esos libros no son el objeto de estudio de la ciencia, sino simples herramientas. El libro que debe preocuparle, el que tendrá que leer, es el de la naturaleza.»

«Aquí me indicarán cómo leerlo.»

Si mi madre me viese siendo tan respondona, me habría dado un sopapo. Y por el tono airado que ha usado don Francisco, me da la impresión de que a él también le habría gustado.

«Ahí solo le indicarán cómo intentar leerlo. Y no conseguirá nada mejor. La verdad es que no sabemos hacerlo y que nunca lo sabremos. Solo podemos intentarlo y acercarnos lo más posible al verdadero rostro de la naturaleza. Así salvaremos más vidas y nos haremos más sabios, pero nunca tendremos todas las respuestas. Y las que encuentre en esos libros no son certezas absolutas, pero es lo mejor que tenemos:

acercarnos lo más posible a una diana imposible de alcanzar. Esa es la tragedia de la ciencia, señorita, pero también su belleza... y su grandeza.»

Su tono era tan encendido que ha acabado prácticamente gritando. Todas nos hemos quedado calladas y quietas como cadáveres. Alba me ha mirado con rencor por haber provocado esa reacción. Pero el discurso me había gustado. Espero que ese tono no se debiese a que don Francisco estaba muy enfadado conmigo sino a que le apasiona lo que hace. He decidido prestarle más atención a partir de ese momento.

Después de una frugal comida que nos han servido en el hospital, hemos vuelto a clase, donde don Francisco ha seguido hablándonos de la historia de las enfermeras y de su situación legal en Europa y en las guerras. No es que vayamos a ir a la guerra, pero es donde surgieron tanto la Cruz Roja como la enfermería, con Florence Nightingale en Crimea.

Poco más hemos hecho el resto del día. Mucha historia y nada de medicina. Ya en casa, mientras cenábamos, he tenido que contárselo todo a mi familia. Hasta mi padre ha dejado su periódico y ha atendido interesado. Incluso me ha hecho preguntas.

He vuelto tarde a mi cuarto y al escribir aún se me ha hecho más tarde. Y mañana tengo que madrugar. Seguro que tendré cercos en los ojos y pareceré un mapache. Voy a encargarle manzanilla a Rosalía, a ver si es tan buena para quitar las ojeras como dicen.

26 de mayo de 1920

La manzanilla obró milagros y apenas se me notaron las ojeras.

El chófer de mi padre volvió a llevarme ayer. Mientras bajábamos por el camino de Aceiteros me fijé en que varias de mis compañeras venían caminando desde la glorieta.

«Hace buena mañana, habrán venido dando un paseo —supuso Braulio—. O quizá hayan cogido el tranvía o el Metro, el nuevo ferrocarril subterráneo ese. Lo han inaugurado hace poco más de un año y viene hasta aquí desde la Puerta del Sol.»

Ya que voy a formar parte de aquel grupo de señoritas durante medio año, no quise que me viesen como una remilgada y esa misma tarde, a mi regreso, les anuncié a mis padres que a partir de ahora iría a la escuela por mi cuenta, en el tranvía.

Así que hoy ha sido mi primer viaje en tranvía, que es como un trenecito pequeño y traqueteante donde la mitad de la gente va sentada y la otra mitad, de pie. Lo esperé en la parada y, cuando me subí, Inés ya estaba dentro. Me recibió con exagerada ilusión y una aún más exagerada sonrisa. El hombre que iba a su lado me cedió su asiento y no me quedó otra que ponerme junto a ella. No paró de hablar en todo el trayecto.

Al bajar, en la glorieta, me ha sorprendido el bullicio que apenas había notado desde el coche. He podido ver de cerca el quiosco, el bar Chumbica, cuya terraza cubierta estaba repleta, el restaurante La Perla, la droguería, una sastrería, los ultramarinos y los puestos de verduras, salazones, conservas, telas, zapatos, golosinas... Los coches de caballos y los automóviles pasan haciendo sonar sus bocinas o dando gritos alrededor de la fuente, y la gente no para de bajar y subir del tranvía, o de salir y entrar por la boca del Metro, una escalera que lleva directamente al interior de la tierra.

Inés me ha contado que por esta zona le gusta conducir al rey Alfonso XIII. Hace unos meses, en enero, se incendió la droguería que está al lado del Chumbica y los vecinos acudieron a apagarlo con cubos y agua de la fuente. Y varias personas aseguraron que el rey había detenido su coche y se había apeado para ver qué pasaba, aunque no me lo imagino ayudando con el fuego.

Me hubiera gustado volver a casa en el Metro, por ver cómo es recorrer la ciudad por debajo en un túnel continuo y a gran velocidad, pero su trazado no me acerca a casa. Así que he regresado en tranvía, con Inés, que tampoco ha parado de hablar y hasta se ha apeado en mi parada para acompañarme. Es incombustible...

30 de mayo de 1920

Las clases de don Francisco (con su callado ayudante Paquito, el esqueleto) me resultan más entretenidas de lo que esperaba. Hasta ahora había leído poco de ciencia y todo lo relativo al cuerpo humano, su funcionamiento y cómo repararlo me está resultando fascinante.

Al final me he ido habituando al estado de perpetua felicidad de Inés y hasta me resulta agradable estar con ella. Además, he descubierto que a Alba le revienta su perenne alegría, lo que ahora la hace más encantadora a mis ojos. Y, algo que no sabía, Inés es pura bondad. Hasta le encuentra excusa a cada perrería y mal comentario que le hace Alba o cualquier otra

de nuestras compañeras o superiores. Y conmigo y con las demás no tiene más que buenos gestos y detalles. Por ejemplo, ayer por la tarde me senté a leer junto a la escuela, a la sombra de sus paredes, lejos de las demás estudiantes, que prefieren pasear cerca del hospital para hacerse las encontradizas con los médicos. Se me fue el tiempo pasando las páginas del vademécum. Estaba tan centrada que ni me había dado cuenta de lo encogidos que tenía los hombros por el frío. Entonces sentí que alguien me ponía la capa sobre los hombros. Esa sensación de calor me confortó.

«Que no te coja el frío», me dijo Inés. Y se fue para no molestarme.

Me había visto desde la ventana, fue a por mi capa y luego me dejó a solas porque sabe cuánto me gusta leer sin ser interrumpida. Ni esperó a que le diese las gracias. Seguro que no las necesita. Así de buena persona es. Siento un poco de vergüenza por no haberla apreciado antes como una de mis verdaderas amigas; seguro que ella lo pensaba de mí.

Creo que la vergüenza podría considerarse el síntoma de que tomamos conciencia de un error; el primer paso para solucionarlo.

3 de junio de 1920

Como hoy es el Corpus Christi, antes de las clases de la mañana nos han llevado hasta la capilla del hospital para oír misa.

Allí se oficia todos los días para los pacientes y los vecinos del barrio de Tetuán. El capellán, además, es el encargado de dar consuelo y guía espiritual a los pacientes que lo soliciten, igual que la extremaunción. No creo que a los enfermos les haga mucha gracia verlo aparecer por sus pabellones con esa última tarea.

La única nave de la capilla acaba en un ábside decorado con pinturas de ángeles que parecen rodear la estatua de la Virgen que corona el altar. Las vidrieras son preciosas y a esa hora de la mañana llenaban el aire de una luz mágica; casi parecía flotar música en ella. Y no lo digo figuradamente, pues he oído una voz pequeña y dulce, como si una niña estuviese cantando allí cerca. Cuando he mirado hacia el coro, no había nadie y he supuesto que sería alguno de los niños ingresados. Otra de las candidatas también miraba hacia el coro, como hipnotizada. Doña Carmen lo ha notado.

«El coro de la capilla hace las veces de pasillo de la segunda planta y conecta las dos alas del edificio.»

Yo he asentido, pero la otra chica no ha reaccionado y ha seguido mirando hacia allí arriba igual de abstraída.

«Eh, que el sacerdote ya está en el altar», le he advertido.

Ha dado un respingo y se ha vuelto hacia delante. Según el sacerdote ha comenzado a officiar, la cancioncilla infantil ha ido disipándose hasta desaparecer por completo. Era muy bonita y, aunque allí la he canturreado mentalmente, ahora intento recordarla y no me viene a la cabeza. Es como si perteneciese a esa capilla y solo allí pudiera ser cantada por esa voz tan etérea.

14 de junio de 1920

Alegría: hoy era nuestra primera clase práctica. Decepción: fue con maniqués y en la misma escuela de Enfermería.

«¿Y cuándo podremos practicar con verdaderos enfermos?», he preguntado mientras hacía un vendaje en ocho a la rodilla de un muñeco de madera y tela.

«Cuando esté seguro de que no los vais a matar o a hacer más daño del que traen. —Y entonces don Francisco me ha corregido lo que estaba haciendo—. Demasiado apretado; la sangre circularía mal y el nudo acabaría por soltarse por la presión.»

Él mismo lo ha soltado y me ha ordenado que volviese a hacerlo.

Alba se ha reído por lo bajo aunque la diversión le ha durado poco, porque el suyo no estaba mejor. Me he aplicado con ganas. Iba a darle en las narices con mi vendaje a esa sabionda. Pero estaba demasiado flojo. Y luego mal trenzado. Y después he usado demasiada tela, y más tarde he cerrado mal el nudo...

Es extraordinaria la cantidad de formas en que se puede vendar mal una pierna, y creo que nosotras las hemos probado todas. Quizá mañana, o pasado, demos con la adecuada. Don Francisco se ha crispado sobremanera con nuestra torpeza, que, ha asegurado, le sacaba de quicio. Y la verdad es que lleva cierta razón... Somos señoritas de bien, como dice mi madre, y el único trabajo manual que se nos permite es agitar el abanico. Algunas, como mucho, tocan el piano o pintan acuarelas, pero hasta para peinarnos o atarnos los cordones de los botines tenemos a alguien del servicio que se encarga de ello. Y ahí no va a ser así. Nadie hará nada por nosotras. Nos ha quedado bien claro desde hoy.

25 de junio de 1920

Parecía imposible, pero todas lo hemos conseguido y nuestros vendajes de piernas, rodillas y tobillos son correctos, que es la forma que tiene don Francisco de decir que están bien. No es un hombre muy prolijo en halagos. He de reconocer, con dolor, que Alba ha sido la primera en dominar los vendajes y bien que ha presumido de ello, como un palomo en celo.

En el empeño nos han ayudado un par de hermanas de la Caridad y una de las enfermeras profesionales. A la mayor de las monjas, sor Asunción, la llaman a sus espaldas «sor Titulada», porque es la única que también es enfermera profesional. Ella se ha encargado de formar a las demás hermanas y, por lo que parece, es muy competente y una especie de jefa oficiosa del personal del hospital, solo por debajo de doña Carmen Angoloti. Ahí, en esa clase, con sor Titulada y sus dos ayudantes, me he dado cuenta de algo que tenemos que aprender y que no está en el temario ni en las prácticas: paciencia y cordialidad, como ellas están demostrando de sobra con nosotras.

En las clases teóricas, con la inestimable ayuda de Paquito, hemos comenzado el estudio del cuerpo humano, que resulta mucho más divertido que la historia de la Cruz Roja. En las prácticas hemos pasado a las extremidades superiores. Con la experiencia adquirida con los primeros vendajes, estos han resultado más fáciles. Aunque no para todas.

La chica que se había quedado mirando al coro de la capilla tan fijamente, Avelina, es la más joven y lo pasa muy mal en las clases. Es muy tímida y nerviosa, y cuando don Francisco grita o nos regaña, la pobre se echa a temblar. Y si tomar apuntes con las manos temblorosas es difícil, hacer un vendaje es prácticamente imposible.

Hace un par de días, después de comer, volvía al aula a coger un libro cuando oí un llanto en una clase vacía cercana. Era Avelina, que lloraba encogida en el suelo. No me vio y estuve tentada de darme la vuelta, pero entonces pensé en Inés. Ella se habría acercado y le habría preguntado qué le pasaba, la habría abrazado y consolado, y habría intentado ayudarla. Yo no soy Inés, así que lo hice a mi manera.

«Don Francisco es un lerdo», le dije nada más sentarme a su lado.

Una vez se repuso del susto por mi repentina aparición, me respondió:

«La culpa es mía; soy muy torpe y me cuesta mucho entender las cosas», me dijo señalando el tema en el manual.

«¿Qué es lo que no entiendes?»

«Nada. Todo este asunto de los tejidos, las células, los huesos, los músculos, los nervios... me puede.»

«Es normal que los nervios te pongan nerviosa. —Es un chiste horrible, ya lo sé, pero conseguí que se animase un poco. Ya era algo. Cogí su manual—. No puedo aclararte todo a la vez, pero podemos ir una a una con tus dudas. Dime qué es lo primero que no entendiste.»

Se tranquilizó y comencé a responder a sus preguntas. No eran temas muy complicados y me di cuenta de que explicar algo así, cara a cara, con ella preguntando cada cosa que no entendía y yo adaptándome a ella, es mucho más fácil que explicar lo mismo a todas nosotras a la vez, como hace don Francisco.

Al día siguiente Avi, que es como he comenzado a llamarla, me buscó para preguntarme nuevas dudas. En lugar de quedarnos en la escuela me dijo que fuésemos hasta el hospital.

«Pero si aún no podemos entrar allí», dije.

«Y no entraremos al edificio, sino al patio; ven.»

Atravesamos el arco de entrada y pude ver que el hospital son cuatro pabellones separados, largos y rectangulares, repartidos en torno a un gran patio central, como los cuatro lados de un cuadrado al que le faltasen las esquinas. Del frontal, el único que se ve desde la carretera de Aceiteros, sobresale hacia el interior el cuerpo de la capilla.

El patio grande, con espacio suficiente para que aparquen los automóviles y los carruajes delante de los pabellones, y setos, plantas y arbolillos alrededor de los caminos, incluso tiene varios cedros altísimos, de follaje denso y oscuro, con bancos para sentarse a su sombra. Junto al arco de entrada hay un pequeño jardín vallado donde juegan los niños del pabellón infantil.

Ese pabellón, que es el frontal, tiene dos alturas y un semisótano. Los demás, contruidos con el mismo ladrillo rojo, son más bajos, con solo un piso y el semisótano. Cada pocos metros, su muro sobresale un poco, como si la obra estuviese sostenida por unos grandes contrafuertes con un ventanuco en medio. Avi me dijo que, por si lo necesitaba en algún momento, ahí están los servicios y que podemos entrar y usarlos.

Nos sentamos bajo los cedros mientras algunas de nuestras compañeras paseaban por allí distraídamente en busca de algún médico con el que coquetear.

Avi ya no le tiene miedo a la parte teórica, porque había visto lo fácil que es aclararse con un poco de tranquilidad. La práctica de los vendajes es lo que le preocupa de verdad.

«Pues practiquemos —le dije—. Podemos coger vendas en la escuela.»

«Pero no tenemos maniquí...»

«Tenemos algo mejor.» Y le tendí mi brazo.

Fuimos a por las vendas y nos reímos ensayando vendajes en nuestros brazos, aunque me dejó sin sensibilidad en los dedos durante unos minutos de tan fuerte que me apretó uno. Al final de la tarde había mejorado bastante. Avelina no es torpe, su problema es que le pueden los nervios.

Hoy se nos ha unido Inés, que también tenía algunas dudas, y nos hemos divertido practicando vendajes unas en otras mientras descansábamos en un banco del jardín. Desde el otro lado del patio, Alba se nos ha quedado mirando. No con ira ni con desprecio, como suele ser habitual en ella, sino con algo parecido a la pena. En cuanto ha notado que la había visto se ha ido a toda prisa. ¿Envidiará nuestra amistad? Si es así, le está bien merecido.

1 de julio de 1920

Amo los libros. Siempre me han dado mucho a cambio de muy poco. Placer y conocimientos. Me transportan a lugares lejanos en el espacio y en el tiempo. Me ayudan a conocer el alma y la mente de personas extraordinarias. Me han enseñado a pensar y a entenderme mejor a mí misma y a los demás. Y ahora, además, me han enfadado. Y no mucho, sino muchísimo.

Te copio aquí, diario, palabra por palabra, este maravilloso texto que he encontrado en nuestro manual de enfermeras:

No citamos puntos de inserción por no pedirlo el programa oficial y además no ser necesario el conocer por la enfermera y sería fatigar su mente.

No solo la sintaxis es desastrosa sino que insinúa claramente que las mujeres somos tontas. Y ahí no se queda la cosa. Hay más. El manual está lleno de expresiones como «para que pudiera seros más fácil comprender», «no conceptuamos interés para la enfermera», «asunto

que solo interesa al médico», «esto sí puede estar al alcance de la enfermera», «no explicaremos a la enfermera lo que solo debe conocer el médico»... Y, por si fuera poco, en otro lado destaca nuestros «encantos y hermosura». Tontas y guapas, así se supone que somos las enfermeras. Y lo peor es que, al considerarnos de tal modo, no entra en ciertos temas que sí serían de nuestro interés y que a nuestros pacientes les vendría muy bien que dominásemos. Eso es lo que me ha indignado más, y así se lo he hecho saber a don Francisco.

«Espero que usted, al menos, nos aclare estos temas», le he dicho.

Me ha sonreído. No sé por qué, pero yo parezco divertirme bastante.

«¿Qué pasa? ¿Le parece gracioso?», le he preguntado en un tono un poco desabrido.

«Señorita De la Gasca, cálmese. Se preparan para ser enfermeras, no doctoras.»

«¿Y acaso no vamos a tratar con pacientes reales con problemas reales?»

«No. Los médicos van a tratar a esos pacientes y esos problemas. Ustedes solo los van a ayudar. Ese es el proceso. El médico ayuda al paciente y la enfermera ayuda al médico.»

«¿Y si hay demasiados pacientes o si el médico no está disponible? Porque la Cruz Roja nació para ayudar en situaciones bélicas y ahí no creo que las cosas estén tan controladas como en este hospital. Además, ¿no tengo derecho a preguntar lo que quiera saber?»

«Contenga esa arrogancia y piense que, por su condición femenina y por el ambiente acomodado del que proviene, quizá no esté preparada para asimilar todos esos conceptos que dice querer saber. Mejor que se atenga a lo que puede hacer, señorita. La medicina no es un juego y, aun con la mejor voluntad de ayudar, se puede hacer mucho daño. Las enfermeras deben ir siempre por detrás del médico.»

Lejos de apaciguarme, me ha exasperado más. Así que he seguido insistiendo hasta que don Francisco ha perdido la paciencia y se ha puesto de tan mal humor como yo.

«¡Pues no, claro que no! —me ha gritado—. ¿Es que no se da cuenta? ¡El hombre y la mujer somos diferentes, nuestros cerebros son diferentes! ¡Por eso hay enfermeras y hay médicos! ¡Y no es culpa mía, sino de la naturaleza!»

«O sea, que está de acuerdo en que las mujeres somos tontas. ¿Opina lo mismo de su mujer y de sus hijas, de su madre...?»

«¡No sea impertinente! Que no sean más inteligentes que los hombres no quiere decir que sean tontas»

Una cosa he de reconocerle a don Francisco: sabe cómo enfadar a una mujer.

«Y no valemos para la medicina, claro.»

«Usted, con esa actitud, me lo está probando.»

«¿Y qué me dice de Marie Curie? ¿Cuántos hombres tienen dos premios Nobel?»

«La medicina es más que intelecto para la química y la física.»

«Hay mujeres que han sido y son doctoras en Medicina.»

«Pocas, y no han destacado especialmente... Y son excepciones a la regla.»

Que un científico diga esa frase me ha sorprendido desagradablemente.

«¿Excepciones a la regla? Pero ¿quién ha inventado esa tontería que todos cacarean como cotorras de circo? La máxima latina es *Exceptio probat regulam*, la excepción pone a prueba la regla, no la confirma. Y es lo que hace la ciencia. Si un hecho, si un solo hecho pone en cuestión la teoría, esta debe ser rechazada y revisada. Usted, que es hombre de ciencia, debería saberlo.» Y lo he conseguido. No convencerlo, sino sacarlo por completo de sus casillas.

«¡Lo único que sé, señorita, es que es usted una arrogante y una impertinente! Dos cualidades que no casan bien ni con la ciencia ni con la práctica de la enfermería. Así que a partir de mañana y durante lo que resta de semana y toda la que viene estará apartada de las prácticas para que reflexione sobre su deplorable actitud.»

«¡No es justo!»

«Tiene razón, que sean esta y dos semanas más.»

Iba a protestar, pero me ha advertido:

«Y le aconsejo que no vuelva a abrir esa boca impertinente con que Dios la ha castigado».

Cuando he llegado a casa mis padres me han preguntado qué tal había ido el día. Les he dicho que, como siempre, muy bien.

5 de julio de 1920

El castigo que me puso don Francisco la semana pasada iba muy en serio. Y así estaré hasta el 19 de julio, sin prácticas... ¡Dos semanas enteras!

Menos mal que tengo unas amigas que son un sol. Inés y Avi, en los ratos de descanso y estudio, sin que nadie nos vea, me cuentan las prácticas y me dejan ensayar con sus cabezas y cuellos, que es la zona en la que están ahora. Esta mañana Avi, con nuestra primera capelina, un vendaje para la cabeza que se hace entre dos personas, parecía una sultana con un turbante grande y amorfo. Hemos tenido que contener la risa y una monja ha estado a punto de descubrirnos. Habrá que buscar un lugar más seguro.

Así que hoy, mientras las demás salían en busca de médicos o a pasear hasta la glorieta de Joaquín Ruiz, nos hemos acercado las tres al hospital. Les he propuesto que nos escondiésemos bajo el coro de la capilla, que a esa hora no habría nadie, pero a Avi no le ha gustado nada la idea. He imaginado que sería por miedo a que las monjas nos descubriesen, así que hemos seguido buscando.

Y entonces hemos descubierto el túnel...

Resulta que los cuatro pabellones del hospital están unidos bajo tierra por el semisótano, que los recorre formando casi un cuadrado perfecto. Escribo «casi» porque se interrumpe justo bajo la capilla.

En los pabellones, a cada lado del pasillo que forma el túnel, hay habitaciones para los enfermos y salas usadas por los médicos. Pero bajo las esquinas, donde no hay nada en la superficie, solo hay cuartuchos que se usan para almacenar material. Un lugar ideal para refugiarnos de miradas indiscretas.

En la esquina cercana a los quirófanos he encontrado un cuarto que parecía abandonado, solo con un par de camillas y camastros desmontados en un rincón. Pero Avi, nada más entrar, se ha quedado quieta y con la mirada fija, como si hubiera visto algo que la asustaba.

«No, mejor aquí no.»

«¿Por qué?»

«Aquí es donde traen a los muertos.»

«¿Cómo lo sabes?», preguntó Inés.

Avi se ha quedado callada un momento, como si le diese vergüenza.

«¿Se lo oíste decir a una monja, a don Francisco...?», ha insistido Inés.

«Prometedme que no os vais a reír.»

«La risa no siempre se puede controlar, pero te prometo que me esforzaré todo lo posible», ha sido mi propósito. Inés me ha mirado con cierto reproche.

«Me pasó por primera vez cuando murió mi abuela —nos ha explicado Avi con pudor—. Yo tenía nueve años. Me levanté por la noche con mucha sed. Bajé a la cocina y, en el pasillo, junto a la que había sido su habitación, la sentí.»

«¿La viste?», ha preguntado Inés asustada.

«No. Solo la sentí. Hasta me pareció oler su perfume y oír su voz, como un susurro muy bajo. Y supe que si quisiera, podría haberla visto. Es como si primero la percibiera con otro sentido, uno ligado directamente al alma, y que ese, a voluntad mía, pudiese convocar a los demás: oírlos, sentir su olor, su tacto... e incluso verlos, pero no me atreví a tanto. Temí que me asustase y no quería sentir miedo de alguien a quien había querido tanto.»

Esa aparición habría ocurrido en la cabeza de Avi y me parece natural. La pobre, aún una niña, echaría mucho de menos a su abuela y esa fue su forma de luchar contra el dolor: imaginar su fantasma, aunque solo fuese un olor. Pero Inés se cree a pies juntillas todo lo que ha contado Avi. Y lo de su abuela, como te podrás figurar, querido diario, no había sido un episodio anecdótico.

«Desde entonces lo he sentido más veces y en otros lugares, la presencia de... no sé cómo llamarlos..., espíritus.»

«Fantasmas —ha dicho Inés, que estaba tan asustada como entusiasmada con la idea—. Eres una médium, te puedes comunicar con los muertos. Mi tía fue a una sesión de espiritismo y habló con nuestro bisabuelo, que había muerto en Cuba.»

«No hables de esas cosas —le ha rogado Avi—, porque ni lo he intentado ni me gusta la idea. Solo sé que tengo esa sensibilidad... Y que en este cuarto ha habido muchos muertos, y que se han ido con dolor y miedo. Por eso no me gusta estar aquí.»

«Estamos en un hospital, es normal que aquí haya muerto gente», he dicho intentando llevar un poco de cordura a la situación.

«Lo sé, y noto esas presencias en muchos lugares.»

«¿Dónde?»

«No sé, en ningún lugar en concreto. Son presencias sutiles, débiles, como suspiros. A veces las noto en otras casas e incluso por la calle, y en algunos parques.»

«¿En los cementerios?» Si a Inés le dan miedo esas cosas, ¿por qué pregunta tanto?

«No, en los cementerios no. El fantasma es la huella de una muerte. En los cementerios no muere nadie, tan solo es donde llevan sus cuerpos.»

Allí hay silencio.»

«¿Y aquí?», ha insistido Inés con ganas de aterrorizarse más.

«En este lugar es diferente. Esa presencia es muy intensa, como un grito... Peor que en cualquier otro lugar del hospital. No puedo estar aquí, de verdad.»

«¿Y aquel día que te quedaste mirando al coro? —le he preguntado—. ¿Fue por algo así...?»

«Fue aún más extraño Sin poder evitarlo vi a una niña pequeña, de cabello rubio, que me miraba fijamente.»

«¡Oh, Dios mío! —ha exclamado Inés, fascinada y temblando—. ¡Un fantasma, un fantasma de verdad!»

«En todo caso, una fantasma, que era un niña —le he corregido—. Y seguro que sería una niña que se había escapado de su pabellón, que está al lado.»

«Nadie más parecía verla y yo noté que estaba y no estaba allí, que cada célula de su cuerpo parecía flotar en una perpetua caída; no lo percibí con la vista, fue una sensación que no pude controlar y que, ya veis, me es difícil describir. Yo no quería verla, ni sentirla, pero ella se me apareció fuera de mi control. Abría la boca como si quisiera decirme algo, o cantar, pero yo no oía nada.»

Entonces he recordado la canción que yo sí había oído y he sentido un escalofrío. Una casualidad, había sido una casualidad, me he dicho... y me sigo diciendo.

«Y así estuvo hasta que nos fuimos —ha continuado Avi—, mirándome.» Y nos ha mirado con sus ojos muy abiertos, como si el espíritu de aquella niña también pudiera vernos a través de ellos.

«Yo no vuelvo a pasar por el coro», ha dicho Inés temblando.

Con toda la tranquilidad y seriedad que he podido reunir, le he preguntado a Avi:

«¿La has vuelto a ver?».

«No, aunque evito pasar por allí, y cuando vamos a misa nunca miro hacia el coro.»

«Yo tampoco pienso mirar —ha dicho Inés—, y vámonos de aquí cuanto antes, por favor.»

«De acuerdo, busquemos otro lugar.» Todo aquello me parecía una tontería, pero las dos estaban aterrorizadas y yo también estaba comenzando a asustarme.

Al final del día, gracias a sor Titulada, he sabido que aquel cuarto había sido usado como depósito de cadáveres durante una epidemia.

También le he preguntado si en el hospital había muerto alguna niña rubia.

«¿Por qué? ¿La has visto?»

Esa reacción, debo reconocer, me ha inquietado bastante.

«En el coro», he mentado.

«No eres la única; aunque una religiosa no debe creer en espíritus y fantasmas, a ninguna de nosotras, ni a las enfermeras, nos gusta pasar por allí de noche. Dicen que esa niña fue la primera en morir en el hospital; tenía una voz preciosa y le gustaba mucho ir al coro. Algunas la han visto y otras la han oído cantar.»

Aunque intento no creer en fantasmas, no puedo evitar cierto estremecimiento al pensar en esa niña y pasar cerca de ese lugar... Y espero no volver a oír esa cancioncilla nunca más.

Al final hemos dado con un cuarto que usan para guardar trastos en un rincón del túnel, cerca de la escalera que da al arco de salida. Nada más entrar, Inés le ha preguntado a Avi con aprensión:

«¿Y aquí?».

«Aquí apenas siento nada», ha dicho.

«Entonces no hubo muertos, o son discretos y educados», he bromeado para ver si así nos sacudíamos el miedo de encima. Luego las he apremiado, porque ya habíamos perdido demasiado tiempo.

«Venga, vamos con los vendajes.»

Y allí abajo, entre muebles arrumbados, lámparas estropeadas y sábanas raídas, por fin hemos podido practicar con tranquilidad, lejos de don Francisco... y de los fantasmas.

8 de julio de 1920

Ya han pasado varios días más y don Francisco sigue enfadado conmigo. Antes siempre respondía a mis preguntas con amabilidad. Ahora se limita a decirme desdeñosamente: «No es asunto suyo, señorita», y sigue con la lección.

A través de una de las enfermeras profesionales he descubierto que en nuestra escuela hay una pequeña biblioteca de Medicina. Hoy, al acabar las clases, he ido allí para resolver unas dudas del tema con el que estamos, que tiene que ver con las enfermedades y que se toca con demasiada ligereza en el manual.

La biblioteca es tan pequeña y tiene el techo tan bajo que parece que estés dentro de un cajón. No hay más que un par de mesas con lámparas de lectura. Los estantes rebosan de libros y revistas médicas, y da la sensación de que en cualquier momento van a caerse y aplastarme. He dejado a un lado mi manual y el vademécum, y me he puesto a consultar libros y tomar notas. Pero cada respuesta que encontraba me llevaba a una nueva pregunta, y si conseguía responderla aparecía no una más, sino otra docena de nuevas cuestiones aún más interesantes.

A Inés y a Avi les cuesta memorizar los nombres de huesos, músculos, nervios y demás estructuras, tejidos y glándulas; y ya no digamos los de las enfermedades y lesiones que pueden afectarlos. Y aún no hemos profundizado en ellos, porque aquí he descubierto que tras cada nombre de nuestro manual, tras cada pequeño concepto, se esconden muchísimos más detalles. Creo que si a mí me cuesta menos aprenderlos es porque me resultan fascinantes, como los escenarios y los personajes de una buena novela. No me parecen menores los misterios de la glándula suprarrenal o los de los de los ganglios del sistema nervioso periférico y todos sus nervios motores y sensitivos que los de las novelas de Doyle y Leroux. Y esternocleidomastoideo, secretina o escápula son nombres que se me antojan tan atractivos como Heathcliff, Emma Bovary o Ana Ozores.

Entre aquellos libros me he sentido como una exploradora extraviada en la Amazonia; todo era fascinante, pero no sabía ni a dónde iba ni de dónde venía. He decidido volver al origen y repasar el texto del manual que había desencadenado mis primeras dudas. Al ir a cogerlo ya no estaba a mi lado, sino en la mano de una dama enfermera que acababa de entrar.

«¿Se le queda pequeño el manual?», me ha dicho doña Carmen Angoloti con severidad.

He temido que me fuese a caer otra reprimenda, y ya tenía bastante con las de don Francisco. Así que he agachado la cabeza y murmurado:

«No, señora, solo he venido a resolver una pequeña duda».

Doña Carmen ha dejado el manual y cogido mi cuaderno de notas. Se ha debido de sorprender bastante al ver la cantidad de palabras, diagramas y dibujos que hay en él.

«¿Pequeña? —Al ver que no le respondía y que ni me atrevía a mirarla, ha dicho—. No se ponga nerviosa, me parece muy bien.»

Me he atrevido a devolverle la mirada.

«El doctor Calatraveño, el fundador de este programa de estudios — al nombrarlo se ha persignado, por lo que supongo que ese buen señor habrá fallecido hace poco—, no estaba muy de acuerdo con los manuales. Decía que son como intentar meter el océano en un cubo de agua. Él solo planteó los temas y quería que los preparásemos con los mismos libros y publicaciones que usan los médicos, como usted está haciendo ahora. Así que no la entretengo más. Siga, por favor.»

Su aprobación ha sido lo mejor del día. He vuelto a casa encantada, en una nube, y no me he dado cuenta de lo tarde que era hasta que he visto al sereno, con el chuzo y el farolillo, anunciar a un vecino el buen tiempo que haría esta noche. Lo he saludado y he llamado al timbre. Me ha abierto Dorotea, nuestra ama de llaves, y me ha mirado como si hubiera visto una aparición. Eso no anunciaba nada bueno y en cuanto he cruzado la puerta me he encontrado a mi familia alarmada y furiosa por mi tardanza. La escena ha sido un galimatías de gritos y acusaciones.

«Estaba en la biblioteca y se me fue el santo al cielo.» Es una delicia poder defenderse diciendo la verdad, sin tener que usar evasivas, inventar excusas o enredar a mis amigas para que mientan por mí. Ojalá me ocurra más veces.

«¿En la biblioteca? ¿Tú? Si hace poco ni querías hacer el curso», ha dicho mi madre.

«Sabemos dónde has estado, no mientas», ha dicho mi padre.

«¿Y dónde se supone que he estado?»

«Con Javier», ha dicho mi madre.

He pensado que se habían vuelto locos.

«¿Qué? Pero si ni siquiera sé dónde está.»

«Está en la ciudad, tu hermana lo ha visto, ¿a que sí, Ana?» Mi madre ha mirado a mi hermana para que se lo confirmase.

«Me lo encontré en el Barbieri esta tarde.»

«Pues, si os place, podéis llamar a doña Carmen Angoloti y preguntarle a ella, porque estuvo conmigo en la biblioteca.»

«No vamos a importunar a una duquesa por algo así», ha dicho mi madre.

Me pareció curioso recordar que doña Carmen es una duquesa. En el hospital, con su uniforme, es una más. Y no parece pretender otra cosa.

Hoy, querido diario, me iré a la cama con dos cosas en la cabeza:

La primera, lo injustísima que es la vida. Con lo fácil que siempre me ha sido mentir, para una vez que digo la verdad, no consigo que la crean.

Hasta me han castigado: nada de teatro ni de paseos de fin de semana en un mes. Los castigos comienzan a ser una constante en mi vida.

La segunda, y la mejor, es que Javier está en la ciudad.

15 de julio de 1920

He consagrado estos días a hacer que el castigo de mis padres sea un poco más justo: ya que me lo impusieron por verme con Javier cuando no lo había hecho, decidí verme con él en realidad. Y no era una tarea fácil. Tenía órdenes de volver a casa nada más finalizar las clases y no tenía ni idea de dónde estaría él.

Lo primero fue conseguir más tiempo. Al día siguiente, que ya era viernes, busqué a doña Carmen Angoloti y le hice saber del enfado de mis padres porque me había quedado en la biblioteca y llegado tarde a casa. Ella, muy amable, les escribió una nota pidiéndoles que me autorizasen a estar un par de horas allí en beneficio de mis estudios. Mi madre, cuando vio la carta firmada por la duquesa de la Victoria, casi se desmaya. A mí me costó aguantar la risa.

Lo siguiente fue hacer llegar una nota a Javier. Para ello me ayudó ese mismo fin de semana Margarita, la hermana mayor de Inés. Ya es dama enfermera de primera y sirve en el Hospital Militar de Carabanchel a las órdenes de un médico, don Santiago Vallehermoso, con el que no tardará en anunciar su compromiso. A Margarita no le costó hacer unas cuantas preguntas para saber que la escuadrilla de Javier partiría de Madrid hacia el aeródromo de Los Alcázares, que está en Murcia, mañana mismo por la mañana. Pero Margarita no podía saber si Javier había recibido mi mensaje ni hacerme llegar su respuesta.

En la nota invitaba a Javier a verse conmigo en la glorieta de Joaquín Ruiz a las seis de la tarde del lunes pasado, cuando yo saliese del hospital. Y que, si no llegaba, ahí también lo esperaría los siguientes días.

Y allí me planté al finalizar las clases, con la incertidumbre de si Javier podría venir a verme. Inés y Avi se ofrecieron a acompañarme. Como no sería muy correcto que tres muchachas se quedasen mucho tiempo paradas en el mismo lugar, paseamos alrededor de la fuente y por las calles cercanas mientras conversábamos. Estuvimos así casi dos horas hasta que llegó la hora de regresar a nuestras casas.

Al día siguiente, el martes, conseguí algo de dinero, para lápices y papel, dije, y lo usé para comprar unos barquillos con que entretener la

espera. El miércoles, al ver a un par de enfermeras profesionales sentarse en la terraza del Chumbica, nos atrevimos a hacer lo mismo. Se ve que algunos uniformes, como este, en lugar de quitarte libertades te las dan, porque jamás se me habría ocurrido hacer una cosa así, sin acompañante masculino, pero allí no les pareció nada raro que unas enfermeras se sentasen solas a tomar algo. Con los treinta céntimos que llevaba pudimos pedir tres de sus célebres cafés de recuelo con puntas; la fama, como puedes suponer, mi querido diario, les viene por baratos. Tampoco ese día hubo suerte con Javier.

Y hoy, jueves, el último día antes de su partida, estábamos paseando con nuestros barquillos, a eso de las seis y media, hablando de Dios sabe qué, cuando he oído su voz. Y lo he visto, guapísimo, corriendo hacia mí. Me he abandonado en sus brazos y él me ha abrazado mientras me besaba; he sentido que volaba y, del mareo de felicidad, casi me caigo al suelo. Sabía que Inés y Avi habrían querido que se lo presentase, pero tal arrebató por nuestra parte ha hecho que se sintiesen azoradas y, cuando me he separado de él, mis discretas y veloces amigas ya no estaban por allí.

Hemos ido a tomar un refrigerio en el Chumbica. Me hubiera gustado que pasase por allí Alba para que se muriera de envidia viéndome con un hombre tan guapo. Luego hemos dado un largo paseo hasta las cercanías de mi casa. Yo le he hablado de mis estudios y él de lo aburrida que es su vida en la base aérea, y cada vez que pasábamos por un lugar recogido, sin gente alrededor, aprovechábamos para volver a besarnos y acariciarnos. Antes de entrar en casa he tenido que dedicar un momento a recomponerme el pelo y la ropa. Nos hemos despedido jurándonos amor eterno y él me ha explicado cómo hacerle llegar cartas a cualquier lugar en el que esté destinado.

He entrado en casa temerosa de ser descubierta, pero ni mis padres ni mi hermana han notado nada. Por fuera seguía siendo Laura, la tranquila y esforzada estudiante de Enfermería, pero por dentro ardía. Y así es como aún me siento, querido diario. En llamas.

16 de julio de 1920

Ayer fue un día extraordinario, de los mejores de mi vida. Hoy ha sido horrible. De los peores. Y no solo porque Javier se haya ido, sino por culpa de esa mal nacida de Alba.

Hoy terminaba mi castigo y el lunes por fin podría volver a las prácticas. De camino al cuarto del túnel, donde Inés y Avi me iban a explicar la lección de hoy, nos hemos cruzado con Alba, que nos ha mirado con cierta suspicacia. Como ella es siempre así de desagradable, no le he dado demasiada importancia.

Estábamos con los vendajes del tronco, lo que era muy divertido porque parecía que me querían momificar, cuando se ha abierto la puerta y ha entrado don Francisco. Se ha enfadado muchísimo. Me había saltado su castigo y había arrastrado a dos buenas alumnas a infringir las normas y la disciplina de la escuela. Al salir he visto a Alba; nos había delatado, estoy segura.

Don Francisco nos ha llevado ante el señor Nogueras, el director, que aún tenía el delantal manchado de sangre por una operación, y ante él ha insistido en la gravedad de nuestra conducta. Mi castigo ha aumentado a otras cuatro semanas y, lo peor, Inés y Avi también han sido castigadas. Aunque no como pretendía don Francisco.

«¿Las castiga sin prácticas? —se ha sorprendido el director—. No no... De ese modo, los que acabarían pagando por las travesuras de estas jóvenes son nuestros pacientes. —A don Francisco no le ha hecho mucha gracia—. Además, el motivo de su mala conducta es que no querían dejar de aprender, lo cual no deja de ser un buen motivo.»

Me está empezando a caer muy bien don Víctor Manuel.

«También deben aprender disciplina», ha insistido don Francisco.

«Estoy de acuerdo. Pero se ha de castigar su desobediencia, no su interés. Se quedarán sin descansos ni paseos y deberán comer en el aula, no con las demás. Podrán usar ese tiempo para el estudio, ya que tanto parece gustarles. Pero no las deje sin prácticas.»

Inés, qué ingenua, ha dicho que así tendríamos más tiempo para estudiar. Pero creo que la clemencia del director ha molestado a don Francisco, que se esperaba una sanción mayor. Y temo que nos lo haga pagar.

19 de julio de 1920

Discúlpame si parezco orgullosa o engreída, querido diario, pero por una vez le he enseñado una lección a don Francisco: aunque sea mujer, soy más fuerte de lo que él pensaba. Me da igual que no responda mis preguntas, porque puedo consultarlas en la biblioteca. Y me da igual que

deshaga todos mis vendajes y apósitos, o que me intente dejar en ridículo ante todas las demás con sus críticas. Los vuelvo a hacer, una y otra vez, y mi victoria está en que él sabe que cada vez están mejor. Pero el muy desgraciado ha encontrado mi punto débil.

Primero lo intentó alabando a Alba y contraponiéndola a mí. La buena alumna y la mala alumna. Ella está encantada y no para de restregármelo por las narices, pero me da igual. No estoy en este curso para ganar a Alba, sino para conseguir a Javier. Ese tampoco es mi talón de Aquiles. Lo son mis amigas.

Inés soporta bien las críticas y los desplantes. «Cuanto más nos haga practicar, mejor lo haremos», dice con una candidez que ahora encuentro admirable.

Con Avi es diferente. En las clases teóricas se sienta hacia atrás y no se atreve a preguntar nada por perdida que esté. Y en las prácticas lo pasa muy mal. Le vuelven a temblar las manos cuando se le acerca don Francisco y eso hace que él la reconvenga con más ahínco. Hoy no ha aguantado más, ha tirado las vendas y los preparados al suelo y ha salido corriendo de clase. Yo he ido detrás al momento.

«Si esa es la fortaleza que tiene, no sé adónde pretende llegar», le ha dicho don Francisco.

Me he encontrado a Avi sentada sobre una pila de ladrillos, llorando junto a un edificio en construcción. Me he puesto a su lado, le he pasado el brazo por encima del hombro y la he invitado a llorar sobre mi delantal. Inés se nos ha unido al acabar la clase.

«Lo siento mucho —les he dicho—, es culpa mía. Si no fuese tan cabezota, si no tuviese este carácter...»

«No, tú no has hecho nada... Es don Francisco», ha dicho Inés.

Avi ha tardado en hablar. No me culpa de nada. Solo que ella, así, no aguanta. Que tiene pesadillas con las clases y que se le acelera el corazón solo con pensar en asistir cada día. He intentado animarla, pero ha sido imposible. Poco podemos hacer ante don Francisco. Más bien nada. Es el médico, el profesor, y nosotras unas simples aspirantes a enfermeras o, como a él le gustaría pensar, unas mujeres.

La clave de una conciencia tranquila es saber mentirse a una misma, y aunque hasta hoy se me había dado igual de bien que mentirles a los demás, ya no soy capaz. Lo que le pasa a Avi es mi responsabilidad. Y no sé qué hacer, querido diario. De verdad que no sé qué hacer...

22 de julio de 1920

Estoy preocupadísima. Es el tercer día que Avi no va a clase. Don Francisco nos ha contado que su madre llamó para decir que estaba enferma. Inés y yo estamos seguras de que su enfermedad, real o fingida, se debe a la crisis que estalló el otro día. Hemos decidido que, si mañana no regresa, iremos el fin de semana a verla.

24 de julio de 1920

Ayer Avi tampoco fue a clase, así que hoy, aprovechando que es sábado, Inés y yo hemos ido a su casa. Nos ha sorprendido que nos abriera la puerta una señora muy bien vestida y arreglada, doña Amalia, su madre.

«Disculpad, hoy hemos dado día libre al servicio —nos ha dicho tras las presentaciones—. Ahora mismo aviso a Avi; seguro que le alegra vuestra visita.»

Y nos ha dejado solas en el vestíbulo. La casa es grande y hubo un tiempo en que fue elegante. Se nota el desgaste en los muebles y las paredes, y se ve que no la limpian con toda la frecuencia que se debiera. Y doña Amalia, con toda su educación y cortesía, estaba incómoda con nuestra visita. Avi, a pesar de que ya eran casi las once, ha aparecido en bata, sin arreglar y con el pelo revuelto.

«¿Por qué habéis venido?», nos ha dicho con una aspereza nada habitual en ella.

La conversación ha comenzado con mentiras prudentes. Que si nos preocupaba su salud, que cómo estaba, y ella que si había tenido fiebre, que ya estaba mejor pero que no se encontraba con fuerzas para salir... Pero hemos acabado por reconocer la verdad: que estábamos allí porque temíamos que lo quisiera dejar y ella nos ha confirmado que así era. No soporta la idea de volver con don Francisco, pero tampoco se atreve a decirles a sus padres que no es capaz de continuar el curso. También allí, en casa, se ve atrapada. Y su enfermedad, que había nacido fingida, se está haciendo real. Estaba pálida, temblaba, tenía el pulso acelerado y hasta le he notado un poco de fiebre. Le he cogido las manos con fuerza.

«Vamos a hacer una cosa. El lunes vas a venir al hospital, como siempre, y yo me encargaré de que don Francisco te deje en paz. Y si te vuelve a regañar de esa forma tan injusta, yo misma hablaré con tus padres para explicarles lo que pasa.»

«¿Y cómo vas a hacerlo?»

«No te preocupes. Te juro que no volverá a meterse contigo.»

Nos ha costado, pero al final se ha comprometido a regresar. De vuelta a mi casa les he preguntado a mis padres por la familia de Avi.

«Don Enrique Bastida, claro que lo conozco. Durante la Gran Guerra invirtió en minas y en ferrocarriles, y le fue bien durante un tiempo. Pero tras el armisticio los capitales extranjeros se fueron de España y lo perdió casi todo. Ahora malvive vendiendo antiguas propiedades —me ha dicho con pesar—. Durante esos años parecía que todos los negocios iban a funcionar. El resto del mundo estaba en guerra y España era un lugar ideal para las inversiones, pero ahora que ha vuelto la paz a Europa todo el dinero ha regresado allí. Son malos tiempos para este país... Somos muy afortunados, hija. Lo que le pasó a él nos podía haber pasado a nosotros. Ha sido cuestión de azar.»

«Si han metido a tu amiga en las Damas Enfermeras —ha dicho mi madre— es porque apenas tienen para darle la mínima dote. Bastida ya no es un apellido estimado por las buenas familias y esa pobre criatura no encontrará marido entre ellas. Pero un médico o un oficial del Ejército no será tan mirado, y tampoco es mal partido.»

No me ha gustado que hablase de Avi como si fuese una mercancía defectuosa que endosarle a un hombre, pero me he callado. Tengo cosas más importantes en las que emplear mi tiempo que en una discusión con mi madre.

Llevo horas dándole vueltas a lo que le he dicho a Avi. «Te juro que no volverá a meterse contigo.» Muy fácil decirlo. Pero otra de mis mentiras. Porque no tengo ni idea de qué voy a hacer para conseguirlo.

25 de julio de 1920

Hemos ido a la misa del Apóstol y hasta he pedido consejo en mis rezos, pero Nuestro Señor ha preferido ejercer eso tan bíblico que es el Silencio de Dios.

Ha pasado todo el día y sigo sin saber qué hacer.

26 de julio de 1920

Ya está hecho, querido diario.

Ha sido un día largo y extraño. Anoche apenas pude dormir y cuando ha amanecido aún no sabía qué iba a hacer, solo que lo que pasase hoy cambiaría para siempre la vida de Avi y que dependía de mí. No he podido desayunar por culpa de los nervios y según pasaba el tiempo seguía sin tener respuesta. Jamás me había sentido tan mal.

En mi habitación ya estaba preparado el uniforme de dama enfermera, sobre la cama, limpio y planchado por Dorotea, impecable, como siempre. Y entonces lo he sabido. Sí, eso era lo que debía hacer. Con lágrimas en los ojos he ido a mi armario y he buscado un vestido, uno que me sentase realmente bien. Me he arreglado yo misma la melena, suelta sobre los hombros, y me he maquillado. En el espejo me ha costado reconocermelo. Así eras, Laura. ¿Dónde habías estado?

He salido de casa con cuidado de no ser vista, pues se supone que debería ir con el uniforme puesto y no bajo el brazo. Antes de que comenzasen las clases he ido al despacho de don Francisco.

Él aún no estaba. En las paredes, en lugar de diagramas y motivos médicos, como esperaba encontrar, había planos de arquitecto. Sobre obras para ampliar el hospital. En uno he visto que van a añadir una planta a los pabellones interiores, para que sean tan altos como el frontal, y unirlos entre ellos al construir las dos esquinas del norte, formando una especie de gran «U». Otro plano tenía que ver con un nuevo dispensario, situado unos cincuenta metros calle abajo, también con forma de «U», pero sin un pabellón frontal que lo cierre. En el alzado se ve que va a tener torre muy alta. Esta nueva construcción se comunicaría con el hospital por un túnel que se uniría al nuestro. Y aún había otro edificio más junto al nuevo dispensario: una residencia y escuela de enfermeras, mucho más grande que la nuestra, con siete pisos de altura. Hasta ella también se podría llegar por ese túnel que lo recorrería todo.

Seguía mirando esos planos cuanto ha entrado don Francisco.

«¿En qué puedo ayudarla, señorita?», me ha dicho con amabilidad y me ha invitado a tomar asiento.

Estaba claro que no me había reconocido con el pelo suelto y el vestido. Yo me he limitado a mirarlo fijamente. Se ha llevado una buena sorpresa.

«¿Señorita De la Gasca? Pero ¿qué hace... así?»

He puesto mi uniforme sobre su mesa y le he dicho:

«Aquí lo tiene. Lo ha conseguido. Lo dejo.»

Se ha quedado boquiabierto. Está claro que no se esperaba algo así.

«Pero a cambio debe jurarme una cosa: que dejará en paz a Avelina Bastida y a Inés Santirso, sobre todo a Avelina.»

«Pero usted... No, no puede estar hablando en serio... La medicina le gusta, se nota... Ni siquiera intenta coquetear con nuestros doctores.»

«Se equivoca. Comencé este curso porque mis padres me obligaron. Es el precio que debería pagarles para poder verme con un amigo, por eso no me interesan los médicos. Y por esa misma razón tampoco me importa dejarlo. Pero para Inés y para Avelina las Damas Enfermeras son importantes. No porque busquen marido, sino porque su vocación es ayudar.»

Don Francisco parecía confuso y ha tardado un momento en organizar su cabeza.

«Quizá no tenga vocación, pero tiene talento. Solo debe pulir este... carácter tan impetuoso y terrible que tiene.»

«No soy impetuosa. He estado buscando una solución todo el fin de semana. Y no me importa dejar el curso a cambio de que usted trate mejor a mis amigas.»

Don Francisco ha mirado el uniforme, me ha mirado a mí y ha meneado la cabeza.

«¿Acepta?», he insistido.

«Y si no acaba el curso, ¿cómo hará para ver a su amigo ese?»

«Me apañaré. No se preocupe.»

«No me preocupa, es simple curiosidad.»

«Pues se lo haré saber por carta. Siempre se me ocurre algo.»

«Ya me estoy dando cuenta de que es una mujer de recursos... —Ha cogido mi uniforme—. Que se vaya, haría mi vida mucho más fácil y usted bien que se lo merecería. No es la primera que lo deja, ¿sabe?»

«Lo supongo.»

«Y cuando una lo deja, doña Carmen se lo toma como algo personal. Pasó con todas. Va a sus casas, habla con ellas, con sus familias... Y a veces consigue que vuelvan.»

«Conmigo no lo hará. Y no se preocupe. No le contaré la verdadera razón. Se me da muy bien inventar excusas...»

Don Francisco se ha reído.

«No le estoy hablando de su madre o de una institutriz que cobra por horas, le estoy hablando de la duquesa de la Victoria, de una dama de la reina. No tiene ni idea de las intrigas, componendas y tejemanejes que ha vivido esa mujer en la Corte. Doña Carmen es una buena persona, pero no es tonta. Da igual lo que usted le diga, porque averiguará la verdad.»

Sabe captar la mentira como un perro olfatea la carroña a kilómetros. A veces me da la sensación de que esa mujer está a un paso de poder leer la mente. Y usted, además, con su actitud y con lo que le gusta ir a la biblioteca y hacer prácticas fuera del horario, ha llamado su atención. No solo la visitará en su casa, la asediará.»

Don Francisco ha puesto el uniforme en mi regazo.

«No quiero problemas con ella, así que se pondrá esto y volverá a las clases.»

«¿Y Avelina e Inés?»

«Me esforzaré en tratarlas mejor, pero con usted no tendré esa delicadeza.»

«Me parece bien.»

Don Francisco se sentaba mientras yo me levantaba para irme.

«Espere. —Me volví a sentar—. No quiero que piense que esta es la única razón por la que cedo ante usted. No me gustaría que me viniese con otros faroles como este.»

«Le juro que no era un farol.»

«Razón de más para lo que voy a decirle... Nunca he dudado de su capacidad ni de su interés, pero sí de su idoneidad. El orgullo y el egoísmo no van bien con una actividad que se basa en servir. Y ni doña Carmen, que es duquesa y dama de la reina, tiene tanta prepotencia como la que usted ha mostrado conmigo este mes. Se ha aplicado, ha luchado y ha aguantado en silencio..., pero no porque haya aprendido a contenerse, sino por orgullo. Y en ningún momento se le ha ocurrido disculparse.»

Me ha dejado sorprendida. ¿Todo se reducía a que don Francisco quería que le pidiese perdón?

«Lo siento mucho, pero en nuestra discusión sobre el manual solo le dije lo que pensaba.»

«No quiero que se disculpe por sus ideas, sino por sus modales. Estaba tratando con un profesor, con su superior... El respeto, la disciplina y la humildad son muy importantes, no solo en una enfermera, sino también en un médico como yo. A mí nunca se me ocurriría tratar de ese modo a doña Carmen ni al señor Noguerras, porque son mis superiores.»

«Ya veo... En ese caso, le pido disculpas por cómo le traté.»

«Llegan tarde y no sé si con mucha sinceridad. —Me había pillado—. Sé que es algo que tendré que seguir trabajando con usted y me alegra ver que hoy, por fin, ha dado un paso. Con este gesto, con la oferta de su renuncia, me ha mostrado que es capaz de sacrificarse y de pensar en

otros antes que en usted misma... Creo que si además se esfuerza en corregir ese atroz carácter que tiene, puede llegar a ser una buena enfermera.»

«Muchas gracias», le he dicho con total sinceridad. Aquello era lo más cerca que don Francisco había estado de un halago. Iba a salir cuando ha vuelto a llamar mi atención.

«Espere, espere. Aún no he acabado.»

Madre mía, este hombre, una vez que coge confianza, no tiene parada. Así no me iba a dar tiempo de vestirme y llegar a clase.

«Si de verdad quiere ayudar a su amiga, la señorita Avelina Bastida, haga algo por su templanza. En la práctica clínica se encontrará con circunstancias de mayor tensión que las que yo le provoco, y vendrán tanto de las situaciones como de los pacientes o de los médicos y sus superiores. Esa joven necesita una fortaleza que no tiene. Quizá que ella lo dejase no sería tan mala idea. No le hace ningún favor.»

«Una fortaleza es fácil de derribar cuando aún está en construcción —le he respondido—. Los muros de la mía son ya sólidos, mientras que los de Avelina aún son débiles, sin cimentar; pero estoy segura de que si la ayudamos, y sé que usted puede hacerlo, acabarán por ser robustos. Ella es mucho más humilde y compasiva que yo, y tiene verdadera vocación... Se merece una oportunidad.»

«Dios mío, usted siempre tiene algo más que decir...», ha dicho en un suspiro.

«Gracias.»

«No es un halago... —Con un gesto me ha autorizado, por fin, a salir de allí—. Puede cambiarse en el vestidor de las enfermeras profesionales. Está al final del pasillo, saliendo a la izquierda, mi izquierda. La espero en el aula de prácticas.»

Me he cambiado a toda prisa y recogido el pelo en la cofia como he podido. En la calle ya hacía calor y la carrera hasta el edificio de la escuela me ha hecho llegar sofocada y sudando. La clase ya había comenzado. Estaban calentando unas cataplasmas que aplicaríamos sobre nuestros estoicos maniqués. Don Francisco me ha mirado con mala cara, como si la conversación que acabábamos de tener jamás hubiese ocurrido, y me ha reconvenido por llegar a esa hora y con esa facha. Ha seguido siendo igual de rudo y exigente conmigo, pero con Inés y especialmente con Avi ha estado muy amable.

Al final del día Avi se me ha acercado, con las manos aún calientes de preparar tantas cataplasmas, me ha abrazado y me ha dado un beso

enorme en la mejilla.

«No sé qué has hecho, pero gracias. Eres la mejor.»

Por primera vez he sabido qué es que se te empañen los ojos con lágrimas de alegría. Creo que no me había sentido más feliz en mi vida. Y ahora, para cerrar este día de forma perfecta, voy a escribirle una carta a Javier.

27 de julio de 1920

Esta mañana he enviado la carta y, ya más tranquila, de regreso de la escuela, he buscado a mi padre para preguntarle por los planos que vi en el despacho de don Francisco.

«Usted está en la Junta del hospital, ¿no?»

«Bueno, está mi dinero; yo nunca he ido por ahí. Será mejor que le preguntes a tu madre. Ella ha asistido a algunas reuniones, aunque nunca ha visto a la reina, que es lo que creo que más le apetecía.»

Tendría que haberlo supuesto y comenzado por ahí.

«Madre, ayer, casualmente vi unos planos del hospital...»

«A saber a qué le llamas tú “casualmente”...», me ha dicho.

«Parece que van a ampliarlo; solo quería saber cuándo van a empezar las obras.»

«Va para largo... Y suerte tendremos si no lo cierran.»

Me ha dejado helada. ¿Cerrar el hospital?

«¿Por qué?»

«Doña Adela Balboa, a su muerte, donó buena parte de sus bienes para fundar una institución donde atender a los más necesitados. Lo único que pidió a cambio es que se llamase de San José y Santa Adela, el nombre de su padre político y el de ella misma. Pero una de sus herederas, doña Blanca Gómez Balboa, lleva años pleiteando para impugnar el testamento y aumentar así su herencia. Hasta ahora los tribunales han desestimado su demanda, pero ella sigue insistiendo. Y hasta que se resuelva ese pleito no se podrán hacer más obras... Hace tiempo que ya no voy por las reuniones de la Junta, pero sé que para doña Carmen y el doctor Nogueras esa mujer es un quebradero de cabeza. Ellos luchan por ampliar el hospital y la labor de la Cruz Roja, y esa mujer está empeñada en echarlo todo por tierra.»

Por un momento pensé que si doña Blanca se salía con la suya y lo cerrase, podría ver a Javier antes. Pero la labor que hacen allí con los

pobres es importante. Esa gente lo necesita... y yo puedo esperar unos meses más.

19 de agosto de 1920

Sé que te he tenido abandonado, querido diario, pero han sido días de esfuerzo y trabajo. Y con el calor del verano azotándonos aún se hace más oneroso. La cofia algo protege del sol, pero creo que el uniforme debería incluir un abanico.

Un poema, una novela, una obra de teatro... te pueden gustar o no, pero un hecho es un hecho y no se puede negar su existencia si es mostrado con claridad. Y lo bueno de la ciencia es que no está sujeta a criterios de valor. Si una medicina cura, curará por poco que les guste a sus detractores. Y si una estudiante se sabe la materia y sus vendajes, apósitos y curas están bien hechos, habrá que reconocerlo, por mucho que le cueste a su profesor.

«Bien, señorita De la Gasca —me dijo un día don Francisco con frialdad ante un vendaje de inmovilización bastante complicado. Mi gesto de triunfo debió de ser tal que continuó—: Tampoco se ponga así. Si en el Museo del Prado exhibiesen vendajes, el suyo no estaría. Sin embargo, el de la señorita Torres... —Y pasó a alabar el de Alba, que he de reconocer que no estaba mal, como si fuese una obra de Sorolla.

Pero eso ya ha quedado atrás. Hemos dejado los vendajes, cataplasmas y curas, y hemos comenzado a trabajar con el material quirúrgico. A algunas casi les da un mareo al ver aquellos serruchos, bisturís, pinzas y tenazas. ¿Es que creían que cortar un músculo, serrar un hueso o abrir el esternón se podría hacer con un cuchillito? Luego se tranquilizaron al saber que nosotras no íbamos a estar en quirófano.

«Hay una frontera que separa a las damas enfermeras de segunda de las de primera: la puerta del quirófano», explicó don Francisco.

Nuestra labor sería ordenar, esterilizar y preparar el material de quirófano y, en caso de necesidad, realizar pequeñas cirugías de emergencia en la sala de curas o donde fuese, siempre en compañía de un médico o una enfermera profesional. Esas operaciones serían solo en tejidos superficiales o estructuras de fácil acceso, o hemostasias de urgencia para dejar al paciente listo para la cirugía mayor. Algo tan sencillo, que consiste en detener una hemorragia, pareció marear a algunas, que no preveían tener que enfrentarse a tanta sangre.

Ahora los temas son más complicados y densos. Siempre he tenido la tendencia de dejar todo para última hora, de estudiar antes de que me fuesen a evaluar, pero con Inés y Avi es imposible. Como les gusta que compartamos nuestras dudas, y tienen muchísimas, tengo que llevarlo todo al día con ellas, y lo que en principio me parecía que iba a ser difícilísimo me ha resultado tan ameno y entretenido como el resto.

Y la práctica ha sido lo mejor. Don Francisco nos ha traído unos grandes muñecos de tela a los que teníamos que abrir superficialmente para retirarles unos fragmentos de metralla y luego coserlos. Nos ha dicho que es raro que una enfermera de segunda haga algo así, pero que le apetecía ver hasta dónde podíamos llegar antes de seguir con otras intervenciones más sencillas. Algunas se han puesto muy nerviosas al ver como la tela se deshacía y el contenido del muñeco, una arenilla que simulaba la sangre, se desparramaba por todos los lados, o como la metralla se iba hacia el interior del muñeco y no eran capaces de alcanzarla. Por no hablar de que algunas incisiones parecían tajos dados con un alfanje. Al principio todo eran nervios y pequeños gritos ahogados, pero al final hemos acabado riéndonos. Hasta don Francisco lo ha hecho y, por una vez, le he visto bromear de buen humor. Al llegar a mi lado se ha quedado muy sorprendido.

«Sé que no lo ha podido practicar en la piel de sus amigas —me ha dicho—. Sus compañeras han sido más letales que la viruela, pero su paciente sobreviviría. Horriblemente desfigurado y con unos dolores insoportables, pero vivo... Me duele decirlo, pero enhorabuena.»

No he podido evitar reírme ante su comentario. Seguro que Alba se ha puesto colorada de furia.

«Afortunadamente, no creo que tengan que hacer algo así —nos ha recordado—. Su cometido será ayudar al médico en esta tarea, pero es bueno que sepan a lo que se enfrenta su superior.»

¡Qué día más estupendo, diario! Al salir he invitado a Inés y Avi al Chumbica, y no a un recuelo, sino a una horchata. Como unas princesas nos hemos sentido.

Había sido todo tan perfecto que, al llegar a casa, esperaba coronarlo con una carta de Javier. Pero no había ninguna. Ya le he escrito tres y aún no he recibido respuesta. Supongo que le habrán tardado en llegar o no podrá responder por algún motivo. Mi padre dice que, a veces, para proteger secretos, el Ejército retiene el correo. Y me figuro que, en un arma tan moderna como la Aviación, debe de haber muchos secretos...

20 de agosto de 1920

Inés y Avi han debido de notar que estoy alicaída por mi falta de noticias de Javier porque no se han despegado de mí en todo el día. Han insistido mucho en que hagamos algo juntas el fin de semana. Al final he aceptado y nos veremos el domingo después de comer.

22 de agosto de 1920

Pensé que mis amigas me llevarían al Retiro o a El Pardo, a pasear y tomar unos barquillos y unas horchatas, pero hacía tanto calor que nos ha parecido mejor el plan de Inés. Desde que lo habían inaugurado, allá por San Isidro, tenía unas ganas enormes de conocer el Real Cinema, en la plaza de Ópera.

«Mi padre dice que es la sala de cine más grande de España», ha insistido con los ojos muy abiertos, como si ya lo estuviera viendo.

Y resulta muy difícil resistirse a sus arrebatos de entusiasmo, así que allá fuimos.

El edificio, ya por fuera, es impresionante: tres plantas, un portalón y unos ventanales descomunales y una torre rematada en algo parecido a un cenador con cúpula. Da la impresión de que es, al mismo tiempo, un edificio muy antiguo, como sacado de Bizancio, y muy moderno. Y por dentro no es menos espectacular.

Hemos ocupado un palco junto a una señora que había traído a su perrito a ver la película. A nuestros pies, el enorme patio de butacas que, según Inés, tiene un millar de asientos. Por encima de nosotras aún estaban el anfiteatro y una terraza superior que multiplican el aforo por tres. Y estaba repleto.

La película era una versión de *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, una novela de Stevenson que me encanta. La han acompañado una pequeña orquestina de cuerda y un piano. La historia sigue, más o menos, la novela, aunque se inventan a un personaje femenino, la prometida de Jekyll. Aun así, he de reconocer que me ha gustado bastante. El actor que interpreta a Jekyll y a Hyde, que es el mismo, hace un trabajo fabuloso cuando se convierte en monstruo delante mismo de nuestros ojos, cambiando solo el gesto, la postura de su cuerpo y la forma de moverse.

Hemos salido muy contentas y he aprovechado para proponer mi parte del plan.

«Estamos muy cerca de la Puerta del Sol. ¿Qué os parece si cogemos el Metro?»

«¿Para qué?»

«¿Adónde quieres ir?»

«A ningún lado. Es solo por saber cómo es ir bajo la ciudad a toda velocidad.»

«Pues será incómodo.»

«Y ruidoso.»

«Por favor, me apetece mucho...», he abusado de que estaban preocupadas por mí y querían animarme y, al poco, estábamos camino del Metro.

Como ellas temían, es incómodo y muy ruidoso. Pero a mí me ha encantado la velocidad, el traqueteo de los vagones, el cambio brusco de luces al pasar por el túnel y entrar en las estaciones, y ese ruido que a ellas tanto les incomodaba. Y me ha sorprendido lo rápido que nos ha dejado en la última parada, la glorieta de Joaquín Ruiz.

«¿Y ahora qué? —ha dicho Inés—. ¿Vamos al Chumbica?»

«No; lo que quiero es ir en Metro, no al café al que podemos ir todos los días. Venga, vamos a cogerlo de vuelta.»

Y así las he arrastrado de un lado a otro durante tres viajes, como si fuésemos un yoyó que recorría su cordel bajo tierra desde la Puerta del Sol hasta Joaquín Ruiz, una y otra vez. Ellas han salido un poco mareadas y cansadas, así que hemos dado un paseo por la Gran Vía y las he invitado a tomar un té entre el bosquecillo de columnas del Café Regina. Por allí, a veces, van Valle-Inclán y Unamuno, pero hoy no estaban. Una pena, porque me habría encantado verlos.

Aun así, ha sido un día estupendo: Inés y Avi han conseguido que no pensase en Javier en ningún momento... hasta ahora. La soledad y la noche son malas compañeras de pesares, querido diario; qué bien lo sabes tú, confidente de todas mis inquietudes.

26 de agosto de 1920

Le he pedido a mi padre que hable con un amigo que tiene en el Ministerio de la Guerra para saber si le ha pasado algo a Javier. No sabes, querido diario, cuánto me arrepiento de haberlo hecho...

Mi padre ha averiguado que su escuadrilla está en el aeródromo de Zeluán, cerca de Melilla, destinado a la guerra de Marruecos. Y yo he sentido como si me diesen una patada en el corazón. Ahora sé exactamente a qué se debe esa sensación, y podría describir cómo el miedo a que a Javier le haya pasado algo ha provocado la activación de mis glándulas suprarrenales, que han liberado la hormona adrenalina en mi sangre y esta, al llegar al corazón y los pulmones, ha hecho que se acelerasen. De ahí el ahogo y la presión que notaba en el pecho. Pero saberlo no ayuda en nada. La angustia es la misma y la pérdida de control es inevitable. He creído que me caía y no era capaz de pensar en nada.

Mi padre ha evitado que me golpeará con el suelo. Mi madre lo ha ayudado a sentarme y luego ha ordenado que me trajesen las sales y un vaso de agua.

«Javier está bien —ha asegurado mi padre intentando tranquilizarme—, no aparece en ninguna lista de heridos, muertos o desaparecidos.»

«Céntrate en tus estudios, querida, y ya verás como Javier está de regreso antes de que te des cuenta.» Me ha sorprendido que mi madre, a quien Javier nunca le ha hecho gracia, se mostrase tan cariñosa y comprensiva conmigo.

Hasta mi hermana, al llegar a casa, se ha pasado por mi cuarto para interesarse por mí.

Al principio ha sido amable y cariñosa, como sabe serlo cuando ella quiere, pero antes de irse ha dicho algo que me ha dejado aún peor de lo que estaba:

«Si de verdad quieres a Javier y pretendes estar con él, será mejor que te acostumbres a esta sensación. Un militar debe ir allá donde le ordenen y luchar; su vida siempre estará rodeada de incertidumbre y peligro.»

Sé que quiero a Javier, pero no sé si quiero vivir siempre así... Es como respirar un aire frío, cargado de hielo. No sé como alguien puede acostumbrarse.

30 de agosto de 1920

No puedo apartar a Javier de mi cabeza y me siento mareada todo el día. Hasta se me hace cuesta arriba ir a clase y estudiar. Pero hoy, al menos durante un momento, he pensado en otra cosa.

Estamos con las prácticas de transporte de heridos y, aunque hay camilleros que se encargan, tenemos que saber cómo mover a nuestros pacientes y algunos trucos para manejarlos aunque pesen mucho más que lo que nuestras fuerzas nos permitirían cargar. Don Francisco, creo que para divertirse, ha hecho que algunas hiciésemos de heridos y que las otras se encargasen de inmovilizarnos, cargarnos y movernos de un lado a otro. Y todo con prisa, bajo la presión de las órdenes y voces de don Francisco, como si estuviésemos en un hospital de sangre, que son los que están más cerca del frente. Os podréis figurar que ha habido caídas, golpes, carreras y, al final, muchas risas. Hasta Alba, que es más seria que un gato sin bigotes, se ha reído. Y yo tampoco he podido evitar pasármelo bien.

Al regresar a casa, en silencio, ya en el tranvía el miedo ha vuelto a llenar mi cabeza y mi corazón. No había carta en casa. A ver si hoy consigo dormir un poco.

17 de septiembre de 1920

Don Francisco nos lo había dicho: «El tiempo es el mejor médico y, a veces, nuestra labor consiste en no estropear su acción con remedios innecesarios o cuidados excesivos». Y así ha sido con mi corazón, que diría antes, cuando solo leía novelas, aunque ahora sé que tiene más que ver con mis sistemas nervioso y glandular.

Aún no he recibido carta de Javier y sigo preocupada, pero me he acostumbrado a sobrellevar esa preocupación y a centrarme en mis estudios y en mis amigas. Sobre todo ahora que vamos a dar un paso más.

Estamos con la última de las clases teóricas, que tiene que ver con la higiene y la limpieza. Según don Francisco, más importante que la cirugía y las medicinas. «Los microbios matan más que las bombas», ha insistido, y nos ha contado como en la guerra de Cuba, no tan lejana, por cada soldado que mataron los mambises, las enfermedades se llevaron a doce.

«No es a sus patriotas ni al Ejército de los Estados Unidos a quien debe Cuba su independencia, sino al virus de la fiebre amarilla. En cada ciudad de esa isla debería haber una estatua al mosquito *Aedes aegypti*, transmisor de la enfermedad y verdadero libertador de Cuba.»

Resulta fascinante, ¿verdad? Pues las prácticas de mantener la higiene y esterilizar y desinfectar nuestros materiales y lugares de trabajo

con fenol no lo son tanto: fregar, limpiar y lavar, eso sí, con rigor científico. Al menos, gracias a ellas, nos han llevado al hospital. Doña Carmen, que acaba de regresar de sus vacaciones estivales con la reina, nos lo ha enseñado.

«A partir de ahora —nos ha dicho—, pasaréis mucho tiempo aquí.»

Desde el centro del patio nos ha señalado los cuatro pabellones. El frontal y más grande, que está al sur, es el que llaman «administrativo», aunque en él hay de todo. Además de la capilla, están las oficinas, la residencia de las Hermanas de la Caridad (conocida como «el convento»), un dispensario donde pasan consulta y las habitaciones de los niños internados. Creo que las enfermeras profesionales también viven allí, con las monjas, y algunas acaban por ingresar en la orden de San Vicente de Paúl. Curioso; algunas de nosotras buscan casarse con médicos, pero ellas prefieren el matrimonio con Dios.

Doña Carmen también nos ha hablado del túnel, que mis amigas y yo ya conocemos.

«Por ahí trasladamos a los pacientes de un pabellón a otro o nos movemos cuando llueve o hace demasiado frío, o demasiado calor.»

Luego nos ha ido señalando los otros tres pabellones:

«A la izquierda del administrativo, al oeste, está el pabellón Alfonso XII, el de convalecientes de cirugía; hombres en el sótano y mujeres en la primera planta. El del fondo, al norte, es el María Teresa; en su sótano están los quirófanos y en la primera planta los pacientes distinguidos, que es como se llama a los que pagan por ser atendidos. Y al este, el María Cristina, donde están las cocinas y los pacientes de medicina; también hombres en el sótano y mujeres en la primera planta».

Los pabellones interiores, junto a la entrada de cada uno, tienen una especie de cuadro hecho con azulejos de cerámica. En uno se representa a San Vicente de Paúl, en otro a la Inmaculada y en otro a Cristo. Las monjas usan esos nombres para referirse a ellos. Así que cada pabellón tiene cuatro nombres: el de su santo, el del miembro de la familia real a quien está dedicado, el de su punto cardinal y el de lo que se hace en él. Por ejemplo: el oeste también es el de cirugía, el Alfonso XII y el San Vicente de Paúl.

También nos ha enseñado una de las habitaciones de enfermos. La de medicina para mujeres. Amplia y alargada, sin nada en medio, solo una estufa metálica y unas cuantas plantas, con una veintena de camas pegadas a los lados. Las ventanas dejan pasar la luz y el aire, y se ve luminosa, limpia y, sobre todo, muy blanca: las paredes, el techo, los

muebles, los médicos, las enfermeras, las monjas, hasta los pijamas de las pacientes..., todo es blanco. Las enfermas, atendidas por monjas, nos han mirado con respeto y casi reverencia. Así, vestidas con ropa del hospital, bien lavadas y aseadas, sus ojos son lo único que las podría distinguir de las de pago. Te miran con una timidez y un respeto excesivos.

Carmen también nos ha paseado por otras salas, dedicadas a consultas, odontología (donde la silla y el instrumental parecían sacados de una fantasía de torturas medievales), botica, lencería, lavandería... El edificio, que ya parecía grande, al recorrerlo se me ha hecho enorme.

He pensado que, tras esa explicación y ese recorrido, nos enviarían al pequeño dispensario del hospital a ayudar con las consultas, pero en lugar de enfermos hemos cuidado del edificio en sí: baldear suelos y paredes, lavar sábanas y toallas, limpiar muebles y ventanas, esterilizar instrumental y mantener todo en orden y limpio. Algunas se han quejado de que, con esa excusa, nos usan de fregonas y lavanderas. Don Francisco nos ha dicho que, en recompensa, el lunes de la semana que viene trataremos con nuestros primeros pacientes de verdad.

Como todas, estoy muy nerviosa y con muchas ganas de empezar.

20 de septiembre de 1920

Hoy ha sido nuestro primer contacto con los pacientes del hospital.

Antes nos han reunido a todas y don Francisco y doña Carmen nos han explicado cómo nos debíamos comportar. Don Francisco ha insistido en asuntos médicos y de protocolo, en cómo debíamos hablar con el doctor y con los pacientes, y nos ha advertido sobre la humilde procedencia de estos; sus ropas, al llegar, serían malas y gastadas y su higiene, en muchos casos, deficiente, igual que su educación y su forma de expresarse. No quería ningún gesto de sorpresa, desprecio o burla; había que tratarlos como si fuesen el mismísimo príncipe Alfonso.

Doña Carmen nos ha hablado sobre lo que una enfermera debe transmitir: esperanza. El paciente llega asustado, nos ha dicho, y nuestra sola presencia, nuestra templanza y el tono de voz, cada gesto, debe transmitirle que está a salvo, que este es un lugar seguro donde vamos a cuidarlo y sanarlo.

«Jamás —e insistió—, jamás debéis dejarle ver vuestros miedos, pesares o dudas; un ceño fruncido, una mueca de excesiva compasión, un titubeo pueden ser más letales que un disparo. Por el contrario, una voz

suave y firme, un gesto amable y seguro pueden salvar una vida o traer paz a las últimas horas de un moribundo.»

Don Francisco ha escogido a dos para que lo ayudasen en las consultas: Alba y una de sus amigas, que han marchado con él contoneándose como gansas recién cebadas. El resto hemos sido divididas entre el pabellón femenino de medicina y el infantil, donde hemos acabado Avi, Inés y yo. Nuestra labor consistía en ayudar con el cuidado de los niños y aplicar las curas que el doctor Serrada, que era quien estaba a su cargo, ordenase.

La sala de infantil es amplia y bien ventilada. Los pequeños, que ya llevan tiempo ahí, están limpios y son muy obedientes y tranquilos, lo que me ha alegrado, porque no tengo muy buena mano con los niños. O me resultan demasiado revoltosos y ruidosos, o demasiado callados y aburridos. Afortunadamente, allí la enfermedad los sume en la segunda de esas categorías.

Nuestra principal labor ha consistido en limpiar los suelos y los baños, y cambiar sus ropas de cama, camisones y pijamas, para después lavarlos, ayudarlos con su higiene y sus necesidades, darles de comer, sacarlos a pasear y jugar en su jardín, y si no fuera porque también hemos revisado sus vendajes y comprobado que tomasen sus medicinas y se les aplicasen las curas, me habría parecido que era un trabajo más propio de un hotel que de un hospital.

Más tarde nos han ido llevando algunos pacientes desde el dispensario. Alba ha ido con uno tremendamente sucio y que olía fatal. He visto como me buscaba con la mirada y, en cuanto me ha localizado, me ha señalado y le ha dicho: «Te atenderá Laura». La muy sinvergüenza se ha marchado relamiéndose por su pequeña jugarreta.

Recibí al niño como nos ha dicho don Francisco, como a un príncipe; un príncipe de los albañales, pero un príncipe al fin y al cabo. He leído el estadillo donde indican su nombre, enfermedad y tratamiento: «Leandro Iglesias; gastroenteritis urticaria; agua albuminosa y cataplasma emoliente».

Antes de aplicarle el tratamiento lo he llevado al baño para quitarle la ropa, asearlo y ponerle el pijama del hospital. Nada más tocarlo he sabido que tenía mucha fiebre. Se ha estremecido un poco al contacto.

«Tiene las manos muy frías, señorita», ha dicho con acento callejero y voz dulce y cantarina.

Le costaba caminar, pero aun así estaba más pendiente de mirarme a mí que de dónde ponía sus pies.

«Tiene los ojos verdes —me ha dicho— y es muy guapa, pero ese gorro no le queda nada bien; deberían dejarle llevar el pelo suelto.»

Le he explicado que la cofia no es por capricho, sino por higiene. Igual que el baño que él iba a tomar. Además, el agua fresca le calmaría la fiebre. No le ha hecho mucha gracia que lo desnudase y se ha puesto colorado. Yo estaba igual de nerviosa, pero he intentado que no se me notase y no he hecho ningún comentario. Tenía que hacerle ver que aquello era lo más natural del mundo y que yo lo hacía a diario con muchos otros niños.

«¿Puede cerrar un poco la ventana, señorita?», me ha pedido con lo que creí rubor.

«Es muy pequeña y da al patio, no te verá nadie.»

«No es por eso, es que me molesta la luz.»

Me ha sorprendido tanta sensibilidad a la luz. Al meterlo en el agua, he visto la erupción que le cubría parte de la tripa. Era de un color rosa pálido. He probado a presionarla y las manchas desaparecían por un instante. Mientras lo lavaba le he preguntado por su vida. Es del Real Hospicio de San Fernando, de ahí el apellido Iglesias, y decía que por eso tenía un montón de madres y de hermanos, aunque ningún padre. He seguido tirándole de la lengua para que me contase cuándo se había encontrado mal y si había más niños así en el hospicio. Ya hacía una semana que había tenido los primeros escalofríos y la fiebre, pero habían pensado que sería un catarro. El dolor de tripa y, según él, de todo el cuerpo, como si le hubiesen apaleado, había comenzado esa mañana. Le he examinado el resto del cuerpo y he comprobado que la erupción se extendía hacia la espalda y ya bajaba por las ingles.

Lo he secado, llevado a la cama, dado un poco de agua albuminosa y puesto una cataplasma para el dolor, como me habían indicado.

«¿Vendrá a verme luego, señorita?», me ha preguntado cuando iba a dejarlo.

«Sí, no te preocupes. Yo me ocuparé de ti, pero ahora tengo que salir un momento.»

«Gracias, señorita... —Se ha quedado pensando un momento; el pobre no se acordaba de mi nombre. Iba a recordárselo cuando ha añadido—: Ojos Verdes.»

Me ha hecho gracia lo de señorita Ojos Verdes.

He apurado el paso para ir a la planta baja, donde está el dispensario. Inés se me he acercado.

«¿Adónde vas? No podemos salir de aquí.»

«Es importante. Tengo que hablar con don Francisco y con el doctor Serrada.»

«Te vas a meter en un lío.»

«Ya ves, qué novedad...», he dicho antes de irme.

Era cierto, me iba a meter en un lío, pero esta vez sería por una buena razón.

He bajado corriendo por las escaleras, agarrando la cofia para que no se me cayese con las prisas. Una enfermera me ha intentado detener para preguntarme adónde iba, pero la he rebasado sin decirle nada. En el dispensario me han recibido las miradas de sorpresa y hostilidad de médicos y enfermeras, especialmente la de Alba. «¿Qué hace esta aquí?», ha debido de pensar. Los doctores Serrada y Luque tampoco me han mirado con mucha amabilidad que digamos. Me he dirigido directamente a don Francisco, sin perder la compostura, y le he dicho: «Necesitan verle fuera, doctor».

Don Francisco me ha acompañado al patio y cuando ya comenzaba a reñirme de muy malos modos le he interrumpido:

«Creo que uno de los niños, Leandro Iglesias, tiene tifus exantemático».

El doctor se ha quedado paralizado y, tras pensarlo un momento, ha dicho:

«Espero que se equivoque, porque disfrutaré mucho regañándola y nos ahorrará muchísimos problemas».

Luego ha avisado a Serrada y me han acompañado al pabellón para examinar al niño. Para mi fortuna y desgracia de los demás, yo tenía razón. El diagnóstico ya venía hecho del hospicio y el doctor Serrada, que tenía muchos pacientes hoy por la tarde, siguiendo el protocolo lo había pasado directamente a la habitación para verlo más tarde y que, mientras, le aplicásemos las curas.

Don Francisco y Carmen nos han reunido para explicarnos la gravedad del caso y comprobar si sabíamos qué hay que hacer.

«Limpiar la habitación con vapores sulfurosos y lavar a los pacientes con agua jabonosa y vaselina timolizada; y todas deberíamos usar mascarilla», ha respondido Alba.

Don Francisco ha visto que yo alzaba ligeramente la mano.

«Creo que la señorita De la Gasca tiene algo que decir. Qué sorpresa, ¿no?»

Algunas se han reído. Alba no ha sido una de ellas...

«Sé que es lo que pone el manual —he dicho—, pero sigue las medidas que se aplicaban cuando estaba en boga la teoría miasmática. Sin embargo, he leído que la transmisión de esa enfermedad tiene que ver con los piojos.»

«¿Dónde lo ha leído?», ha preguntado don Francisco.

«En la revista *Medicina Española*. Hablaban de los estudios de...»

«De Charles Nicolle», me ha interrumpido.

Me he limitado a asentir.

«Yo también he leído esa revista. —Luego ha aprovechado para impartirnos una lección—: El doctor Nicolle ha demostrado que la teoría de Ricketts y Wilder era cierta y que los piojos son el vector de esa enfermedad. Les dije el primer día que la ciencia iba de leer el libro de la naturaleza, no el manual. Y ya ven lo rápido que pierden vigencia las viejas enseñanzas a la luz de la experimentación moderna. Es importante que lean revistas y estén al día. La señorita De la Gasca tiene razón. Los piojos son nuestro enemigo en este caso. Nada de mascarillas ni vapores. Ajustaos bien la cofia, extremad la higiene y, aunque notéis una picadura, no os rasquéis ni frotéis la zona; lavadla con trementina... Y mucho ojo con la dosis; es una sustancia muy venenosa.»

Me ha dado la impresión de que todas nos mirábamos las manos y nos tocábamos el pelo de forma nerviosa por si se nos había colado algún piojo. Todas menos Alba, que solo me miraba a mí y debía de tener unas ganas enormes de fregarme el gaznate con estropajo y trementina.

«La prevención es esencial —ha continuado don Francisco—, no os enfrentáis a una enfermedad cualquiera. El tifus ha acabado con ejércitos y reinos enteros, y los médicos y enfermeras no somos inmunes a él; el propio Ricketts murió por su culpa un año después de descubrir cómo se transmitía. No se trata de una práctica con un maniquí. El tiempo para equivocarse se ha acabado. Un error, señoritas, y no solo ustedes estarán muertas, sino que llevarán la muerte a sus familias.»

Creo que don Francisco se ha puesto tan dramático porque a él no le hacía gracia que ayudásemos siendo solo estudiantes. Pero doña Carmen ha insistido en que vendría bien para nuestra formación y que necesitarían toda la ayuda posible. Y vaya si ha hecho falta. Nos han reforzado con monjas, profesionales y damas enfermeras de otros años, entre las que ha venido Margarita, la hermana de Inés, y aun así apenas hemos dado a basto.

Como yo había descubierto el caso y ya había tratado con Leandro, me han encargado a mí del niño. Con ayuda de sor Titulada, le he

afeitado la cabeza, le he aplicado una solución de trementina por todo el cuerpo y le hemos puesto cataplasmas calientes para bajar la inflamación y el exantema del vientre.

Las demás han rasurado las cabezas de todos los niños y se han asegurado de que las ropas y sábanas no tuviesen piojos. Para prevenir las han cambiado todas y se han lavado con jabón de trementina, igual que los suelos y las paredes. Los médicos han comprobado los diagnósticos de todos los pacientes y resulta que Leandro, por ahora, es el único con tifus. Ha sido separado del resto por unos biombos improvisados con sábanas blancas.

Mientras, doña Carmen ha preparado a un grupo que la acompañaría al hospicio para aplicar también allí las medidas de higiene preventivas y ver si había más casos. Inés y su hermana han estado entre las elegidas.

«Tenemos que ser muy rápidas y eficientes —les ha dicho doña Carmen—. Por ahora es solo un brote, pero si se convierte en epidemia y se extiende por Madrid, será una catástrofe; en nuestras manos está el impedirlo.»

La palabra «epidemia» nos ha aterrado a todas. Aún está muy reciente la memoria de la gripe española y sus miles de fallecidos. Recuerdo estar encerrada en casa, con toda mi familia, muertos de miedo, como si las calles estuviesen llenas de asesinos.

Leandro no ha parado de preguntar qué pasaba y a qué se debía tanto movimiento y alboroto.

«Es lo habitual —le he mentado—, mantener el hospital limpio y sano da mucho trabajo.»

Luego, mientras le aplicaba una nueva cataplasma, le he contado un cuento. Se ha relajado, no sé si por el cuento o sencillamente porque le hablase.

«No, por favor, no se vaya, señorita Ojos Verdes.»

Parece que he perdido el nombre con ese niño. Me da igual. Si un joven en un baile me hubiese tratado así, le habría cruzado la cara con toda la fuerza de mi brazo y la marca le habría durado semanas, pero en Leandro me hace gracia. Supongo que al verlo rapado, tan débil y delgaducho, con esas ojeras y esa voz que no puede ocultar su sufrimiento, me da mucha pena. Podría haberme llamado señorita Tonta del Bote, que me habría parecido igual de bien.

«De acuerdo —le he dicho—, te contaré otro cuento, pero tienes que dormirte. Y cuando despiertes, volveré a estar aquí.»

Hoy he llegado muy tarde a casa y aunque la regañina de mis padres estaba preparada, se han tenido que contener cuando les he contado la razón. Les he avisado de que toda esta semana iba a llegar más tarde aún.

Tras hablar con ellos me he encerrado en el baño y me he desnudado para comprobar que no tenía ni un solo piojo o picadura en el cuerpo. No contenta con esa primera inspección, he hecho venir a mi hermana para que me ayudase. No hemos visto nada, pero, aun así, no se me quita el miedo al contagio.

Ya es muy tarde, diario, y me temo que mañana nos espera un día aún más largo.

22 de septiembre de 1920

Cuidar a un enfermo es más que administrarle sus medicinas y hacerle las curas. Tenemos que lavarlo, cambiarlo, darle de comer y asegurarnos de que haga sus deposiciones. En el caso de Leandro, que está tan débil, tengo que ayudarlo en todo. Hasta lo giro y lo muevo sobre la cama para evitar las gangrenas de compresión. Al principio le daba mucho apuro que lo llevase al baño o le trajese la cuña para ayudarlo con sus necesidades, pero ya se va acostumbrando.

El pobre solo puede tomar líquidos y cada vez lo veo con menos fuerzas.

«No se imagina, señorita, lo que me gustaría un huevo frito y un poco de pan.» Le brillaban los ojos como si me estuviese hablando del gran amor de su vida.

«Ya llegará ese momento, no te preocupes; y yo misma te lo prepararé. Pero por ahora solo puedes tomar esto», le he dicho mientras le daba un caldo tan insípido como, espero, sano.

Inés y su hermana han regresado a primera hora de la tarde con otros cuatro niños del hospicio enfermos de tifus. Las demás seguían allí, higienizando el recinto para evitar la epidemia.

«Aquello parece la guerra —nos ha contado Inés—. Está lleno de médicos y enfermeras, y hasta han rodeado el edificio con policías y militares.»

Avi, para rematar el momento, ha dicho sobre la sala donde estábamos con los niños y demás pacientes:

«Este sitio ya está lleno de dolor y tristeza; son muchos los que se han ido con desesperación. No puedo evitar sentir sus huellas cada vez

que entro».

A Inés pensar que el pabellón está lleno de espíritus le ha puesto los pelos de punta. Y a mí tampoco es que me alegrase la tarde. He recordado la cancioncilla que oí en la capilla, la de la primera niña muerta en este hospital.

«No temas —le ha dicho Avi a Inés—. Si eres ajena a ellos, los espíritus no tienen ningún poder sobre ti.»

«Pero es que ahora, por tu culpa, no soy ajena a ellos. ¡Sé que están ahí!», ha respondido Inés.

«Son espíritus tristes, dolientes. No hay por qué asustarse. Ni siquiera creo que ellos sean conscientes de que están aquí, o que toda su alma sea lo que se ha quedado atrás. Solo son como una sombra: parciales, incompletos», ha explicado Avi, que no se daba cuenta de que así aún aterrorizaba más a Inés.

«Si estos niños no te dan miedo de vivos —he dicho yo—, no hay porque temerles de muertos.»

Aun así, Inés ha seguido intranquila y se asustaba ante cada ruido o movimiento inesperado. Y para salir daba unos rodeos enormes con tal de evitar el pasillo del coro.

He vuelto con Leandro y le he aplicado un cocimiento de hojas de laurel mientras le contaba otro cuento. Ya era tarde cuando se ha quedado dormido y he podido regresar a casa.

Ahora voy a dejarte, querido diario, porque tengo algo más importante que hacer: leer unos libros de cuentos infantiles y leyendas, que se me está acabando el repertorio con Leandro... Y no le voy a contar *Fortunata y Jacinta*.

23 de septiembre de 1920

Me acabo de despertar por culpa de un sueño.

Con todo lo del tifus y de Leandro hacía tiempo que no pensaba en Javier. Quizá por eso se ha colado en mis sueños. Hacía mucho calor y yo lo esperaba al pie de una pequeña colina de tierra, aún más baja que las motas castellanas. En lo alto había un fortín circular con arcos y troneras cuadradas entre ellos. Una de mis amigas, no Inés ni Avi, una de las que no veo desde que entré en el hospital, se acercó y me dijo que Javier no iba a venir. No sé cómo, a continuación, ya estaba buscándolo por unas cuevas en cuya piedra habían tallado escalones y hasta arcos y columnas.

Fuera se oía un extraño rugido, muy lejano. Es curioso cómo funciona la mente. Ese fortín y esas cuevas aparecen en mis sueños desde que era una niña. Forman parte de una especie de geografía imaginaria que solo existe en mi cabeza y que, pese a ello, se mantiene consistente de una noche a otra a lo largo de los años.

Mi hermana estaba en esas cuevas, pero no mi hermana de ahora, sino de cuando era pequeña, con unos diez años, aunque yo seguía siendo la de ahora. Me dijo que me apurase, que tenía que regresar a casa, que Javier estaba allí.

Cuando llegué, mis padres me dijeron que había muerto. Vi su cuerpo en un ataúd que parecía de mármol. Mi padre lo cogió bajo el brazo, como si fuese el capazo de un niño, y me dijo: «Acompáñanos, hay que llevarlo al cementerio antes de que sea tarde». «Y cámbiate —dijo mi madre—, no puedes ir así al funeral, vestida de blanco.» Solo entonces reparé en que iba vestida de enfermera.

«¿Cómo ha sido? —pregunté—. ¿Lo abatieron los moros?»

«No —dijo mi hermana, que ya era adulta—, fueron los piojos.»

Me he despertado. Era de noche. Entre las cortinas se colaba, y aún se cuelga, una claridad que parece sobrenatural. Me he levantado y mirado por la ventana. Una luna llena enorme eclipsa todas las estrellas. El cielo es perfecto y sin nubes, y los tejados brillan como si fuesen de plata. Una niebla tenue se desliza sobre ellos como si Madrid estuviese cubierto por un sudario. El aire es frío. Hace ya tiempo que se ha ido el calor del verano.

25 de septiembre de 1920

Aunque es sábado por la mañana, acabo de llegar del hospital y no he dormido en toda la noche. Aun así, no tengo sueño. Acudo a ti, querido diario, para ver si escribiendo en tus páginas agoto mi cuerpo y aligero mi espíritu.

La noche y el sueño pueden operar milagros en un enfermo. Estos días lo he visto varias veces. Pacientes febriles y que parecían al borde de la muerte por la noche, por la mañana despertaban fuertes y llenos de energía, y esa misma tarde se les daba el alta.

No ha sido el caso de Leandro. Ayer estaba más débil que nunca y al ir a lavarlo vi que el exantema le cubría todo el tronco y parte de las piernas. Las cataplasmas apenas pueden calmar su dolor y la fiebre sigue

alta. Lo hablé con don Francisco y me dijo que no pasaría de esta noche. Doña Carmen notó mi gesto de pena y me recordó lo que ya nos había dicho:

«Entiendo su dolor, señorita De la Gasca, pero el niño no debe notarlo. Debe mantener siempre la calma y el buen humor. No podemos hacer más para evitar que se vaya, pero que al menos se vaya en paz, y acompañado. Ese pequeño no tiene familia, no tiene a nadie; ya solo la tiene a usted».

Jamás nadie había cargado tanto peso sobre mis hombros. Ni con lo de Avi me había sentido así. Me costó regresar con él y no sé si habría sido capaz de no ser por el apoyo de Inés y Avi. La deuda por todo lo que haya hecho por ellas se saldó ayer.

Volví con Leandro, le di de comer y lo cuidé como si fuese un día más. La señorita Ojos Verdes, como él seguía empeñado en llamarme, consiguió mantenerlo con esperanza y alegre. Hasta me comentó lo afortunado que se sentía por estar allí, tan bien atendido por mí. De no ser por esa enfermedad, me dijo, no me habría conocido. Tal y como me miraba, solo le faltó preguntarme si tenía novio.

Pero por la tarde vinieron varias de sus tutoras del hospicio a verlo y un sacerdote a darle la extremaunción. Consideraban que era lo mejor para su alma... y resultó devastador para su ánimo.

Cuando regresé a su lado estaba llorando, encogido de desesperación. Le dejé que apretara mi mano y la llevase junto a su pecho. «La muerte es solo desprender tu alma de este cuerpo herido, para que sea libre y vuele con Dios», le dijo el sacerdote con la mejor de las intenciones. Pero él le respondió que no quería dejar este cuerpo, ni este mundo... No quería morir.

Le pedí al sacerdote que me dejase a solas con él. Leandro no había tenido fortuna, y poco más había conocido en esta vida que el sufrimiento y la pérdida... Pese a ello, los breves y escasos momentos de felicidad y dicha que hubiera tenido eran más que suficientes para que la idea de morir y dejar este mundo, por sólida que fuese su creencia de que iba a otro mejor, lo hiciesen retorcerse de miedo y dolor. Esa esperanza en el paraíso, paradójicamente, lo llenaba de desesperación.

Así que no intenté consolarle hablándole de ángeles y de lo que le esperaba en el cielo. Mientras lo cuidaba como si fuese un día más, comencé a relatarle los cuentos y fábulas que había preparado. Al ver que no paraba de llorar me callé, pero entonces me miró y me dijo: «No, por favor, no pare».

Seguí con esas historias hasta que se hizo de noche. Encendí un candil a nuestro lado para no molestar a los demás. Ya solos, sin más enfermeras en la sala y con los demás dormidos, le seguí hablando y hablando sin parar mientras le refrescaba la frente con un paño mojado en agua fría. Agotados los cuentos, le conté cosas sobre mí: los bailes y fiestas a los que iba, los cafés, lo que me gustaba leer y cómo mi padre me había contado cuentos, como yo ahora hacía con él. Y por qué me hice enfermera. Y, claro, le hablé de Javier y del día que estuve a punto de volar. A él también le habría gustado subir a un avión y volar. Cambié rápido de tema, pues no quería que pensase en lo que jamás llegaría a hacer, lo que irremediamente dejaría atrás. Le hablé de Inés y de Avi. Y hasta de la tonta de Alba. De las clases, los profesores y las prácticas con maniqués. Entonces me interrumpió:

«No voy a mejorar, ¿verdad? —Me miró con los ojos libres de lágrimas, con una serenidad que me pareció impropia de un niño—. Por favor, no me mienta».

«Sería un milagro.»

«No creo que yo merezca un milagro de Nuestro Señor —dijo y, antes de que yo pudiese responder que sí lo merecía, siguió—: Y ya que no voy a mejorar, daría igual si me trajese un huevo frito con un poco de pan, ¿no es así?»

La esperanza en ese último momento de placer terrenal parecía resultarle más poderosa que la fe en la eterna felicidad del Cielo.

Aquello iba completamente en contra de nuestras normas y seguro que me metería en un lío monumental. Le dije:

«Te lo traigo ahora mismo».

No le llevé uno, sino dos. En las cocinas no había nadie y yo jamás había frito un huevo. Creo que estropee tres docenas y me hice un montón de quemaduras de aceite en las manos hasta conseguir dos perfectos. Quité la miga del pan más fresco que encontré y lo ayudé a comérselos. Jamás había visto a alguien tan feliz con tan poco...

Perdona, querido diario, que te haya dejado de lado un rato, pero ese recuerdo me ha quebrado más que ningún otro.

Según pasaban las horas, mi voz se hizo débil y me sentí cada vez más cansada. Estaba hablándole de mi hermana y sus manías cuando noté que apretaba más mi mano. Reparé en lo fría que estaba la suya. Lo

miré a los ojos y los vi inmóviles, ya sin vida. Ni siquiera noté su último aliento. No sé cuáles serían las últimas palabras que oyó en este mundo, me temo que alguna tontería sobre Ana. O ninguna, pues con lo débil que estaba a esas alturas, para él mi voz solo sería como un rumor. Retiré mi mano de la suya, cerré sus párpados y le besé la frente. Apagué el candil y avisé al médico de guardia para que certificase su muerte. No debía llorar ante los otros pacientes, así que aguanté mientras sentía como si se me desgarrase la garganta. Retiramos su cuerpo con discreción y lo llevamos a aquel cuarto lleno de espíritus en el que Avi se había negado a hacer nuestras prácticas. Esa fue la última vez que lo vi, pálido e inmóvil, como si estuviese dormido.

En cuanto pude me disculpé y salí al patio. Llovía, pero como aún estaba oscuro y allí no había ninguna luz, las gotas eran invisibles; solo oía su ruido al golpear el suelo y su contacto frío al tocar mi piel. Dejé que me empaparan mientras lloraba. Creo que no había llorado tanto en toda mi vida. Al volver a la habitación, doña Carmen me esperaba y me llevó hasta el coro de la capilla. Mientras me ayudaba a secarme el pelo con una toalla, me dijo:

«Tu primer moribundo... —No lo preguntó, lo sabía. Asentí—. El mío fue un soldado, no un niño. Tuve más suerte que tú. Ve a casa y descansa hasta el lunes.»

Le di las gracias y me iba a ir cuando comentó:

«Respecto al desastre de la cocina, mejor no haré preguntas... Para la última voluntad del mío le robé un par de puros al doctor Nogueras. Él creyó que había sido el doctor Serrada, y aún se la guarda...».

Esperaba que al escribir el pecho se me aliviase y la cabeza, ya cansada, me obligase a dormir. Pero no puedo. Me da la impresión de que, por cansada que esté, jamás podré dormir.

27 de septiembre de 1920

El sábado mi madre envió a Rosalía con una infusión de valeriana y anís que obró el milagro de hacerme dormir; una tregua larga y oscura, sin sueños. Mi hermana y mis padres intentaron consolarme y mantenerme entretenida durante el fin de semana, y fingí que les daba resultado para que me dejaran en paz. Lo único que quería era encerrarme en mi cuarto

y dejar pasar el tiempo para ver si el sueño volvía y alejaba este dolor durante unas horas más.

Hoy lunes me he levantado descansada y con fuerzas, pero igual de triste. No quería volver al hospital. Sentía que cuando llegase allí y viese su cama, ahora ocupada por otro niño, no me podría contener y me quebraría delante de todos aquellos enfermos.

Pero he ido. Y aún he llorado más por el camino. He tenido que detenerme junto a la puerta para tomar aire y obligarme a entrar. Inés y Avi, que se habían pasado allí todo el fin de semana, me esperaban. Carmen les había contado todo y me han abrazado. Y las lágrimas han vuelto.

Y quizá por haber llorado tanto cuando he llegado a la habitación he podido ver la cama en que había muerto Leandro sin derramar una lágrima. Aún estaba vacía. El sol, a mi espalda, proyectaba mi sombra sobre ella, en el mismo lugar donde él había estado vivo y muerto, como si fuese su espíritu.

Enseguida han llevado a otro niño que ha ocupado la cama y lo he atendido con todo el cariño del que he sido capaz. Ha ido bien y nadie ha notado nada. Menos mal que no me ha dicho que tenía los ojos verdes. Si lo hubiese hecho, yo no habría aguantado.

15 de octubre de 1920

Si algún día vuelvo a tus páginas, querido diario, la continuidad puede jugarme una mala pasada. Lo que aquí es un salto de línea o una vuelta de página, en mi vida han sido semanas. El paso del profundo abatimiento en que me sumió la muerte de Leandro a la enorme alegría que tengo hoy podría parecer frívolo, y mi yo futura pensaría que en su juventud era una cabeza de chorlito. No digo que a veces no lo sea, pero no tanto...

Una roca se puede deshacer de dos formas. Por la lenta erosión del viento y el agua, o por una explosión. Con mi melancolía se han producido ambas.

El trato a otros pacientes que no dejan de llegar, las clases y las prácticas me han obligado a ocupar la cabeza con todo ello. Y aunque cada vez que veo aquella cama o paso por el lugar donde dejamos su cuerpo me acuerdo aún de Leandro, poco a poco me he ido acostumbrando a convivir con esa pena.

Aunque sé que el dolor sigue ahí, no porque lo sienta a todas horas, sino porque esconde bien su aguijón para pillarme desprevenida. Aún hace una semana, de camino a casa, pasé por una feria llena de puestos de comida y casetas donde la gente tomaba vinos y aguardientes. Los mayores bailaban el chotis y los niños jugaban en un campo cercano. Uno, que estaba intentando volar una cometa, estuvo a punto de tropezar conmigo.

«Tenga cuidado, señorita», me dijo.

No es el primer niño que me habla desde que murió Leandro, ni se parecía en nada a él. Quizá fue su forma imprevista de aparecer a mi lado, o algo en su timbre de voz, o en la forma de mirarme... De verdad que no lo sé, pero me trajo a la cabeza, de golpe, todo lo que había sentido por Leandro. Se me empañaron los ojos y tuve que apartarme de allí. Un caballero bastante amable me preguntó si me encontraba bien. Lo tranquilicé y apuré mi paso. Cuando ya estaba lejos y la música apenas se oía, pude sentarme en un banco y desahogarme.

Ese inesperado rebrote de melancolía me acompañó el resto del día. Pero a la mañana siguiente la rutina del estudio y los pequeños problemas de Inés y Avi con las prácticas me devolvieron a mi estado de ánimo habitual.

Y hoy, al llegar a casa, la explosión: un telegrama de Javier. Está bien, aún en el aeródromo de Zeluán, con misiones sobre todo de exploración y, como él las llama, de hostigamiento. Acaban de lograr una gran victoria en Buhafora y a finales de noviembre, en menos de mes y medio, estará de vuelta en Madrid. Para entonces ya seré dama enfermera y habré cumplido mi parte del trato con mis padres.

Solo si apruebo los exámenes, claro. Por eso me voy a aplicar mucho. Ni siquiera pienso celebrar mi onomástica, que es dentro de unos días, así que no cuentes conmigo, querido diario. Durante un tiempo, tus demás páginas seguirán blancas.

1 de noviembre de 1920

Hoy es el día de Todos los Santos y he tenido algo de tiempo libre, así que haré un par de breves apuntes antes de volver a mis libros.

El pasado viernes, después de comer, como el cielo estaba despejado y no hacía demasiado frío, Avi, Inés y yo fuimos hasta el Chumbica a tomar un café. Desde la terraza vimos a una de nuestras compañeras

besarse con uno de los médicos jóvenes que trabajan en el hospital. Se despedían allí, en la glorieta, para llegar cada uno por su lado al hospital y que las monjas no los vieran juntos.

Avi bromeó diciendo que a esa compañera ya no la veremos el curso siguiente. «Y a mi madre le encantaría verme así», añadió con cierta amargura. Al escucharla me sentí muy mal, como si les estuviese mintiendo. Me di cuenta de que aún no les he contado que yo tampoco volveré. Espero que no se enfaden conmigo. Podremos seguir viéndonos y carteándonos.

De vuelta en el hospital nos encontramos con doña Carmen, que estaba hojeando un periódico. Comentó que ese fin de semana serían las elecciones en los Estados Unidos y que, por primera vez en la historia de ese país, votarían las mujeres.

«¿Es usted sufragista?», se asombró Inés.

«Por Dios, no, señorita Santirso —respondió Carmen—. Una duquesa y dama de la reina, sufragista... Sería un escándalo, y a mi marido, con lo conservador que es, le daría un vahído si me viese con una papeleta de voto en la mano. Pero si puedo meter la mano en los intestinos de un hombre para salvarle la vida, es posible que tampoco me faltase juicio para meter la mano en una urna y dar mi opinión sobre quién debe gobernar.»

Nos dejó muy asombradas.

«No se lo contéis a nadie», dijo antes de volver a sus tareas.

Y yo, querido diario, si me disculpas, también he de volver a las mías.

9 de noviembre de 1920

Festividad de la Almudena. Para mi familia, misa y fiesta. Para mí, misa y estudio.

22 de noviembre de 1920

Hoy ha sido el examen. Primero por escrito y luego con cuestiones prácticas en el maniquí. Todas hemos entrado muy nerviosas y todas hemos salido muy contentas. Y no es que fuera fácil, pero está claro que don Francisco ha hecho un buen trabajo. Aunque hasta mañana no nos

informarán del resultado, Inés, Avi y yo ya lo hemos celebrado con otras cuantas compañeras.

Mañana, si las cosas no se tuercen, seré una dama enfermera.

23 de noviembre de 1920

Hoy iba a ser el día de mi triunfo, un día feliz y de gloria, pero ha resultado ser el de mi zozobra, una jornada extraña y amarga. Quizá si la repaso contigo, querido diario, pueda aclarar mis ideas y comenzar a buscar respuestas a preguntas que aún no me he formulado abiertamente..., y debo hacerlo.

Mi madre estaba muy interesada en la ceremonia de la entrega de títulos, y tuve que explicarle que no habría tal ceremonia. Tan solo darían el título a las aprobadas, y luego nos podríamos anotar en una planilla de servicios para ver qué días podríamos colaborar con ese hospital y con otros. Y aunque parezca extraño, no le mentía; es lo que nos habían dicho. Pero no ha sido cierto.

Nada más llegar a la escuela, don Francisco nos ha dicho que todas habíamos pasado los exámenes con mayor o menor fortuna. Luego ha anunciado que la última clase no nos la daría él, sino la excelentísima señora doña Carmen Angoloti y Mesa, duquesa de la Victoria. Esa ha sido de las pocas veces que alguien, en el hospital o en la escuela, se ha referido a ella usando el protocolo que marca su título. En el día a día prefiere que la llamemos doña Carmen, con el respeto que se le debe por ser presidenta de la Junta del hospital y jefa de enfermeras, pero nada más.

«No ha pasado tanto tiempo —nos ha dicho—, pero siento como si volviese a un pasado muy lejano. A mis tiempos de dama de la reina, cargo que sigo ostentando, pero al que dedico cada vez menos tiempo. Hoy no os voy a contar cómo tratar con médicos y enfermos, sino cómo tratar con su majestad.»

Creo que a todas nos ha dado un vuelco el corazón. ¿Íbamos a conocer a la reina? Y así ha sido, querido diario, la reina Victoria Eugenia ha ido al hospital y ha presidido la entrega de nuestros títulos. Supongo que lo mantuvieron en secreto para evitar que aquello se llenase con nuestras familias, amigos y, sobre todo, con la prensa.

Doña Carmen y don Francisco nos han llevado hasta el patio del hospital y allí, al frío, bien abrigadas por nuestras capas, hemos esperado.

Pensé que la reina iría con todas sus galas y los oropeles de su puesto, escoltada por buena parte de la Guardia Real. Y, aunque por el ruido de caballos que ha anunciado su llegada, llevaba escolta, esta se ha quedado fuera y ha entrado ella sola, caminando y vestida con el uniforme de las Damas Enfermeras, como una más de nosotras. Enseguida ha acusado nuestro desconcierto y nos ha pedido que no nos sorprendiésemos, que de su ropero ese es uno de sus trajes favoritos, por su sencillez y su profundo significado, y que solo se lo pone en ocasiones tan especiales como esa. De hecho, sus hijas, las infantas Beatriz y María Cristina, en cuanto tengan la edad adecuada, acudirán a la misma escuela que nosotras. Nos ha explicado que un soberano, ante todo, aspira a dejar una huella en su tiempo, una huella que perdure y que sea buena, que siembre esperanza y progreso; y por ese motivo había puesto tanto empeño en crear las Damas Enfermeras y en ayudar a la labor de la Cruz Roja. Esa será su huella y nosotras, con nuestra generosidad, la hacemos posible. Ella, ha insistido, era la que se sentía emocionada y afortunada al vernos allí, listas para servir a los necesitados.

Luego ha ido entregándonos los diplomas, una por una, y diciendo nuestros nombres mientras nos felicitaba. No es que los reyes y los nobles me emocionen mucho, pero hoy no he podido evitarlo. Me ha parecido sincera y cercana y, a la vez, irreal; como si estuviese y no estuviese allí, como el fantasma de la niña rubia que nos describió Avi. Ha sido algo muy extraño.

Su majestad ha acabado con unas palabras que aún me dan mucho que pensar:

«Ahora sabéis curar. Sabéis obrar milagros. Perteneceis a algo grande, mucho más grande que yo e incluso más que este reino. Es un privilegio enorme, pero una responsabilidad aún mayor. Que Dios os bendiga».

Y no es lo único que me da vueltas en la cabeza. Tras la ceremonia he ido a hablar con don Francisco. Le he agradecido lo mucho que he aprendido de él, me he disculpado por los roces que hemos tenido y le he asegurado que nunca lo olvidaré. Se ha reído.

«No sea tan ceremoniosa, señorita De la Gasca. Dentro de unos meses comenzará el curso para dama enfermera de primera. Usted ya tiene más de la mitad de los cincuenta días de prácticas y ha atendido a un moribundo; podrá matricularse en él y, aunque no le dé todas las clases, enseguida volveremos a tener que soportarnos.»

«Pero es que no voy a hacer ese curso —le dije—, ¿no lo recuerda? Vine por un acuerdo con mi familia para poder verme con mi novio.»

Don Francisco me ha mirado primero con sorpresa, luego con decepción y finalmente con un enojo que no se ha molestado nada en disimular:

«¡Estaba feliz porque pensé que me había equivocado con usted, señorita, pero ya veo que no! ¡Es una egoísta y una soberbia!».

«¿Por qué me habla así?», he protestado muy descolocada.

«Porque se lo merece. Aquí ha descubierto que tiene un don, uno precioso y escaso: la capacidad de hacer ciencia, de salvar vidas, ¡y le da la espalda!»

«Ya soy enfermera —me he defendido—, y le juro que voy a ejercer.»

«Es enfermera de segunda, y puede ser más, muchísimo más, incluso muchísimo más de lo que usted ahora imagina —me dijo en un tono cada vez más desabrido—. Podría demostrarme a mí y a muchos otros doctores cuán equivocados estamos respecto a algunas mujeres, pero prefiere darnos la razón. Y, por una vez en mi vida, habría sido feliz equivocándome.»

«Sé lo que quiere decirme, pero...»

«No, no lo sabe —me interrumpió—. Escucha pero no oye, mira pero no ve, toca pero no siente; tiene la peor de las agnosias, una que no le es sobrevenida, sino buscada... Y la acepta con esa sonrisa bobalicona que se le pone cuando habla de su amiguito, ese Jaime.»

«Javier.»

«¡Me importa un rábano cómo se llame ese petimetre! Y si no la veo cuando comience el nuevo curso, le deseo una vida desdichada, vulgar y aburrida, que es lo que parece desear con tanto ahínco.»

No he podido quitarme esa conversación de la cabeza mientras celebraba el final del curso con mis amigas, y tampoco me he atrevido a decirles que no haría el siguiente con ellas. Se me ha hecho insoportable estar allí, así que he improvisado una excusa, mi triste especialidad, y he vuelto a casa.

Cuando he llegado, mis padres y mi hermana se han mostrado muy orgullosos por el diploma y me han hecho mil preguntas sobre la reina. Las he respondido mientras cenábamos unos pichones que Rosalía había preparado al vino. En un momento de silencio mi madre ha mirado para mi plato y ha ahogado un grito, escandalizada.

«Pero ¿se puede saber qué haces? ¿Qué es eso?»

He mirado al plato y he visto que, mientras cenaba, de forma distraída, había limpiado perfectamente los huesos del pichón con los cubiertos y había ido reconstruyendo parte de su esqueleto a un lado. Entonces he respondido, señalando con el cuchillo:

«Pues esto es la escápula, como nuestro omoplato, pero más alargada; y aquí está el húmero; luego el cúbito y el radio; el carpo, el metacarpo, y estos tan chiquititos deben de ser los dedos; tiene tres... El ala es muy parecida a nuestro brazo; está claro que Darwin tenía razón».

Mi madre casi se marea, pero a mi padre le ha hecho mucha gracia, igual que a mi hermana. Aunque la risa me ha durado poco. Ese acto mecánico, ordenar los huesos según lo que habíamos aprendido mirando a Paquito, se ha sumado al efecto de las palabras de su majestad y de don Francisco... Y a mi falta de valor para confesarles la verdad a mis amigas.

Escribir estas líneas no me ha aliviado, querido diario, pero ya sé cuáles son las preguntas que no me atrevía a formular. O más bien la pregunta. Y ni siquiera pienso escribirla.

Mi hermana acaba de interrumpirme para decirme que han traído un telegrama. Javier llega mañana a la ciudad.

¿Por qué no estoy más alegre? ¿Por qué esa noticia no ha borrado de golpe todas mis preocupaciones? Será mejor que intente dormirme. Dicen que la noche enturbia la mente, que hace más onerosos los problemas y más complejas las dudas. Ojalá. Seguro que mañana, cuando vea a Javier, mi corazón se aclarará y podré sentirme dichosa, como siempre lo he sido a su lado.

24 de noviembre de 1920

Esperaba poder hablar de lo feliz que me siento y de cómo se habrían despejado mis dudas, incluso albergaba la esperanza de que Javier se me hubiese declarado y de confesar en estas páginas lo ilusionada que me encontraría ante ese compromiso. Y no es que no me sienta feliz, que lo soy, y quizá más de lo que esperaba (aunque no como esperaba), ni que mis dudas no se hayan aclarado... Es solo que no preveía esta solución. Solo el tiempo dirá si ha sido mejor.

Me hubiera gustado que el reencuentro con Javier fuese en un parque o en un café discreto, para poder abrazarlo y besarlo sin pudor,

pero ha sido en casa, ante la mirada de mis padres y de mi hermana, que no sé qué pintaban allí. He intentado ser comedida, pero no he podido evitar lanzarme a su cuello y rodearlo con mis brazos con fuerza. Él se ha quedado muy desconcertado y, ante la tosecilla de mi padre, solo me ha devuelto el abrazo con una elegante delicadeza. Ha besado mi mano, la de mi madre y la de mi hermana, y estrechado la de mi padre. Nos ha hablado un poco de su estancia en Marruecos y de la situación allí. Mi padre estaba interesado, mi madre disimulaba bien su indiferencia ante esos temas, y mi hermana estaba más pendiente de examinar el aspecto de Javier y sus maneras. Y yo me moría de ganas de que aquella encorsetada situación acabase.

Por fin hemos podido salir a pasear... acompañados de mi hermana como carabina. He creído que se acababa el mundo, pero Ana enseguida se ha disculpado y aprovechado para quedar con unas amigas y amigos tras pedirnos discreción. He quedado con ella para regresar juntas a casa, y Javier y yo nos hemos ido por nuestro lado. No esperaba algo así de mi hermana y se lo agradezco muchísimo.

Hemos caminado unos pasos, los suficientes para sentirnos a solas, y por fin nos hemos lanzado el uno en brazos del otro para besarnos con pasión. Nos hemos reído después y, al finalizar la risa, ambos estábamos mirándonos de una forma muy extraña.

«¿Por qué me miras así?», le he preguntado.

«Tú también me miras de forma tan... rara.»

«Pero yo he preguntado primero.»

«De acuerdo. Y no me malinterpretes. Estás igual de alta y delgada que antes, e igual de guapa, y el pelo tampoco ha cambiado tanto; hasta tu perfume es el mismo, y tu rostro aún más bello de lo que lo recordaba.»

«¿Y qué pasa entonces?»

«Que estás distinta. No sé en qué, no sé por qué, pero hay en ti algo... —Ha buscado la palabra—. Algo nuevo.»

«Será una ilusión creada por el tiempo que hemos estado separados —le he dicho—. Yo también te he visto distinto. E, igual que tú, no sabría decir por qué.»

«Yo soy el mismo. Eres tú, que me miras diferente.»

«¿Y no te gusta?»

«Al contrario, me encanta.»

Esa respuesta ha hecho que volviera a besarle y que continuásemos nuestro paseo mientras conversábamos animadamente. Bueno, o al

menos eso me ha parecido a mí, que conversábamos, pero al parecer no era así. Ya habían pasado varias horas cuando Javier ha vuelto a mirarme de esa forma tan extraña. Me he detenido.

«Y ahora ¿qué pasa? ¿He dicho algo malo?»

«No, pero es que no has parado de hablarme del hospital, de las clases, de la reina, de la duquesa de la Victoria, de tu profesor, de tus amigas, de los espíritus que ve Avi... e incluso de esa que te cae tan mal, Alba.»

«Es que en estos meses me han pasado muchísimas cosas.»

«Y también me has hablado de huesos y músculos, de vendajes y apósitos, de hormonas y grupos sanguíneos...»

«Es que es más moderno que la poesía ultraísta; lo he leído en una revista de medicina que estaba en francés. Aunque ya se sabía antes, hasta la Gran Guerra no...»

Me interrumpió:

«¿No lo ves? Ya lo estás haciendo otra vez».

Tenía razón. A veces, cuando hablo de un tema que me gusta mucho, puedo ser un poco pesada. Bueno, a veces, no; habitualmente.

«No has parado de hablar desde que nos hemos visto y ni siquiera me has preguntado por Marruecos o por la guerra.»

«Lo siento», he dicho arrepentida.

«No, por favor, si hay algo que me gusta de ti es que seas apasionada. Y ya sabes cuánto me gusta oírte hablar. Aunque no entienda la mitad de lo que dices, es como música para mí.»

Qué forma más romántica de confesar que, a ratos, no me había hecho mucho caso.

«Pues venga, háblame tú ahora de Marruecos», le he pedido.

«No se trata de eso. ¿Recuerdas cuando te dije que no me gustaban las mujeres que eran un lastre, que no me gustaba sentirme atado, que buscaba una mujer que quisiera vivir la vida con pasión y no sentirme arrastrado por ella?»

No te lo había contado, diario, pero me lo dijo una de las primeras veces que nos vimos. Y yo le respondí que era igual, que soñaba con la aventura y que lo acompañaría adonde fuese. Que me lo recordarse en ese momento me ha asustado un poco.

«Sí, claro, y no voy a serlo para ti», le he dicho con un pequeño temblor en la voz.

«Lo sé... Pero yo tampoco quiero serlo para ti.»

«¿Tú? ¿Y por qué habrías de serlo?»

«Porque también me has hablado del curso para ser dama enfermera de primera, y de las maravillas de la cirugía moderna...»

«¿Y qué tiene que ver? Es un tema que me gusta, nada más.»

«Te apasiona, y lo vas a perder por mi culpa.»

«Puedo leer libros sobre ello.»

Me ha agarrado por los hombros y mirado fijamente a los ojos.

«Dime la verdad, Laura, ¿quieres hacer ese curso o no?»

Me he quedado callada un momento. Y lo primero que he sentido ha sido vergüenza. Había tenido que ser él, y no yo, quien formulase esa pregunta que tanto me aterraba hacerme.

«Creo que... sí, un poco...»

Muchísimo. Lo deseaba con toda mi alma y no podía quitármelo de la cabeza. Yo ya temía esa respuesta, y por ese motivo no me atrevía a hacer la pregunta.

«Pues hazlo», me ha dicho Javier.

«Pero yo quiero estar contigo y no otros seis meses separados, viéndonos a ratos.»

«Tengo que volver a Melilla.»

«Iré contigo.»

«¡No!»

«¿Por qué?»

«Porque es peligroso... y aburrido. Esa es la paradoja de la guerra. El combate, los francotiradores, las emboscadas... Es muy peligroso e impredecible. Pero la vida en la base es aburrida y tediosa. Y muy sucia y llena de mosquitos. Y no quiero obligarte a ir a ese lugar espantoso, a poner en peligro tu vida, para que te canses esperando por mí en un barracón infecto tan solo para que nos podamos ver unas pocas horas a la semana, o al mes. Esa es la realidad de mis misiones: partimos de Zeluán, pero a veces acabamos en Tetuán, en la zona francesa o en algún aeródromo provisional. Puedo pasarme semanas fuera y no me verías mucho más que aquí.»

«¿Y qué podemos hacer?»

«A la guerra no le queda mucho. Se lucha en dos frentes. En el oeste, desde Ceuta y Tetuán, contra Al-Raisuli, que se refugia en Yebala. Y al este, desde Melilla, contra Abd el-Krim, cuyo cuartel general está en Alhucemas, y nuestras tropas ya están a medio camino. En menos de un año se habrá acabado y tendré suficientes horas de vuelo y méritos para ascender a capitán. Entonces podré elegir un destino más interesante, y tendré mejores aposentos y más tiempo para mí... y para ti. Y tú ya serías

una dama enfermera de primera, con lo que podrías ayudar en cualquier lado... Pero para que se haga realidad, aún tenemos que esperar.»

Mi expresión le ha debido de resultar muy triste, porque me ha tomado de la barbilla, me ha hecho mirarlo, me ha pasado un dedo por la mejilla, como si me limpiase una lágrima, y me ha dicho con dulzura:

«Ambos necesitamos tiempo y lo necesitamos a la vez, es como si estuviésemos acompasados, y no es malo. —Me ha besado—. El destino quiere que estemos juntos, y que no renunciemos a nada para ello».

Cuando he regresado a casa, mi familia se ha sorprendido por mi decisión de continuar el curso. Y aún más por el apoyo de Javier, que ha dicho que esperaría por mí porque merecía la pena. Creo que nos hemos ganado a mis padres. Solo mi hermana parecía poco convencida.

«¿A qué vino esa cara?», le he preguntado después.

«¿Qué cara?», ha respondido haciéndose la loca.

«Te conozco, Ana, es la misma cara que le pones a madre cuando te está diciendo algo con lo que no estás de acuerdo y no quieres discutir.»

«Es lo de siempre, Laura; hay algo en Javier que no me gusta.»

«¿Y qué es?»

«Aunque pienses que soy una especie de monja de clausura, también frecuento cafés y teatros, últimamente más que tú, y Javier no es que goce de una gran fama en ellos. Es un conquistador empedernido.»

«Lo era. Ha cambiado y lo ha hecho por mí —le he dicho furiosa—, y ahora va a esperarme mientras acabo el curso. ¡Me quiere y me respeta, y estás celosa de que ningún hombre haya hecho algo así por ti!»

A mi hermana le ha debido de doler ese comentario, porque se ha ido sin decirme nada más. Mejor, no me apetece hablar con ella.

Si he de ser completamente sincera, querido diario, hoy esperaba acostarme con un anillo de pedida en mi dedo. Pero no estoy triste. Las palabras de Javier me han hecho saber que ese momento llegará, que en menos de un año el capitán de Aviación don Javier Alonso anunciará su compromiso con la dama enfermera de primera doña Laura de la Gasca. Ojalá mi cerebro se porte bien y me permita soñar con ello.

29 de noviembre de 1920

Te he releído, querido diario, y me he dado cuenta de que naciste para el odio, aunque eso ya ha quedado muy atrás y me has acompañado también en la alegría, la duda y la tristeza; y has hecho de espejo donde

ordenar mis pensamientos cuando estos se amontonaban caóticos en mi cabeza. Pues bien, esta semana ha sido opuesta al odio y al desorden. Ha sido monótona, predecible y portentosamente feliz. Por eso no he vuelto a tus páginas. Llegaba a casa demasiado cansada y contenta por mis paseos con Javier.

Hoy por la mañana ha partido hacia Melilla, lo que me ha amustiado un poco. Por la tarde me he acercado al hospital para anotarme en la planilla de prácticas. Si quiero hacer el curso, necesito completar los cincuenta días de prácticas. Inés y Avi, que ya estaban en ello, se alegraron mucho al verme. Me he sentido mal por no haberles comentado nunca mis dudas ni lo cerca que he estado de no acompañarlas. Este será otro más de nuestros secretos, querido diario. Ya no solo serás el sumidero de mis odios, sino también el de mis pecados y vergüenzas.

En el hospital he preguntado por don Francisco. Una monja me ha dicho que lo había visto en el pabellón de cirugía, el Alfonso XII. Cuando lo he encontrado, salía de un quirófano con el delantal y los guantes manchados de sangre. Parecía muy abatido. Aun así, se ha alegrado de verme, y esta vez no ha tardado en reconocermme pese a ir vestida de calle.

«Señorita De la Gasca, espero que su presencia aquí se deba a que ha reconsiderado su marcha y no a que se ha olvidado algo.»

«Haré el curso; y debo darle las gracias por su reprimenda. Me hizo pensar.»

Me ha mirado con más pena que alegría.

«Si sigue por este camino, que creo que es lo que debe hacer, llegará un día en que, bien por cansancio o por un mal juicio, cometerá un error, y ese error le costará la vida a un paciente que, de otro modo, quizá se habría salvado. Todos le dirán que no es culpa suya, que hizo todo lo posible, que gracias a usted esa persona tuvo una oportunidad y que habría muerto de todas formas... Pero en su interior sabrá que no es así, que es usted quien ha fallado. Que usted ha matado a esa persona. Y entonces me maldecirá por haberle dado ese pequeño impulso que fue mi diatriba. Hágalo, no se refrene en lo más mínimo. Cúlpeme por esas muertes que han de venir y descargue toda su frustración en ese médico que la empujó a una lucha en la que, al final, siempre se acaba perdiendo.»

«¿Cómo fue?», le he preguntado.

«Una hernia, no parecía complicada. Me confié y, no sé cómo, en menos de un minuto esa mujer se había desangrado. —Se ha puesto en

pie—. Ahora debo cambiarme e ir a comunicarles el fallecimiento a su marido y a sus hijos.»

Se ha ido sin decirme más. Es curioso, pero el abatimiento de don Francisco me ha causado más desazón que la partida de Javier.

30 de noviembre de 1920

Hoy me he vuelto a poner el uniforme de dama enfermera. Sigo pensando que no puede haber ropa menos favorecedora. Pero con él ya no me siento disfrazada. Y no sé por qué, pero sonrío al verme así en el espejo.

11 de diciembre de 1920

Hace ya más de una semana que me he unido a Inés y Avi en las prácticas con pacientes y para nosotras no existen los festivos. Ni sábados ni domingos, ni siquiera la Inmaculada. Y tiene lógica: la enfermedad no descansa. Ya no solo trabajamos con niños y mujeres, sino también con hombres, tanto en el pabellón de medicina como en el de cirugía. Al único al que no vamos es al de quirófanos y pacientes distinguidos, exclusivo para las de primera, las profesionales y las monjas.

A mis dos amigas ya les ha tocado acompañar a su moribundo. En el caso de Inés fue un soldado que al principio parecía que se iba a recuperar de la amputación de una pierna, pero cuyo muñón se gangrenó. Una gangrena de tipo gaseoso que empeoró rápido y de una forma horrible. El soldado duró poco y, a pesar de la morfina, sus dolores fueron espantosos. Según Inés, lo peor fue el olor de la gangrena y la cara de pánico del soldado, que no paró de gritar que no quería morir hasta que, finalmente, expiró.

«Es cierto, ¿sabéis? —nos dijo—, el lugar común ese de que los soldados llaman a sus madres antes de morir. Al menos con este lo fue. Era muy joven. A veces casi me parecía un niño. Fíjate que en tres días sin afeitarse apenas le creció la barba.»

Ese día, por primera vez desde que la conozco, Inés nos privó de su maravillosa sonrisa.

Lo de Avi fue aún peor. Una niña que, pese a que don Francisco le calculó unas horas de vida, tardó tres días en morir. Tres días en los que Avi estuvo a su lado y apenas durmió. Cuando todo acabó, la pobre se echó a llorar de forma desconsolada, diciendo que lo quería dejar y que jamás querría tener hijos. Nos costó mucho tranquilizarla y hacer que volviese.

El cuerpo de la niña también lo llevaron a la sala donde habían puesto el de Leandro. La de los fantasmas, como la llama Inés. Un lugar por el que, ahora, las tres evitamos pasar. No sé si por aprensión o por los malos recuerdos que nos trae.

En un despiste, ayer pasé por el coro. Me pareció oír la cancioncilla, la que las monjas y enfermeras atribuyen al espíritu de la niña rubia. No me asusté, no tanto porque no crea en espíritus, sino porque de ser cierta su existencia me darían más pena que miedo. A veces creo que los

fantasmas sí existen, pero no están en hospitales y caserones abandonados, sino que cargamos con ellos en nuestras almas.

13 de diciembre de 1921

Mi padre, de paso que salía a votar, me ha acompañado al hospital porque le apetecía hablar conmigo. De camino le he soltado:

«En Estados Unidos las mujeres ya pueden votar, no estaría mal que aquí pasase lo mismo».

Me ha mirado con sorpresa.

«¿Es que te has vuelto sufragista?»

No podía citar a doña Carmen, pero sí sus palabras:

«No, pero si puedo meter las manos en el cuerpo de un hombre para salvar su vida, ¿por qué no puedo meterlas en una urna para dar mi opinión?».

«En la urna solo va la papeleta, y quienes meten la mano son los amigos de hacer pucherazo.»

Pero no fueron mis ideas sufragistas lo que más le ha sorprendido.

«¿Y de verdad tienes que meter las manos dentro del cuerpo de un hombre?»

«Y de una mujer...»

La verdad es que es el médico quien lo hace, y solo las damas enfermeras de primera pueden ayudarle, pero me ha encantado ver la cara de pasmo de mi padre.

«No le cuentes nada de esto a tu madre. Lo del voto la escandalizaría y lo de las manos le provocaría un desmayo.»

20 de diciembre de 1920

Mi padre está de muy mal humor porque las elecciones las han ganado por mayoría los conservadores de Eduardo Dato, que será el nuevo presidente del Gobierno.

«Tanto lío y tres elecciones para volver al punto en que estábamos — se ha quejado—, así el país no va a ningún lado; bueno, sí, al desastre.»

A mi madre le pone muy nerviosa ver así a mi padre. A mí, creo que ya te lo he dicho, querido diario, me hace mucha gracia, aunque sigo sin

saber quién querría que ganase porque en las elecciones, pase lo que pase, siempre acaba de mal humor.

25 de diciembre de 1920

La Navidad había sido siempre una fecha para la familia, para nuestra familia, y aunque sé que me habrán echado de menos durante la cena y la comida, lo han entendido. Hasta mi madre, que pensé que era quien más pegas iba a poner, se ha emocionado con mi decisión y me ha dicho que este era el mejor regalo navideño con el que ella podría soñar.

«Cuánto me alegro de haberte enviado a ese hospital y no a Almendralejo —me ha dicho, como si la idea hubiera sido por completo suya—. Eres otra, una mejor.»

Tanta insistencia en que soy otra, la verdad, ya me está cansando. No he cambiado tanto. Soy la misma, solo que ahora también hago otras cosas.

Hace dos días, doña Carmen pidió voluntarias para ir al hospital en Nochebuena y Navidad y pasar esas fechas con los niños. Inés fue la primera en ofrecerse, luego Avi y luego yo. Otras seis, entre ellas Alba, se sumaron.

Nosotras cenamos primero, junto a la cocina, un menú que era todo un lujo para un sitio así: entremeses, cordero y pasteles. Luego ayudamos a las monjas a servir la cena a los niños, que se alegraron de tenernos allí y disfrutaron con esas delicias que muchos de ellos jamás habían probado. Una de las niñas, pecosa y bajita, con una voz muy simpática, dijo que había tenido suerte de ponerse mala ese día porque jamás había comido tan bien en toda su vida. Para el año siguiente ya planeaba coger alguna enfermedad para volver a ingresar...

Tras la cena vinieron las canciones y unos cuantos juegos para hacer tiempo hasta la Misa del Gallo. Me sorprendió que Alba tuviese tan buena voz. No me cae bien, lo siento, y no me parece una buena persona, pero canta de maravilla y con los niños es cariñosa; no puedo negárselo.

Casi todos los pequeños, menos un par que tenían fiebre y se quedaron con Alba, que parecía haberlos hechizado con su voz, fueron con nosotras al coro de la iglesia para oír la misa. Miré a Inés y a Avi, para ver si tenían miedo de estar allí, pero rodeadas por los niños, las enfermeras y las monjas no parecían pensar en ello.

Tras la misa tocaba dormir, pero los niños nos pidieron más canciones y juegos y hasta las dos o las tres de la madrugada estuvimos haciéndoles compañía. Era tan tarde que nos acomodamos en colchones en el túnel, junto a las cocinas, y allí dormimos unas pocas horas.

Esta mañana, tras las revisiones y curas de la mañana, hemos repetido la fiesta en la comida y no hemos conseguido salir de allí hasta bien entrada la noche, cuando el último niño se ha dormido.

En casa, mis padres aún me esperaban. Mi madre ha vuelto a repetirme lo orgullosa que está de mí y mi padre, por cómo me ha mirado, no ha necesitado decirlo.

Mañana es domingo; descansaré y lo pasaré con mis padres, se lo debo. Y el lunes, a continuar con las prácticas.

31 de diciembre de 1920

Por fin he completado los días de prácticas que me faltaban. El nuevo curso comenzará el lunes siguiente a Epifanía, el 10 de enero. Unas cuantas compañeras, Avi, Inés y yo nos hemos despedido del año con una pequeña merienda en el Chumbica.

Por primera vez mis padres no me obligan a acompañarlos al baile de Nochevieja del Casino y, aunque no está Javier, o quizá gracias a ello, me han permitido ir con mi hermana y sus amigas a una fiesta donde no habrá padres o, al menos, no los míos. Por primera vez parece que formaré parte de «los adultos».

1 de enero de 1921

Después de la cena fuimos a la Puerta del Sol a tomar las doce uvas y ver como el reloj de la Casa de Correos daba las doce campanadas y marcaba así el paso de 1920 a 1921. Les insistimos a nuestros padres en que nos acompañasen, pero mi madre dijo que no le hacen gracia estas cosas modernas que enseguida pasarán de moda, y a mi padre le aterró la idea de verse en medio de esa multitud. Y lleva razón. La Puerta del Sol estaba a reborar. Tomamos las uvas al compás de las campanadas y luego brindamos con unas copas que había traído un amigo de mi hermana. La gente pareció volverse loca de alegría y se abrazaron y se desearon felicidad tanto a conocidos como a desconocidos. Me lo pasé muy bien.

Y es que resulta que mi hermana no es tan aburrida como yo pensaba. Sus amigas son divertidas y los jóvenes que iban con ellas, muy atentos, y alguno bastante guapo. Uno de ellos, Claudio, trataba a Ana con especial deferencia y cortesía, y también noté a mi hermana muy a gusto con él.

Aproveché el primer momento a solas con ella para hacérselo saber:

«Creo que Claudio está enamorado de ti, y parece que os lleváis bien y él me ha gustado mucho, para ti, quiero decir. Así que ya sabes...».

Mi hermana se rio.

«¿Qué pasa?»

«Que sea más discreta que tú —me respondió— no quiere decir que no tenga mi propia vida. Claudio y yo llevamos viéndonos ocho meses; en cuanto pasen las fiestas, vendrá por casa a pedir el permiso de padre para cortejarme; entonces lo haremos público.»

Pasamos el resto de la noche en el baile y el cielo ya clareaba cuando hemos salido a la calle. Creía que regresaríamos a casa, pero mi hermana ha dicho que antes iríamos a tomar un chocolate con churros al café del Hotel Regina. Me he puesto muy nerviosa y he comenzado a decirles que a ese lugar iban de tertulia Valle-Inclán, Unamuno, Romero de Torres y muchos otros artistas e intelectuales, y que quizá veríamos a alguno, pero mi hermana me ha cortado nada más empezar:

«Laura, no seas pesada y solo disfruta del chocolate con churros...».

Ya había amanecido cuando hemos salido. En el cercano Café Colón se oía música de violín y los canturreos de algunos clientes. El sol rojo de la mañana se reflejaba en las ventanas de la Gran Vía. El tranvía se cruzaba con coches de caballos y vehículos a motor, todos llenos de personas, como nosotras, inusualmente elegantes para esa hora. Estaba muy cansada, pero me daba igual y lo miraba todo con embeleso. Me lo había pasado muy bien y me sentía feliz... hasta que me he cruzado con un grupo de amigas a las que no veía desde mi entrada en las Damas Enfermeras.

Ha sido extraño saber de ellas y de cómo les iba. Una se ha casado y otras están ya prometidas. Les ha sorprendido que estuviese estudiando Enfermería y alguna me ha hecho el mismo comentario que yo le había hecho a mi madre, que si no era para monjas. Otra, que por cómo hablaba y se tambaleaba había bebido más de lo aconsejable para una señorita, incluso más de lo aconsejable para un hombre de 150 kilos, se ha burlado de mí.

«Pero ¿cómo te has metido en eso? Ahí solo van las que están desesperadas por echarse un novio médico... Y los que merecen la pena son los ingenieros.»

Solo ella se ha reído de su impertinencia. Yo, que también había bebido un poco y ya de natural tengo la lengua suelta, le he dicho que no tenía ese problema, que estaba allí porque quería y que Javier, a su regreso...

«¿Tu aviadorcito? —me ha interrumpido—. Pero si ese hace tiempo que voló, a saber dónde está y con quién.»

Las demás se han azarado y la han tomado del brazo para alejarla de allí mientras se despedían.

No sé si ha sido la hora, el alcohol o el cansancio, pero mi humor se ha desplomado por culpa de ese estúpido comentario. Mi hermana ha intentado quitarle hierro. Pero yo prefería oír a mis miedos e inseguridades. «Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad», he dicho tirando de ese tópico tan gastado.

«Los borrachos solo dicen tonterías —ha respondido mi hermana al momento—. Y tú, de niña, mentías como una bellaca. ¿O es que ya no te acuerdas?»

«Tú tampoco te quedabas corta», le he dicho riendo.

Hoy mi hermana se merece un aplauso.

No ha pasado más de un año desde la última vez que estuve con aquellas amigas, pero me pareció que nos separaba una década. Y si hubiera que medirlo en espacio, un continente.

En una semana y poco más comienza el nuevo curso. Ojalá empezase mañana.

9 de enero de 1921

Claudio ha venido por casa a pedir la mano de Ana. Se ha sabido manejar muy bien y, desde hoy, mi hermana está formalmente comprometida. Parecen muy felices. No he podido evitar pensar en Javier y me he puesto un poco triste. Pero enseguida he espabilado el humor. Mi hermana se lo merece. Es su día.

Mañana será el mío: regreso al hospital.

10 de enero de 1921

Esta vez no ha habido formalidades de ningún tipo. Todas sabíamos el día que teníamos que estar allí y hemos asistido como quien va un día más a clase, con nuestros uniformes y nuestros cuadernos. Dos de nuestras compañeras, una de ellas la que vimos besándose con un médico, no estaban y no harán el curso. Y, como era de suponer, están prometidas con médicos a los que conocieron durante el primer curso y sus prácticas. Corroborar que ese era su objetivo me decepciona y enoja. Sé que no es justo, porque yo no me animé por mejores motivos y a punto he estado de dejarlo para irme con Javier... Aun así, no puedo evitar estar molesta con esas compañeras. Lo sé, querido diario, puedo parecer una hipócrita y que me contradigo, pero, como diría el bueno de Walt Whitman en ese hermoso y grandilocuente verso: será que soy inmensa y que contengo multitudes.

Lo peor es que Alba no es una de esas compañeras que se va. Otros seis meses aguantándola.

Don Francisco, antes de entrar, me ha pedido que lo acompañase un momento al despacho. Me ha mirado muy seriamente y, para mi sorpresa, ha dicho:

«Me gustaría que dejase este curso, señorita De la Gasca».

Me he quedado helada y he tardado un momento en reaccionar:

«Pero si usted mismo insistió en que viniese...»

«Lo sé, pero lo he pensado mejor.»

«¿Por qué? —he preguntado casi tartamudeando—. ¿Qué he hecho?»

«No es lo que ha hecho, sino lo que le conviene hacer. El curso de enfermeras profesionales, que no se da aquí, ya ha comenzado, pero puedo hacer que la admitan. Son tres años y saldrá mucho mejor preparada.»

Entonces lo he entendido. Sé que debería habérmelo tomado como un halago, un signo de que don Francisco confía en mí y se preocupa por mi futuro, pero eso haría descarrilar por completo mis planes con Javier, aparte de que me separaría de Inés y Avi.

«¿Quiere que me titule?»

«Bueno, titularse, lo que se dice titularse, no..., porque no existe tal título.»

«¿Y las enfermeras profesionales y sor...?», iba a decir «sor Titulada» delante de don Francisco. He sentido vergüenza, pero él se ha reído.

«Todos llamamos sor Titulada a la hermana Asunción; de hecho, creo que la idea salió de uno de los doctores. De Serrada, puede ser... La llamamos así porque hizo el mismo curso que las enfermeras profesionales. Un curso que las prepara para esa labor, pero que no es recompensado por un título oficial, como el de otros estudios superiores. Y el suyo no deja de ser un papel simbólico, solo con validez interna. Doña Carmen, muchas otras enfermeras y médicos, y yo mismo, estamos luchando para que se les conceda un título oficial y reconocido... Y, por lo que sé, de aquí a dos o tres años será una realidad. Y me gustaría que usted fuese una de esas primeras tituladas.»

«Se lo agradezco, pero antes quiero finalizar este curso. Y le prometo que después me lo pensaré.»

«Como usted prefiera. Y ya que va a quedarse, le pido que mantenga esta conversación en secreto.»

He asentido y así lo he hecho y tengo intención de seguir haciéndolo. Solo tú, querido diario, eres partícipe de ese nuevo secreto.

De vuelta en clase, Inés y Avi me han preguntado qué quería nuestro profesor y yo les he puesto la excusa que el propio don Francisco me había proporcionado:

«Quería enseñarme unos artículos sobre el tifus».

Don Francisco ha entrado al poco, nos ha dado el nuevo manual y nos ha dicho que este año solo impartiría los tres primeros temas, los dedicados a las epidemias y las enfermedades infecciosas, algo que ya deberíamos conocer por las prácticas y el brote de tifus exantemático que evitamos que se propagara. Tras esos temas, doña Carmen nos dará uno centrado en los protocolos de conducta de las enfermeras en la consulta y el quirófano. El resto, dedicados a los sistemas internos del cuerpo humano (digestivo, circulatorio y nervioso) y a la cirugía y el trabajo en quirófanos, puestos de socorro y buques y trenes hospitales, serán cosa de don Víctor Manuel Nogueras. Y, sin más, ha comenzado su explicación.

Solo he echado un vistazo superficial al manual y me parece mucho más interesante y denso que el del curso pasado. También he visto que, pese a ello, hay varios temas que apenas trata por encima y que me resultan de lo más interesantes. Sé que si hubiese aceptado la oferta de don Francisco, el material sería más completo y riguroso, pero ¿para qué hacerlo si puedo seguir visitando la biblioteca?

13 de febrero de 1921

Mi prolongada ausencia de tus páginas, querido diario, ya te debe indicar lo ocupada que estoy con los estudios. Tras las clases, la comida; tras la comida, las prácticas; tras las prácticas, la biblioteca, y tras la biblioteca, cuando Inés y Avi son capaces de arrancarme de allí, nos sentamos en la terraza del Chumbica, y mientras tomamos un recuelo con picos, que tan bien viene para el frío, seguimos hablando de parásitos, vectores, portadores, profilaxis e infecciones. Llego a casa tan tarde que mis padres ya han renunciado a pedirme explicaciones; la cena me espera, fría, en un rincón del comedor, donde la despacho aún con el uniforme y mientras leo algún libro de medicina. Duermo seis horas y vuelta a empezar. Y, tras estas líneas, hoy apenas dormiré ese tiempo.

Mi padre me ha contado que han nombrado un nuevo general en Melilla, Manuel Fernández Silvestre, y que pronto retomará la ofensiva para llegar a Alhucemas y acabar con la guerra. Ojalá lo haga enseguida, porque acortaría mi espera y devolvería a Javier a mi lado.

En el fondo bendigo todos nuestros trabajos y apuros, que tan bien alejan de mi cabeza esta espera.

1 de marzo de 1921

Hoy perderé un poco de sueño porque la ocasión se merece que la conozcas y que yo, pasado el tiempo, la pueda recordar al volver a tus líneas, aunque dudo que me llegue a olvidar de ella.

Una de las principales diferencias entre la ciencia y la literatura es que la segunda adora los sinónimos y la ambigüedad, y la primera los evita. En ciencia, una palabra debe significar una cosa y solo esa cosa, y cada cosa debe tener un nombre y ninguno más y, aunque no siempre sea así, es lo más deseable por un motivo: la precisión. Y me encantan la frialdad y seriedad con que se deben tratar esas palabras aun cuando toquen temas que socialmente resultan escabrosos o moralmente poco aceptables. En ciencia, la mojigatería se aplaca con rigor y formalidad. Así, en un libro de medicina, puedes encontrar palabras como «pene, testículos, glande, vagina, clítoris, labios mayores y menores, senos, pezón, coito, penetración» y muchas más, que en la mayor parte de los demás libros son evitadas o acometidas con eufemismos y metáforas la mayor parte de las veces absurdos, como la tontería esa de llamarle «flor»

al himen. Y cuando esas palabras son nombradas, no hay lugar para el sonrojo, las miradas desviadas o las risitas. Ese es su nombre y así debemos referirnos a ellas.

Algo así nos había dicho don Francisco, pero ha dado igual. Muchas se ponen muy nerviosas al abordar esos conceptos que, en algunos servicios, como la ginecología, la urología y la obstetricia, son fundamentales. En concreto, Alba estaba hoy muy incómoda y cada vez que se citaban ciertas palabras se ponía colorada. Como el manual, que peca de pacato, trata esos temas un poco a la ligera, no he parado de preguntar a don Francisco, que respondía con la misma frialdad y seriedad que yo usaba. Pero Alba y algunas otras estaban cada vez más y más alteradas. Puedes figurarte, querido diario, lo mucho que me he divertido.

«Si se diera el caso —he preguntado— de que cuando estamos tratando una herida en la zona inguinal, el pene del paciente entrase en erección, ¿qué hacemos?»

A don Francisco le ha extrañado un poco la pregunta. Alba parecía que se iba a atragantar con su propio aliento y su piel tan pálida ha comenzado a inflamarse.

«No creo que algo así pueda ocurrir, señorita De la Gasca; un enfermo o un herido no suelen estar para esas... alegrías.»

«Pero ¿si ocurriese? ¿Como un reflejo?»

«Lo primero, no escandalizarse ni ponerse nerviosas o mostrar sorpresa o enojo; tratar el asunto como una reacción más del cuerpo. Y, si no, puede probar a darle un pellizco...»

«¿Pellizcarlo el...?», he puntualizado muy extrañada.

«¡No, por Dios, señorita! —me ha interrumpido don Francisco—, pellizcarlo en el muslo o en el abdomen, como si fuese parte de la cura o el examen.»

Alba estaba tan colorada que parecía que iba a comenzar a arder. Con nuestras ropas blancas, al sentarse en la primera fila, parecía el farolillo de un burdel. Me ha costado aguantar la risa. Al salir del aula don Francisco se me ha acercado.

«En su día, yo dejé en paz a sus amigas; deje en paz a la señorita Torres, también es una buena alumna; de las mejores, mal que le pese.»

«Si lo hago por su bien. ¿Y si algún día le pasase algo así?»

«Pues en ese caso tendrían una divertida anécdota que contar, pero ya le digo que no es probable. La vergüenza y el dolor suelen facilitarles ese trabajo.»

Inés y Avi, que también se habían puesto un poco coloradas con todo ese asunto, son de la misma opinión. Ya es hora de dejar a Alba en paz. Inés dice que le da pena, que la pobre lo estará pasando fatal. No se puede ser tan buena, Inés; déjame disfrutar de esta pequeña jugarreta. Además, esta es la última semana en que don Francisco nos dará clase. Y no creo que otro me tolere estas pequeñas travesuras. Cuánto lo echaré de menos...

4 de marzo de 1921

Hoy ha sido el último día de don Francisco como nuestro profesor. Ha acabado la lección, nos ha preguntado si había dudas y nos ha invitado a visitarlo en su despacho si alguna vez nos surgían.

«El lunes comenzaréis con doña Carmen Angoloti», ha sido su última frase tras quince lecciones. Ha recogido sus libros e iba a irse así, sin más, dejándonos allí solas con Paquito.

No sé por qué lo he hecho, supongo que porque he pensado que se merecía algo más, pero he dado una palmada. Todas se han quedado un poco sorprendidas. Don Francisco, que ya estaba a punto de salir por la puerta, se ha detenido y se ha dado la vuelta para ver quién lo había hecho. Entonces he dado otra palmada, y otra, y varias compañeras han ido uniéndose hasta que aquello por fin ha sonado como un verdadero aplauso. Don Francisco ha murmurado «Gracias» y, aunque ha intentado disimularlo, se ha emocionado.

7 de marzo de 1921

Doña Carmen ha comenzado con el tema cuarto: la conducta de una enfermera durante la visita médica. No se me puede ocurrir un tema más aburrido, pero ella ha sabido contarlos de forma amena, con muchas anécdotas. Creo que nos hemos pasado la mitad de la clase riéndonos. Suele ser una mujer muy seria y que impone, pero cuando quiere puede ser muy divertida.

Después de comer nos han llevado hasta un cuartucho en el túnel, bajo el dispensario del pabellón administrativo. Ante un altísimo y enorme estante lleno de botes con todo tipo de sustancias etiquetadas en latín, nos esperaba una monja bastante entrada en carnes y años. Entre

ella y nosotras había una gran mesa de madera que parecía un mostrador y que le daba al lugar el aspecto de una botica subterránea. Aunque parecía que aquella monja era la típica que se queda dormida rezando el rosario en la capilla, ha resultado ser toda una autoridad en venenos, drogas y química.

Con sus manos gordezuelas, como si fuese un bebé superlativo, nos ha ido enseñando todo lo que tenía por allí: sulfatos, metales, extractos de plantas y flores, amoníacos, sales, ácidos, quinina, elixir paregórico (elaborado con opio y alcohol alcanforado de 46 grados), morfina, éter, fenol, protóxido de nitrógeno... Y, por fin, su orgullo, la joya de la corona: un frasquito de color negro marcado con todas las señales de peligro y muerte que debe de conocer el ser humano.

«Toxina botulínica —ha dicho con una sonrisa cándida—. La produce una bacteria llamada *Clostridium botulinum* y es el veneno más poderoso que existe; se calcula que menos de una millonésima de gramo ya bastaría para matar a una persona. Y con una sola gota podríamos matar a un millón de ratas de laboratorio.»

Su rostro se ha iluminado como si nos estuviese hablando de los logros de un amado.

¿Estoy muy loca por haberme emocionado un poco? Te lo pregunto a ti, querido diario, porque sé que no me vas a responder.

La he bautizado como «sor Berzelius», por uno de los padres de la Química moderna. No sé si es el más importante, pero es el que tiene el nombre más divertido. Todas mis compañeras han adoptado el apodo.

Lo más entretenido ha venido cuando sor Berzelius nos ha enseñado a hacer pastillas.

«Es como hacer galletas para liliputienses —ha explicado—, pastelería en miniatura.»

Con una báscula de precisión, muy pequeña y delicada, se pesan los principios activos y el excipiente, que es como una harina. Luego se amasa todo, pero con guantes y las puntas de los dedos, como si de hacer un minúsculo panecillo se tratase. Con la pasta se hace un cilindro muy alargado que, con una guillotina, se va cortando en diminutos discos: las pastillas, que ya se dejan secar. El amasado, corte y secado se hacen con un pequeño rodillo sobre un aparato de metal, el pildorero, poco más grande que una tabla de cortar, lleno de surcos que facilitan la labor.

Como sor Berzelius nos ha dicho, aquello parecía un juego de panadería para niñas, solo que lo hacemos con venenos y sustancias que, en un descuido, podrían matarnos a todas.

«Mañana —ha anunciado— pasaremos a los supositorios y enemas; eso sí que es divertido.»

Me encanta esa monja.

En el plan figura que también aprenderemos a hacer preparados y soluciones, tanto curativas y sedantes como la de fenol, para desinfectar y preparar el material quirúrgico. Nos llevará el resto del curso y, según ella, podría llevarnos el resto de nuestras vidas, pues las mezclas y posibilidades son infinitas.

El punto final será el éter con el que se duerme a los pacientes de cirugía durante la operación.

«Se va dejando caer, gotita a gotita, sobre una tela en una máscara que cubre el rostro del paciente: la máscara de anestesia. Es mitad ciencia y mitad arte. Si lo hacéis bien, el paciente no sufrirá; si lo hacéis mal, lo mataréis.»

Esa tarea suelen hacerla las enfermeras profesionales, pero sor Berzelius no descarta que alguna de nosotras, si demuestra su calidad y las circunstancias lo requieren, pueda llegar a hacerlo algún día.

Nada más acabar esa clase he ido corriendo a la biblioteca a coger un par de libros de farmacología que ya he venido hojeando en el tranvía.

8 de marzo de 1921

El día comienza oficialmente cuando el reloj da las doce campanadas que sepultan el día anterior. Ya ha agotado casi una tercera parte de su recorrido cuando Dorotea me ha venido a despertar y ha comenzado «mi día». Pero hoy, el día de verdad, el que todos recordaremos el resto de nuestras vidas, ha comenzado a las ocho de la tarde, cuando apenas quedaban cuatro horas para que expirase.

El sol se acababa de poner y, ya de regreso del hospital, estaba apoyada en una de las ventanillas del tranvía. Pasábamos por la plaza de la Independencia, junto a la Puerta de Alcalá, y el cielo enrojecía calle abajo, sobre los edificios que rodean la Cibeles.

«Madre mía, mirad qué cargada va esa moto.» Inés me ha despertado de mi letargo contemplativo. Avi y yo hemos mirado hacia donde nos indicaba. La moto estaba bastante lejos, al otro lado de la plaza, y llevaba un sidecar. Tres hombres se encaramaban sobre ella. Uno, corpulento, con pelliza oscura, boina y gafas, al manillar. Otro, al

que no he podido ver bien, en el sidecar. Y entre este y la moto, uno alto y delgado, de cabello rubio.

La moto ha acelerado. Ha rebasado a un tranvía que venía en dirección contraria a la nuestra y se ha acercado a un coche oscuro con capota que se había detenido para dejarnos pasar. Lo recuerdo ahora y me estremezco, pero en el momento ha sido tan rápido que no me he dado cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta oír el cuarto o quinto disparo.

El hombre del sidecar y el rubio que iba a su lado han sacado cada uno dos pistolas y han disparado contra la parte trasera del coche. Los gritos, carreras y frenazos enseguida se han mezclado con las detonaciones. Las únicas que yo había oído hasta entonces eran las salvas de fogeo que uno de los músicos del cine Doré hacía sonar para acompañar los tiroteos de la pantalla. Pero estos han sido muy diferentes, como explosiones que se sucedían muy deprisa, una tras otra, y parecían no acabar.

Avi se ha agachado e Inés ha tirado de mí para que hiciera lo mismo. El tranvía ha frenado de golpe y, al igual que muchos de los viajeros, nos hemos caído al suelo. Cuando me he levantado y he vuelto a mirar por la ventanilla, todos los vehículos y las personas que antes llenaban la plaza se habían apartado del coche tiroteado, y la moto con sus tres tripulantes se alejaba por la calle Serrano. El silencio, por un momento, me ha parecido absoluto. He vuelto a oír el ruido de la moto, y el del coche tiroteado, que aceleraba para alejarse de allí calle Alcalá arriba. Ha pasado muy cerca de nosotros; delante iban dos hombres: uno al volante y otro que se inclinaba sobre el asiento de atrás para atender al tercero, que estaba cubierto de sangre. En ese momento no he sabido quién era.

Entonces he empezado a fijarme en la gente de la plaza. Había mujeres y hombres caídos por las aceras y entre los vehículos, y un par de caballos desbocados trotaban de un lado a otro asustados. No sabía si esas personas estaban en el suelo por miedo a los disparos o porque estaban heridas. Una señora, dentro del tranvía, ha llamado mi atención.

«Señorita, por favor. —Sangraba por la frente—. Ayuda.»

Solo entonces me he dado cuenta de que íbamos vestidas de damas enfermeras. Seguro que enseguida la plaza se llenaría de ambulancias y médicos para atender a los heridos. Mientras, estábamos nosotras tres. No sabía si podríamos hacer mucho sin medios ni instrumental, pero, como diría doña Carmen Angoloti, nuestra misión es llevar esperanza, hacerles ver que no estaban solos y que la ayuda estaba en camino.

Me he agachado junto a la señora y he visto que se había golpeado en la frente al caer. Era un rasguño superficial y ha reaccionado correctamente siguiendo el movimiento de mi dedo con la vista; no tenía dolor de cabeza, ni sangre en los ojos, ni nada que indicase un golpe de gravedad, pero estaba muy asustada. Le he pedido un pañuelo, que ha sacado de su bolso, y le he recomendado que permaneciese recostada mientras se lo apretaba contra la pequeña herida.

Inés y Avi me han imitado y han atendido e intentado tranquilizar a los que se habían golpeado por el frenazo del tranvía. En cuanto he podido, me he apeado.

El tráfico estaba parado y un par de hombres se habían encargado de tranquilizar a los caballos. Me he quedado plantada allí en medio, con el uniforme, mirando alrededor. Enseguida varias personas me han llamado a su lado. He ido corriendo de una a otra. Tenían pequeños golpes o sufrían ataques de nervios. El más grave había sido golpeado por un coche y tenía un brazo roto que he conseguido inmovilizar con ayuda de un chófer que me ha dejado unos trapos y una barra metálica. Inés y Avi también se han apeado en busca de otros heridos y de personas asustadas.

Estaba acabando de inmovilizar ese brazo cuando ha llegado corriendo una niña.

«¡Señorita, mi madre está sangrando mucho!», ha dicho llorando.

El chófer me ha dicho que fuese con ella, que él se hacía cargo de aquel hombre.

La niña me ha llevado hacia la esquina del parque del Retiro. Un grupo de personas se había arremolinado en torno a una mujer caída en el suelo boca arriba.

«Por favor, apártense», les he pedido; la estaban ahogando.

«Madre, esta señorita la va a curar —le ha dicho la niña y luego me ha mirado—. Por favor, no deje que mi mamá se muera.»

Tenía una herida en el pecho, cerca de su hombro izquierdo, y el suelo estaba lleno de sangre. Le he apartado un poco la ropa y he usado mi mandil para limpiar la herida. Así he visto el agujero de entrada de una bala. Por la cantidad de sangre que parecía salir de su espalda, he supuesto que la bala había podido atravesarla.

Sin moverla, he palpado su espalda y comprobado que así era. Me he quitado la cofia para comprimirla contra la herida, esperando que se redujese el sangrado.

En ese momento me he dado cuenta de que la mujer apenas podía respirar e hinchaba mucho el pecho. Lo más probable era que tuviese aire en la cavidad pleural. Había que sacárselo o podría morir asfixiada. En el hospital tenemos jeringas con agujas gruesas que se clavan entre las costillas y permiten salir ese exceso de aire. Allí no tenía nada así.

«¡Haga algo!», ha gritado la niña.

Y lo mismo me gritaba a mí misma en mi interior: haz algo, Laura, por Dios, haz algo. He mirado a mi alrededor, preguntándome qué podía usar, qué podría llevar alguna de aquellas personas que me fuera útil. Mis manos temblaban. Estaban empapadas de sangre, igual que mi ropa. La niña, al verme nerviosa, ha comenzado a gritar.

«¡Haga algo, no deje que se muera!»

Pero no sabía qué hacer. Me faltaba el aire y sentí que me mareaba. Ya ni me salían las palabras y estaba paralizada. Aquella mujer se iba a morir y yo iba a desmayarme sobre ella.

Entonces la gente se ha apartado y un hombre con un maletín se ha agachado a mi lado.

«¿Es usted profesional?», me ha preguntado desabrido.

Me he limitado a mirarlo, asustada, y no he sido capaz siquiera de responder a esa sencilla pregunta.

«¿Por qué lleva el cabello suelto?», ha insistido.

Ni he atinado a decirle que aquella mujer tenía una herida de bala con salida en la parte posterior y que se estaba asfixiando por culpa de un neumotórax. Al ver que la situación me superaba, el médico me ha apartado con brusquedad.

«¡Esto no es un juego, apártese! —me ha gritado, y a los que nos rodeaban—: ¡Llévensela de aquí!»

Un par de hombres me han agarrado por los brazos para levantarme y me han llevado hasta un banco cercano. Uno me ha preguntado si necesitaba sales, que se las podía pedir al doctor que acababa de llegar.

«No, estoy bien», he acertado a decir.

Era mentira. No estaba herida ni me iba a pasar nada, pero no estaba bien. Temblaba y todo me daba vueltas. No por la sangre, que ya había visto bastante en el hospital, sino porque le había fallado a aquella niña, a su madre y a toda la profesión médica. De no haber llegado ese doctor, la mujer habría muerto, y habría muerto por mi culpa. La niña me miraba de lejos, entre la gente que aún rodeaba a su madre y al doctor, y en sus ojos había una enorme decepción.

No sé cuánto tiempo he estado así. Vi cómo llegaba una ambulancia y subían a la mujer, con su hija y el doctor. Vi cómo se marchaban. Y cómo iban llegando más médicos y, ahora sí, enfermeras de verdad...

La plaza ya se había llenado de policías que dispersaban a los curiosos y hacían circular el tráfico cuando Inés y Avi han venido hasta mí, impolutas y orgullosas por haber resultado de utilidad.

«¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?», me han preguntado cuando me han visto manchada de sangre.

Les he indicado que no con la cabeza y he dejado que me abrazasen.

Me han ayudado a serenarme y luego me han acompañado a casa, donde al ver mi uniforme manchado de sangre se han alarmado. Les hemos contado el suceso y que nos habíamos quedado a ayudar. No les he contado mi vergonzoso fracaso y he conseguido aguantar sin que me notasen nada. Mi madre le ha pedido a Dorotea que se encargase de mis ropas y ella ha llamado por teléfono a la modista para encargarse de otra cofia. Mi padre también ha llamado a las casas de Avi y de Inés para tranquilizar a sus padres y luego nos ha explicado que ha sido un atentado. Me ha parecido curioso que él, que no se había movido de casa, supiese más sobre lo que nosotras habíamos vivido *in situ*.

«Portela, el que trabaja en *La Voz* —ha contado, en referencia a uno de esos amigos con los que se reúne cada dos semanas—, vino a cenar a casa. Lo han llamado hará media hora para que volviese a la redacción. Unos pistoleros habían disparado contra el presidente en la plaza de la Independencia. Se puso furioso, no porque simpatice con Dato, sino porque no se comete un atentado por la tarde a última hora. Eso es no respetar a los trabajadores.»

No me pareció muy correcto que mi padre y su amigo Portela, por muy contrarios que sean al Gobierno, hagan bromas con un intento de asesinato. Y a las chanzas han seguido las cábalas. Mi padre piensa que será cosa de los anarquistas, que están muy revueltos desde que Dato nombró a Severiano Martínez Anido gobernador militar de Barcelona.

«Nada bueno puede esperarse de un militar de El Ferrol —ha comentado. Según él, la represión de ese militar contra anarquistas y demás movimientos obreros en Barcelona es brutal y es lo que habrá provocado el atentado—. Van a ser los anarquistas, ya veréis.»

Inés y Avi han cenado en casa y se han quedado hasta que han venido sus padres a buscarlas. Luego me he acostado, pero no podía dormir. He bajado a beber un poco de leche y me he encontrado a mi

padre junto al teléfono leyendo. Me ha contado que su amigo Portela lo llamaba de vez en cuando para contarle las últimas novedades.

«Dato ha muerto —me ha confirmado—. Es el segundo presidente del Gobierno asesinado en menos de una década.»

Sí que vivimos en un país desordenado, como dice mi padre.

He vuelto a la habitación y sigo sin poder dormir. Ni siquiera al escribir me he cansado. Buscaré algún libro muy aburrido...

Me he dado cuenta de que, con tanta lectura de ciencia y medicina, hace mucho que no leo obras literarias. Voy a probar con *La Jerusalén libertada* de Tasso. Cuando era niña recuerdo haber visto, en muchas ocasiones, a mi padre dormido en el salón con ese libro en el regazo.

9 de marzo de 1921

Pues al final, para mi desgracia, no está tan mal *La Jerusalén libertada*. Es muy fantasiosa y dudo que tenga algo que ver con las verdaderas Cruzadas, pero me gustó seguir las andanzas de sus personajes femeninos, que son guerreras y hechiceras y no damiselas que esperan ser salvadas. A lo mejor tiene razón mi padre y disfruto leyendo cualquier cosa. Me lo dijo cuando me vio con *Jeromín*. No sé qué pretendía que leyese con diez años, ¿*Nana* o *Justine*? Bueno, si se entera de que ya he leído esta última seguro que tampoco le haría mucha gracia. A mi madre le daría un colapso. Pensaría que soy una fresca y que mis citas con Javier son un desenfreno erótico, cuando la realidad es que mi experiencia en las artes amatorias no pasa de las páginas de los libros y unos cuantos besos y caricias. Pero, al menos, gracias a Sade, Zola, Ovidio y unos cuantos otros creo que cuando llegue el momento estaré preparada, espero. Y a Tasso le debo el haberme distraído de mis pensamientos durante esta noche tan larga en la que, cada vez que pensaba en ello, sentía que debería dejar el uniforme antes de hacer daño a otra persona con mi temeridad y mi torpeza.

Puede que me guste la ciencia, pero comienzo a sentir que quizá no valga para ser enfermera. Me creí fuerte, pero he resultado ser muy débil.

El asesinato del presidente ha provocado que suspendan las clases en el hospital hasta el lunes. Toda la prensa se ocupa del asesinato de Dato y de la búsqueda de sus asesinos. A mi padre, como si fuese un ministro, su amigo Portela le sigue informando de cada avance en las investigaciones.

El día ha discurrido lento y tedioso; y me he encerrado en la lectura de Tasso. Ya ni me apetece leer mis libros de medicina. Y cuando pienso en regresar al hospital siento un horrible vacío en el estómago.

14 de marzo de 1921

Por la mañana me he vestido mi uniforme, limpio y sin una sola mancha de sangre, como si no hubiera pasado nada. Y he recuperado la sensación de mis primeros días como dama enfermera: he vuelto a sentirme disfrazada.

En el tranvía suelo encontrarme con Avi, Inés o alguna otra de nuestras compañeras, y hacemos el trayecto hablando sobre nuestros fines de semana y las clases. Para evitarlas he salido antes para ir andando.

Hemos retomado nuestro curso con las primeras clases a cargo de don Víctor Manuel Nogueras. Lo primero que ha hecho ha sido felicitarnos a Inés, a Avi y a mí por nuestra actuación en la plaza de la Independencia. Todas nuestras compañeras nos han aplaudido y yo me he sentido fatal. La única que no ha hecho una fiesta ha sido Alba, y se lo he agradecido. No tengo nada que celebrar.

Inés, con la mejor de las intenciones, le ha preguntado al doctor Nogueras si sabía algo sobre la mujer herida por una bala perdida. Nuestro profesor sabía que allí mismo la había atendido un doctor, pero había muerto de camino al hospital. Y ya no sé qué ha explicado en las clases, pues no he podido sacármelo de la cabeza. En cuanto han acabado, he puesto una excusa para desembarazarme de mis amigas y he ido hasta el hospital. Me apetecía encerrarme en la capilla para estar sola y rezar por el alma de esa pobre mujer.

Y justo por allí ha tenido que aparecer Alba. Se ha arrodillado lejos de mí, en el banco más cercano al altar. En ese silencio no me habría sorprendido oír aquella cancioncilla espectral, pero no ha sido así. Solo el eco de pasos por los pasillos, las voces de los niños jugando en el jardincillo y los más aún lejanos ruidos de las obras en la carretera de Aceiteros. Cuando Alba se ha levantado y ya se dirigía a la salida, me ha dicho:

«No te hacía tan piadosa.»

Pura simpatía. Pero yo no estaba de humor para replicarle.

«Tienes razón —le dije—, soy una mentira.»

Ella me ha mirado con sorpresa.

«No. No lo eres. Y no sé por qué me tienes tanta manía. Eres tan buena como yo... Y hoy te has llevado todos los aplausos.»

«Inmerecidos.»

«No te lo voy a discutir», ha añadido antes de irse.

No sé si ha sido compasión, desprecio o un tímido intento de hacer las paces al verme mal, pero me da igual. No estoy para pensar en Alba.

Tras dejar la capilla, he decidido ir a ver a don Francisco. Aunque no era capaz de culparlo de nada, como él me había pedido, supongo que me siento como se habría sentido él al perder a su paciente. Quizá sus palabras me diesen algo de consuelo. Pero no estaba. Se ha ausentado unos días por asuntos personales. Así que ese despacho al que casi había llegado a considerar mi segunda casa me estaba fallando; peor aún, me estaba rechazando.

Me he entretenido en la biblioteca no por interés, sino para estar sola. De vuelta a casa, el tranvía ha pasado, como siempre, por la plaza de la Independencia. Al ver la Puerta de Alcalá, el recuerdo de aquella mujer, empapada de sangre y muriendo por mi culpa, me ha golpeado en las sienes y en las tripas. El tranvía ha frenado un poco para coger la curva y su chirrido me ha sonado como un grito. No me he atrevido a mirar al lugar donde cayó la mujer por miedo a ver su espectro aún allí, muerta en el suelo, o de pie, mirándome, o a su hija acusándome. Si es lo que Avi siente cuando habla de fantasmas, son reales, y en esa plaza siempre habrá uno para mí.

Ha sido ahí cuando lo he decidido. La propuesta de don Francisco me había tentado y había estado revoloteando por mi cabeza durante estos meses: hacer los cursos de enfermera profesional. Pero esa decisión murió allí, con esa mujer, en esa plaza. Al acabar este curso colgaré el uniforme, dejaré las Damas Enfermeras y me iré con Javier a donde sea que lo destinen.

15 de marzo de 1921

Una semana después del atentado mi ánimo se ha atemperado y creo que me comporto como siempre. Pero la sensación en el fondo de mi estómago es la misma: nunca seré una buena enfermera, pues me falta la templanza necesaria. Fui puesta a prueba y fracasé. Cuando llegue el momento, me iré. Si sigo, es por no decepcionar a mi familia y a Javier, y

por no inquietar a mis amigas, que harían lo imposible para que continuase.

Al volver a casa mi padre me ha comentado la noticia que hoy ha sido el titular de todos los periódicos. Han identificado a los asesinos de Dato. Uno está detenido y los otros dos han huido. La Policía los sigue buscando, igual que a otras personas acusadas de conspirar con ellos. Mi padre no ha podido reprimir cierto orgullo cuando ha dicho que son anarquistas y que el atentado tiene que ver con la represión en Barcelona, como él había supuesto desde el principio.

Ojalá Javier regrese pronto y lo destinen bien lejos de esta ciudad y de este país. No sé en qué estaría pensando cuando acepté la propuesta de mi madre para estudiar algo tan relacionado con la muerte. Almendralejo habría sido mejor; más aburrido, pero bien lejos de tanta oscuridad...

28 de marzo de 1921

Hemos pasado la Semana Santa en Santander. Ha sido un paréntesis extraño, tan diferente a mi rutina en la escuela y en el hospital. Aunque sé que mi aventura con la enfermería pronto se acabará y que tan solo será un pequeño episodio de mi vida, tampoco he sido capaz de reconocerme o de sentirme cómoda con los paseos por el Sardinero y los bailes en el Gran Casino que antes tanto me gustaban. Es como si, de repente, no tuviese arraigo en ningún lugar.

30 de marzo de 1921

Pese a que comenzamos con mal pie, acabé por admirar y apreciar mucho a don Francisco. No pensé que otro profesor pudiese estar a su altura, pero don Víctor Manuel, si no lo está, se acerca. Sus temas, además, son de lo más interesantes. El funcionamiento de los sistemas de nuestro cuerpo: el digestivo, el circulatorio y el nervioso.

En las prácticas, sor Berzelius nos ha enseñado a hacer análisis de sangre para medir la albúmina y don Víctor Manuel, diagramas e historias clínicas. Ha sabido convertir lo que aparentemente es una aburrida burocracia médica en algo apasionante.

«Son como las órdenes de un ejército, señoritas —nos dijo—, y ustedes, los correos de guerra.»

Nos contó cómo un mensaje mal transmitido había llevado a la desastrosa carga de la Brigada Ligera en la guerra de Crimea y que algo así también podía pasar en la práctica clínica. Lo ilustró con un buen número de anécdotas sobre errores en las historias clínicas que habían llevado a verdaderos desastres médicos, como cuando estuvieron a punto de amputarle la pierna a un paciente que simplemente había venido a visitar a su mujer y se echó una siesta donde no debía.

«No es un simple papeleo; de sus plumas y lapiceros también dependen las vidas de nuestros pacientes.»

También nos enseñó historias clínicas redactadas por algunas de nuestras predecesoras para explicar que deben ser claras, concretas y no contener información irrelevante...

«Como la de este oficial de Caballería que, según su enfermera, y leo: “presenta petequias bajo sus preciosos ojos azules”; o este niño del que vuestra colega dice: “ni duerme ni deja dormir a nadie con sus caprichos y tonterías”. Y, bueno, que el coronel Escalonilla “es un viejo verde y tiene las manos muy largas” sí puede ser una información relevante para la enfermera, pero aun así no debe figurar en su historia clínica.»

Así, lo que sobre el temario se presentaba como una de las prácticas más aburridas, acabó por ser una jornada de lo más entretenida.

Mientras estoy en la escuela y en el hospital me lo paso bien y todo me resulta interesante, como siempre, pero al salir y coger el tranvía, al volver a pasar junto a la Puerta de Alcalá, siento de nuevo el vacío que me acompaña estos días. Por eso, las clases, lejos de aliviarme, hacen más profundo mi malestar.

Tú eres mi único alivio, querido diario, el único lugar donde vuelco estos sentimientos que ni siquiera me atrevo a contar a mis amigas o a Javier en mis cartas.

6 de abril de 1921

Don Víctor Manuel nos ha contado hoy cómo algo tan terrible como la Gran Guerra ha hecho avanzar nuestro conocimiento del sistema nervioso y el cerebro. Igual que los muertos, los heridos se contaron por millones, y muchas de esas heridas eran en la cabeza. Los médicos, al tratarlas, comenzaron a relacionar las zonas del cerebro destruidas por

las balas y la metralla con los problemas que causaban en cada paciente. Así, con la suma de miles de informes e historias clínicas, se está comenzando a trazar un mapa del cerebro en el que se identifica cada una de sus regiones con su función. Y ese mapa contiene muchas sorpresas. Por ejemplo, parece ser que la corteza cerebral encargada de la visión se encuentra en la región occipital del cerebro, o sea, en la parte de atrás de la cabeza, no cerca de los ojos como podría intuirse por lógica. Por eso muchos soldados se quedaron ciegos al recibir disparos o fuertes golpes en esa zona tan distante de los ojos. Y más descubrimientos se hacen cada día según los médicos y enfermeras de todo el mundo atienden a pacientes con heridas en el cráneo.

«En esta época —nos ha dicho—, más que en ninguna otra, los libros se quedan obsoletos ya no en años, sino en meses, y es nuestra labor estar al día a través de revistas y congresos médicos. Y registrar de forma detallada los síntomas y las conductas de cada paciente, pues con ello podemos contribuir al avance de la ciencia.»

Ese interesante discurso ha sido interrumpido por la entrada de doña Carmen Angoloti, que ha abierto la puerta sin llamar y con cara de gran preocupación. Don Víctor Manuel ha sabido, igual que nosotras, que pasaba algo. Se ha disculpado y ha salido con doña Carmen. En voz baja hemos comenzado a especular qué habría pasado. ¿Un accidente que nos iba a traer muchos heridos? ¿Otra epidemia? ¿Otro atentado terrorista? ¿Un incendio en el hospital? ¿Una visita de su majestad la reina? Había teorías para todos los gustos y, como suele pasar, ninguna era cierta.

Don Víctor Manuel ha vuelto y ha dado por finalizada la clase. Ya continuaríamos mañana, ha dicho, el resto del día lo emplearíamos en prácticas en el hospital. Antes de salir nos ha contado que era posible que recibiésemos la visita de una mujer y un hombre, y que, si nos hiciesen alguna pregunta sobre el hospital, nos limitásemos a hablar exclusivamente de nuestras labores en esos dos pabellones; nada de especulaciones y suposiciones. Si preguntasen por otras cosas, responderíamos que no sabemos nada. En concreto, si preguntasen por el pabellón de distinguidos, diríamos que no sabemos a qué se refieren. Si insistiesen y nos señalasen el pabellón norte (donde, de hecho, están los distinguidos, los pacientes de pago), diríamos que allí están los quirófanos, pero que, por el momento, al ser estudiantes, no se nos permite participar en operaciones y que nunca habíamos ido por allí. Y lo ha repetido, pues, según ha insistido, era muy importante.

Al llegar al hospital ya nos esperaba Carmen. Lo primero que haríamos sería ayudarla a ella y a otras enfermeras y monjas a cambiar a algunos pacientes de pabellón. Nos han llevado hasta el norte, el de distinguidos, y, a través del túnel, hemos llevado a varios de los pacientes de pago a los otros pabellones. Siguiendo el camino inverso, de esos se llevó a otros al de distinguidos, quedando así los pacientes de pago repartidos por todo el hospital.

«De esto, ni palabra», nos ha pedido doña Carmen.

Luego nos ha dividido. La mitad al pabellón de medicina y la otra al de niños, que fue donde me ha tocado.

Allí nos encargamos de las labores que ya habíamos hecho el año anterior: cambiar sábanas y limpiar, comprobar los tratamientos, dar de comer a los pequeños y sacarlos por turnos a jugar en el jardín.

Ya era por la tarde cuando ha aparecido una mujer vestida de forma humilde y un hombre con una elegante levita. Sin presentarse, la mujer ha empezado a preguntarnos por nuestras labores y por los cometidos a los que se destinaba cada lugar del hospital mientras el hombre tomaba nota de todo. Mis compañeras han respondido con lealtad, siguiendo las indicaciones que nos había dado don Víctor Manuel. Cuando la mujer se dirigía a mí, doña Carmen se ha apresurado a situarse a mi lado.

«Les presento a Laura de la Gasca, hija del naviero.»

He respondido con educación, pero ser presentada a través de la profesión de mi padre no me ha hecho gracia. ¿No se supone que una de las funciones de este uniforme es hacernos a todas iguales? Lo que ha venido después me ha gustado aún menos.

«Nos ayudó a controlar un brote de tifus y es una de las damas enfermeras que estuvieron en la Puerta de Alcalá durante el atentado.»

La mujer me ha mirado con desdén y ya no me ha preguntado nada. El hombre se ha limitado a agachar un poco la cabeza en señal de respeto. Luego se han ido. Doña Carmen me ha mirado de reojo y, por lo que pasaría después, ha debido de notar mi malestar.

He intentado sacarme esa situación de la cabeza y centrarme en el trabajo, en concreto en tranquilizar a unas niñas que habían ingresado por unas fiebres que ya habían remitido y a las que mañana, si pasan buena noche, daremos de alta. Ahora, su principal padecimiento es que allí se aburren y me recuerdan a los animales de la Casa de Fieras del Retiro, que dan pena en esas jaulas y fosos diminutos. Así que las he cogido para salir al jardín, donde con una ramita les he dibujado en el suelo los cuadros para que jugasen a la rayuela.

Mientras lanzaban la piedra y la buscaban saltando y cantando, me he apoyado en la valla a descansar un poco sin perderlas de vista, no fuera a ser que se cayesen o comenzasen a discutir entre ellas por algo relacionado con el juego. Entonces he oído la voz de nuestra misteriosa visitante, muy airada. Estaba al otro lado del patio y se acercaba hacia nosotras discutiendo con doña Carmen. El hombre intentaba mediar pidiendo calma.

La mujer decía que no se creía aquella comedia y que sabía muy bien lo que pasaba allí, a lo que doña Carmen respondía defendiendo su labor y el bien que hacían. Como la agarrada parecía ir a más, les he dicho a las niñas que el juego se había acabado y que tenían que volver a la habitación. No les ha hecho ninguna gracia y me las he tenido que llevar a rastras, con lo que en el jardín se ha organizado otra pequeña algarada. Doña Carmen, mientras acompañaba a los invitados (o mejor debería decir intrusos) a la salida, me ha visto con las pequeñas.

Al finalizar nuestra jornada, que hoy había sido especialmente larga, me esperaba a la salida. Quería hablar conmigo y me ha advertido que no me preocupase por la hora, su chófer me llevaría a casa tras nuestra conversación.

«Quiero disculparme contigo —me ha dicho en cuanto nos hemos quedado a solas—, por usarte de esa forma con nuestros visitantes.»

«Con doña Blanca», he supuesto y, por la cara de sorpresa de doña Carmen, había acertado.

«¿Cómo lo sabes?», me ha preguntado.

«Mi madre está en la Junta del hospital y algo me contó.»

«Pues por ahí van los tiros, sí... Nuestra visitante era doña Blanca Gómez Balboa, sobrina y prima de doña Adela Balboa, que fue quien a su muerte donó las tierras y el dinero para fundar este hospital. La única condición era que fuese un lugar dedicado a auxiliar a los más necesitados. Y doña Blanca nos demanda alegando que no cumple esa función y que atendemos a pacientes de pago. El hombre que la acompañaba era un notario.»

«Y, perdóneme el atrevimiento, pero ¿no es así?»

Ese descaro le ha hecho gracia a doña Carmen.

«Cuando se construyó este hospital, los fondos enseguida escasearon y no se pudieron levantar todos los pisos previstos, por eso entró la Cruz Roja a colaborar. Ellos necesitaban dinero y nosotros, un hospital. Pero mantenerlo en funcionamiento y hacerlo crecer precisa de una inversión aún mayor. Su padre y muchos otros contribuyen con sus donaciones,

pero siempre hace falta más... Y por ese motivo tenemos pacientes distinguidos, porque su dinero nos viene muy bien, igual que los favores que nos pueden hacer... A veces más valiosos que las pesetas. Si queremos atender a los necesitados, tenemos que acoger a los de pago. Respetamos el espíritu del legado de doña Adela, aunque no la letra de forma estricta...»

«Y de eso se quiere aprovechar doña Blanca.»

«No creo que nos haya denunciado por codicia, sino por necesidad. Su familia no ha tenido suerte y las crisis la han dejado en la ruina. Le hemos ofrecido un acuerdo económico y es mi voluntad compensarla aunque ganemos este pleito. No busco su ruina.»

«Es muy noble por su parte tenerle compasión después de esta discusión.» Este comentario ha hecho reír a doña Carmen.

«No ha sido la primera... Y lo que más me ha enfadado no ha sido que me acusase de esconder a los pacientes distinguidos, lo que no deja de ser cierto, sino que se metiese con vosotras.»

«¿Con nosotras?»

«Con las Damas Enfermeras, sí. Dijo que este hospital no tenía otra función que entretener a niñas ricas que vienen aquí a sentirse más caritativas y, de paso, buscar marido.»

Me he mordido la lengua.

«Aunque sé que, en el caso de algunas, es cierto.»

Ya ves, querido diario, que podría haberlo dicho. Como ya me avisó don Francisco, a doña Carmen no se le pasa una...

«Pero no creo que sea el tuyo ni el de muchas otras; tú crees en lo que haces y sé que por eso te ha ofendido que te mostrase como un trofeo ante doña Blanca; lo siento. Solo pensaba en el bien del hospital, pero no estuvo bien.»

He estado tentada de decirle algo, pero ella ha continuado:

«Para la reina y para mí lo que estamos haciendo aquí es importante. Pero sé que doña Blanca no es la única que piensa así; muchos opinan que esto no es más que otra obra de caridad, un grupo de beatas que luego se van a cenar a los mejores restaurantes de Madrid con la conciencia ya acallada. Pero yo creo en la Cruz Roja y en la misión de las mujeres en ella como enfermeras voluntarias y, quizá en el futuro, como profesionales. En Inglaterra también se burlaron de Florence Nightingale, pero ella perseveró y durante la guerra de Crimea, cuando los burócratas fallaron, allí estuvieron ella y sus enfermeras para salvar miles de vidas. La dama de la lámpara, la llamaban, pues así se paseaba

por las noches en los hospitales. Cuando todos los oficiales médicos se habían retirado, ella se quedaba vigilando el bienestar de los heridos, incansable...».

Carmen ha extraviado su mirada a lo lejos, como si en el crepúsculo que comenzaba a envolvernos pudiese ver a aquella mujer con su lámpara.

«También necesitamos nuestra Crimea, que este país vea de lo que somos capaces y crea en nosotras.»

Y me ha dado un beso en la mejilla, un gesto de agradecimiento que yo no merecía. Se ha levantado para irse mientras me decía:

«El chófer ya está listo para llevarte a casa.»

Pero yo no he podido aguantar más...

«Espere.»

Se ha dado la vuelta y se ha sorprendido al ver lo agitada que estaba yo.

«No merezco que me pida disculpas y no merezco que me use de ejemplo. Estaba enfadada conmigo misma, no con usted.»

«Pero ¿qué dices, mi niña?»

«En la Puerta de Alcalá, tras el atentado, asistí a una mujer, pero no supe qué hacer... Me quedé allí parada, inmóvil, y el médico que llegó lo vio y me dijo que me apartase, que aquello no era un juego... Y la mujer murió. Murió por mi culpa... ¡Le fallé a ella y le he fallado a usted, a las Damas Enfermeras! Si la gente tiene esa imagen de nosotras, de que no nos tomamos esto en serio, es en parte por mi culpa: una niña rica disfrazada de enfermera..., de algo que no soy y nunca seré.»

Doña Carmen me ha abrazado mientras me decía que no, que no es así. Pero sus palabras, habitualmente tan sabias, no han bastado para consolarme. Me ha acompañado en el trayecto hasta casa y, tras insistir una y otra vez en que no había fallado a nadie, me ha pedido que mañana volviese al hospital, que no lo dejase, que sabía muy bien que yo valía para la enfermería.

Me da igual lo que diga doña Carmen. Sé que, con su bondad, solo busca reconfortarme. Pero hasta hoy no me había dado cuenta del profundo daño que había hecho con mi negligencia. No solo le fallé a esa mujer, sino también a las Damas Enfermeras, y en el peor momento posible...

11 de abril de 1921

Supongo que la realidad es que somos nosotras las que nos pasamos mucho tiempo en la escuela, y que cuando estamos en el hospital tenemos demasiadas cosas que hacer como para fijarnos por dónde andan las monjas. Por eso nos da la impresión de que sor Berzelius nunca sale de «su cueva» o de la «guarida de las drogas», que es como llamamos a la botica del hospital. Y cuando alguna la ve por el patio, exclama con tanto asombro como si viese un dragón: «¡Mirad, sor Berzelius ha salido de su cueva!».

Pues hoy se nos ha aparecido en un lugar donde nunca antes la habíamos visto: en nuestra aula. Y venía a buscarme.

«Señorita De la Gasca, tiene visita», me ha dicho.

Me ha llevado hasta el arco de entrada, donde esperaba un hombre, y luego ha descendido de nuevo hacia su cueva. No he reconocido a mi visitante hasta que me ha tendido un paquete envuelto en papel de estraza.

«Ábralo —me ha dicho. Era una cofia—. Es suya, señorita. La he hecho lavar y planchar.»

Entonces lo he reconocido: el médico que se agachó a mi lado en la plaza de la Independencia.

«Quiero que sepa que, con los medios que tenía a su alcance en aquel momento, no había nada que pudiese hacer para salvar a esa mujer. Ni siquiera yo, con mi instrumental y mi experiencia, lo conseguí.»

Estaba tan desconcertada que no estoy segura de si le he dado las gracias.

«Usted y sus amigas hicieron una gran labor auxiliando a los heridos y tranquilizando a la gente mientras los profesionales no llegábamos. Pueden sentirse orgullosas.»

Se ha despedido de forma muy educada y he tardado un buen rato en reaccionar y en notar la mano de doña Carmen tras esa visita. Se había molestado en dar con él y lo había persuadido para que viniese a hablar conmigo, y todo para mejorar mi ánimo. Me he sentido muy halagada y confortada, más por el esfuerzo de nuestra mentora que por el gesto, seguramente obligado, del doctor.

He buscado a doña Carmen para darle las gracias.

«No pretendo ofender tu inteligencia negando mi participación, pero espero que, además, te haya servido para aprender una lección muy importante.»

«¿No meterme en camisa de once varas?»

«Que no estamos solas. Y nuestra fuerza reside en ello. No te vuelvas a callar nada. Confía en mí y en tus amigas, y en nuestros doctores, igual que nosotros confiamos en ti. Alguien solo, si tropieza, se cae. Si vamos todos cogidos de la mano, por mucho que tropiece uno, siempre tendrá a alguien para sostenerlo. No lo olvides.»

Me lo ha dicho hace muchas horas, querido diario, y aún sigo dándole vueltas, no en mi cabeza, pues es bien sencillo de entender, sino en mi corazón, que vuelve a estar aún más revuelto que mis tripas cuando pienso en mi futuro.

12 de abril de 1921

Al salir del hospital Inés y Avi se han puesto muy pesadas con ir a tomar una horchata al Chumbica. El calor de la primavera ya se comienza a notar algunas tardes y la verdad es que se está muy bien en esa terraza.

Cuando íbamos a pagar para irnos, un joven de una mesa cercana ha gritado, se ha llevado la mano al pecho y ha caído fulminado al suelo. Todo el mundo se ha asustado y apartado de su lado.

«Señoritas, por favor, ayúdenle», nos ha pedido un camarero.

Viendo que mis amigas estaban paralizadas, mirándome, me he levantado e ido a arrodillarme junto al joven.

«Siento como si me estuviesen aplastando el pecho con un gran peso», me ha dicho y, al momento, se ha desmayado.

Apenas respiraba y tenía todos los síntomas de una parada cardiorrespiratoria. Les he gritado a Inés y Avi que fuesen a avisar al hospital, le he soltado la corbata al joven y desabrochado la camisa. Con el dedo en su arteria carótida, en el momento en que debía comenzar con el masaje cardíaco, he optado por darle un fuerte bofetón con la mano bien abierta. El sonido ha sorprendido a todos los clientes, que se han quedado boquiabiertos.

El joven, al momento, ha abierto los ojos.

«¿A qué viene esto?», le he dicho con cara de pocos amigos.

«Ya me encuentro mucho mejor», ha respondido mientras todo su rostro se ponía igual de colorado que la mejilla donde había recibido el bofetón.

«Y tanto, ¡estaba usted fingiendo!»

El joven ha mirado hacia Inés y Avi, y entonces han sido ellas las que se han puesto coloradas.

He salido del Chumbica muy enfadada.

«¡¿A qué ha venido esta farsa?! —les he gritado—. Hemos hecho el ridículo. No me atrevo a volver a este sitio nunca más.»

Avi estaba muy avergonzada y no sabía qué decir, pero Inés ha reaccionado de forma muy airada.

«¡Somos nosotras las que deberíamos estar enfadadas contigo!»

«¿Conmigo? Si esta pantomima ha sido cosa vuestra... ¿Yo qué he hecho?»

«No confiar en nosotras. Lo estabas pasando mal y no nos has contado nada. Hemos tenido que enterarnos a través de doña Carmen. Y es tan importante saber que podemos contar contigo como que tú cuentas con nosotras. Has sido una egoísta. ¡Y no tienes derecho a ponerte así!»

Yo le he replicado que habré sido una egoísta, pero que ellas han sido unas irresponsables y unas locas al organizar esa absurda treta en lugar de hablar conmigo directamente. No están muy cualificadas, precisamente, para darme lecciones de madurez. Ya no sé qué más me ha respondido Inés, que estaba demostrando tener un carácter mucho más aguerrido del que le suponía, ni qué le he dicho yo... Pero así hemos seguido un rato hasta que nos hemos fijado en Avi, que nos miraba asustada, como una niña que ve discutir a sus padres.

«¿Queréis parar, por favor? —nos ha pedido casi en un susurro—. Seguro que Laura lo hizo porque no quería preocuparnos, y nosotras solo queríamos ayudarte... Todas nos hemos equivocado.»

Igual que Inés tiene la virtud de ponerme de buen humor (menos cuando saca sus garras, como acababa de hacer), Avi tiene la de emocionarme con su sensibilidad. Le he pedido perdón y la he abrazado. Inés se ha sumado. Al cabo de unos segundos les he susurrado:

«Estamos en medio de la plaza, abrazadas, y todo el mundo nos está mirando».

Nos hemos echado a reír, medio entre lágrimas, y nos hemos ido a continuar la conversación en otro lado. Se nos ha unido el joven al que yo había abofeteado, que ha resultado ser Santiago, el prometido de la hermana de Inés... y quien más había salido perdiendo con la escenita.

14 de abril de 1921

Hemos comenzado con la cirugía y sus materiales y, por la tarde, en el hospital haciendo las prácticas, nos hemos encontrado con dos cosas que a todas nos han resultado muy perturbadoras: cadáveres y estudiantes de Medicina.

Cuando entramos, solo estaban los primeros, lo que ha hecho que alguna se marease.

«Ahora yo también veo muertos», he bromeado con Avi.

Nuestro cometido poco tenía que ver con abrir y diseccionar los cadáveres, aunque sí tendríamos que manipularlos. Lo primero era dejar listo el quirófano para la operación, asegurándonos tanto de su higiene como de que no faltase nada. Luego había que preparar al paciente, que, en este caso, no dio más problemas que la repulsión de algunas a manipular cadáveres, lo cual es absurdo, pues no se quejan ni protestan y, por mucho que nos equivoquemos, no los vamos a matar más. A cada una nos han asignado uno y, en él, debíamos dejar listo el «campo operatorio». O sea, marcar y facilitar el acceso a la zona donde se procederá a la operación, cubriendo el resto del cuerpo, menos la cabeza. Hoy nos ha tocado el área abdominal para una resección hepática. Lo normal es que una enfermera haga de anestesista o colabore con el encargado de ello, pero al tratarse de cadáveres no tenía mucho sentido. Finalmente, hemos ordenado y preparado el instrumental que tendríamos que ir dando al cirujano según lo necesitase.

Lo nuestro es mirar y no tocar, porque de eso se encargan los estudiantes de Medicina. Y vaya si lo hacen... en todos los sentidos. Porque una vez que han entrado, no han parado de rozarnos las manos o de posar distraídamente las suyas en nuestros brazos y cinturas para indicarnos qué hacer o dónde ponernos. Hasta sor Titulada, que estaba vigilando, ha forzado la tos un par de veces para indicar que aquellas confianzas no estaban bien.

A mí me ha tocado un muchacho pecosito y de pelo rizado que, antes de ponerse la mascarilla, se ha presentado: «Me llamo Ernesto», a lo que he respondido, seria y muy fría: «Su apellido, por favor; así es como debo tratarle». Se puso casi tan colorado como su pelo y me dijo que se apellidaba Gómez de Albuera.

«Procedamos con la operación, doctor Gómez», le he dicho.

También era su primera práctica y el pobre se puso muy nervioso, no sé si por el cadáver o por la sequedad con que lo he tratado. Le temblaban las manos y le ha costado poner las pinzas a las venas hepáticas. He

decidido cambiar mi tono y, con la voz más dulce, le he hecho un breve comentario en broma mientras recogía las pinzas de su mano:

«Si no se tranquiliza, doctor Gómez, en lugar de una resección vamos a hacer unas albóndigas de hígado».

No ha sabido cómo tomárselo.

«Bajo la mascarilla estoy sonriendo», le he dicho para aclarárselo.

He notado que, bajo la suya, él también ha sonreído... y que sor Titulada me lanzaba una mirada de reprobación. No me ha parecido justa. Tan solo intentaba tranquilizar al muchacho.

Aunque algo de razón llevaba la monja porque, al acabar, Ernesto ha intentado invitarme a tomar una horchata. Me ha parecido tan niño al lado de Javier...

Le he dado las gracias y le he explicado que estaba prometida y que mi novio es un militar muy celoso y con ganas de batirse en duelo con el primer hombre que se me acerque. Espero que en cuanto corra el rumor entre sus compañeros, me dejen en paz y pueda tener una relación más tranquila con el resto de los estudiantes.

Algunas de mis compañeras, al contrario, parecían encantadas con las atenciones y simpatías de esos jóvenes. Hasta Inés y Avi se reían con sus no tan graciosos comentarios. Solo Alba, igual que yo, parecía más interesada en los cadáveres y los procedimientos quirúrgicos que en los futuros médicos.

Entre los estudiantes he de reconocer que destacaba uno y que yo misma, de no tener bien claro mi futuro con Javier, me habría sentido atraída por él: moreno, de ojos claros, y muy guapo y dulce. Le ha tocado operar con Avi y, por lo que ella nos ha contado luego, le ha hablado en voz muy baja y sin mirarla a los ojos de pura timidez. Ni siquiera le ha dicho su nombre, aunque había sido muy educado y la había tratado siempre de «señorita». Al acabar se había ido como alma que lleva el diablo. Inés, que tiene mucho desparpajo y habla con los hombres igual que habla con nosotras, les ha preguntado a sus compañeros por él. Y ni siquiera ellos saben su nombre. Le llaman Fábregas, por su apellido. Es el hijo único de una familia muy católica y ha estudiado en un internado en Alemania, siempre en compañía de otros muchachos. Para él, las mujeres, y las mujeres jóvenes mucho más, debemos de ser algo así como la Eva bíblica, deseosas de arrastrarlo al pecado y expulsarlo de ese pequeño paraíso terrenal que, supongo, será su familia.

Y esta pequeña historia no ha hecho más que incrementar el ya de por sí gran atractivo que ese misterioso joven ejerce sobre mis

compañeras.

22 de abril de 1921

La mala fama de andar a la caza de marido les cae a las enfermeras, pero los estudiantes de Medicina no son mancos. Y como en las prácticas vamos rotando por todos, para que sepamos adaptarnos a las peculiaridades de cada médico (o sea, a sus rarezas y manías), no solo he tenido que sacudirme de encima a Ernesto, que al menos era educado, sino a unos cuantos moscones más a los que parece darles igual que esté prometida.

Algunas de nuestras compañeras han cedido al continuo asedio y, al menos, al estar con uno de ellos, los demás las dejan en paz. Se los puede ver haciéndose arrumacos alrededor de la glorieta de Joaquín Ruiz y por el camino de Aceiteros.

El único al que estoy segura de que casi ninguna de nosotras le haría ascos, el doctor Fábregas, sigue inaccesible a las atenciones de mis compañeras. Las únicas palabras que salen de su boca tienen que ver con el instrumental de cirugía y con la anatomía del cadáver que le toca operar.

Y lo entiendo. No sé de dónde sacan unos y otras tiempo para esos escarceos y requiebros amorosos con lo mucho que tenemos que estudiar.

3 de mayo de 1921

Además de hacer las prácticas de cirugía, tenemos que ayudar en los demás pabellones del hospital. Hoy me ha vuelto a tocar en infantil. Estaba en el jardín, vigilando a los niños, cuando he divisado a un par de militares que esperaban junto al arco de salida. Uno de ellos me ha parecido que era el padre de Alba. El otro, más joven, era un alférez. No llevaban el uniforme de gala, sino el de campaña. Alba, a quien hoy le había tocado en el pabellón de medicina, ha atravesado el patio hacia ellos. Ha abrazado a su padre y besado al joven en los labios y luego lo ha rodeado con sus brazos. Han estado hablando en voz baja un rato y se han despedido. Alba estaba muy triste y ya no contenía sus lágrimas. Dos de sus amigas se han acercado a consolarla.

Más tarde he sabido que ese joven es su prometido y que tanto él como su padre habían venido a despedirse porque los destinan a Marruecos. He comprendido su pena y su angustia, pues yo también la había padecido (y aún la padezco) por Javier. Me han dado ganas de ir a su lado y de tratar de consolarla, pues creo que yo, más que ninguna otra, puedo saber cómo se siente.

Le sigo escribiendo cartas a Javier, casi cada semana, y, como la otra vez, él no responde o, si lo hace, por la razón que sea, sus cartas no llegan. Pero he aprendido a tener fe en su regreso y en nuestro final feliz.

9 de mayo de 1921

Hoy he visto a Alba en el patio, leyendo el periódico, igual que la he visto hacerlo en cada descanso o momento libre que tenemos. Y lee y relea las mismas, escasas noticias sobre Marruecos una y otra vez, como si así pudiesen decirle algo nuevo. Hoy no he podido contenerme, así que he hablado con ella.

«Mi prometido también está en Marruecos y yo hacía lo mismo al principio. —No es cierto, pues confiaba en los resúmenes que me hacía mi padre, que se lee los periódicos de cabo a rabo, pero no iba a contarle todo eso a Alba—. Y por muchas cosas que diga el periódico, nunca dirá lo que tú quieres oír: que están bien y a salvo.»

Olvidando nuestros rencores, como si fuésemos dos compañeras que se llevan bien, me ha preguntado:

«¿Cómo haces para sobrellevarlo?».

«Lo siento, pero no hay nada que se pueda hacer. Al principio lo pasé muy mal, como supongo que tú lo estás pasando ahora. Pero con el tiempo acabas por acostumbrarte a esta incertidumbre. Lo mejor es intentar ocupar la cabeza con otras cosas... Lo bueno del hospital es que siempre hay mucho que hacer y aún más que estudiar; y hoy llega la nueva *Revista Española de Cirugía* a la biblioteca. Y si algún día, por lo que sea, necesitas saber algo de Marruecos, mi padre tiene amigos en el Ministerio de la Guerra.»

Me ha dado las gracias y hasta me ha parecido que intentaba sonreírme. Esa tarde, durante las prácticas, hemos vuelto a ser indiferentes la una a la otra.

Intento creer que si la ayudo es solo por generosidad y compasión, pero sé que no es del todo cierto. Lo que le he dicho a ella, también me lo

decía a mí. Y sé que Alba, más que ninguna otra, sabe cómo me siento al pensar en Javier.

Así que, si me disculpas, querido diario, voy a centrarme en la revista de cirugía que he traído del hospital. Hay un artículo de August Krogh, el último premio nobel de Medicina, sobre la respiración pulmonar, y otro del director de la publicación, el doctor Pagés, sobre la anestesia metamérica. Luego quizá lea algo de poesía. El *Diario de un poeta recién casado* de Juan Ramón Jiménez, que mi padre lleva semanas recomendándome.

15 de mayo de 1921

Hoy he celebrado el día de San Isidro con mi familia. Me ha hecho recordar que si estoy con las Damas Enfermeras es por culpa del delirante plan que, justo hace un año, teníamos Javier y yo para colarnos en su aeródromo y que mi hermana, he de reconocer que con bastante juicio, delató a mis padres. Aunque en su momento me enfadé muchísimo, ahora me río de lo absurdo que fue todo aquello.

Me pregunto qué habría sido de mi vida si hubiese escogido ir a Almendralejo, con la tía Sagrario. Seguro que me habría vuelto loca del aburrimiento y ahora estaría corriendo por las cunetas, vestida con harapos y hablando con los pájaros y las piedras.

18 de mayo de 1921

¡Esta semana por fin podremos entrar a quirófano!

Los estudiantes asistirán a sus primeras operaciones en compañía de un doctor y nosotras estaremos a cargo del instrumental, supervisadas por una enfermera profesional. Sor Berzelius y sor Titulada, que suelen ser las anestesistas, también tendrán a una como ayudante para que vayamos aprendiendo el delicado arte de suprimir el dolor, como lo llama sor Berzelius.

Y que vayamos a anestesiar me gusta y tengo muchas ganas de ponerme a ello, pero me da rabia que no nos haya dejado hacer nada con los cadáveres. Ya no digo que operemos, pero ni siquiera hemos podido suturar o hacer la compresión de una arteria, lo que podría ser muy útil en caso de emergencia. Se lo he comentado a don Víctor Manuel, pero me

ha dicho que no son nuestras labores y que no nos preocupemos por ellas. En caso de necesidad, se avisa al médico de guardia; ahí finaliza nuestra responsabilidad. De hecho, la normativa deja bien claro que la enfermera no puede llevar a cabo procedimientos quirúrgicos y que si lo hace será expulsada e incapacitada inmediatamente. No he querido discutir más porque ya tengo bien aprendida la lección que me dio don Francisco sobre respetar la jerarquía...

Pero como podrás figurarte, querido diario, no me he quedado nada conforme. Y eso, unido a otras preocupaciones, no me deja dormir bien. ¿Por qué cuando te preocupas por una cosa, por pequeña que sea, enseguida acuden a hacerle compañía otras mucho más graves que ya tenías medio dominadas? A nuestro cerebro parece que le gusta sufrir.

Como no podía dormir, he bajado para prepararme un poco de leche. Sé que mi madre me habría dicho que avisase a Rosalía, que para eso tenemos servicio, pero no me gusta molestarla a estas horas.

En la cocina he visto unos conejos ya despellejados y desangrados para la comida de mañana. Aún no los habían abierto y no he podido resistir la tentación. He subido corriendo a la sala de lectura, que es donde mi madre guarda sus cosas de coser, y he cogido la aguja más grande y el hilo más resistente. Luego he buscado unas pinzas y he vuelto con todo a la cocina. Con un pequeño cuchillo, muy afilado, he abierto el conejo y, con ayuda de las pinzas, he estado jugueteando con sus vísceras. Me ha dado pena que ya lo hubiesen desangrado, aunque creo que sin instrumental parar la hemorragia habría sido un desastre. Luego he intentado coserlo como hacen los cirujanos, cogiendo la aguja con las pinzas, pero con las que yo tenía y aquella aguja de coser no era nada fácil, así que al final lo he cosido con mis dedos.

Ya eran las dos de la mañana cuando he dado por finalizada mi pequeña práctica. Le he dejado una nota a Rosalía para que no se asuste al ver el conejo de esa guisa, y he vuelto a la habitación. Ahora sí, querido diario, estoy mucho más relajada y creo que por fin podré dormir bien.

20 de mayo de 1921

Hoy por la mañana he convencido a mi padre para dar este fin de semana una pequeña cena para mis amigas y hasta me he encargado de sugerirle el menú: un ternasco de buen tamaño.

«¿Desde cuándo te gusta el ternasco?», ha preguntado sorprendido.

«Lo he probado en el comedor del hospital y nos encanta.»

Mentira. No me gusta nada. Pero estoy dispuesta a hacer el sacrificio.

Una vez convencido mi padre, le he pedido a Rosalía que no tocara el animal hasta mañana. Cuando he regresado del hospital, más temprano de lo habitual, mi padre se ha sorprendido de que me acompañaran Inés y Avi.

«¿La cena no iba a ser mañana?», me ha preguntado con discreción.

«Sí; solo vienen a ver unas revistas de medicina que he cogido de la biblioteca.»

Mi madre y mi hermana estaban fuera, y mi padre enseguida se ha encerrado en el salón a leer, así que no nos ha costado mucho escabullirnos y bajar a la cocina con el material de cirugía que habíamos tomado prestado, sin que nadie se diese cuenta, del hospital.

A Rosalía no le ha hecho ninguna gracia y no paraba de decirnos que si los señores, o sea, mis padres, nos descubrían, le iba a caer una buena. Una vez que he conseguido tranquilizarla, Avi, Inés y yo nos hemos repartido los roles: Avi sería la anestesista, Inés la enfermera y yo la cirujana.

Hemos atado el cordero, que debía de pesar unos quince kilos y desgraciadamente ya había sido desangrado en el mercado, a la mesa para que la panza quedase hacia arriba. Avi le ha puesto una mascarilla de anestesia y simulado que iba echando las gotas de éter en ella. Inés me iba pasando el material según se lo pedía y yo he procedido a abrir el animal. Si un cordero no es lo mismo que un ser humano, un cadáver tampoco es lo mismo que un ser vivo: los tejidos son más blandos y la sangre más viscosa, pero era lo mejor que teníamos. Así que, una vez preparado el campo operatorio, con un bisturí le he abierto el vientre. Aquello no olía muy bien y aunque ya casi no tenía sangre, sí tenía un montón de humores con los que mancharnos las manos y los delantales. Como si por sus arterias y venas aún circulase la sangre, he cerrado las que había abierto y luego me he puesto a investigar sus órganos en compañía de mis amigas. La operación iba a ser la extracción de una supuesta bala, un dedal en realidad, que nosotras mismas habíamos introducido en su hígado. He usado unos retractores para mantener abierta la pared abdominal, he simulado romper una arteria para poder hacerle una hemostasia y me he dedicado a extraer la bala. Luego he retirado los retractores, he cerrado la herida y la he cosido, ahora sí, con las pinzas adecuadas. Creo que no me he divertido tanto en toda mi vida.

Me ha sustituido Inés, que ha extraído la bala del bazo, y Avi, que se atrevió con los pulmones, para lo que hemos tenido que ayudarla a serrar un par de costillas. Rosalía, que ha desangrado y descuartizado centenares de animales, casi se desmaya con nuestra práctica.

Iba a abrirlo otra vez, esta vez para acceder al corazón, cuando una voz nos ha interrumpido.

«¿Ahora jugáis a esto? —ha dicho mi padre desde la puerta con su libro aún entre las manos—. Y yo que me quejaba cuando tu madre traía a sus amigas a jugar al cinquillo...»

22 de mayo de 1921

Ayer cené ternasco sin protestar por primera vez en mi vida. Y no, no me gustó. Pero había merecido la pena. Y la cena, con Inés y Avi en casa, fue muy amena. Cuando ya estaba a punto de irse, Inés, que había bebido un par de copas de vino, nos dijo con una sonrisa aún más grande de lo habitual:

«Estoy por contaros una cosa... —Y aunque la miramos con mucho interés, agitó la cabeza y, como si despertase de un sueño, nos miró muy seria y dijo—: No, no puedo».

Avi y yo, por supuesto, le insistimos, pero no cedió. Su padre no tardó en llegar a buscarla y, con ella, se fue el enigma.

25 de mayo de 1921

El asedio duró tres días y, por fin, hoy a mediodía, se han derrumbado los muros de la discreción de Inés.

«Es un secreto y no se lo podéis contar a nadie.»

Muertas de curiosidad le hemos asegurado que no lo haríamos.

«Sé cómo se llama el doctor Fábregas y, la verdad, entiendo que el pobre no se lo quiera contar a nadie. Y, por favor, no os riáis.»

Bonifacio. El estudiante guapo se llama Bonifacio. Avi ha apartado su mirada de mí y yo de ella porque ambas teníamos claro que, si nos mirábamos, nos echaríamos a reír a carcajadas. Inés, por supuesto, lo ha notado.

«No tenía que habéroslo contado...»

«Entiéndelo, por favor —le he dicho sin ya poder contener la risa—, es muy gracioso. Y el pobre no tiene que avergonzarse. No es culpa suya, sino de sus padres.»

«¿Y tú cómo lo sabes?», ha preguntado Avi.

Inés se ha sonrojado un poco y luego se ha encogido de hombros.

«Me lo contó él.»

«¿Y cuándo has hablado con él? ¡Si no habla con nadie!»

«Hace unas semanas me lo encontré en la calle. Vive cerca de mi casa. Me acerqué hasta él, lo saludé y nos pusimos a charlar. Bueno, al principio solo hablaba yo, porque él estaba muy nervioso, pero luego se fue tranquilizando. Entonces aproveché para hacerle preguntas sobre su vida. Al principio, nada íntimas. Sobre lo que más le gustaba de la medicina, a qué querría dedicarse y cosas así. Y más tarde ya comenzamos a hablar de cosas más personales.»

«¿Más tarde? —le he preguntado—, pero ¿cuánto tiempo estuviste con él?»

«Ese día... un par de horas.»

«¿Ese día? ¿Es que ha habido más días?», ha dicho Avi.

«Desde entonces nos hemos estado viendo todas las tardes... Menos cuando quedo con vosotras. Y, bueno, el jueves pasado, el día antes de lo del cordero... nos besamos.»

Avi y yo nos hemos quedado sin habla por un momento. Inés había conseguido lo imposible. No solo hacer hablar al futuro doctor Fábregas, sino hacerle confesar su nombre... y besarlo.

«Por favor —ha insistido—, no lo comentéis en el hospital. Los demás estudiantes se meterían con él.»

«Pero nuestras compañeras lo dejarían en paz», le he dicho.

«Eso ya me da igual —ha dicho Inés con orgullo—, sé que Boni, ahora, es mío.»

¡¿Boni?! En lugar de un novio, parece que tiene un perrito. Aunque tampoco es que tenga muchas más opciones para un buen hipocorístico.

27 de mayo de 1921

El amor parece llamar al amor. Y no lo digo porque Avi haya conseguido un novio, lo que no sería nada extraño porque es muy guapa y dulce, pretendientes no le faltan y a sus padres les encantaría, pues con ese fin la enviaron aquí. Pero ese no es el caso, sino que, por fin, he recibido carta

de Javier. Y ha merecido la pena esperar, pues es más de lo que podía haber imaginado nunca.

No es, como otras veces, un mensaje sencillo y unas pocas líneas. Esta vez es voluminosa y llena varias cuartillas. Empieza contándome que ha recibido todas mis cartas y se disculpa por no haber podido responder por culpa de sus misiones y el secretismo con que tratan todos sus documentos. Luego, y al principio me extrañó bastante, me habla de las maravillas de Argentina: la belleza del país y la simpatía de sus habitantes. La razón es que en tres meses partirá hacia allí, a ocupar un cargo diplomático en Buenos Aires. Un puesto que será, si no permanente, sí muy duradero. Ya no serán semanas o meses, sino años, los que pasará tan lejos. Temía que tantas palabras acabasen por contener una despedida, hasta que he leído que me pedía que lo acompañe, que ni siquiera viviríamos en una base aérea, sino en una casita alquilada junto a la embajada. Y que, por fin, me podría llevar a volar en su avión sobre el océano, sobre el estuario del río de la Plata y las inmensas llanuras de la Pampa argentina.

Me he emocionado tanto que los ojos se me han llenado de lágrimas de pura felicidad. Aunque enseguida me he dado cuenta del problema. ¿Cómo les cuento a mis padres que dentro de tres meses me iré a la otra punta del mundo, seguramente para siempre? Tengo por delante todo el fin de semana para hacerlo, pero sé que no será fácil que me autoricen, y sin permiso paterno ni siquiera podré salir del país.

28 de mayo de 1921

Antes de hablarlo con mis padres he preferido consultarlo con mi hermana, que ya está pensando en su propia boda.

«Claudio y yo queremos casarnos el próximo verano —me ha contado—, e íbamos a decirlo este fin de semana, pero creo que con lo tuyo de por medio será mejor que lo aplacemos.»

Se ha comprometido a ayudarme y me ha dicho que, si lo conseguimos, le dará mucha pena que yo no esté en su boda. Le he prometido que, aunque estuviese en la Argentina, haría todo lo posible por venir. A fin de cuentas, nuestro padre tiene barcos que recorren todo el mundo.

29 de mayo de 1921

Ya está hecho y, como siempre suele pasar con mis padres, hay condiciones. Empiezo a entender por qué mi padre es tan buen hombre de negocios.

Aunque Ana ha estado muy convincente, la primera reacción de mis padres ha sido negarse. Para mi madre Argentina está muy lejos y para mi padre es un país tumultuoso, gobernado por el partido radical en minoría y agitado por las luchas obreras (ni que el nuestro fuese un remanso de paz), aunque lo peor, supongo, era la idea de dejar de verme de un día para otro.

Pero al final han acabado por ceder... con una sola condición: aunque haya poquísimo tiempo para prepararla, la boda sería en Madrid antes de nuestra partida.

He aceptado. Y ahora mismo escribiré una carta a Javier dándole la buena noticia. En menos de tres meses estaremos casados y rumbo a la Argentina.

30 de mayo de 1921

La carta está enviada y mi madre ya ha comenzado a hacer los preparativos de la boda. Da igual que yo haya dicho que quiero que sea sencilla, parece estar preparando la coronación de un nuevo soberano.

1 de junio de 1921

Iba a contarles la nueva a mis amigas, pero ellas se han adelantado con otra noticia. Inés ha decidido que al acabar este curso continuará con los estudios para ser enfermera profesional.

«Don Víctor Manuel me ha dicho que no tardarán mucho en conseguir que nos den un título. ¿Os imagináis? ¡Seremos mujeres tituladas, como los universitarios!»

Ha dicho «seremos» porque Avi ya le había confirmado que haría el curso con ella y asumían que yo las seguiría. En ese momento las he visto tan alegres con sus planes y nuestro futuro en común que no he tenido fuerzas para decirles que en poco tiempo yo ya no estaré con ellas.

Y debía haberlo hecho. Ahora me siento fatal por habérselo ocultado, así que mañana, sin falta, se lo contaré.

2 de junio de 1921

Tras las clases de la mañana me he animado a hablar con Inés y Avi.

Estábamos en el patio e iba a comenzar a contárselo cuando Alba, que no había estado esa mañana en clase, se ha acercado corriendo con un periódico en la mano. No traía puesto el uniforme, sino que venía con su ropa de calle, bastante sencilla y humilde. Tenía los ojos enrojecidos.

«¿Has visto el periódico?», y me lo ha plantado delante.

En esa página, en letras grandes, se hablaba de la caída de Abarrán, una colina ocupada por los españoles que había sido arrasada en un ataque de los rifeños. Me sorprendió ver una noticia tan alarmante sobre Marruecos ya que, hasta ahora, todo han sido triunfos y parecía que la guerra estaba a punto de acabar.

«Mi prometido estaba allí —ha dicho con lágrimas resbalando por sus mejillas—. Mi madre lleva toda la mañana llamando al Ministerio, para ver si le dicen algo, pero no le responden.»

«¿Cómo se llama tu prometido?»

«Ignacio Merino, es alférez.»

«Llamaré a mi padre ahora mismo», le he dicho.

Y me he ido corriendo hacia el pabellón administrativo para telefonar a casa. De vuelta he informado a Alba de que mi padre ya estaba intentando hablar con sus amigos del Ministerio y que en cuanto supiese algo nos llamaría allí mismo. Alba me lo ha agradecido con un inesperado abrazo.

«Gracias, muchas gracias, de verdad.»

Se ha quedado con nosotras y sus amigas no han tardado en unírseles. Ya no he podido contarles nada a Inés y Avi sobre Javier y la Argentina, pues el tema era otro. Y la situación en Marruecos debe de ser muy confusa, porque mi padre no ha podido averiguar nada en todo el día.

Al regresar a casa me ha explicado que la posición del monte Abarrán había sido atacada por la *harka* de Abd el-Krim y que parte de las tropas nativas aliadas de España, al verse superadas, habían cambiado de bando. Esa había sido una de las causas de la derrota. No era, ni mucho

menos, una catástrofe como la del Barranco del Lobo, pero sí una desagradable e inesperada sorpresa.

Mi padre no se explicaba cómo, tras incidentes como ese, se seguía confiando tanto en la Policía nativa y las cabilas supuestamente amigas de España.

«Muchas son leales y muchos marroquíes cayeron ese día luchando junto a nuestras tropas, pero el Ejército no puede depender tanto de unos soldados cuya lealtad es impredecible.»

Haciendo un esfuerzo, yo puedo entender a esos soldados marroquíes cuyo corazón estaría dividido entre servir a España o unirse a los rebeldes que buscaban la independencia de su país, igual que sucedió en nuestras colonias americanas en el siglo pasado. Pero me preocupa otro corazón, el de Alba, pendiente de la vida de su prometido. Esa era la única historia que me interesaba en ese momento.

Le he hecho jurar a mi padre que seguiría intentando averiguar qué había sido de él.

3 de junio de 1921

Estaba dormida cuando mi padre ha venido a despertarme.

«El prometido de tu amiga, el alférez Merino, ha llegado esta noche a la posición española de Annual. Está herido, pero dicen que se pondrá bien.»

«Hay que llamar a Alba», he dicho aún sin espabilarme.

«Ya lo he hecho, y hay algo más. Javier salió de Zeluán con su escuadrilla para reconocer el terreno y hostigar al enemigo... y no ha regresado a ese aeródromo ni al de Tetuán.»

He sentido que se me helaban las sienes y que me faltaba el aire.

«¿Qué le ha pasado?»

«No lo saben; él y su compañero están desaparecidos.»

Esa ha sido una de las pocas veces en que mi padre me ha abrazado. Insistía en que no sabíamos nada y que no merecía la pena ponerse en lo peor. Que sus compañeros lo estaban buscando y que no debemos perder la esperanza. Ya no he sido capaz de dormir y no habría ido al hospital de no ser porque Inés y Avi, avisadas por mi padre, han venido a buscarme.

Las clases apenas han logrado distraerme y, en el patio, las tornas se han invertido. Ha sido Alba quien se ha acercado a consolarme y darme ánimo. Al regresar a casa, aún no se sabía nada de Javier y, hasta ahora,

sigue sin saberse. Si él muere, nada tendrá sentido. De alguna forma sé que, con él, se irá parte de mí.

6 de junio de 1921

Hoy era un día que llevaba mucho tiempo esperando. Sor Berzelius me iba a dejar administrar la anestesia en una operación real, en el pabellón de cirugía, pero no tenía ánimo ni para eso.

«Si no te ves capaz, lo hará otra», me ha dicho.

«Mejor que lo haga otra», he respondido.

Han elegido a Alba, pero ella ha insistido en que lo hiciese yo.

«Fue el consejo que me diste, Laura, ¿o es que ya no lo recuerdas? Ocupar la cabeza con nuestras tareas.»

Y sor Berzelius la ha apoyado:

«Tu amiga lleva razón. En la práctica clínica da igual lo que os haya pasado en vuestras vidas; cuando llevéis puesto ese uniforme, tenéis que enterrarlo todo dentro de vuestro corazón para centraros en los pacientes, que son lo más importante.»

Por una vez en mi vida, he cedido.

Mientras Inés, que sería la otra enfermera, preparaba el instrumental, he ajustado la mascarilla de anestesia sobre la boca del paciente, un hombre al que le íbamos a quitar un lipoma de una costilla para mejorar su respiración.

Con la voz más dulce y serena que he podido lo he tranquilizado: «Enseguida se dormirá y, cuando despierte, estará bien». Sobre la mascarilla he puesto un paño y dejado caer, con mucho cuidado, las gotas de éter mientras controlaba su respiración y ritmo cardíaco. Al ver que perdía la consciencia, he avisado a Inés para que señalase el campo operatorio y lo preparase. El cirujano ha resultado ser don Francisco, a quien hacía mucho que no veía.

«Me alegra que el paciente esté en tan buenas manos. Y no ponga esa cara. Me refiero a mí mismo», ha bromeado.

Me he esforzado en mantener el control sobre la anestesia en todo momento. Un poco de menos y el paciente se despertaría por el dolor y, al moverse, podría morir. Un poco de más y el éter lo mataría. Realmente es como caminar por la cuerda floja, aunque hoy tenía a sor Berzelius como red de seguridad.

Me habría encantado ver cómo el doctor Luque hacía la extracción del lipoma, pero no podía distraerme lo más mínimo de mi tarea. Ni me he dado cuenta de que doña Carmen había entrado y se había puesto a nuestro lado, hasta que se ha acercado al doctor Luque y le ha susurrado algo al oído.

«La entiendo, pero será mejor que espere», le ha respondido don Francisco.

Y allí se quedó ella, a nuestro lado, durante toda la operación.

El doctor Luque ha extraído el lipoma y lo ha dejado en una de las bateas. Luego se ha retirado para dejar paso a un estudiante de Medicina que ha cosido la herida. He ido reduciendo la cantidad de éter y, por fin, hemos dado la operación por terminada. Me disponía a llevar al paciente al pabellón de cirugía cuando Carmen me ha dicho:

«Que se encarguen tus compañeras, tengo algo para ti, Laura».

Ya fuera del quirófano me ha tendido un papel.

«Es un telegrama de Francia.»

¿De Francia? Si no conozco a nadie en Francia, he pensado. Lo he mirado muy intrigada y, en cuanto he leído sus primeras líneas, mi corazón se ha aliviado y la alegría se ha enseñoreado por completo de mi gesto. Doña Carmen también ha sonreído.

«Mi marido es militar; sé cómo te sentías y sé cómo te sientes ahora...», y me ha dejado a solas con mi felicidad.

Era un telegrama de Javier. A su avión se le había averiado la dirección por los disparos rifeños. Había tenido que huir hacia el sur e hizo un aterrizaje forzoso en la zona francesa, cerca de Fez. Él y su observador habían tardado casi dos días en llegar hasta un puesto francés, y lo primero que hizo fue telegrafiar para que sepa que está vivo. Pero lo mejor es cómo acaba el telegrama. Me dice que me quiere. Es la primera vez que lo pone por escrito.

En ese momento no podía sentirme más feliz. Pero al llegar a casa me he dado cuenta de que había pospuesto una importante obligación: contarles mis planes a mis amigas.

7 de junio de 1921

Nunca vi alegría más amarga que la de mis dos amigas. Me han felicitado por mi compromiso y estoy segura de que se alegran por mí, pero también les entristece que me vaya a ir tan pronto.

«Sin ti la escuela y el hospital no serán lo mismo», me ha dicho Inés.
«¿Quién nos resolverá las dudas y nos empujará a leer esas revistas tan complicadas?», ha añadido Avi.

«Vosotras mismas», les he dicho.

Y también les he asegurado que comparto su pena, que las iba a echar muchísimo de menos y que les escribiría a menudo. Y cuando venga a la boda de mi hermana, o a lo que fuese, nos volveremos a ver. Hemos decidido no lamentarnos más y aprovechar estos meses que nos quedan para disfrutar de nuestro tiempo juntas en cada momento libre que nos dejen los estudios.

Así que, querido diario, no esperes verme aparecer mucho por tus páginas estas semanas. Todo mi tiempo, a partir de ahora, les pertenece a ellas.

9 de junio de 1921

Inés le contó a Bonifacio nuestra aventura quirúrgica con el cordero y él, ante nuestro interés, se ha ofrecido a dejarnos abrir y coser un cadáver. ¡Un verdadero cadáver humano!

Vaya... Sé que es impropia esta alegría, pues se trata de una persona con nombres y apellidos, que tuvo familia y amigos, y que vivió como nosotras vivimos ahora. Pero no se trata de un juego, querido diario, sino de aprender unas destrezas que, en el futuro, quizá nos ayuden a salvar vidas. De alguna manera puede verse como una forma de honrar a esos muertos. Espero...

Hoy por la tarde, cuando ya todos los estudiantes se habían ido, nos hemos colado en la sala donde están los cadáveres. Por turnos nos ha dejado abrirlos, hacer supuestas hemostasias y coserlos, mientras nos iba corrigiendo. Se ha sorprendido al ver que nuestras mañas no tenían mucho que envidiar a las de sus compañeros.

10 de junio de 1921

Hoy hemos repetido la práctica en cadáveres con una excepción: el doctor Noguerras nos pilló *in fraganti*. En concreto, cuando yo estaba cerrando una herida.

«Solo me estaba sujetando el material un momento», ha dicho Bonifacio para cubrirme.

«¿Por qué? —ha preguntado el doctor con ironía—, ¿porque usted tenía que rascarse la nariz en medio de la sutura? En ese caso, si no soporta el picor, pídale a la enfermera que le rasque, pero no deje jamás el instrumental.»

Viendo lo nervioso que se estaba poniendo Bonifacio, he intervenido: «Él no tiene culpa de nada. Ha sido cosa mía, que quería...».

«Ya sé lo que quería, señorita De la Gasca», ha dicho Noguerras.

«¿Me va a expulsar?», he preguntado con miedo.

«No creo que la normativa del hospital se aplique a los cadáveres. Lo tomaré como otra de sus travesuras.»

Iba a pasarle el instrumental a Bonifacio cuando Noguerras ha añadido:

«No, por favor, siga con lo que estaba haciendo».

Así que he agarrado las pinzas con fuerza y continuado con la sutura.

«Baje un poco las muñecas —me ha corregido el doctor— y relájelas; la fuerza en los dedos. Y mueva un poco más el brazo, así le costará menos tirar.»

He seguido sus consejos y no he tardado en acabar. He dejado el instrumental en manos de Inés, que hacía de mi ayudante. El doctor se ha acercado para echar un vistazo a la costura.

«La próxima vez intenten que no les descubra», y se ha ido sin decir más.

He mirado a Bonifacio y a mis amigas.

«Entonces, ¿volvemos el lunes?»

Me han respondido como si me hubiese vuelto loca. Pero ya verás, querido diario, como el lunes las vuelvo a arrastrar hasta allí.

1 de julio de 1921

Aunque ya han transcurrido varias semanas, la mayor parte de ese tiempo lo hemos pasado en el hospital y estudiando, a veces en mi casa y otras en la de Inés, con alguna escapada ocasional a la sala de cadáveres a practicar suturas.

También hemos ido en un par de ocasiones al cine o a pasear por el Retiro, a la sombra de los árboles y con nuestros abanicos, pues este verano hace un calor insoportable. Mi padre me ha contado que en

Argentina, al estar al sur, es invierno y más que calor estarán pasando frío. Pero no he venido a tus páginas a hablarte de estas cotidianidades, sino de una despedida.

Cuando salía hoy del hospital me he encontrado con doña Carmen, que me estaba esperando. Me ha sorprendido verla, creo que por primera vez, vestida de calle, con un vestido precioso. Realmente es una mujer muy elegante.

«Laura, ya que me temo que esta será la última vez que nos veamos, puedes tutearme, como si fuésemos amigas.»

«Claro, señora, perdón, Carmen. ¿Y por qué no voy a volver a verla, perdón, a verte?»

«Además de dama enfermera soy dama de la reina, y tengo tareas que atender con la Casa Real. La que ahora me toca no es especialmente complicada: acompañar a la reina en sus vacaciones a San Sebastián. Allí pasaré el verano. A mi regreso ya habréis acabado el curso y tú ya estarás camino de Argentina.»

«Veo que mis amigas no tienen secretos con usted, contigo...» Cómo me estaba costando tutearla.

«Después de ver tu reacción ante el telegrama de tu prometido, les pregunté; y ya sabes lo persuasiva que puedo ser. No te enfades con ellas. Aunque tu partida supone una gran pérdida para las Damas Enfermeras, no pretendo que te quedes, pues respeto las razones del corazón.»

«Gracias.»

«Pero sí te pediría que no abandones la enfermería y tu labor con la Cruz Roja. —Me ha tendido un sobre—. Aquí tienes la dirección de la Escuela de Enfermería de Buenos Aires y una carta de recomendación para la doctora Cecilia Grierson, que es su fundadora y una persona excepcional. Es la primera mujer argentina que ha conseguido licenciarse en Medicina y espero que se convierta en lo que a mí me habría gustado ser: tu mentora.»

«Muchas gracias, y te aseguro que lo intentaré, pero no sé cuánto tiempo estará Javier en Argentina ni cuál será su próximo destino.»

«Ya sabes que mi marido es militar y podrás figurarte que su destino cambia a menudo. Pero ni yo me he convertido en su sombra, ni él en la mía.»

«La enfermería me gusta; igual que me gustaron la poesía, la pintura y la música en su momento. Solo acabo de empezar y no sé cuál será mi próximo paso. Yo no llevo media vida dedicada a las Damas Enfermeras...»

«¿Y piensas que yo sí?»

«No sé, por cómo se maneja, supongo...»

Carmen se ha reído.

«Hice el mismo curso que tú hace cuatro años, antes solo era una dama de la reina.»

«¿Eres enfermera solo hace cuatro años?» Me quedé muy sorprendida.

Carmen no solo sabe hacer las curas, anestesiar y tratar a los enfermos mejor que ninguna otra; es una organizadora de primera y no hay nada que ella no pueda conseguir. La verdad es que da la impresión de que lleva toda su vida haciéndolo, no solo un par de años.

«Hace cuatro años me puse ese uniforme por primera vez y tuve que estudiar igual que todas vosotras... Hasta ese momento había sido la esposa de un militar, duquesa y dama de la reina. Mi marido y yo nos dedicamos a viajar por toda Europa y lo pasamos muy bien. Hacía lo que quería y me encantaba vivir así. No sabía qué sería de mi vida al día siguiente, adónde tendría que ir o qué hacer, y me gustaba esa sensación de incertidumbre... Pero ahora lo sé. Y es extraño, pero esta misión, en lugar de atarme, me ha hecho más libre. Lo que te voy a decir ahora es algo en lo que he aprendido a creer firmemente: sin propósito, no hay libertad. —Me ha mirado con una gran ternura antes de continuar—: Para ser de verdad libre has de tener un lugar al que querer llegar; un objetivo, a ser posible, imposible... Y usa tu libertad para ir hacia él, para luchar contra todo lo que se te ponga por medio. Tener la oportunidad de hacer cualquier cosa y no saber qué hacer es, en realidad, estar perdido. Yo encontré mi libertad en las Damas Enfermeras y espero que tú encuentres la tuya, si no aquí, en donde sea. Tienes pasión y talento, no los malgastes yendo de un lugar a otro sin propósito alguno. Y no lo vas a encontrar en ninguna otra persona, sino en tu interior. Sé, de verdad, libre.»

Y así me ha dejado. No sé si la volveré a ver, pero, sin duda, siempre la llevaré en mi recuerdo, igual que sus palabras. Me hubiera gustado decirle que sí se equivocaba en una cosa: ha sido mi mentora.

Ella y los doctores Noguerras y Luque forman mi Santísima Trinidad personal.

13 de julio de 1921

Javier ya no está en Marruecos, sino en Barcelona, preparándose para la que será su misión diplomática en Argentina. Ya no solo está más lejos del peligro, sino que está más cerca de mí. Llevo meses esperando el reencuentro, pero estas dos últimas semanas se me van a hacer eternas.

21 de julio de 1921

Hace dos días fueron los exámenes y hoy nos han reconocido como damas enfermeras de primera. Lo hemos celebrado con una pequeña fiesta en el hospital que luego ha continuado en el Chumbica por nuestra cuenta. Se nos han unido varios de los estudiantes de Medicina, y Bonifacio e Inés han dejado caer su velo de discreción y se han besado en público. Mi amiga ha sido la envidia de casi todas y, no os creáis, Bonifacio también ha suscitado rencores entre sus compañeros, porque Inés no solo es guapa, sino que tiene un carácter tan divertido y bondadoso que los ha encandilado a todos.

Todos estaban muy felices, pero a mí la celebración me ha resultado amarga. Aunque seguiré viendo a mis amigas estas semanas, ha sido mi despedida de las Damas Enfermeras. Es una pena que una alegría tan grande como el saber que mañana voy a ver a Javier se tenga que empañar con esta pérdida.

22 de julio de 1921

Este vuelve a ser un diario para el odio.

Aunque ayer, por la fiesta, me acosté tarde, hoy he madrugado mucho para que Dorotea me peinase y maquillase bien, para elegir el mejor vestido de mi armario, para estar perfecta. Cuando he bajado al salón he visto que mis padres y mi hermana también se habían vestido para la ocasión. Y mi madre tenía un cuaderno lleno de muestras e ideas para nuestra boda, que se celebraría en menos de un mes. Estábamos todos muy nerviosos y, creo, también muy felices. Se siente un enorme vértigo justo antes de dar un paso tan importante. Mi vida, la de mi familia, cambiaría para siempre en cuanto Javier cruzase la puerta de entrada.

Cuando el reloj ha dado las once, la hora a la que lo esperábamos, he comenzado a ponerme aún más nerviosa. Pero, bueno, ya sabía que

Javier nunca ha sido muy puntual.

«Llegará enseguida», ha dicho mi hermana mientras apretaba mi mano.

Los minutos han ido pasando y los pequeños comentarios entre nosotros han dejado paso al silencio, cada uno encerrado a saber en qué pensamientos. Hasta que, ya pasada casi una hora, han llamado a la puerta. Todos nos hemos enderezado, muy atentos, mientras oíamos como Dorotea abría y dejaba pasar a alguien.

«Le están esperando en el salón», le he escuchado decir.

Una inevitable sonrisa ha conquistado mi rostro y he tenido que contener las ganas de salir corriendo a abrazarlo.

Por un momento he visto a Javier entrar en la sala, impecable con su uniforme de gala, pero enseguida me he dado cuenta de que quien llevaba ese uniforme no era él, sino otro joven: un alférez de Aviación. Traía un mensaje de parte de su superior, el capitán Javier Alonso, y me ha entregado un sobre. Lo he abierto muy rápido. Era una sola cuartilla con unas pocas líneas escritas:

Estimada Laura, he estado pensando a todas horas en nuestro compromiso y me temo que, por mucho que te quiera, para mí no es el momento. Siento el daño que te pueda causar y espero que pronto encuentres la felicidad en alguien que te merezca más que yo.

Nada más leerlas, los ojos se me han llenado de lágrimas y he tardado en darme cuenta de la desfachatez con que Javier firmaba su despedida:

Te llevaré siempre en mi corazón.

Tuyo,

Javier

¿En su corazón? ¿Mío? Si me acababa de abandonar delante de mi familia sin ni siquiera atreverse a dar la cara. ¿Cómo tenía el cuajo de escribir que me llevaba en su corazón, cuando acababa de pisotear el mío?

Mi dolor y mi pena enseguida se han teñido de odio, rabia y desesperación. He subido corriendo a mi cuarto y me he dejado caer en la cama para echarme a llorar sin freno. Mi hermana no ha tardado en venir para intentar darme un consuelo imposible. Me ha preguntado si quería que llamase a mis amigas, pero le he dicho que no. En ese momento no

quería hablar con nadie, no quería estar con nadie, no quería, ni siquiera, vivir.

Al mediodía mis padres han insistido en que debía comer algo y he aceptado que me trajesen un poco de comida a la habitación, aunque casi no la he tocado. Por la tarde he maldecido el verano por retrasar tanto la noche, pues esperaba que con ella llegase el sueño y me ayudase a olvidar. Si no, por lo menos la oscuridad acompañaría mejor mi ánimo que esta preciosa tarde de julio.

No he oído cuándo llamaron a la puerta. Mi hermana ha venido a buscarme; tenía visita. La he mirado furiosa y le he recordado que le había pedido que no llamase a mis amigas.

«No son ellas», me ha dicho.

He bajado corriendo. No sé por qué he creído que quizá fuera Javier, arrepentido por lo que había hecho, que acudía a pedirme perdón y reconciliarse conmigo. No sé como a veces puedo ser tan tonta...

Era Alba. Estaba hablando con mi padre y también parecía arrasada por la tristeza y la angustia.

«Mi padre se había reunido con mi prometido en Annual —le estaba diciendo— y solo sé que les han atacado de nuevo, que la posición avanzada de Igueriben ha caído y que los rifeños ya están en Annual, que son miles y que aquello es peor que Abarrán y Sidi Dris.»

«No te preocupes, llamaré al Ministerio, a ver qué puedo averiguar.»

Mi padre ha salido hacia su despacho. Alba me ha visto y se ha acercado.

«Me alegro de que Javier esté de vuelta», me ha dicho con total sinceridad.

Pero mi rostro, fuera de mi control, le ha debido de indicar que no estaba bien.

«Oh, Dios mío, ¿le ha pasado algo?»

«No, que yo sepa —le he respondido—. Pero ¡ojalá su avión se estrelle en una colina, y sobreviva malherido para ser devorado, poco a poco, por los chacales!»

Y he subido corriendo de vuelta a mi habitación. Mi hermana se ha cruzado conmigo y, supongo, le habrá explicado algo de la situación a Alba.

No sé cuánto tiempo he tardado en recomponerme y volver a bajar, pero Alba ya se había ido. Ha debido de pensar que soy una egoísta y una insensible, y no puedo culparla. Si lo mío es una tragedia, lo suyo es mucho peor. Le he preguntado a mi padre por ella.

«Se fue hace rato a su casa. Acabo de llamar para contarles lo que sé.»

«¿Y qué es?»

«Las noticias aún son confusas y contradictorias, pero muchos temen que esta vez sí haya sido una verdadera catástrofe. Los más pesimistas dicen que peor que la del Barranco del Lobo. Muchos rifeños se han pasado al bando rebelde y los españoles han sido desbordados. Se están retirando de Annual y ni siquiera se sabe qué ha sido del general Silvestre. Y te digo lo mismo que a tu amiga: esta información es alto secreto. Ni siquiera se ha comunicado a la prensa. No puedes hablarlo con nadie.»

«¿Y se sabe algo del padre y el novio de Alba?»

«No se sabe nada de casi nadie y, por lo que me han dicho, se sigue luchando. Que alguien siga vivo a esta hora no quiere decir que lo esté mañana por la mañana. No se lo he contado así a tu amiga, pero tampoco he querido darle falsas esperanzas.»

Ojalá las esperanzas de Alba no resulten falsas y su familia esté bien. Eso aliviaría por completo su dolor. El mío ya no tiene remedio. Y lo que más me duele es que un héroe, un aviador que no duda a la hora de volar sobre un enemigo que no para de dispararle, que es capaz de pilotar un avión dañado sobre decenas de kilómetros de desierto para aterrizarlo en la arena y caminar, de noche, por en medio de la nada, hasta las líneas amigas, que un hombre así no haya tenido el mínimo coraje para presentarse ante mí y explicarme el porqué de su rechazo. ¿Qué le he hecho yo para que me trate así? ¿Qué he hecho yo para que me tenga más miedo que a las balas y a la muerte?

No lo entiendo, mi querido diario, de verdad que no lo entiendo. Y ojalá que este odio y este rencor que siento se llevaran por delante todo el dolor, pero no hacen más que agudizarlo.

Creo que me espera otra noche en vela, y esta vez sé que ni la ciencia ni la literatura me servirán de refugio y consuelo. Me siento rota y a la intemperie.

23 de julio de 1921

Los periódicos apenas hablan de Annual. Solo mencionan que el rey regresará hoy de su visita a Burgos para presidir el Consejo de Ministros y que eso quizá tenga que ver con la guerra de Marruecos. Sé que soy una

egoísta, pero para mí esas noticias no son más que un eco, un rumor de fondo incapaz de atenuar el estrépito de mi propio desastre.

24 de julio de 1921

La prensa por fin se ha hecho eco de lo que está pasando en Marruecos y ha confirmado la muerte del general Silvestre y que las bajas españolas están siendo muy elevadas.

Pero ni por algo así ni por mi aflicción, mi madre me exonera de ir a misa. Y me da que aunque estuviese postrada en cama se las ingeniaría para que un sacerdote viniese a officiar la eucaristía en mi propia habitación. Así que ya estaba acabando de prepararme para ir a la iglesia cuando he sonado el teléfono. Desde lo alto de la escalera, he escuchado a mi hermana decir: «Es para Laura». Mi madre le ha dicho que lo cogería ella y he preferido no protestar, porque no tenía ganas de hablar con nadie. Pero entonces he pensado que podía ser Javier, arrepentido de su cobardía o incluso de su rechazo, y he bajado corriendo. A tiempo de escuchar a mi madre decir: «No puede ponerse», y colgar.

«¿Quién era?»

«Nada importante.»

«¿Era Javier?»

«¡Por Dios! ¿Aún tienes esperanzas de que ese...? —Mi madre se ha contenido para no decir algo desagradable—. No, no era él.»

«¿Mis amigas?»

«No, tampoco eran ellas... Y no te preocupes, no era nada importante. Ahora vamos a misa.»

A nuestro regreso Inés y Avi me esperaban fuera del portal. Alba les había hablado de nuestro encuentro del viernes aunque también venían por otra razón, la misma que había preocupado a mi madre al recibir la llamada de esta mañana.

Mi padre las ha invitado a pasar y nos hemos encerrado en mi cuarto. Tras intentar la tarea imposible de darme ánimos después de lo de Javier, me han preguntado:

«¿Te ha llamado también doña Carmen?».

«¿Doña Carmen Angoloti? —Las dos me hicieron un gesto afirmativo—. ¿Y cómo ha sabido ella lo de Javier?»

«No se trata de Javier. Doña Carmen estaba con su majestad la reina en Burgos, por lo del traslado de los restos del Cid, e iban a regresar a San

Sebastián cuando se enteraron de lo de Annual», me ha explicado Inés, y Avi le ha tomado el relevo:

«Dicen que hay muchos heridos que enseguida comenzarán a llegar a Melilla, y que los hospitales se verán desbordados.»

«La reina le ha pedido a doña Carmen que movilice a las Damas Enfermeras para ayudar en todo lo posible. Y nos ha llamado para ver si queremos ir con ella a Melilla. Yo ya lo he consultado con mis padres y, aunque al principio no les gustó la idea, me han autorizado. Mi hermana también irá.»

«Y yo iré con ellas —ha añadido Avi—. Saldremos pasado mañana.»

«Dijo que también te iba a llamar a ti, por si acaso querías unirme a... su Crimea.»

«Sí que me llamó, pero me temo que mi madre fue quien cogió el teléfono, y ya respondió por mí: no iré.»

Mis amigas han protestado e intentado hacerme cambiar de opinión. Esa sería la mejor forma de olvidar a Javier: lejos, con ellas y haciendo lo que más me gustaba. Pero tengo tan unido el recuerdo de Javier y la sinrazón de su abandono a mis estudios de enfermería que creo que tendría el efecto contrario. Y flaco favor les haría a los heridos atendiéndolos con el ánimo por los suelos y la cabeza sabe Dios dónde. Aunque sé que mi madre ha dicho que no por el miedo de tener a su hija en una zona de guerra, me da igual el motivo; por una vez estoy de acuerdo con ella.

No iré a Marruecos.

25 de julio de 1921

Hoy me he levantado harta. La ira y el odio han dado sus frutos y han alejado, por fin, la melancolía y la inacción. Quiero saber el porqué de este abandono y solo hay una persona que pueda decírmelo: el propio Javier. Y antes de que se vaya a la Argentina, le haré salir de su cobarde escondrijo y tendrá que enfrentarse, al menos, a mi voz.

A lo que me ha llevado esa intempestiva determinación es algo que no podía imaginar en ese momento de arrebató. Y aún no sé si debo arrepentirme o no.

Me he vestido y he bajado a desayunar sin arrastrar la pesada languidez que me había acompañado estos días. Mis padres y mi hermana, y hasta el servicio, se han alegrado de verme así. Mi padre

enseguida se ha puesto a leer el periódico y a comentarnos las últimas novedades sobre Marruecos, donde la retirada de Annual se ha convertido en una desbandada en la que nuestras tropas están siendo masacradas. Ese era el tema que esperaba que sacase mi padre.

«¿Y ya sabes algo del prometido y del padre de Alba?», le he preguntado.

«Anoche seguía sin saberse nada.»

«Vaya, es una pena. Hoy voy a verla y me hubiera gustado tener algo nuevo que contarle.»

«Después del desayuno haré otra llamada.»

Era lo que buscaba. Lo he acompañado al despacho y he visto como levantaba el teléfono para pedir que le pusiesen con una persona en concreto del Ministerio de la Guerra, su amigo allí. Para desgracia de la pobre Alba, no había novedades. Me he retirado a mi cuarto, a prepararme para salir, he dicho. Pero me he quedado agazapada en la escalera, vigilando.

Mi madre y mi hermana no han tardado en salir para resolver los problemas relacionados con la cancelación de mi boda. Mi padre se ha quedado en el salón y a eso de las once ha recibido a su primera visita: uno de sus contables, muy preocupado por las requisas que el Ejército podría hacer tras lo ocurrido en Marruecos. Se han encerrado en el despacho. Yo, con sigilo, he bajado a la biblioteca, descolgado el teléfono y pedido que me pusieran con el amigo de mi padre en el Ministerio de la Guerra.

«Soy Laura, la hija de don Adolfo de la Gasca», le he dicho y enseguida le he planteado el motivo de mi llamada. Quería saber dónde estaba el capitán de Aviación Javier Alonso, que en unas semanas se iría a Argentina, en misión diplomática.

He supuesto que tardaría en responder a esa pregunta y que me emplazaría a llamarlo más tarde, pero me lo ha dicho al momento:

«La misión a Argentina se ha cancelado. Todos los pilotos hacen falta en Marruecos y allí se habrá destinado al capitán Alonso».

He colgado. No sabía qué hacer. Ha entrado mi padre y me ha encontrado así de extraviada y pensativa.

«¿Te pasa algo, hija?»

Le he dicho que no, que estaba a punto de salir para visitar a Alba. Por supuesto que no iba a verla, pero acababa de decidir qué hacer.

He corrido a la parada del tranvía y recorrido un camino al que había pensado que jamás volvería. Me he apeado en la glorieta de Joaquín Ruiz

y encarado la cuesta del camino de Aceiteros con tanta prisa que he tropezado con un adoquín y me he caído. Un hombre se ha acercado a ayudarme.

«¿Está bien, señorita? Hay un hospital cerca, puedo acompañarla hasta él si lo necesita.»

«No, muchas gracias, sé ir yo sola.»

Y, para pasmo de ese buen hombre, con el vestido roto, despeinada y con arañazos en las manos y los brazos, he corrido calle abajo. Al llegar al hospital me he encontrado con sor Asunción.

«¿Señorita De la Gasca? ¿Qué le ha pasado? Venga aquí, por favor...»

Me ha llevado al dispensario y, mientras hablábamos, me ha hecho las pequeñas curas que necesitaba. Le he preguntado por doña Carmen.

«Está camino de Melilla con otras dos damas enfermeras. Allí se reunirán conmigo y con las voluntarias que me acompañen. Desgraciadamente no son muchas las que vendrán. Se ve que sus familias y sus novios no las quieren ver tan lejos y en tanto peligro.»

Se ha hecho un pequeño silencio.

«Yo iré», he dicho.

La monja se ha alegrado y apretado mi mano con cariño.

«Gracias. Mañana habrá una plaza esperando por ti en el tren. Sé puntual.»

Se lo he prometido, aunque sabía que iba a ser muy difícil. Y, como temía, al regresar a casa se ha organizado una buena, y eso que solo he alegado motivos altruistas y de compromiso con las Damas Enfermeras. A mi madre le ha dado igual y me lo ha prohibido tajantemente. Mi padre ha intentado convencerme por las buenas: si lo hago por despecho o por huir de mi dolor, allí no encontraré consuelo alguno; al contrario, aún me toparé con más miseria y sufrimiento. Pero esta vez me he mostrado inflexible y decidida; lo hago por deber y conciencia, y si no me dejan ir me escaparé de casa e iré por mi cuenta. Mi madre, ante esa amenaza, me ha encerrado con llave en mi cuarto. He aporreado la puerta hasta cansarme y, cuando he dejado de hacer ruido, he oído a mis padres discutiendo. No era fácil entender lo que decían exactamente, pero creo que mi padre le echaba en cara a mi madre que ella había comenzado con lo de las Damas Enfermeras y que ahora no podía ponerle freno cuando más le convenía. E incluso me ha parecido que, en algún momento, ha dicho que se sentía orgulloso de mí.

Al cabo de un par de horas ambos han venido a mi habitación y, creo que con gran pesar, han autorizado mi viaje. Mi madre, cosa muy extraña

en ella, me ha abrazado y me ha dicho que estoy loca, pero también que está orgullosa de mí. Luego ha ordenado a Dorotea que me ayude con las maletas y a Rosalía que prepare algo de comida para el viaje. Mi padre se encargará de llevarme a la estación de ferrocarril mañana. Me ha aconsejado que no lleve mucho equipaje:

«No sé si en Melilla tendréis mozos y quizá tengas que cargar tú con él».

He sentido una emoción extraña al meter mis dos uniformes de dama enfermera, que ya había pensado que jamás volvería a ponerme, en la maleta. Estaba a punto de cerrarla cuando ha entrado mi hermana con un periódico bajo el brazo. Le ha pedido a Rosalía que nos dejase a solas.

«A mí puedes contarme la verdad, vas a Melilla porque quieres ver a Javier...»

«No.»

«Sí», ha insistido.

«¿Y qué si fuera así? Podría hablar con él y saber por qué me ha abandonado de esta forma tan cobarde.»

«Por Dios, Laura, aún sueñas con recuperar a ese sinvergüenza.»

«No sé lo que pasará si voy, pero lo que tengo claro es que si me quedo aquí no pasará nada y jamás resolveré mis dudas.»

«No resolverás nada...»

«¿Y tú qué sabes? ¡Déjame en paz!»

Pero mi hermana, en lugar de irse, me ha tendido el periódico mientras decía:

«El aeródromo de Melilla es Zeluán, que está al sur de la ciudad, y aquí dice que pronto estará sitiado por los rifeños. Ya no despegan ni aterrizan aviones de él...»

«Habrán otros aeródromos...»

«En Melilla no lo creo, porque Berenguer, sabe Dios por qué, no quiere más vuelos y aviones en esa ciudad. Toda la aviación estará en Tetuán, a más de trescientos kilómetros de donde tú estarás...»

Le he dado la espalda, muy enfadada. No con mi hermana, sino conmigo misma. ¿Cómo he podido ser tan... lela? ¿Cómo no me había dado cuenta de algo así? Iba a ir a Melilla... para no ver a Javier.

«Tengo otra cosa para ti.»

«Si vas a seguir burlándote de mi decisión...»

«Aunque no lo creas, solo quiero ayudarte. Toma.»

Me ha dado un papel doblado.

«Es una dirección de Melilla. Si tienes problemas o necesitas ayuda, ve ahí y di quién eres.»

«¿Por qué? ¿Qué es este lugar?»

«Estoy hablando muy en serio, Laura, y me estoy arriesgando mucho al contártelo. Júrame que solo irás en caso de necesidad y, lo más importante, que no les dirás nada a nuestros padres. —Iba a protestar, pero mi hermana insistió—: ¡Júramelo!»

«De acuerdo, te lo juro.»

«Guárdalo muy bien. Ni padre ni madre deben verlo.»

Me ha dejado tan intrigada que ya tenía casi decidido, nada más llegar a Melilla, pasarme por esa dirección a ver de qué se trataba. Y mi hermana ha debido de notarme la intención...

«Y recuerda que me has jurado ir por allí solo en caso de extrema necesidad.»

«Claro, claro...»

Se ha puesto tan seria que creo que será mejor hacerle caso.

Y aquí me tienes, querido diario, a punto de partir a Melilla en busca de alguien que ya no está allí. Pero si algo he aprendido este año es que el futuro es siempre diferente a como te lo imaginabas; y no por ello, peor. Es un misterio que solo se puede resolver viviéndolo. Y esta incertidumbre está comenzando a gustarme.

Así que ahora, con mucho cuidado, te guardaré entre mis dos uniformes de dama enfermera. Cuando vuelva a escribir en tus páginas ya estaremos en otro continente.

DIARIO DE LAURA DE LA GASCA MONTENEGRO

Parte II
Melilla, julio a octubre de 1921

28 de julio de 1921

Como te anuncié, querido diario, estamos en otro continente.

Es muy tarde y, tras un día de intenso trabajo, lo que más me apetece es echarme a dormir porque sé que mañana va a ser aún peor y no creo que mejore los días siguientes. Así que o me sacrifico y busco algo de tiempo para estas páginas que tanto me ayudan a aclarar mi mente, o te dejo olvidado por completo. Y, como ves, prefiero este pequeño esfuerzo.

Hay viajes que marcan no un valle, sino un abismo. Salí hace dos días de Madrid y aunque el tiempo se me ha ido volando, cuando miro atrás, al momento en que subimos al tren en la estación del Mediodía, me parece que estoy viendo un episodio muy lejano de mi vida.

Mi padre me acompañó en el coche hasta allí y, por su excesiva parsimonia, estuvimos a punto de llegar tarde. Ya estaban Alba, Avi, Inés y su hermana mayor, Margarita, siete de las enfermeras profesionales y el doctor Nogueras. Se me hizo raro vernos reunidas así a todas, sin el uniforme y cargadas de maletas. Solo las cuatro monjas que nos acompañarían llevaban hábito, igual que en el hospital.

Inés estaba con sus padres y con Bonifacio, que la cubrió con cuantos besos permitía el decoro; Margarita fue un poco más recatada con Santiago, su prometido, el mismo al que yo había dado un guantazo en el Chumbica. Avi también se despidió de sus padres y Alba de su madre, que ahora se quedaría sola. Mi padre se ofreció a ayudarla en todo lo que hiciese falta. Y también ofreció su colaboración a sor Asunción.

«Me figuro que en estos momentos no será fácil encontrar barcos que vayan a Melilla; si lo necesitan puedo conseguirles uno en un par de días.»

La monja se lo agradeció y respondió que no haría falta.

«Ya tenemos transporte. Doña Carmen y el nombre de la reina mueven montañas. Pero tomo nota de su ofrecimiento, señor De la Gasca; nunca se sabe cuándo algo hará falta.»

Nos despedimos de nuestras familias desde las ventanillas de los coches del tren y, cuando la estación ya quedó atrás, las cerramos para

que no entrase el hollín de la locomotora. Ese día lo pasamos entre trenes y transbordos, charlando, cantando, aburriéndonos, dormitando y viendo pasar el paisaje, hasta llegar, muy de noche, a Málaga. Nos hospedamos en el Hospital Noble de las Hermanas de la Caridad. Me hizo gracia descubrir que su nombre no se debe a la nobleza de sus pacientes o propietarios, sino a que fue construido por las herederas de Joseph Noble, un médico inglés que había vivido en la ciudad.

Ayer se nos unieron otras tres damas enfermeras. Una de ellas debía de tener unos cuarenta años y, cuando nos presentaron, me dijo:

«Somos tocayas; también llevo el nombre de Laura».

Luego supe que era su alteza real la serenísima señora Luisa Francisca María Laura de Orleans, infanta de España y princesa de Orleans y de las Dos Sicilias, aunque para nosotras solo Luisa. El uniforme aún contribuiría a hacernos más iguales.

Yo tenía tantas cosas en la cabeza camino del muelle que la última que se me ocurrió era que iba a hacer mi primera travesía en barco. Aunque el trayecto no era largo ni nos enfrentaríamos a la bravura del océano, supuse que verme allí en medio, con agua y agua por todas partes, como diría Coleridge, sería una experiencia transformadora y que no habría palabras para hacerle justicia, una suerte de síndrome de Stendhal causado por la naturaleza. Y me gustó, sí. Es precioso y transmite una enorme serenidad, y la brisa huele a mar y refresca el sofocante estío del sur; y seguro que podría estar contemplándolo horas, pues la forma suave con que se mueven las olas y reflejan la luz sobre ellas resulta cautivadora... Pero ni me desmayé ni me faltó el aliento, ni es el espectáculo más bello que haya visto en mi vida. Quizá la culpa de esta pequeña desilusión la tengan las altas expectativas que los literatos han creado en mí. Además, ninguno de ellos me había prevenido del efecto que el vaivén del barco produce en algunos estómagos... como el mío.

Avi y unas cuantas más llevaron la travesía con total tranquilidad, pero otras, como Inés y yo, lo pasamos mal. Probé a recostarme e intentar dormir. Pensé que así se me pasarían más rápidas las ocho horas que dura el viaje, pero soñé que iba en un barco y me mareaba y, al despertar, pude constatar que, efectivamente, iba en un barco y me mareaba.

Por fortuna, a medio viaje el mareo fue remitiendo y pude disfrutar de nuestra entrada al mar de Alborán y de la arribada al puerto de Melilla.

En el barco consulté un mapa para ver cómo era el lugar adonde me dirigía. Para que te hagas una idea, querido diario, imagínate un

triángulo que apoya uno de sus lados en el sur, que sería África, y que tiene su vértice apuntando al norte, que sería el cabo de Tres Forcas. Pues Melilla estaría en la mitad de su lado derecho, al este, pegada al mar.

Así, al norte de la ciudad está el cabo, al este, el mar, y al oeste y el sur, colinas y montañas. La más célebre es el Gurugú, al sur, que domina la ciudad desde sus cimas y en donde está el tristemente célebre Barranco del Lobo. También al sur de Melilla, pegada al mar, hay una gran laguna costera que llaman la Mar Chica.

Según nos acercábamos a tierra pude ver que la ciudad, ubicada entre calas y acantilados costeros, se extiende por una suave e irregular pendiente hacia los montes que la rodean.

El barco tenía demasiado calado para el puerto. Fondeó a cierta distancia y una barca nos llevó hasta un largo espigón de carga a medio construir. Los estibadores y el doctor Nogueras nos ayudaron con el equipaje y a subir por las estrechas escaleras del muelle.

Mi primer recuerdo de Marruecos es, y siempre será, el calor. Un calor denso que parece posarse sobre los hombros y que enseguida cubre la piel de gotitas de sudor. Pero, a cambio de ese sofocante bochorno, el mar, la arena, las rocas, las nubes, todo brilla con colores más vivos y hermosos. Me pareció extraño que en un lugar que rebosa tanta belleza pueda haber una guerra. Lo único que a alguien en su sano juicio puede apetecerle hacer aquí es buscar una sombra para sentarse cerca del mar y disfrutar del paisaje y el frescor de la brisa.

En el malecón nos esperaba Carmen con otras dos damas enfermeras ya vestidas con sus uniformes: Mimí Merry del Val, que con ese nombre de gatito (es el diminutivo de María del Carmen) es familia de nuestro embajador en Londres, y María Benavente, pariente del premio nobel. Pero al igual que con Luisa, no importa, para nosotras son Merry y María. Y, a petición de Carmen, todas nos trataríamos de tú.

Carmen, al verme, se sorprendió.

«¿Laura? Te hacía camino de Argentina. —Entonces, supuso algo... no muy acertado—: ¿Han destinado a tu prometido a Marruecos?»

«No, bueno, sí, está en Tetuán... Pero ya no estamos prometidos.»

«Oh, vaya, lo siento... —Luego se dirigió a Alba—: Aún no se sabe nada de tu padre ni de tu prometido, lo que nos da cierta esperanza. Y podrás emplear todo tu tiempo libre en buscar noticias de ellos, pero mientras estés en el hospital, ese será tu único mundo, ¿entendido?»

Alba asintió.

Ese también fue el momento en que Inés y Margarita, al ir juntas, fueron rebautizadas como «las Santirso». Inés, más tarde, nos comentaría que no le hace mucha gracia convertirse en «la Santirso pequeña».

A nuestro paso, los militares dejaban lo que estuviesen haciendo y saludaban a Carmen llevándose la mano a la frente. Ella correspondía a ese saludo con un leve gesto de cabeza, que nosotras imitamos.

«No llevas ni un día aquí y ya eres muy conocida», le comenté.

«No me saludan a mí, sino al uniforme. —Se rio—. Las enfermeras seríamos algo equivalente a un alférez. —Señaló una camioneta aparcada junto a las vías del tren—. Ese será nuestro transporte.»

La camioneta, con el cajón de carga descubierto, estaba rodeada de niños andrajosos que jugaban entre sus ruedas. Al acercarnos atrajimos su atención y las rodeadas fuimos nosotras. Algunos se rieron, otros nos dedicaron piropos en su lengua, árabe o bereber supongo, y otros cuchichearon entre ellos. Alguno nos tendió la mano, esperando algún tipo de limosna. Entonces apareció el conductor, un joven marroquí vestido con ropas europeas bastante gastadas, ojos claros, cabello rizado, tez morena y barba corta; bastante guapo, la verdad. Con un par de bromas y coscorriones los echó de allí y nos ayudó a subir las maletas. Se llama Galeb y habla castellano con tan solo un ligero acento. Nos trató de «señoritas» y fue muy amable y cuidadoso. Creo que a todas, enseguida, nos agradó... Y a algunas les agradó de más y no intentaron disimularlo en sus comentarios una vez estuvimos a solas.

Avi, que nunca había mostrado mucho interés por los estudiantes de Medicina, se quedó embobada al verlo. Tuve que darle un codazo para que subiese a la camioneta y dejase de mirar a Galeb, que, para complicar las cosas, recompensó su mirada con una sonrisa peligrosísima.

Tras esa sonrisa nuestro chófer regresó a la cabina con el doctor Nogales y Carmen subió con nosotras al cajón de carga. Y así, enfermeras y equipajes, muy apretujados todos, partimos del muelle en aquella desvencijada camioneta que dio la espalda al mar y pasó traqueteando sobre las vías que, desde el espigón, discurrían paralelas al muelle hacia el sur. Los niños nos siguieron un trecho, gritando y haciendo bromas.

«Hoy tenemos suerte y no sopla mucho el viento; dicen que a veces es insoportable. Y con levante, vuestro desembarco habría sido bastante accidentado.»

Un par de locomotoras y unas decenas de vagones de mercancías me habían tapado la vista de la ciudad. Entonces vi, a mi derecha, lo que

sería al norte, cerca del espigón, una pequeña península que entraba en el mar y, sobre ella, la ciudad medieval. Melilla la Vieja o el Pueblo, como nos explicó Carmen que la llaman. En su interior, sobre los tejados y terrazas de las apretujadas casas, vimos torreones de tipo medieval y, a su alrededor, afiladas murallas modernas de traza italiana. Esa había sido toda la ciudad durante varios siglos. A sus pies y alrededor, sobre todo hacia el sur, ha crecido, enorme, la actual Melilla e, igual que el espigón, es una ciudad a medio construir. Con bonitos edificios de varios pisos con molduras modernistas, que nada habrían desentonado en la Gran Vía madrileña, junto a casitas bajas de adobe y barracas polvorientas, y, entre ellas, solares en los que ya había obras o que esperaban por estas.

Casi enfrente de nosotros, una colina de tierra estaba siendo vaciada para las obras del puerto. Y sobre ella, un fortín circular con arcos y troneras cuadradas...

Pensarás que estoy loca, querido diario, pero es idéntico al que aparece en mis sueños desde que soy niña. La cara de pasmo que se me debió de quedar tuvo que ser notoria, porque varias me preguntaron qué me pasaba. Carmen, que siguió mi mirada, explicó:

«El cerro de San Lorenzo con su fortín. Hay varios de ese estilo por toda la ciudad, pero no os preocupéis, las trincheras están en el exterior, muy lejos de aquí, y muy bien guarnecidas por la Legión y otras tropas.»

Tardé un poco en reaccionar y darle las gracias. ¿Cómo pudo mi imaginación construir en sueños un lugar exacto a uno real que nunca había visto? Me gusta la lógica y entender las cosas o, al menos, saber que tendrán una explicación que alguien encontrará algún día, pero esto sobrepasaba esos límites. Es imposible. O una gran casualidad. De esas que a Inés y Avi, tan amigas de creer en lo mágico, les hacen pensar que este mundo está de verdad habitado por las fantasías inventadas por el ser humano.

«Bajo ese fuerte —pregunté—, ¿hay cuevas?»

Carmen me dijo que no, lo que me alivió bastante. La casualidad parecía acabar ahí. Pero entonces siguió:

«Las cuevas están en Melilla la Vieja; dicen que son muy bonitas».

Sentí frío en el estómago y me dije que, en cuanto pudiese, iría a ver esas cuevas.

Desde donde estábamos, Carmen señaló un cauce seco que se hundía a los pies del cerro y seguía, perpendicular a la costa, hacia el interior. Un par de puentes lo cruzaban a nuestra altura.

«Ese es el río de Oro; bueno, ahora solo su cauce, pero que no os engañe. En otoño e invierno, con las lluvias, puede venir muy crecido. No es la primera vez que arranca algún puente e inunda todas estas tierras a su alrededor.»

El cerro de San Lorenzo enseguida quedó atrás y la camioneta, hipando y dando brincos, que bien que notábamos en nuestras piernas, espaldas y posaderas, se internó en la ciudad por una de sus grandes avenidas a medio hacer. Además de casas pude ver hoteles, tiendas, cafés e incluso teatros y cines.

«Se puede decir que el río —siguió diciendo Carmen— divide la ciudad en dos. Al norte, por donde nosotras estamos, vive la gente más adinerada y de buena posición, y los oficiales del Ejército. Al sur está la gente más humilde, la tropa y la mayoría de la población nativa. Aunque no todo es así; por ejemplo, el barrio judío está al norte, hacia el interior, y es de los lugares más pobres de la ciudad.»

Al fin, la camioneta paró ante un gran edificio de piedra blanca, ventanales amplios y una torre cuadrada con reloj que lo dividía en dos alas. Está apartado de los demás, cerca del río. La placa que hay junto a la puerta aún indica que fue construido para ser la escuela de la Doctrina de los Hermanos Cristianos.

«Hemos llegado», dijo Carmen. Todas nos apeamos. El doctor Noguerras y Galeb nos ayudaron a bajar los equipajes, pero nosotras tuvimos que cargar con ellos hasta el hospital.

Avi casi se cae al intentar bajar su maleta. Galeb fue rápido de reflejos y la cogió por la cintura, evitando que se partiese la crisma contra el suelo.

«Tenga cuidado, señorita», dijo con otra de aquellas arrebatadoras sonrisas.

La pobre Avi se quedó temblando.

«Disimula un poco», le dijo Inés muy divertida.

«Disimular... ¿el qué?», respondió Avi colorada.

Carmen nos dijo que, como ya era tarde, poco más haríamos que acomodarnos en un sencillo pabellón situado en el jardín que hay tras el hospital.

Un oficial del Ejército se acercó a Carmen y, en lugar del saludo militar, la recibió con un casto beso que nos sorprendió a todas. Merry nos explicó que era don Pablo Montesinos, el duque de la Victoria y marido de Carmen, que había venido no como militar, sino para ayudarla

en todo lo posible. Hablaron un momento y Carmen volvió a nuestro lado.

«Necesito que un par de vosotras me ayudéis; a ver, Luisa y Laura.»

En lugar de entrar al hospital, volvimos a la camioneta y regresamos al puerto, más al sur, hasta el lugar donde estaba atracado un carguero de bandera inglesa, este sí pegado al malecón. Carmen, antes de subir, se disculpó con nosotras:

«Lo siento, pero voy a tener que usar vuestros apellidos más que vuestras personas.»

Y así nos presentó ante el armador de ese barco: la princesa de Orleans y la hija del famoso naviero don Adolfo de la Gasca, lo que agradó a aquel hombre. Con acento inglés, me dijo:

«Conozco a su padre. Un hombre culto e inteligente, e implacable en los negocios... Un hermano».

Me pareció un poco exagerado lo de «hermano» y más el sutil guiño que me hizo. ¿Estaba intentando coquetear conmigo? El caso es que, desde ese momento, fue muy amable con nosotras.

Carmen le hizo una oferta por su mercancía, un centenar de camas. El inglés protestó. Era menos de lo que le ofrecía el Ejército y a ellos se las había negado.

«Yo no trabajo para el Ejército —dijo Carmen—, sino para la Corona y para la Cruz Roja Internacional. Y si estamos aquí no es solo por los centenares de heridos que ya hay, sino por los miles que habrá. Ya puede ver que cada día llegan más tropas al puerto; los combates seguirán y necesitaremos más hospitales. Aquí, en Tetuán, en Larache; incluso en España, para evacuar a los convalecientes. Usted decide si quiere venderme estas camas, por las que aún puedo subir mi oferta, o si quiere venderme camas y mobiliario de hospital para todo lo que está por venir. Y, en ese caso, no solo yo, sino la Corona a la que represento y los padres de estas señoritas, le estarán muy agradecidos.»

El hombre no tardó en ceder y se comprometió a entregarnos las camas hoy en el hospital.

Al bajar del barco nos esperaba, junto a la camioneta, un oficial: el coronel Francisco Triviño, jefe de la Sanidad Militar de Melilla. Saber que habíamos conseguido las camas no le hizo ninguna gracia y pretendió que se las entregásemos. Carmen, amable, se negó.

«¿Es que no me ha oído? —dijo desabrido el coronel—. Estoy a cargo de toda la sanidad de esta plaza. Así que, si le doy una orden, debe obedecerla.»

«No somos militares —respondió Carmen aún de forma educada—, y usted no tiene mando sobre nosotras. Así que esas camas se irán a nuestro hospital, donde le aseguro que serán de gran ayuda a sus heridos.»

«¿Quieren ayudar? ¡Pues vuélvanse a casa! ¡Aquí no tienen nada que hacer!»

Y, por primera vez, vi a Carmen dejar la amabilidad para ponerse muy seria y amenazadora:

«O con usted o contra usted, sigo órdenes de la reina. ¡Y basta!».

Ya era muy tarde y no tenía ni tiempo ni ganas de discutir, nos explicó de camino al hospital. Como la cocina aún no está completamente equipada y no funciona, el marido de Carmen envió a Galeb al Hotel Victoria para que nos trajesen algo de cenar. Lo disfrutamos sobre unas mesas improvisadas con caballetes y tablas en el mismo jardín.

Antes de acostarnos, Carmen nos invitó a subir a la terraza para disfrutar de lo que llamó «uno de sus placeres favoritos» en Melilla: ver el atardecer y la noche desde ahí arriba. El sol se fue ocultando poco a poco tras las montañas, alargando las sombras más y más hasta hacerlas desaparecer en el crepúsculo. El cielo enrojeció e hizo brillar la tierra y la piedra mientras, a nuestra espalda, sobre el mar, ya oscurecía. En Melilla la Vieja un faro se iluminó y comenzó a pasear su haz sobre el agua y los tejados cercanos.

Pablo Montesinos señaló las montañas que teníamos al frente.

«El macizo del Gurugú —dijo—. Entre él y la Mar Chica, hacia el sur, pasa la carretera que llevaba a Annual a través de decenas y decenas de pequeños puestos y fortines. Todos han caído ante la *harka* de Abd el-Krim como un castillo de naipes, uno tras otro... Solo Nador, Zeluán y el monte Arruit resisten, rodeados por el enemigo, aquí mismo, al sur de esa montaña. Las guarniciones de Nador y Zeluán son escasas, unos cientos de hombres, pero la columna de Navarro, que está en Arruit, tiene más de tres mil. Todo lo que queda del ejército de Silvestre...»

«Y, entre ellos, el doctor Felipe Peña, un médico militar, buen amigo», dijo Noguerras sin apartar la vista de la montaña.

«¿Y por qué no van a rescatarlos?» Para Alba estaba claro que, si su padre y su prometido seguían con vida, estarían allí.

«Es lo mismo que se preguntan muchos oficiales —dijo Pablo—, ¿por qué Berenguer no envía a sus tropas a liberarlos si están tan cerca? Me figuro que teme desguarnecer Melilla para una operación tan arriesgada. Los moros dominan la carretera y sería una lucha sangrienta a lo largo de

más de treinta kilómetros... Berenguer ni siquiera ha fortificado las cimas del Gurugú por temor a extender demasiado el perímetro de defensa de Melilla y, como los moros las tomen, la ciudad estará a merced de sus disparos.»

«¿Nos podrán disparar desde allí?», dijo Margarita un poco sorprendida.

«Con fusiles, no; está demasiado lejos. Pero sí con artillería.»

«¿Y tienen cañones?», dijo Inés, que a veces tendía a completar las frases e ideas de la Santirso mayor.

«Ahora, sí; los que capturaron a Silvestre en Annual. Y si los suben hasta allí arriba —señaló el Gurugú—, podrán bombardear donde quieran.»

Tras esas funestas palabras estuvimos un rato en silencio. Oscureció, comenzaron a aparecer las estrellas y, tras el intenso calor del día, refrescó. Una brisa suave que bajó de las colinas.

«Esperemos que la brisa no vaya a más —dijo Pablo—, porque aquí el viento puede llegar a ser muy molesto. El poniente baja de la montaña, es seco y cálido, y ahora, con la guerra, huele a cordita. El levante viene del Mediterráneo, huele a mar y es húmedo. Media ciudad prefiere uno y media ciudad prefiere el otro; yo odio los dos.»

«Incluso con viento —nos contó Carmen—, este suele ser el mejor momento del día. Y dentro hace tanto calor que, en verano, mucha gente duerme en las terrazas.»

Su marido encendió un cigarrillo. El doctor Noguerras y algunas de nuestras compañeras también lo hicieron. Pudimos ver, por los puntitos rojos, que en otras terrazas de los alrededores también encendían cigarrillos. Era como si toda la ciudad, a esa hora, se hubiese encaramado sobre sus casas para disfrutar de la paz y serenidad del ocaso africano.

Y hoy ya vuelve a ser noche cerrada, querido diario, y acabo de escribir estas líneas en esta misma terraza, sola, a la luz de un pequeño candil. A su alrededor revolotean un par de polillas. De pequeña me asustaban mucho con sus inesperados aleteos. Pero mi padre me dijo que tan solo son el proletariado de las mariposas. Aunque sus ropajes sean más humildes no hay que tenerles miedo. Y al verlas así, dejé de temerlas. Al recordar a mi padre me he puesto un poco triste. Un solo día en Melilla y ya echo de menos a mi familia. Soy un desastre...

Se está tan a gusto que me tienta echarme aquí mismo a dormir. Aún se pueden distinguir luces de cigarrillos y el viento arrastra voces de conversaciones muy lejanas. Y hasta de noche los colores son otros.

29 de julio de 1921

Hoy sopla el poniente, tan seco y caliente que en lugar de refrescar hace más presente y pesado el calor. Viene cargado de polvo y de un olor extraño, como a quemado, que supongo que es el de la cordita.

Nos hemos reunido en el jardín, ya con nuestros uniformes, y Carmen nos ha guiado por lo que será nuestro hospital. En el centro del piso bajo hay un enorme vestíbulo, donde estarán la portería, la sala de espera y las oficinas. A cada lado, una larga nave con galería. La de la derecha será para medicina y la de la izquierda para cirugía, cada una con su sala de curas y ambas para la tropa. En la entreplanta, en una gran habitación circular que da a la trasera del edificio, irá el quirófano, con un par de salitas a su lado para esterilización. La primera planta es idéntica al bajo, pero allí estarán los oficiales. En torno al jardín, además de nuestras estancias, se montarán las cocinas.

Mientras Pablo se encargaba de comprobar que la electricidad y el suministro de agua iban bien, nosotras, con ayuda del doctor Nogueras, nos hemos dedicado a limpiar el edificio y a colocar las camas que, a primera hora, nos han entregado los ingleses. Carmen, con la ayuda de Merry y María Benavente, que son inseparables, se han pasado el día saliendo y volviendo con sábanas, toallas, pijamas y todo tipo de material que vamos a necesitar. Trabajamos duro y sin descanso y, con el calor, sudamos tanto que nuestros uniformes acaban empapados. Hasta ha habido una que se ha mareado y ha tenido que estar tumbada un rato mientras le daban agua. Carmen nos ha recordado que beber, en este clima, es casi tan importante como respirar.

Me ha gustado ver lo bien que se llevan Inés y Margarita; ojalá me llevase yo así de bien con Ana. Siempre están de buen humor y charlando, riéndose ante cada tontería que se les ocurre o con cada pequeña anécdota; son la alegría del grupo. Aunque hoy la más dichosa parecía ser Avi.

«¿A qué viene esa cara de felicidad? —le he preguntado—. ¿Aún estás pensando en Galeb?»

«¡No! Pero qué pesadas estáis Inés y tú con eso... Es por este hospital... Iba a ser una escuela y está recién construido; aquí aún no ha habido sufrimiento ni dolor, está limpio... Y no hay cosa que me guste más que este silencio.»

Silencio de espíritus, entiéndase, porque el jaleo que montamos nosotras y la cuadrilla de obreros rifeños que ha traído Galeb para ayudar a Pablo es monumental.

A la hora de la comida se ha calmado todo y Galeb ha aprovechado esa quietud para rezar de rodillas sobre una pequeña alfombra con el dibujo de un arco de herradura. Nos ha contado que representa el *mihrab* de una mezquita y que debe apuntar hacia La Meca. Galeb, aunque no para de trabajar, se toma muy en serio su religión y hace sus cinco pausas para la oración. Igual que las monjas, que casi a las mismas horas que él se reúnen para el rosario y otros rezos, también en torno al jardín. Me resulta relajante oírlos: un rumor en que se mezclan el árabe y el latín, cada uno entonando sus propias plegarias.

Después de comer, Alba le ha preguntado a Carmen si había alguna novedad respecto a su padre y a su prometido, pero no ha podido decirle nada, pues el coronel Triviño, después de la agarrada que habían tenido ayer, no estaba siendo muy colaborador...

«Galeb va a ir hasta el hospital Docker, al sur, y quizá allí te puedan decir algo; muchos de sus heridos estuvieron en Arruit.»

Justo en ese momento, sobre el jardín, ha pasado un avión en vuelo rasante. Varias enfermeras han gritado y corrido a esconderse. Pablo se ha reído.

«Tranquilas, es de los nuestros. Los moros no tienen aviones ni pilotos...»

«¿Adónde va si aquí no hay aeródromo?», le he preguntado.

«Los soldados llevan días quitando piedras y alisando la explanada del Hipódromo; supongo que aterrizará allí.»

«¿Dónde está ese lugar?»

«Al sur...»

«¿Cerca del hospital Docker?»

«Sí, más o menos...»

No me ha hecho falta escuchar más y, fingiendo no tener prisa, me he dirigido al exterior. Allí he echado a correr hacia la furgoneta.

«¡Alba, espera, iré contigo!»

Alba se ha detenido sorprendida.

«¿Por qué?»

«No sé, no deberías ir sola...»

Entonces se ha fijado en el avión, que aún volaba hacia el sur.

«¿Es por si se trata de tu antiguo prometido?»

«¡No!»

«No me gusta que me mientan, y mucho menos que me mientan tan mal. Ni me lo merezco ni soy tan tonta como para creerte...»

«Vale, de acuerdo... Es porque ese piloto puede ser Javier.»

«Pero ¿no te había dejado? Si hasta querías que se estrellase.»

«Me dejó con una nota, sin esperar mi respuesta ni dar explicaciones, y quiero saber qué pasó. Por qué se ha echado atrás...»

Alba se lo ha pensado un momento antes de ceder e invitarme a acompañarla. Galeb, al ver que solo éramos dos, nos ha ofrecido ir con él en la cabina, apretujadas en la plaza del copiloto. Los brincos eran los mismos, pero el asiento más mullido, y así también hemos podido ir hablando con él. Pese a que le hemos pedido que nos tutease, insiste en tratarnos de usted.

Hemos cruzado un puente, que nos ha dicho que se llamaba de Camellos, cerca del cerro de San Lorenzo, y nos hemos dirigido hacia el sur en paralelo al mar. El barrio del Hipódromo me ha parecido una zona aún más nueva y en crecimiento que las que había visto hasta ahora. Las calles son rectas, en cuadrícula, y las barracas improvisadas se alternan con edificios de piedra de dos pisos, más humildes que los del norte, y entre ellos hay cines, cafés y un gran mercado cubierto rodeado por decenas de puestos ambulantes. A esa hora estaba lleno de gente que iba de un lado a otro, a veces con pequeños rebaños de cabras o con gallinas; era una multitud abigarrada donde se mezclaban trajes europeos, ropas de faena, uniformes y vestidos tradicionales de Marruecos.

Iba a decir que la brisa..., pero mentiría. El calor que arrastra el viento llega cargado de aromas de especias; azafrán, comino, sésamo, jengibre, cúrcuma, coriandro, anís... Y, de repente, al girar una esquina, ese olor es devorado por el de la gasolina, el sudor y el tabaco de los campamentos.

Muchas casas están abandonadas y otras a medio construir.

«Mucha gente ha huido de la ciudad —nos ha explicado Galeb—. Españoles que han vuelto a la Península por miedo a Abd el-Krim, y marroquíes que han escapado al campo por temor a las represalias de los españoles... Los primeros días, tras el desastre, hubo mucho pánico. A Melilla llegaban colonos españoles de todo el Rif hablando de matanzas y asesinatos, desesperados porque lo habían perdido todo. La gente se echó al puerto para subir en el primer barco que saliese. Fue terrible... Pero entonces llegó la Legión, con sus armas y esa forma de caminar tan rápida y agresiva. Berenguer los formó en el muelle y los hizo desfilar

arriba y abajo por toda la ciudad; fue impresionante. Devolvió la confianza a la gente. Y cada vez llegan más soldados y pertrechos...»

«¿Ese es el hospital?» Señalé un austero edificio de tres plantas, rodeado de ambulancias y tiendas de campaña cónicas.

«Ese es el Alfonso XIII, el más grande de Melilla, más de setecientas camas y dicen que van a ampliarlo al doble en cuanto consigan más. No sé cómo habrá hecho doña Carmen para conseguir las nuestras. Las camas de hospital, hoy, valen más que el oro...»

Una multitud de niños, se diría que un enjambre, corría entre los soldados y los vehículos, jugando e intentando sisarles comida, o llevarse unas monedas por hacerles algún favor. Casi todos, de origen marroquí.

«¿No se te hace raro trabajar para nosotros cuando tu pueblo se ha levantado en armas contra España?», me he atrevido a preguntarle.

Alba me ha mirado asustada, como si le estuviese dando ideas a Galeb.

«Marruecos es un país de países; está el jalifa, están los franceses, están los españoles y están las cabilas. Abd el-Krim es el líder de los Beni Urriaguel, y quiere ser libre tanto de España como del jalifa y de los franceses... Y cada cabila sigue su propia política y sus propios intereses.»

«Pero muchas de las que eran amigas de España se han pasado a su bando.»

«Verán un mejor soberano en él que en España, o sencillamente pensarán que las cosas han cambiado y querrán estar en el bando vencedor. Aun en guerra, la mayor parte de la gente solo quiere vivir con prosperidad y defender lo que es suyo... Todos los sacrificios que hacen son por ese motivo, o al menos así lo veo yo.»

«¿Y qué hacías antes de la guerra? —le ha preguntado Alba intentando cambiar de tema—. ¿Ya eras chófer?»

«Qué va. Estudié Ingeniería en Málaga, para trabajar en las minas de hierro de Uixán, que están al sur de aquí. El espigón del puerto y el tren se construyeron para sacar el mineral.»

«Por eso hablas tan bien los dos idiomas.»

«No, señorita, hablo cuatro: árabe, castellano, francés y tarifit, que es la lengua bereber del Rif... Y me defiendo en tashelhit y tamazight...»

«¡Cuántos!»

«Aquí es lo normal... Lo que resulta extraño es que los españoles hablen tan solo uno y esperen que todo el mundo también lo hable. ¡Ah, señoritas! Ahí está la explanada del Hipódromo.»

En medio de ella, rodeado de soldados, estaba el avión que había visto pasar sobre el hospital. Galeb ha detenido la camioneta y nos hemos apeado. Según me acercaba a los pilotos, soldados y oficiales se apartaban para dejarnos pasar y, con educación, nos saludaban igual que habían hecho con Carmen en el muelle. Yo no les he hecho mucho caso. Tenía muchas ganas de ver quiénes eran esos aviadores. El observador, que hablaba con un oficial, también me ha saludado al pasar. El piloto estaba de espaldas, comprobando algo en la hélice. He llegado hasta su lado y mi uniforme blanco, que tanto contrastaba con los de la tropa, me ha convertido en el centro de todas las miradas. He posado una mano en el hombro del piloto, que se ha dado la vuelta y me ha saludado.

«Aunque el aterrizaje ha sido un poco abrupto, estoy bien. Gracias, señorita», me ha dicho con amabilidad.

No era Javier, sino el capitán Manzaneque y su observador, el capitán Carrillo. Como yo no estaba para disimulos y no quería retrasar más a Alba, les he preguntado directamente.

«¿Conocen al capitán Javier Alonso?»

Ambos han dicho que sí.

«Con lo atrevido y aventurero que es, raro que no se haya ofrecido voluntario para venir a Melilla», ha añadido Carrillo.

«Será que pilota un De Havilland —ha dicho Manzaneque—. Nuestro aparato es un Bristol. —Y ha dado una palmada sobre su avión, como si se tratase de un caballo—. Es más ágil y puede aterrizar en estas condiciones. Ahora prepararemos la pista para que puedan venir más aviones...»

«¿Y vendrá él..., Javier, digo?»

Se han encogido de hombros. No pueden saberlo, pero, conociéndolo, es posible que en unos días aparezca por aquí. Alba se nos ha acercado.

«¿Han sobrevolado el monte Arruit?», les ha preguntado.

«Sí. Nuestro plan es llevarles suministros y municiones que dejaremos caer sobre su posición.»

«¿Y cómo están? ¿Hay muchos heridos?»

«Desde arriba no es fácil saberlo, pero siguen luchando y sí, parece que hay muchos heridos. Y las guarniciones de Nador y de Zeluán no están mucho mejor.»

Esas noticias han puesto más triste a Alba.

Ha hecho el resto del trayecto callada.

«El fortín de Triana —nos ha señalado Galeb mientras conducía— es cuadrado y con baluartes en forma de flecha en las esquinas, mucho más grande que el de San Lorenzo. —Y, cerca de él, ya pudimos ver las decenas de barracones, unos de madera y otros de ladrillo, que forman el hospital Docker—. Lo llaman así por los barracones de madera tipo Docker con que se construyó al principio, aunque ahora también los hay de piedra. Después del Alfonso XIII, es el más grande.»

Alba ha bajado corriendo hacia el pabellón más cercano. La he seguido y al cruzar la puerta casi he tropezado con ella. Se había quedado allí parada, igual que me habría pasado a mí, porque, nada más entrar, he sentido como si algo me golpease la cara.

Un terrible olor a sudor seco, excremento y putrefacción de gangrena hacía denso el aire y se te pegaba por todo el cuerpo. El aire cálido que entraba por las ventanas, en lugar de arrastrarlo fuera, lo paseaba de un lado a otro. Y lo peor venía cuando los ojos se acostumbraban al triste crepúsculo de aquel barracón. Los heridos agonizaban en camastros tan pequeños que apenas podían contener a los más corpulentos. Estaban medio desnudos, con la ropa hecha jirones y las vendas manchadas de sangre y pus. Sobre ellos volaban enjambres de moscas y mosquitos cuyo zumbido se mezclaba con los quejidos y los llantos. Los sanitarios y los ayudantes de los médicos se afanaban en limpiar aquello y baldear el suelo, pero era tal la aglomeración de personas, sangre y porquería que parecía una tarea imposible. Me temo que nuestro hospital apenas podrá aliviar esta saturación de heridos...

Uno de ellos me ha agarrado del brazo. Estaba empapado en un sudor pegajoso y pestilente. Le faltaba casi toda la mandíbula inferior, que apenas se sostenía por un tosco vendaje. Ha intentado hablar, pero solo ha emitido un sonido gutural, como un gemido. Me he asustado y he tirado con fuerza para que me soltara. Creo que he hecho mal. El pobre debía de estar mucho más asustado que yo y solo quería ayuda, pero no he podido pensarlo en ese momento. Estaba aterrada y desbordada. Hice salir a Alba conmigo de allí.

«Este es un barracón de tropa —le he dicho—, y tanto tu padre como tu prometido son oficiales. Aquí no estarán.»

Los barracones para los oficiales son de piedra, están mucho más limpios y no hay tal hacinamiento. Aun así, la visión de todos aquellos hombres heridos nos ha resultado igual de terrible. A muchos les faltaba un brazo o una pierna, a otros un ojo o los dos, los había sin orejas o sin

nariz, con cicatrices tan profundas que dejaban ver los huesos y con quemaduras que hacían que la piel, ennegrecida, se les cayese a tiras...

Alba estaba temblando, supongo que al pensar que sus seres queridos podían estar en un lugar así u otro aún peor. He decidido hablar yo:

«¿Saben qué ha sido del capitán Hernando Torres y del alférez Ignacio Merino, del Regimiento de Infantería San Fernando?»

Nadie sabía nada y, al cabo de la tarde, hemos podido estar seguras de que no se hallan entre los heridos de ese hospital. Pero si pertenecían al grupo de los muertos o al de los vivos, no podemos saberlo.

Un oficial de unos cincuenta años, que había sido herido en un brazo, se ha echado a llorar al verme. Aquellas lágrimas tan inesperadas me han sobrecogido más que cualquiera de las heridas que había visto.

«¿Le duele mucho? ¿Quiere que avise al médico?», le he preguntado.

«No, no hace falta. El dolor puedo tolerarlo bien. Si lloro es por vergüenza. Que no la engañen, mi niña, los que estamos vivos es porque hemos hecho algo de lo que arrepentirnos; todos los héroes están muertos.»

Sin necesidad de verla, he sabido que a Alba, al oírlo, se le habría encogido el corazón.

«A veces no sé qué es peor —ha dicho al salir—, si la incertidumbre o la certeza de saberlos muertos.»

Un camillero, que había oído lo que nos había dicho aquel oficial, se nos ha acercado:

«Es cierto, fue un desastre. Dicen que el propio general Silvestre, desesperado, se voló allí mismo la tapa de los sesos. Y que miles de nuestros hombres huyeron como conejos, sin pensar en su dignidad o en sus compañeros. Yo lo vi. Pero también vi a los héroes. Oficiales y soldados que plantaron cara al enemigo y cubrieron la retirada de sus compañeros. Y presencié, de lejos, la carga del Regimiento de Caballería Alcántara; los seiscientos, al galope, contra un enemigo muy superior y parapetado. Cayeron casi todos, pero nos salvaron la vida a miles de nosotros.»

Seiscientos, pensé, como los seiscientos jinetes por el valle de la Muerte, en el poema de Tennyson sobre la carga de la Brigada Ligera en Crimea. ¿A los de Alcántara también les compondrán poemas como ese?

«Mi padre y mi Ignacio siempre han presumido de ser valientes; ojalá sea una fanfarronada y hayan sido unos cobardes», ha dicho Alba con angustia.

«No tiene por qué desesperar, señorita; aún quedan héroes vivos. Parte del Regimiento Alcántara sobrevivió y se retiró con los demás hasta el monte Arruit, igual que otros soldados que en todo momento han mostrado su coraje. Y allí siguen, luchando con valor. Yo mismo acabo de traer a uno de esos héroes, quizá quieran verlo por si es familia de la señorita», ha propuesto el camillero señalando a Alba.

Nos ha llevado hasta otro barracón de oficiales. Alba se ha apresurado a ver quién era el herido, pero, al llegar hasta él, se ha quedado tan desconcertada como yo. Aquel hombre tenía el rostro completamente vendado; solo un par de aberturas para la boca y los ojos, que en ese momento estaban cerrados. Los brazos estaban vendados y lo habían atado a la cama con unas correas de cuero.

«Son para protegerlo —nos ha explicado el camillero—. Cuando despertó se puso a chillar por el dolor e intentó arrancarse las vendas y salir de aquí. Lleva varias horas sedado. Aún no sabemos su nombre.»

Alba se ha acercado más.

«¿Es...?» No he completado la pregunta.

«No lo sé», me ha dicho con la voz quebrada.

«Cuando todos huían, él, con un camión que debió de requisar, trajo a un buen número de heridos hasta el Atalayón. Y en lugar de quedarse a resguardo, reunió a su sección y fueron hasta las afueras de Nador, a cubrir la retirada de los españoles que trabajaban en las minas. Los moros mataron a todos sus compañeros y una granada lo dejó así. Lo dieron por muerto y, sabe Dios cómo, consiguió arrastrarse hasta una de nuestras posiciones avanzadas. Creo que lo van a proponer para la Laureada.»

El herido, de repente, ha abierto los ojos. Eran de un azul intenso, que aún destacaba más al estar la córnea enrojecida por los derrames oculares. Y, aunque ella estaba más cerca, no ha mirado a Alba, sino a mí. Por un momento ha permanecido en silencio, muy quieto. Todos lo estábamos. Y, de repente, su mirada se ha vuelto espanto, ha chillado y comenzado a agitarse y a mover los brazos y las piernas para soltarse mientras gritaba algo ininteligible. El camillero ha pedido ayuda. Entre varios lo han sujetado y uno ha traído una mascarilla de éter.

«¡Llamad al doctor!», ha gritado el camillero.

«Está operando —le ha respondido el hombre que traía la mascarilla—. Y no sé cómo va esto.»

«Sé administrar el éter», les he dicho.

Sin más preguntas, me han dejado la máscara y la botellita con éter. Mi uniforme ha hecho que se fiasen de mí al momento. O quizá es que no había nadie más a quien pedir ayuda. Han agarrado al herido con fuerza hasta inmovilizarlo. Sus ojos, lo único visible de él, se movían para todos los lados, mientras seguía gritando. Me he acercado a él y, con toda la dulzura que he podido, le he susurrado: «Tranquilo, tranquilo, esto te calmará, no tengas miedo...». Ha vuelto a mirarme a los ojos y estos se han quedado fijos en mí, aún llenos de terror. Y entonces, como si se rindiese, ha dejado de agitarse y su mirada se ha calmado. Le he puesto la máscara y dejado caer las gotas hasta que su ritmo respiratorio me ha indicado que ya habían hecho efecto. Cuando la he retirado, sus ojos volvían a estar cerrados. Los hombres lo han soltado.

Al salir, Alba me ha dicho que ni era Ignacio ni su padre. Luego se ha dirigido a un oficial médico y le ha preguntado si había alguna forma de comunicarse con quienes estaban cercados en el monte Arruit.

«El general Berenguer y el estado mayor usan un heliógrafo para enviar y recibir mensajes del general Navarro desde el Atalayón, una de nuestras posiciones avanzadas. Son señales luminosas en morse, algo muy lento y pesado de usar.»

«¿Y podría enviar un mensaje para saber si mi padre y mi prometido están allí, o si alguien sabe qué ha sido de ellos?»

«Lo siento mucho, señorita, pero es imposible. Igual que usted, hay miles de personas aquí y en España pendientes de sus amigos y de sus familiares. Si intentásemos hacerlo, se saturarían las comunicaciones.»

Alba ha asentido comprensiva.

Galeb nos esperaba a cierta distancia, pues no le hace mucha gracia mezclarse con los soldados. Nos ha llevado de vuelta con la camioneta cargada de cajas con gasas.

«Es una partida de gasas en mal estado que los militares no quieren.»

«¿Y para qué las queremos nosotras?», le he preguntado.

«Lo único que les pasa es que tienen apresto», ha dicho quitándole importancia.

«Para la ropa da igual, y hasta la hace más suave, pero en una gasa puede causar infecciones.»

Alba me ha dado la razón. Galeb se ha reído.

«Si se lavan bien y se les pasa, estando aún húmedas, una plancha muy caliente, se esterilizan y se les quita el apresto. Y ya tienen gasas

nuevas... y gratis. Doña Carmen dice que, con esta carestía, no hay que tirar nada.»

Y doy fe de que Carmen es una férrea vigía de nuestros gastos. Cuando hemos llegado, ya era tarde y solo ella y su marido estaban despiertos, haciendo cuentas para cuadrar nuestro presupuesto con los gastos previstos. Se han alegrado al ver la enorme cantidad de gasas que traíamos y Carmen ha podido tachar una pequeña casilla de la columna de gastos.

«Aun así, no llega. Necesitamos más dinero ya... —Ha debido de notar que la mirábamos con preocupación, porque ha añadido—: No os preocupéis, algo se me ocurrirá.»

«Creedla, algo se le ocurrirá, siempre es así», ha asegurado su marido de mejor humor.

«Ahora id a dormir, que mañana tendréis mucho trabajo...»

Por la forma en que lo dijo Carmen, ya me temo quiénes tendrán que encargarse de lavar la inmensa cantidad de gasas que hemos traído...

30 de julio de 1921

Efectivamente, querido diario, Alba y yo nos hemos pasado toda la mañana lavando y planchando gasas. Ya habían pasado tres horas y aún nos quedaban más de la mitad cuando han llegado en nuestra ayuda las nuevas reclutas de Carmen: otras seis damas enfermeras de Melilla, cuatro de primera y dos de segunda, que se han incorporado hoy al hospital.

Pero mi día no ha comenzado ahí. De hecho, ha comenzado antes de despertar. Anoche soñé con el fortín del cerro de San Lorenzo, ahora corregido por lo que había visto. También esperaba a Javier. Un avión pasó sobre mí y seguí su sombra hacia Melilla la Vieja. No sé cómo, ya estaba bajo tierra, en las mismas cuevas de mis anteriores sueños, y la sombra del avión ahora era la sombra de un hombre que huía por los corredores. Fuera de las cuevas se oían golpes muy fuertes y un rugido apagado que iba creciendo, como en mis otros sueños. Tras bajar una estrecha cuesta abovedada entré en una alta cavidad donde ese rugido se hacía más intenso y los golpes más furiosos. El suelo temblaba y de las paredes se desprendían rocas; temí que aquello se derrumbase sobre mi cabeza. Y allí la sombra se hizo cuerpo. Me pareció que era Javier, de espaldas, pero cuando me acerqué y se dio la vuelta, tenía el rostro

vendado y sus ojos eran los del soldado herido. Con la misma mirada de pánico. Y, de repente, el mismo chillido.

Me desperté muy agitada y empapada en sudor. Intenté volver a dormirme, pero en el barracón hacía un calor insoportable. Cogí una manta y subí a la terraza para tumbarme sobre ella. Descubrí que no era la única y que otras tres enfermeras ya estaban durmiendo allí.

Nos ha despertado la fresca que precede al alba y hemos bajado a vestirnos. Inés me ha recibido, como siempre, con una sonrisa, pero Avi me ha mirado con el ceño fruncido y ni ha respondido a los buenos días. Le he preguntado qué pasaba.

«¿Qué pretendes? —me ha dicho enfadada—. Toda la tarde de ayer con Galeb...»

«¿Qué? —respondí muy desconcertada—. ¡No! Si fui con él es por el avión, para saber si era Javier...»

«¿Javier? Entonces, ¿no te interesa Galeb?»

«¡Claro que no!»

«Pues entonces deja de ser tan... agradable con él. Tú lo tienes mucho más fácil que yo. Les gustas más a los chicos.»

«¿Yo? No, qué va... Si tú eres muy guapa, y más dulce y buena; yo soy caprichosa, impulsiva, irascible...»

«Ya lo sé... —¿Lo sabe? ¿Cómo que lo sabe? ¿De verdad soy así? Si solo lo he dicho para animarla...—. Pero por si acaso, no te acerques tanto a él.»

Vaya. Sí que Galeb le ha tocado el corazón.

Durante el desayuno Carmen ha repartido las tareas y, como ya sabes, querido diario, a mí me han tocado las vendas. En la comida, por fin, he podido charlar con mis amigas, a las que estos días he visto muy poco. Habían estado pintando paredes con Margarita y otras cuantas, y tenían manchas de pintura por la cara y las manos. Inés enseguida ha sacado su tema favorito: lo nerviosa que se pone Avi cuando aparece Galeb o se habla de él.

«Me gusta, sí... —ha reconocido Avi por fin—, pero sé que lo tengo muy difícil. Ni me hace mucho caso, ni mis padres me permitirían verme con él...»

No ha querido dar más explicaciones, aunque supongo que tendrá más que ver con lo que me contó mi padre que con el origen bereber de Galeb. Avi es el último recurso de su familia para salir de la ruina; me parece muy cruel que su familia esté tan dispuesta a sacrificar la felicidad de su hija por dinero.

Carmen ha llamado nuestra atención diciendo que nos traía un regalo: maquillaje.

«Y quiero que os pongáis todas bien guapas. Mañana habrá un baile en el Casino Español en beneficio de la Cruz Roja. Será nuestro momento de ganarnos el favor de la gente más adinerada de la ciudad y la simpatía de los generales. Y si quiero que os vean relucientes y en todo vuestro esplendor, es para que sepan a qué vais a renunciar. Quiero que vean a las sofisticadas mujeres que, en lugar de dar un donativo, van a dejar de lado sus comodidades para dar su tiempo y manchar sus manos con la sangre de nuestros soldados. —Ha hecho una pequeña pausa para disfrutar de nuestro silencio—. Pero será mañana; hoy aún quedan muchas tareas por delante.»

Por la tarde, mientras poníamos sábanas a orear en la terraza, he visto que alrededor del hospital había niños que nos miraban con total descaro, como si aquello fuese un teatro y se divirtiesen viéndonos trabajar. Les he saludado, lo que les ha hecho reír. Me han devuelto el saludo. He decidido que después de cenar les llevaría algunas sobras. Entonces, a lo lejos, al sur, he divisado el avión dando vueltas alrededor de su improvisada pista del Hipódromo. Aterrizaba, volvía a despegar, daba unas cuantas vueltas y, otra vez, aterrizaba.

Me preparaba para llevar las sobras de la cena a los niños cuando el capitán Carrillo, el observador de ese avión, ha venido hasta el hospital para preguntar por Alba.

Le ha explicado que lo que hemos visto son pruebas para asegurarse de que los pertrechos, alimentos, hielo y medicinas que iban a dejar caer sobre los sitiados en Arruit llegan en buen estado. Y las primeras pruebas han sido una catástrofe. Al golpearse contra el suelo, todo el material se hace trizas y se vuelve inservible. Pero al añadir un pequeño paracaídas a cada saca han conseguido que esta se pose sin destrozar su contenido. Alba, que ha escuchado con mucha educación, ya estaba a punto de decir algo como «¿Y a mí qué me importa todo eso?», cuando Carrillo ha añadido:

«Y en cada saca, si a usted le parece bien, incluiremos un mensaje preguntando por su padre y su prometido.»

Alba, inesperadamente, creo que hasta para ella, se ha lanzado al cuello de Carrillo y lo ha abrazado. Luego, un poco colorada por ese arrebató, se ha disculpado y le ha dado las gracias. Claro que cuentan con su autorización.

Me acabo de dar cuenta de que no soy la única que está escribiendo a estas horas, aunque las demás no lo hacen en un diario. Son cartas para sus amados y sus familiares. Y creo que también va siendo hora de que escriba a mi familia para que sepan que estoy bien. Cuando acabe la carta me acostaré directamente en esta terraza. La noche es radiante y sé que antes de dormir aún me quedaré un rato paseando la mirada por el firmamento, que aquí parece tener muchas más estrellas que en Madrid.

31 de julio de 1921

Es domingo y, como el hospital no tiene capilla, Galeb nos ha llevado por turnos hasta la iglesia del Sagrado Corazón, que está cerca de Melilla la Vieja. El sacerdote ha esperado a que llegásemos todas para empezar la misa. Después, ya que estábamos allí y como el baile no será hasta la tarde, he enredado a mis amigas para que me acompañen a la ciudad antigua. Margarita ha ido con nosotras.

Hoy sopla un levante tan fuerte que hasta se lleva el sonido con su aire. Apenas oímos nuestros propios pasos, pero podemos sentir los ruidos del puerto, que está a cientos de metros, como si se produjesen al lado. Hasta parece arrancarte las palabras de la boca y tenemos que hablar muy alto para hacernos entender. Desde el faro, construido en piedra negra del Gurugú, hemos visto cómo se bate el mar con fuerza contra los acantilados, rompiendo sus enormes olas en miles de gotitas y espuma. Si no tienes que navegar, es un espectáculo fabuloso.

Mientras paseábamos por las calles irregulares y serpenteantes del Pueblo, llenas de cuestas y escaleras, entre muros y fortificaciones antiguas, he buscado un puesto para comprar un candil y, en un recodo, a cobijo del viento, les he contado a mis amigas los sueños que he tenido con el cerro de San Lorenzo y, quizá, con las cuevas que ahora pretendía visitar. Y lo que a mí me parecía inexplicable a ellas les ha resultado tan solo interesante.

«Son sueños premonitorios», ha dicho Avi.

«Si hasta salen en la Biblia», ha dicho Inés.

«Un amigo de mi Santiago —ha dicho Margarita— soñó con las preguntas del examen final de Patología.»

«Y mi Boni...», seguía Inés...

«¡Un momento! Un momento... —las he interrumpido—. A ver, antes de irnos a explicaciones sobrenaturales me gustaría saber si hay alguna más... natural. Y lo que me altera es que no veo ninguna posible.»

«A lo mejor, de niña viste un libro con fotos sobre Melilla», ha propuesto Avi.

«En mi casa no hay ningún libro sobre Melilla.»

«Pues quédate con la sobrenatural. ¿Por qué no?» Inés parecía muy satisfecha con esa idea. Hasta parecía ser su primera opción.

«Dejémonos de discutir y vayamos a ver esas cuevas —ha propuesto Margarita—. A lo mejor ni siquiera son las de tus sueños.»

Unos niños que jugaban por allí, a cambio de unas monedas y unas golosinas, nos han guiado hasta la entrada de las cuevas. Uno de ellos, que hablaba castellano, nos ha contado que se llaman del Conventico y que fueron construidas a partir de una cueva natural para refugiarse de las bombas durante el gran asedio.

«Pero ocurrió hace muchos siglos», ha afirmado con naturalidad, como si en la actualidad no estuviésemos a punto de vivir un nuevo asedio.

Nada más entrar me ha dominado un desconcertante sentimiento de familiaridad. No solo eran las de mi sueño, sino que he sentido que sin necesidad de guía podía recorrerlas sin extraviarme por sus corredores.

«Quizá, en una vida pasada —ha especulado Inés—, fuiste una de las personas que sufrió aquel asedio.»

«Ya, y he vuelto por lo bien que me lo pasé entonces...»

Me parece increíble que alguien con estudios y culta pueda creer en esas cosas. De todos modos, ahí estaba yo, tan escéptica, experimentando unas sensaciones imposibles.

Hemos comenzado a internarnos en la cueva. La tenue y oscilante luz del candil ha hecho flotar nuestras sombras por las paredes, como si fuesen los fantasmas de las familias y los heridos que se refugiaron allí durante el gran asedio. Me los he figurado como a los del barracón Docker, encogidos de miedo y dolor, con el suelo lleno de heces, sangre y miembros amputados. Avi me ha cogido de la muñeca, muy fuerte.

«Aquí los notas, ¿verdad? A los espíritus.»

«Y de forma muy intensa —me ha respondido—. Lo que quieras hacer, hazlo rápido.»

Por instinto he guiado a mis amigas por aquellas galerías oscuras y plagadas de fantasmas hasta unas escaleras que descienden al nivel más bajo de la cueva. Y lo que en mi sueño eran rugidos y golpes, aquí era el romper del mar contra el acantilado, que tan solo se podía oír cuando nos quedábamos quietas y el eco de nuestras pisadas y voces se iba apagando poco a poco. Como en mi sueño, al final de la cuesta, hemos llegado a una gran sala. Y también había alguien, iluminando las paredes con su propio candil. Pero no era Javier ni el soldado herido, sino un hombre de unos cincuenta y tantos años, con la barba revuelta y el pelo aún más revuelto. En su atuendo se mezclaban prendas árabes y europeas, combinadas con excentricidad y muy mal gusto. Lo acompañaban un par de esos pilluelos

tan habituales por la ciudad. Nos ha mirado con unos intensos ojos verdes y se nos ha acercado a paso vivo.

«Tengan cuidado, este lugar no es seguro; a veces caen rocas y hay desplomes. Yo de ustedes, señoritas, me iría de aquí cuanto antes.»

En su extrañísimo acento había algo singular, que costaba saber si era árabe, bereber, francés o inglés. Sin decir más, se ha marchado con los críos por donde nosotras habíamos llegado.

Esa visita, en lugar de aclarar mis dudas, las ha ampliado. He tardado en sacudírmelas de la cabeza mientras me arreglaba para ir al baile.

A las enfermeras profesionales les hemos dejado algunos vestidos para que vayan con nosotras. Sé que apenas te he hablado de ellas, querido diario, pero no te imaginas cuánto las admiro, muchísimo. La mayoría proceden de hogares humildes y han tenido que luchar mucho para conseguir que las dejen estudiar y que sus familias y novios respeten que ellas mismas puedan administrar, al menos, parte del dinero que ganan. Además, aunque su formación y su experiencia son superiores a las nuestras, nos tratan con amabilidad y no tienen reparo alguno en ayudarnos o explicarnos lo que no sabemos.

El Casino Español es un edificio alto y elegante, de estilo modernista, cerca de la plaza de España, en la zona más rica de Melilla. Me ha sorprendido ver que las mujeres y los hombres se visten tan a la moda como en la mejor fiesta de Madrid. Y si no fuese por el viento, que en la calle volaba sombreros y agitaba faldas, el calor, los ventiladores del techo y la gran presencia de militares en uniforme de gala, podría haberme figurado que estaba en uno de esos bailes a los que tanto me gustaba acudir antes. Pero hoy me he sentido disfrazada. Aún queda mucho por hacer en el hospital y allí me ha parecido que estábamos perdiendo el tiempo aunque, según Carmen, íbamos a conseguir un dinero y unos favores que nos vendrían muy bien. Hasta ella se ha tragado su orgullo y se ha mostrado encantadora y ocurrente con el coronel Triviño.

Se ha organizado un pequeño revuelo cuando ha entrado el general Berenguer, el comandante al cargo de todas las tropas de Melilla. Tras un pequeño aplauso y unas frases, el general se ha perdido entre la multitud, rodeado de oficiales y damas.

En esa velada han ocurrido muchas cosas y habido muchas conversaciones y bailes, pero solo te contaré tres: una mala, una buena y una atroz.

La primera: entre los militares asistentes estaban los dos capitanes de Aviación, Manzaneque y Carrillo. Ambos han bailado con Alba, que con su vestido estaba realmente guapa, y le han contado que ya han dejado caer el mensaje sobre el monte Arruit. Desde allí podrían responderles con señales de luces. Por primera vez en mucho tiempo me ha parecido que Alba estaba feliz y recobraba algo de esperanza.

Mientras ella bailaba con el capitán Carrillo, oí hablar a Manzaneque con Pablo, el marido de Carmen. Ponían tal reserva en la conversación que me invitaron a aguzar el oído mientras llenaba una tacita de ponche cerca de ellos. Lo sé, lo sé, querido diario, soy una chismosa... El piloto decía que había visto a las avanzadillas rifeñas ocupar posiciones en el Gurugú, que si no se hacía algo, la ciudad pronto estaría a merced de su artillería. Así aún sería más difícil socorrer las posiciones de Nador, Zeluán y Arruit. Esta es la mala noticia.

La segunda, la buena, es más festiva y, para mí, la mejor: Galeb ha ido a la fiesta y nos ha sorprendido mucho a todas, no solo verlo allí sino verlo vestido así... Estamos tan acostumbradas a sus raídas y sucias ropas de trabajo que no nos lo podíamos imaginar con ese elegante traje de estilo árabe. Parecía un príncipe recién salido de *Las mil y una noches*, y no de una de sus versiones infantiles, sino de la traducción de Mardrus, esa tan llena de erotismo y sensualidad (si mis padres se enterasen de que completé mis estudios de francés con sus páginas, les daría un síncope).

Avi, al verlo así, casi se cae redonda... Lo acompañaban sus padres, igual de elegantes, y que enseguida han saludado a muchos de los asistentes. Carmen nos ha contado que Galeb es hijo de uno de los comerciantes más ricos e influyentes del Rif y que, si colabora con nosotras, es porque su familia es muy piadosa y considera que ayudar a los heridos, sea cual sea su procedencia, es obligación de todo buen musulmán. Con su familia ha llegado otro importante lugareño, el caíd Aomar Ben Mohammed, que estaba de bastante mal humor, igual que Galeb. Como en nuestro viaje en camioneta al hospital Docker había cogido bastante confianza con él, me he atrevido a preguntarle qué pasaba.

«Que da igual lo que hagamos... Los españoles no confían en nosotros, en los moros, como nos llamáis, y nos ven como una masa informe, enemigos o nativos a los que explotar y someter...»

«¿Por qué lo dices?»

«El caíd Aomar ha reunido a sus hombres y se ha ofrecido a cruzar con doscientas barcas a motor la Mar Chica para rescatar a la guarnición

de Nador... Pero le han dicho que no. Y también se ha ofrecido a guarnecer el Gurugú con mil doscientos de sus guerreros, hombres valientes y leales, e igualmente le han dicho que no. Y no es que el general español tenga un plan mejor, es que prefieren dejar morir a sus tropas antes que fiarse de nosotros... Pero aun así, nos siguen queriendo para cargar fardos y como carne de cañón. ¿Y sabe por qué esta ciudad no está en manos de los rebeldes? Porque aquel hombre... —y me señaló a otro rifeño bien vestido que departía con los generales españoles— evitó que su gente, los Beni Sicar, se pasasen al bando de Abd el-Krim, y porque la Policía indígena, nuestra Policía, lo ayudó... Así que no puede ni imaginarse, señorita, lo que siento cuando veo que al enemigo se le llama sencillamente “los moros”; me parece un insulto a quienes queremos ser sus amigos.»

Con vergüenza he recordado que el marido de Carmen se había referido así a las tropas de Abd el-Krim.

«Te aseguro que no todos los españoles somos así.»

«Lo sé, señorita, lo sé... Tengo buenos amigos aquí y en Málaga, y sé que muchos soldados españoles luchan con orgullo junto a los míos, y que algunos de sus oficiales confían en mi gente... Es solo que ver estas cosas me duele.»

Al rato de estar charlando conmigo se ha tranquilizado y hasta se ha animado un poco. Pero entonces me he fijado en que Inés y Avi me estaban mirando. «¿Qué haces?», parecían decirme. Y es cierto, parecía que era yo quien estaba coqueteando con Galeb.

«Ven, vamos a hablar con mis amigas», le he dicho y, sin más, lo arrastré hasta donde estaban ellas.

Enseguida he buscado una excusa para ausentarme, igual que ha hecho Inés. Galeb y Avi se han quedado a solas. Luego les he visto bailar y me ha parecido que Galeb estaba hechizado por la dulzura de Avi. O quizá el *champagne* se me había subido y veía lo que quería ver...

Así que me he alejado, he dejado la copa, comido un par de canapés y probado los dátiles. Mirando el baile desde fuera he recordado aquel otro en Madrid en el que conocí a Javier, y me he puesto triste...

Y aquí viene la tercera cosa que ha ocurrido esa tarde: dos de las jóvenes melillenses que nos habían ayudado con las gasas se han sentado a mi lado, cansadas de tanto bailar. Una estaba muy sonriente, la otra mustia.

«¿Qué le pasa a tu amiga?», le he preguntado a la sonriente.

«Que estos bailes le recuerdan a su prometido.»

«Sé cómo se siente», le he dicho sin querer entrar en detalles.

Pero la mustia, que se agarraba a una copa que no debía de ser la primera, ni la segunda, ni siquiera la quinta o quizá la décima, se ha lanzado a hablar:

«Ese sinvergüenza me lo prometió todo; que nunca me dejaría, que me llevaría a volar y que lo acompañaría allí adonde él fuese, a Tetuán, a Madrid, a París, a la Argentina..., pero en cuanto tuvo lo que buscaba, se fue volando... sin mí.» Y ha vaciado la copa en su gaznate con una velocidad propia de un marinero.

«¿Tu prometido era aviador?», le he preguntado ya un poco alarmada.

«El capitán Javier Alonso, el piloto más guapo y gentil de todo Marruecos, y el más canalla...» Y se ha bebido otra copa que había sobre una mesita cercana, sin preguntarse siquiera de quién sería.

Pero yo ya no estaba para consideraciones higiénicas. Mis ojos se han empañado y la frente se me ha helado, y hasta me ha parecido oír un silbido en los oídos. He creído que me iba a desmayar o que me iba a dar un síncope. Lo que le ha dicho la otra, la sonriente, aún ha empeorado las cosas:

«No eres la única ni serás la última...»

«Creí que conmigo iba a cambiar, me lo juró.»

«Nos lo juró a todas.»

Ha sido más de lo que podía aguantar y, sin disculparme, he salido dando empujones y tropezando con todo el mundo.

Esperaba que me acogiesen la oscuridad y la soledad de la noche, pero la calle estaba llena de coches y de gente que iba de un lado a otro entre el ulular del viento. Las terrazas, a rebosar, eran atendidas por camareros, y los gritos, la música y las risas lo llenaban todo.

La rabia que sentía por lo de Javier ha teñido todo de indignación. La ciudad está sitiada, los barracones se llenan de heridos y los cementerios de muertos, y miles de soldados se concentran en las trincheras que rodean la ciudad, dispuestos a dar su vida para... ¿Para qué? ¿Para que nosotros celebremos estas fiestas? ¿Para que llenemos los cines, cafés y teatros de aquella zona tan protegida y tan ciega a la realidad? ¿Cómo se puede vivir tan de espaldas? Desde allí mismo, desde el centro de la avenida, he divisado el Gurugú, a donde ahora mismo, a cubierto de la noche, los rifeños de Abd el-Krim estarán subiendo sus cañones... Y he deseado que comenzasen a disparar y borrasen toda aquella alegría y aquellas risas con sus explosiones, que nos hiciesen correr llenos de

pánico a las cuevas, a escondernos temblando y gimiendo como había ocurrido hace siglo y medio.

Pero no. El Gurugú era lo único que estaba en silencio. La música y las risas seguían dominando aquella parte de la ciudad mientras en otras, al sur y en las trincheras, ya reinaba la muerte. Me he sentido como los protagonistas de Boccaccio en su villa de Fiesole o como los nobles de *La máscara de la muerte roja*, celebrando un carnaval salvaje y sensual en su torre de marfil mientras el resto del mundo se desgarraba y perece, esperando anestesiados por su irresponsable frenesí un cataclismo inevitable.

He echado a correr hacia el hospital. Me he extraviado, tropezado y manchado de barro y he rechazado a gritos y con mala educación la ayuda que me ofrecían un par de jóvenes oficiales. Prefería vagar en solitario toda la noche a tener que soportar la compañía de nadie. Sentía ese tipo de dolor que exige soledad.

Por casualidad he llegado hasta el río, donde croaban una infinidad de ranas invisibles para mí, y, siguiendo su cauce, he dado con el hospital. Me he quitado la ropa y limpiado el maquillaje y, tan solo en camisón, he subido a la terraza. La ciudad, con sus luces, se extendía alrededor. El viento iba y venía con el eco de la música y las fiestas. Ni siquiera allí había silencio. Pero el ruido era lo suficientemente errático y distante como para no molestarme. Entonces he sentido ganas de llorar y de chillar. He luchado contra ellas. Ese malnacido de Javier no se lo merecía, pero han acabado por dominarme y tirarme de rodillas al suelo, donde, por fin, he sollozado y gritado maldiciéndole.

Y en ese estado tan patético me han encontrado Inés, Avi y Galeb, que me habían estado buscando desde que han sabido de mi inesperada y abrupta huida. He dejado que ellas me abrazasen mientras él me preparaba un té que no sé qué llevaría, pero me ha relajado bastante.

Ahora, gracias a esa calma, puedo volver a mirar este día y ordenarlo en mi cabeza. Ya tengo la respuesta que buscaba y ni siquiera he necesitado a Javier para obtenerla. No es que hubiera otra, había otras, y yo tan solo era una más de ellas. Por eso no había cartas, por eso se pasaba tan poco por Madrid y por eso desapareció cuando llegó el momento de casarnos. Mi hermana tiene razón, siempre la ha tenido: Javier es un canalla, un donjuán, y yo he vivido una absurda mentira.

1 de agosto de 1921

Muchas se han levantado con la resaca del *champagne* y del ponche, yo con la de Javier. Por más que me esfuerzo en olvidarlo, vuelve a mi cabeza una y otra vez y me pone triste y de mal humor. Ni siquiera el trabajo ha sido un buen refugio.

Gracias al baile ahora tenemos donativos y ayudas suficientes. No han parado de llegar muebles para las salas, la portería, los despachos, las cocinas y el comedor, y, desde España, por fin, las primeras cajas con el material quirúrgico y médico, y tela mosquitera para puertas y ventanas, algo que en Madrid no tiene importancia, pero que aquí resulta esencial.

Poco a poco, y con mucho esfuerzo, este lugar ya va pareciendo un hospital.

Galeb ha colaborado trayendo todo ese material en su camioneta. Avi se temía que tras la fiesta de ayer la volviese a tratar como una más, pero en la comida él se ha esforzado en sentarse a su lado y, en nuestro rato de descanso, la ha acompañado a dar un paseo por los alrededores.

«En el río hay ranas, tortugas y serpientes —nos ha contado Avi a su vuelta—, pero son inofensivas.»

Inés y yo la hemos mirado con sorpresa y le hemos preguntado si eso era lo más interesante que tenía que contarnos. Se ha reído y hecho la tonta, pero ha acabado por decirnos que Galeb también le había hablado de él mismo y de su familia, y de cómo se siente allí, pero que esas son cosas muy personales y no nos las podía contar.

De todos modos, lo que nos ha dicho no es lo importante, sino cómo nos lo ha dicho: ilusionada. Me he alegrado por ella. En sus palabras y gestos, por un momento, he olvidado mis pesares y participado de su felicidad. Ahora, cuando regrese a mi camastro, la oscuridad traerá de vuelta el despecho y el sufrimiento, lo sé bien, querido diario, y hasta es posible que esos malos sentimientos me acompañen en mis sueños.

2 de agosto de 1921

A mediodía Pablo ha llegado con otro oficial del Ejército y ha traído la mala noticia de que Nador, la posición más cercana a Melilla, se ha rendido. Los supervivientes y los heridos, desarmados y derrotados, han sido recibidos en la posición avanzada del Atalayón. Aunque a nuestro hospital aún le faltan un par de días para estar listo, Triviño, como gesto

de buena voluntad, le ha pedido a Carmen que media docena de enfermeras se acerquen al sur para atender a los heridos de Nador a su llegada. Entre las elegidas para acompañarla hemos ido las Santirso (qué poca gracia le haría a Inés leer que me refiero así a ella) y yo.

«Parece una misión sencilla, pero es muy importante —nos ha dicho Carmen—. Será nuestro primer contacto con los heridos y la primera vez que estos hombres nos verán trabajar. Y ya sabéis lo importantes que son las primeras impresiones. Hoy nos jugamos mucho más de lo que parece.»

Y con esa gran responsabilidad, hemos partido.

Ya había recorrido el sur con Galeb y Alba, pero no había ido tan lejos. Siguiendo las vías del tren, hemos dejado atrás la ciudad para entrar en el pueblo de Beni Ensar. La Mar Chica comienza a sus orillas y se extiende inmensa hacia el sur.

Nuestras líneas de defensa rodean el pueblo y se acercan hasta las lomas del Gurugú. Las trincheras y sus parapetos serpentean de forma irregular, protegidas por sacos terreros, alambradas y abatís. En ellas se apiñan centenares de legionarios, tropas de infantería y regulares (soldados indígenas), entre ametralladoras y cañones.

Las vías del tren pasan entre las trincheras y siguen paralelas a la carretera de Nador. El enemigo las ha levantado más al sur para impedir el paso de trenes.

Una locomotora, que arrastraba varios coches, esperaba tras nosotros, lista para llevar a los heridos a la ciudad.

He estirado la cabeza para ver mejor la Mar Chica. En ella, en una península, destaca la colina que llaman el Atalayón. Allí está el puesto avanzado hasta el que han llegado los supervivientes de Nador.

«Eh, señorita, agache la cabeza —me dijo un regular—, por aquí puede haber *pacos*.»

No lo he entendido muy bien, pero, por si acaso, he hecho lo que me decía. Un legionario me ha explicado que *pacos* es como llaman a los francotiradores rifeños, por el ruido que hacen sus fusiles al disparar: el «pa» sería el disparo y el «co» su eco.

«Es curioso lo de los *pacos* —me ha contado el regular—, primero ves el disparo, luego te llega la bala y después su sonido. Cuando la oyes silbar, es que ha pasado de largo... o que te ha dado.»

Un creciente murmullo ha surgido en las trincheras y varios hombres han gritado que llegaban los de Nador. Unas barcas los habían llevado del Atalayón a la Restinga, la barra de tierra que separa la Mar Chica del

Mediterráneo y, desde allí, venían caminando escoltados por legionarios. En silencio, derrotados y exhaustos, eran una caravana de aspecto triste.

Nos hemos apresurado a recibirlos y a subir a los heridos al tren. Había golpes, lesiones, quemaduras, desgarros por el alambre de espino, heridas de bala y de metralla, y las terribles cuchilladas de las gurias, una daga curva que usan los bereberes.

Un soldado nos ha enseñado una guria que aún llevaba clavada y no quería quitarse por si se desangraba. No estaba en una zona muy irrigada, así que con ayuda de un médico se la hemos retirado y le hemos practicado una hemostasia que enseguida ha parado el sangrado. La guria es curva y muy afilada, pensada para clavar y luego rajar la carne; me ha parecido un arma terrible.

Pero nuestro principal problema no eran las heridas en sí, sino lo sucias que estaban. Si no se lavaban y se cambiaban los vendajes inmediatamente muchas podrían infectarse. Algunas ya tenían bichos y gusanos, y su olor indicaba la presencia de gangrena. El médico se ha llevado a un par de heridos para hacer amputaciones, pues ya no podían salvarse de otra manera, y al resto les hemos cambiado los vendajes y lavado las heridas. Carmen no solo supervisaba nuestra labor, sino que ella misma se ha encargado de atender a varios heridos. Siempre amable y con una sonrisa, como nosotras también hemos intentado hacer.

Me ha sorprendido el silencio profundo de aquellos hombres y la enorme tristeza de su mirada. Ni siquiera se quejaban. Prefiero no pensar en lo que habrán visto o vivido. Mis penas por Javier, al lado de aquello, me parecen ahora insignificantes e infantiles.

Una vez acomodados todos los heridos en el tren, el resto de sus coches han sido ocupados por los supervivientes, todos llenos de pequeños cortes y rasguños, que también hemos limpiado, y con signos de deshidratación, para lo que hemos ido dándoles agua poco a poco.

Cuando he oído unos gritos fuera, me he asomado y he visto a un hombre delgado y enjuto, mal encarado y con un bigotito fino que afilaba aún más sus ya de por sí bastante afiladas facciones. Insultaba a los de Nador con gestos grandilocuentes y teatrales; los llamaba cobardes y traidores por haberse rendido contraviniendo las órdenes. Luego he sabido que era Millán-Astray, el fundador de la Legión y uno de sus comandantes. Será un gran soldado, pero no me ha gustado nada... Uno de los heridos me ha dicho con mucha tristeza:

«No se esfuerce, señorita, si ya da igual. Me temo que nos van a fusilar a todos...»

Creo que lo ha pensado por culpa de las palabras del señor Millán-Astray. Afortunadamente, por lo que más tarde nos ha contado Pablo, no va a ser así.

El tren ha parado un momento cerca del hospital Docker, donde hemos bajado a los heridos, y luego se ha llevado al resto a los muelles. Carmen nos ha felicitado por nuestra labor. Ha sido un buen comienzo.

Cuando ya subíamos a la camioneta para regresar, he divisado unos puntitos en el cielo que enseguida se han convertido en una pequeña escuadrilla de cinco aviones. Eran De Havilland, ha dicho Galeb, e iban a aterrizar en el Hipódromo, seguramente para colaborar con el Bristol del capitán Manzaneque.

«¿Quiere que paremos un momento allí? Seguro que doña Carmen lo entenderá.»

Debería haber dicho que no, querido diario, lo sé. Y según me acercaba a los aviadores recién llegados, mi corazón se aceleraba y no sabía cómo iba a reaccionar si Javier era uno de esos pilotos; si le daría un bofetón, si me echaría a llorar, si lo miraría con indiferencia y desprecio, o si fingiría que no sabía nada para ver qué decía él. Y sigo sin saber qué habría pasado, porque no era ninguno de ellos.

Pensándolo bien, tal y como Javier ha sembrado Melilla de damas despechadas, no me extraña que no se atreva a volver. No solo tendría que preocuparse por las balas de los *pacos*.

A nuestro regreso Avi nos esperaba. Galeb se ha alegrado al verla. He sentido una tierna envidia. Ojalá Galeb sea un buen hombre.

3 de agosto de 1921

El puerto no para de recibir barcos con más tropas y abastecimientos militares. Y entre todo ese cargo, llegaron varias cajas para nosotras. La remitente: sor Berzelius (no ponía ese nombre, claro).

La farmacia de nuestro hospital de Madrid será la farmacia central de la Cruz Roja para toda España y, desde allí, se harán todos los preparados necesarios para la atención de nuestros heridos y enfermos. Y es lo que venía en las cajas, muy cuidadosamente embalado: cientos de botellas, frascos y cajas de pastillas con todo lo que necesitaremos para la primera semana. Y pronto enviarán más.

Antes de la comida ya estaba todo en su lugar y no parece que falte nada para abrir el hospital. Así que la tarde la hemos dedicado a repartir

tareas para el día siguiente y hacer pruebas de cómo serían atendidos los heridos según fuesen llegando.

«Mañana se inaugura el hospital —ha dicho Carmen— y no quiero ningún error. Será como el gran ensayo general de una obra de teatro.»

Estábamos con ello cuando hemos recibido la noticia de la caída de Zeluán. Y esta vez no ha habido heridos ni soldados humillados. La guarnición ha sido aniquilada y los que se han rendido, asesinados.

Me ha parecido una iniquidad. Pablo nos ha contado que lo de Nador ha sido la excepción.

«Esta es una guerra salvaje. Sin prisioneros. Ni los de Abd el-Krim ni los nuestros los toman; se mata al enemigo y punto. Hay pocas excepciones, como la de Nador, o algunos oficiales a los que capturan para pedir un rescate. Y si están de humor, respetan a los médicos y artilleros para que los ayuden.»

Más allá de Melilla ya solo queda el monte Arruit, con sus tres mil hombres escasos de comida, agua y municiones. Y sobre ellos nos ha llegado otra noticia a última hora del día. La ha traído el capitán Carrillo, que ha hablado directamente con Alba:

«Han respondido a nuestro mensaje. —La pausa que ha hecho después no anunciaba nada bueno—. Tu padre, el capitán Torres, está allí.»

«¿Está bien? ¿Lo han herido? ¿E Ignacio? ¿Le han dicho algo sobre él?»

«No sé más... Con un espejo me hicieron señales en morse: “Padre aquí”. Es lo único que puedo decirle.»

Alba se ha esforzado en dar las gracias.

«No significa que su prometido haya muerto. La posición de monte Arruit es grande y quizá esté en otro lado. Y, aunque no estuviese ahí, hay muchos oficiales prisioneros, y otros que han huido a la zona francesa, y más aún están escondidos en pequeñas aldeas, en espera de una oportunidad para regresar a nuestras líneas. Esta batalla está solo comenzando; y pronto los liberaremos a todos.»

Aunque Alba ha vuelto a agradecer sus palabras, su ánimo se ha ennegrecido.

«Saber que mi padre está allí me ha devuelto la esperanza, pero también el miedo; ahora sé que si no se hace algo, si no los rescatan pronto, acabará como los de Zeluán...»

«O como los de Nador —le he dicho—. Y seguro que Berenguer está haciendo algo. Atacará o negociará, pero no va a permitir que mueran

tres mil hombres que están a solo treinta kilómetros de aquí. Recuperarás a tu padre, estoy segura.»

«Ojalá tengas razón y pueda abrazarlo pronto... —Luego su voz se ha quebrado—. Pero a Ignacio ya casi lo doy por muerto.»

«¡No! Ya has oído a Carrillo... Aún hay esperanza.»

«Pues a veces me gustaría perderla del todo y poder llorarla de una vez... Pero la esperanza se niega a desaparecer, y es lo que más me angustia. Si no va a vivir, al menos que me digan que está muerto y que me traigan su cuerpo para verlo una última vez...»

Quizá el dolor de la incertidumbre no sea tan intenso como el de la pérdida, pero su agonía es tan larga que acaba por ser peor.

Las malas noticias de hoy no han acabado ahí. Carrillo, desde el avión, ha visto como el enemigo ya está llevando cañones hacia el Gurugú con la ayuda de prisioneros españoles, a los que usan como mulos de carga. La ciudad pronto estará bajo el fuego de la artillería rifeña.

Cuando este día tan gris iba a llegar a su término, al menos, ha ocurrido algo bonito. Galeb le ha dado un pequeño regalo a Avi. Estaba en una cajita y ya antes de que ella la abriese, él ha dicho:

«Es una flor que jamás se marchitará.»

Era una piedra tallada con forma de rosa.

«¿La has hecho tú?», ha preguntado Avi.

«La ha hecho Alá; con el viento, el agua y la arena como herramientas. Así se forman estos cristales arracimados unos sobre otros en forma de flor. La llamamos “rosa del desierto”. Sus pétalos son frágiles y afilados. Tanto pueden romperse como cortar; hay que tratarla con muchísimo cuidado, para no dañarla ni hacerse daño con ella... Como cuando tratas con el corazón de otra persona.»

Querido diario, no puedo reproducir con justicia la forma en que Galeb nos lo ha explicado mientras cogía la mano de Avi para guiar sus dedos, con gran delicadeza, sobre aquellos pétalos de piedra. Si la pobre ya estaba un poco enamorada, en ese momento ha tenido que sucumbir por completo. Y cualquiera lo haría...

Jugando a ser un poco celestina, he buscado un momento de intimidad para hablar con Galeb sobre Avi, pues no quería para ella mi destino: ser una pieza más en la colección de un seductor. Y por fortuna, Galeb no parece ser así. Se ha quedado prendado de la fragilidad y espiritualidad de Avi, como él mismo la ha definido.

«Le he regalado la rosa porque me recuerda a ella, a su delicadeza y a su magia; y a la fortaleza que estoy seguro que encierra.»

También me ha contado que él puede casarse con una mujer «de la Escritura», o sea, cristiana, sin que ella tenga que renunciar a su fe, con lo que Avi tiene el camino libre si, algún día, quieren casarse. Lo que no me ha parecido tan justo es que ese sea un privilegio exclusivo del hombre, pues una mujer musulmana está obligada a contraer matrimonio con un hombre de su propia religión.

4 de agosto de 1921

Hemos abierto el hospital y nuestras cien camas ya están llenas. Las enfermeras melillenses y las monjas se han ocupado de las alas de medicina, donde sobre todo hay casos de paludismo y disentería. Me he acordado del doctor Luque y lo que nos contó sobre el papel de los mosquitos en las guerras. Aquí, la que transmite la enfermedad es la hembra del anofeles, y tenemos que tener mucho cuidado con ella.

Inés, Margarita y Avi se han quedado en la planta baja, tratando a los soldados convalecientes de cirugía, y a mí me ha tocado en la segunda, con los oficiales, igual que a Alba, Luisa, Merry y María.

En ambas plantas de cirugía hemos dejado una decena de camas vacías. Pablo las ha señalado mientras le decía algo a Alba. Cuando me he acercado para saber de qué se trataba, me ha dicho que no podía contarme nada, que por ahora era un secreto... Teniendo en cuenta que he notado a Alba más animada, supongo que tendrá algo que ver con el monte Arruit...

Uno de los heridos que nos han traído es el misterioso hombre del rostro vendado, el que ya vi en el Docker. Y aquí también lo han amarrado a la cama. Merry lo estaba atendiendo cuando ha comenzado a agitarse y a gritar. Yo he acudido con el éter para calmarlo y, ya antes de administrárselo, al verme, se ha quedado quieto y me ha mirado fijamente. Ha balbuceado algo que no hemos entendido muy bien y ha dejado que le pusiese la mascarilla.

«Será mejor que tú te hagas cargo de este —me ha dicho Merry—, tu presencia lo relaja. Y con todo lo que ha sacrificado, se merece la mejor de nuestras atenciones.»

El resto de la mañana se nos ha ido en cambiar vendajes, lavar heridas, coser cicatrices mal cosidas y comprobar la fiebre de los que tenían infecciones. A un teniente de la Legión le habían herido de un disparo y luego le habían dado seis gumiazos; de no ser porque sus

hombres contraatacaron y lograron sacarlo del blocao que defendía, habría muerto allí. Aunque las heridas le dolían, o quizá por ello, no ha parado de hablar mientras le hacíamos las curas.

«Y no les basta con apuñalarte, les encanta rajarnos de arriba abajo con esos dichosos cuchillos curvos, pero solo mientras estamos vivos, porque saben el daño que hacen.»

Creo que quería escandalizarme o marearme, pero yo solo asentía y atendía a su conversación con amabilidad mientras limpiaba sus heridas.

«No les gusta matarnos a balazos. Los fusiles son impersonales, pero el cuchillo es más íntimo; tienes que clavarlo cerca, pegado al enemigo, y arrastrarlo por dentro de su cuerpo con fuerza; o apuñalar a golpes una y otra vez. He visto cuerpos con treinta y hasta cuarenta gumiazos, ¿sabe? El hombre ya estaba muerto, pero el moro seguía ahí, dándole una y otra vez hasta que se le cansaba el brazo. Lo hacen por rabia, igual que nosotros; con un disparo matas, pero no descargas la rabia. Con el cuchillo, sí. Y esta, señorita, es una guerra de rabia.»

Por aquellas heridas y por las que he ido viendo a lo largo del día, no hacía falta que me lo jurase.

Por la tarde hemos sabido para qué son las camas vacías. Como yo había supuesto, tienen que ver con el monte Arruit. Berenguer ha intentado liberarlo con un desembarco en el sur de la Restinga, la barrera de tierra que cierra la Mar Chica y la separa del Mediterráneo. Pero no ha tenido suficiente apoyo de la Armada y la operación, que, según Pablo, era inteligente e imaginativa, ha fracasado. No se ha podido siquiera llegar hasta los sitiados y lo único que se ha conseguido ha sido un puñado más de muertos y heridos. Alba ha reaccionado con la natural tristeza, pero en cuanto han empezado a llegar los heridos, ha instalado una sonrisa en su rostro y se ha mantenido fuerte.

Lo primero que han hecho el doctor Nogueras y el doctor Herranz ha sido el *triage*, clasificar a los llegados según su gravedad en tres grupos: los que seguramente vivirán sin importar el cuidado que reciban (o sea, heridos leves), los que seguramente no vivirán aunque se les atiende y los que dependen de una atención inmediata para sobrevivir. A los primeros se les pasa a la sala de curas, con enfermeras profesionales o de primera y monjas. A los segundos se les dan calmantes y consuelo espiritual. Y a los terceros los llevamos al quirófano; pasan primero los más graves.

Nogueras nos ha cogido a mí y a Merry para la primera operación mientras Herranz, con la ayuda de sor Asunción y Margarita, se

encargaba de otra. Carmen, Inés, Avi, Alba y Luisa se esforzaban en mantener con vida a los soldados que irían después.

Había oído que en algunos hospitales el grado y procedencia de un soldado pesa en el *triage*, favoreciendo a los oficiales sobre la tropa y a los españoles sobre los marroquíes, pero Nogueras y Herranz no son así.

«Los únicos galones que cuentan aquí son las heridas y su gravedad», ha dicho Nogueras.

El nuestro era un soldado de regulares, un bereber que había recibido un disparo en el pecho y la bala seguía alojada en el pulmón. Las enfermeras hemos limpiado y preparado el campo operatorio alrededor del impacto. Después me he encargado del instrumental y Merry de la anestesia. El doctor Nogueras, con una rapidez propia de un trilero, ha abierto la herida y la ha fijado con los retractores que yo le iba pasando. Ya lo había visto operar en Madrid, pero allí teníamos más tiempo y los casos no eran tan graves. Aquí la velocidad cuenta, no solo por la vida de este hombre sino por las de los que esperan. Sin rayos X, ha comentado a través de la mascarilla, encontrar la bala iba a ser difícil..., pero ha tenido suerte; enseguida ha dado con ella y ha podido sacarla sin tocar apenas las costillas. Y, entonces, ha dicho algo que me ha dejado sin respiración:

«Laura, ciérrelo usted.»

«¿Yo?»

«Sí, usted... ¿O es que hay otra Laura?»

«Pero...»

«He visto cómo sutura.»

«No se trata de un cadáver...»

«Afortunadamente. E intente que no se convierta en uno.»

Viendo que yo seguía dudando, ha insistido:

«Ya sé que no es el protocolo, pero también sé que sabrá hacerlo, y no podemos perder más tiempo.»

Luego ha mirado hacia atrás y ha llamado a Inés para que ella me fuese pasando el instrumental. He ocupado el lugar del cirujano, respirado profundo e intentado no pensar en qué pasaría si hacía algo mal. Tras apretar con los dedos las pinzas para sostener la aguja, he relajado las muñecas y comenzado a coser al herido. Cuando ya estaba acabando, el doctor se ha acercado, ha revisado la sutura y ha ordenado:

«Bien, a planta y vuelva inmediatamente.»

Merry y yo hemos llevado al herido a la habitación de oficiales.

«Carmen ya me había hablado de la buena mano que tienes, pero es que da gusto verte trabajar.»

Me he emocionado ante el cumplido, y sé que puedo pecar de pretenciosidad al anotarlo aquí...

De pronto, Merry se ha dado un manotazo en el pescuezo, se ha mirado la mano y ha gritado: «¡Cabrona!». Me ha sorprendido oír esa palabra en boca de una dama tan refinada. «¿Qué ha pasado?», le he preguntado. Y me la ha enseñado, aplastada en su mano:

«Una hembra de anofeles; esperemos que no esté infectada... Por si acaso, tomaré algo de quinina. Y habrá que revisar los mosquiteros.»

Hemos regresado al quirófano. El doctor Nogueras ya estaba operando con Inés y Luisa. Merry y yo nos hemos puesto a preparar al siguiente herido, que en menos de una hora ya estaba en la mesa de operaciones. Era de noche cuando hemos acabado. Estaba muy cansada y con el mandil lleno de sangre. Me he cambiado, lo he dejado en la lavandería, y en la cocina he tomado un poco de carne que no sé si sería cabra o cordero.

Luego he ayudado a Merry con el papeleo para dejar los informes y estadillos de nuestras operaciones listos para archivar. En ese momento de calma, cuando todo había acabado, algunas han salido al jardín para sentarse a llorar. Habíamos salvado a muchos, pero habían muerto varios y sabíamos que otros, que estaban muy graves, morirían a lo largo de la noche y a ellas les tocaría acompañarlos. Como dijo don Francisco, esta es una lucha en la que siempre se pierde. Y supongo que jamás te acostumbras a ello.

Mientras las demás se acostaban, he cogido un candil y he ido a ver qué tal estaban los heridos que habíamos operado. No tenían fiebre y respiraban con normalidad. Eso es bueno. Iba a irme cuando me he fijado en que el hombre del rostro vendado estaba despierto. Ya no gritaba ni se sacudía. Al acercarme me ha mirado y, por la escasa abertura que dejaban las vendas sobre su boca, he visto que sonreía. Ha movido los labios como si quisiese decir algo, pero solo le ha salido un gemido. La monja que estaba de guardia se ha puesto en pie.

«Tranquila, me encargo yo —le he dicho y me he acercado a él—. ¿Necesita algo? ¿Quiere beber o más éter para el dolor? Si lo prefiere, también tenemos morfina, que no le dejará tan dormido... —Me ha indicado que no con un suave movimiento de cabeza—. Pues entonces intente dormir. Y ya sé que se ha pasado mucho tiempo así, pero le vendrá bien acostumbrar el cuerpo a descansar de noche.»

Ha asentido y cerrado los ojos, no sé si porque tenía sueño o por obedecerme.

Iba hacia el jardín cuando he visto una luz moverse en el pabellón de medicina para tropa. Me he asomado. Carmen, con su candil, lo recorría para ver si nuestros enfermos estaban bien. Uno, aún despierto, ha cruzado unas palabras con ella, que le ha respondido con un gesto de cariño. El hospital ahora está limpio e impecable, perfumado por las flores frescas que hemos colocado ya por la mañana y que, cada día, debemos cambiar. Nada que ver con los barracones que había visto al sur.

Al ver a Carmen allí, con el candil, he recordado lo que nos habían contado sobre Florence Nightingale, también paseando con su farol entre los heridos de Crimea. Creo que España ya tiene a su dama de la linterna...

Verla así me ha devuelto la paz.

5 de agosto de 1921

«¿Quién?»

Fue lo primero que le he oído decir al hombre de la máscara, que es como las demás enfermeras han comenzado a llamar al oficial con el rostro vendado. Aunque no ha sido lo primero que ha dicho. Una de las monjas me ha venido a buscar porque le había pedido agua. He acudido a su lado. Una enfermera profesional le estaba dando de beber con una pipeta.

«Ya sigo yo», le he dicho a la enfermera, y he cogido la pipeta.

El herido ha bebido un poco más y, cuando ha parado, sin dejar de mirarme, lo ha dicho:

«¿Quién?»

«Me llamo Laura y soy tu enfermera, de la Cruz Roja.» Y he señalado mi insignia.

Él ha hecho un gesto negativo.

«¿Quién... soy?»

«¿No lo sabes?»

Le han temblado los labios y ha negado con la cabeza. Una lágrima le ha resbalado sobre las vendas. Evitando mostrar sorpresa, he intentado darle consuelo y esperanza.

«Lo que le ocurre se llama amnesia y es normal tras una herida o un golpe en la cabeza. Pero la memoria seguramente volverá...»

La verdad es que la ciencia sabe poco sobre ese tema. A veces regresa poco a poco; a veces, de repente, y otras, nunca.

«¿Quién soy?», ha insistido.

«No lo sé, pero por sus galones y su unidad puedo intentar averiguarlo.»

Tendría que haberle dicho que no podría hacerlo hasta terminar mi turno porque cada vez que pasaba a su lado me miraba y sin necesidad de decir nada era como si me preguntase: «¿Ya sabe quién soy?». No creo que sea porque en su naturaleza esté ser un pesado, sino porque no recordar nada, ni siquiera tu nombre, debe de resultar angustiante.

Galeb tenía mucho que hacer así que, por la tarde, cuando he acabado mi turno, he ido andando hasta el hospital Docker. Apenas ha pasado una semana desde mi primera visita y ya se nota la llegada de más soldados. Muchas casas han sido ocupadas por oficiales y en los descampados se apiñan centenares de tiendas de tela cónicas para la tropa. Y los cafés y tabernas están repletos. Muchos, a mi paso, se cuadraban y me saludaban de forma militar.

Alrededor de los campamentos he visto chamarileros, feriantes, vendedores de todo tipo y mujeres que dejan bien claro cuál es su ocupación...

A la vez que la guerra con Abd el-Krim se libra otra, esta entre capellanes y putas, que compiten por el alma y los dineros de los miles de hombres aquí congregados. Por el día, o antes del combate, el corazón del soldado está con Dios. Pero por la noche, en este largo periodo de espera, son muchos los que sucumben a Venus... Solo te comentaré, querido diario, que la gonorrea y la sífilis comienzan a competir con el paludismo y la disentería por ser el principal problema médico de este ejército. Y se especula que ciertas prostitutas, dolientes de alguna de esas venéreas, ofrecen sus servicios con el extra de una baja por enfermedad que librarán a sus clientes del combate.

Cuando he visto los aviones en la explanada del Hipódromo me he acordado de Javier. Me ha agradado darme cuenta de que, desde que ha abierto el hospital, no he pensado en él ni una sola vez. Y ahora el dolor ya no ha sido tan intenso. Es curioso que atender a nuestros heridos haya acabado por curarme a mí. Solo la vergüenza y la rabia siguen intactas.

He buscado al camillero que tan amablemente nos había atendido en los barracones de oficiales, pero no lo he encontrado. He preguntado a otros sanitarios y, por fin, uno me ha remitido al cirujano que había atendido a aquel «héroe sin rostro», que es como se le conoce por aquí. Ha resultado ser el doctor Fidel Pagés, que me sonaba por haber leído alguno de sus artículos sobre la anestesia metamérica, pero hoy no estaba

allí, sino que había ido al Hospital Indígena a operar. Y está al norte, en la otra punta de la ciudad.

Así que he vuelto a recorrer Melilla en el otro sentido, cruzando de nuevo el río y llegando hasta el Barrio Hebreo. Es una zona humilde, la más humilde que he visto en Melilla y creo que en toda mi vida. Las callejas paralelas son muy estrechas, con casuchas y barracas apiñadas. Los callejones laterales, aún más angostos y llenos de escaleras, comunican unas calles con otras. Y estas ni siquiera tienen nombre y se identifican con una letra.

Cerca destaca un bello edificio de una planta, con arcos y adornos de estilo árabe: el Hospital Indígena. Aunque en origen era civil, ahora también atiende a soldados. De hecho, creo que todos los hospitales de Melilla se han convertido en militares.

Cuando he preguntado por el doctor Pagés me han dicho que había regresado al Docker y que allí estaría operando hasta las tantas. Como ya era demasiado tarde, he vuelto a nuestro hospital con las manos vacías.

He tenido que decirle al héroe sin rostro (me gusta mucho más este apelativo que el de la máscara) que aún no había averiguado nada. Me iba a ir cuando ha pronunciado:

«Quédese.»

«¿Le pasa algo?» —le he preguntado y me ha indicado que no.

«Hábleme...»

Me ha recordado a Leandro. A lo mucho que le gustaba que le contase cuentos. Pero a este paciente no iba a contarle cuentos infantiles. Así que le he hablado de mí y de las Damas Enfermeras, de nuestros estudios en Madrid, del viaje, de nuestra llegada aquí... En un momento le he hecho reír y ha acabado tosiendo. Ha dicho que no le había dolido, pero sé que es mentira. Luego me ha pedido que siguiese. Y así he estado hasta que se ha hecho bien de noche y le he dicho que a ambos nos convenía dormir.

Ese rato se ha convertido en más de tres horas. Me asusta, querido diario, la capacidad que tengo de monologar horas y horas. ¿Acabaré por ser una de esas señoras pesadas que conversan con los gatos y con el mobiliario, como la tía Sagrario?

9 de agosto de 1921

Han pasado cuatro días desde mi última anotación y es que no paramos. Hay noches en que estoy demasiado cansada como para sostener mis párpados abiertos, cuánto más una pluma.

Creí que montar y organizar el hospital había sido duro. Pero no es nada comparado con mantenerlo en funcionamiento en tiempos de guerra. No solo hay que asistir a los doctores en las operaciones y en las curas, o dar su tratamiento a los enfermos y cuidarlos, también debemos encargarnos de lavar, fregar, hacer la colada y mantener las instalaciones impecables, no solo por la higiene, sino por la moral de los pacientes. Cuando parece que has acabado, aún hay que redactar los partes e informes médicos... Y el domingo, en lugar de descansar, trabajo doble: llevar a los que puedan desplazarse a la misa en la iglesia del Sagrado Corazón, lo que entre ir y venir nos lleva toda la mañana. Menos mal que el sacerdote nos espera y los fieles, muy respetuosos, lo entienden.

Al menos Carmen ha conseguido que unas damas de Melilla se encarguen de la cocina, porque con esa tarea ya no daríamos abasto. Aunque ella misma se encarga de supervisar que los menús sean los adecuados para nuestros pacientes.

Al menos, todo ese esfuerzo ya da frutos. Un legionario nos ha dicho que aquí se encontraba mejor que en casa y que estos habían sido los días más placenteros de su vida... y eso que acabábamos de amputarle un brazo a la altura del codo. Otro, un sargento de la Legión muy hablador, Sancho, mientras le quitábamos metralla de la espalda, no paraba de contar chistes y cantar canciones sin exteriorizar el dolor que debía de estar sufriendo.

«Es usted un valiente», le ha dicho Luisa. No creo que el buen hombre, tan humilde en su forma de ser y de hablar, supiese que le estaba atendiendo una princesa.

«Qué va, señorita. Lo que soy es un irresponsable. Y es lo que tenemos que hacer: no pensar las cosas, porque si las piensas te quedas en casa.»

«¿Y no tuvo miedo en la batalla?»

«¿En la batalla? Ninguno. Cuando empiezan los tiros, o peleas o escapas; no hay término medio. Y en la Legión, peleamos. Y si lo haces, ya no sientes miedo; ese es el secreto. En el combate tienes demasiadas cosas que hacer y a las que atender como para estar asustado; ni lo piensas... El miedo de verdad, que todos lo tenemos, señorita, lo sientes antes de la batalla, cuando estás quieto en la trinchera, esperando que

llegue el momento. Ahí es cuando lo pasas mal y te acuerdas de la Virgen y de todos los santos. Eso es lo peor: la espera.»

Luego ha seguido con sus bromas y tonadillas, y nos ha pedido una guitarra para animar un poco a sus compañeros de pabellón. Luisa ha prometido que se la conseguiría.

Mi paciente, el héroe sin rostro, sigue sin recordar y yo, con tanto trabajo y fatiga, aún no he tenido tiempo de salir de nuevo en busca del doctor Pagés. Él, que ya habla perfectamente y no necesita estar atado a su cama, me ha pedido que no me preocupe por su identidad. Lo que ahora lo acompaña, dice, le gusta.

«No sé qué habrá sido mi vida antes, pero sé que he sobrevivido a la muerte y que ahora tengo la mejor compañía posible.»

Hago como que no oigo esos velados piropos e intento cambiar de conversación. Él me pide que le siga contando cosas de mi vida, que le encanta oírlas, tanto por lo que le cuento por cómo se lo cuento. Supongo que lo dice porque no quiere estar solo y le agrada tener compañía... Y así, poco a poco, creo que le he ido relatando casi toda mi vida. Él bromea y me dice que cuando él tenga una vida, también me la contará. Me sorprende que, en su estado, tenga tan buen humor...

Además de darle conversación, me esfuerzo en que haga sus ejercicios. Ya camina, apoyado en mí, alrededor de la cama y por el pabellón. Primero iba a pasitos muy cortos, como un anciano muy estropeado, pero ahora ya se puede mantener firme sobre sus piernas. Su respiración también ha mejorado. Y las úlceras y quemaduras no han drenado ni supurado, con lo que aún no es necesario cambiarle las vendas. Mantenerlas ahí, presionando sobre las heridas un par de semanas más, le vendrá bien.

Hoy hemos tenido dos bajas entre nosotras. La primera es Merry, que ha contraído el paludismo y ahora reposa en una cama de la planta de oficiales, separada de los demás por un biombo. Ella misma se dio cuenta de lo que pasaba y nos avisó. Eso nos ha recordado a todas que no somos inmunes a las enfermedades y que un hospital es el mejor lugar del mundo para contraerlas.

La otra es Alba, pero solo ha sido un susto. Todos los días pregunta a Pablo y a Carmen si saben algo del monte Arruit y de los planes para liberarlo, pero la respuesta es siempre la misma. Parece que no le afecta y que sigue con su trabajo como si nada. Pero algo ha debido de irse acumulando en su interior porque hoy al mediodía, poco antes de comer, sobre la una de la tarde, se ha quedado quieta en medio del pabellón, ha

mirado al techo y se ha desmayado. Las otras dos enfermeras que estábamos allí hemos corrido a auxiliarla. Enseguida se ha repuesto y ha insistido en que no había sido nada. Carmen la ha enviado con el doctor Herranz y luego le ha ordenado descansar.

Por la tarde he librado y he vuelto al hospital Docker, que ya está mejor organizado y limpio, dentro de los pocos medios que tienen. Por fin he encontrado al doctor Pagés. Es más joven de lo que esperaba. No creo que llegue a los cuarenta años. Su cara redonda y su bigotito le dan un aspecto simpático y muy afable.

Le he dicho que era un honor conocerle, que había leído artículos suyos y que no me perdía ni un número de la revista que editaba. Se ha sorprendido.

«Las enfermeras no suelen leer la *Revista Española de Cirugía*. Ni siquiera muchos médicos lo hacen —ha bromeado—. Me agrada oírsele decir, gracias.»

Sobre el héroe sin rostro, me ha confirmado que lo operó y se interesó por su recuperación.

«Lo hemos mandado con vosotras porque estaba muy mal y, por lo que me cuentan, doña Carmen ha organizado muy bien el hospital. —Ha señalado a su alrededor—. Aquí no tenemos tantos medios y nos apañamos con lo poco que hay.»

Como tiendo a ser impertinente, se me ha escapado:

«Pensé que a los militares las de la Cruz Roja no les caíamos muy bien».

«¡Qué va! En Melilla tenemos poco más de quinientas camas; vuestras cien son más que bienvenidas... Y ni así damos abasto. En cuanto Berenguer comience su contraataque para recuperar el terreno en torno a Melilla, será peor.»

Le he contado el recibimiento que nos hizo Triviño y se ha echado a reír.

«Triviño es un hombre impulsivo y de carácter, pero se preocupa por los heridos y está desbordado. Le debisteis de coger en un mal momento. Pero, créeme, es vuestro aliado, igual que vosotras lo sois para el Ejército.»

Como nos habíamos desviado del tema, he vuelto a preguntarle por mi herido. Le he explicado su problema de amnesia y le he dado su grado y la unidad inscrita en su chaqueta para ver si puede averiguar algo. Pagés se ha comprometido a hacer unas cuantas preguntas esta misma noche en el comedor de oficiales.

«Vuelve mañana por aquí; quizá ya sepa algo más.»

Cuando he regresado, Alba aún estaba despierta, paseando alrededor del hospital, muy inquieta. Le he recordado que tenía que descansar y la he dejado tumbarse a mi lado en la terraza. El calor sigue siendo muy intenso, quizá hoy más que nunca, y el poniente, en lugar de mitigarlo, lo hace más presente. En Madrid, de un viento así de cálido y extraño diría que anuncia tormenta. Aquí no sé qué presagia.

10 de agosto de 1921

Hoy he cogido el turno de tarde para ir por la mañana hasta el Docker y hablar con el doctor Pagés. Estaba en uno de los barracones de enfermos. Nada más entrar, uno de los pacientes ha llamado mi atención.

«Señorita, señorita, ¿viene a llevarnos?», me ha preguntado.

«¡Eh! —le ha gritado el que tenía al lado—, ¡cierra la boca! Yo estoy más grave.»

«No les haga caso, señorita —ha dicho otro—, yo estoy peor.»

Y se han ido sumando más y más voces a las que no sabía qué responder. El doctor Pagés ha acudido en mi rescate.

«¡Por favor, caballeros, cállense de una vez! No viene a trasladar a nadie, sino a hablar conmigo.»

Ha seguido un murmullo de decepción y de bromas picantes contra el doctor, que me ha llevado fuera. Mientras se liaba un cigarrillo, le he preguntado:

«¿Por qué se han puesto así?»

«En vuestro hospital ya han dado de alta a varios y han salido hablando maravillas. De las instalaciones, de la atención, de la comida y, claro, de las enfermeras. Ahora, cuando uno cae herido o enfermo, lo primero que dice a los camilleros es que lo lleven a la Cruz Roja. Los hay que incluso les ofrecen dinero.»

«Vaya, no sé si alégame o disculparme.»

«Estas cosas mejoran la moral de los heridos; les dan de qué hablar y, sobre todo, esperanza.»

«Entonces me alegraré. ¿Y ya sabe algo sobre nuestro misterioso paciente?»

«Sí. Es el alférez Ismael Vallejo; desgraciadamente, de su sección no queda nadie con vida.»

«Una pena. Esperaba que alguno de sus compañeros pudiese decirme algo sobre él. Al menos tengo su nombre.»

«Tiene algo más. Los pacientes con amnesia, al visitar lugares que les fueron familiares, pueden recuperar parte de los recuerdos vinculados a esos sitios. A veces se provoca una cascada de evocaciones que trae de vuelta toda la memoria.»

«¿Y sabe dónde estuvo en Melilla?»

«Aparte de por donde andamos todos, como el café del Victoria o el del Colón, su sección, nada más llegar, estuvo en el acuartelamiento Santiago, al norte. Luego destinaron a toda su compañía al Atalayón y su sección, en concreto, se desplegó donde ahora está el blocao de Dar Hamed, uno de nuestros puestos avanzados. Y al final, él y sus hombres avanzaron hasta las afueras de Nador, donde fue herido cuando protegía a los colonos. Ese lugar ya queda fuera de nuestras líneas.»

«Muchas gracias. Intentaré llevarlo a los que pueda.»

Mientras hablaba con el doctor Pagés me había dado cuenta de que un sargento, enjuto y de cabello cano, no me quitaba la vista de encima y cuchicheaba algo con dos soldados. A una mujer, en medio de tanta tropa, es normal que la miren, e incluso que la piropeen con descaro, pero con las enfermeras suelen ser más educados, quizá porque saben que en cualquier momento pueden acabar en nuestras manos. Pero esa forma de mirar, insistente y que a la vez intentaba pasar desapercibida, me resultaba muy molesta. En cuanto he finalizado mi conversación con el doctor Pagés, me he acercado a ese hombre de pelo cano.

«¿Quiere algo, sargento?»

Esperaba que eso lo desarmase y se alejara con una disculpa. Pero no. Me ha mirado de reojo y, tras un momento de silencio, ha dicho:

«¿Es usted quien anda preguntado por Ismael Vallejo?».

«¿Lo conocen? ¿Son amigos suyos?»

«No, pero él nos salvó la vida en Nador. Y pensamos que había muerto.»

«Ha estado a punto de morir. Pero se está recuperando.»

«¿Con ustedes? ¿En la Cruz Roja?»

«Así es. Si quiere, pueden acompañarme para visitarlo.»

«No, gracias, pero cuídelo bien; es un gran soldado.»

«Lo haré.»

El sargento se ha subido a una camioneta militar con sus dos compañeros, a quienes apenas he llegado a ver, y se ha ido dando bocinazos para despejar el camino. Yo también iba a irme cuando he

notado un revuelo alrededor. Varios camilleros han salido corriendo hacia el sur, igual que decenas y decenas de soldados. El doctor Pagés ha salido del barracón para ir tras ellos.

«¿Qué pasa?», le he preguntado.

«Dicen que han llegado varios de los sitiados en el monte Arruit.»

«¿Los han liberado?»

«No sé nada más...»

«¿Puedo acompañarle?»

«Me será de gran ayuda. Seguramente hay heridos.»

Al principio he corrido, igual que ellos, pero las trincheras no estaban tan cerca, así que en cuanto me ha faltado el resuello he pasado a caminar rápido. Me preguntaba si los asediados habrían sido capaces de romper las líneas enemigas y regresar hasta Melilla. O si Berenguer había, por fin, lanzado una operación de rescate con éxito. Pero eran tan solo un puñado de soldados, todos con rasguños y heridas, consumidos por el cansancio, el hambre y la sed.

Los oficiales han hecho un pasillo entre la muchedumbre para que Pagés, otros dos sanitarios y yo llegásemos hasta ellos.

«¿Qué ha pasado? ¿Les envía Navarro?», ha preguntado el doctor.

«Navarro se ha rendido», ha dicho uno de aquellos demacrados hombres.

«¿Cuándo?», se ha sorprendido Pagés.

«Ayer, a la una de la tarde; entregamos las armas a cambio de que nos diesen paso franco. Y cuando nos preparamos para salir... —He sentido un escalofrío al recordar que justo a esa hora Alba se había desmayado— los moros no respetaron el trato y se lanzaron sobre nosotros. Mataron a casi todos a tiros y gumiazos. Hasta a los heridos los sacaban de sus camillas para rematarlos a patadas en el suelo.»

«¿Solo escapasteis vosotros?»

«No creo que haya quedado nadie más con vida.»

El ánimo de todos se ha desplomado. La última posición española, el último reducto donde aún quedaban supervivientes, ha desaparecido y casi todos han muerto. Tres mil hombres asesinados a traición en unos pocos minutos. Al silencio le ha seguido la furia y he comenzado a oír juramentos terribles sobre lo que le harían al enemigo en cuanto cayese en sus manos. Justo lo que nos había dicho Pablo, que esta es una guerra salvaje, de odio, y que la crueldad llama a más crueldad. Nuestros soldados ya no quieren la victoria, ahora lucharán por venganza. Y no habrá piedad ni compasión. Tampoco harán prisioneros, y mutilarán y

acribillarán a esos hijos de puta hasta que no quede ni uno. Eso, querido diario, es lo más suave que he podido escuchar.

A Pagés lo habían llamado esta mañana desde mi hospital para decirle que, tras las altas de hoy, habría una decena de camas libres. «Y estos hombres, después de lo que han pasado en Arruit, se merecen el mejor lugar...» Así que me ha enviado con un par de ambulancias y esos heridos a nuestro hospital.

Ya en el vestíbulo me he encontrado a Carmen y al doctor Nogueras.

«Laura —me riñó Carmen—, llegas muy tarde...»

Pero entonces ha visto entrar a los camilleros con aquellos soldados tan demacrados.

«¿Qué ha pasado?», me ha preguntado.

«Arruit ha caído; los han matado a todos. Solo se han librado estos pocos.»

El doctor Nogueras ha preguntado por su amigo, Felipe Peña, pero nadie sabía nada de él. Ya estábamos acomodando a los recién llegados cuando Alba ha entrado corriendo y preguntando por su padre, el capitán Hernando Torres. Carmen, con discreción, se la ha llevado al jardín.

Por la noche he encontrado a Alba en la terraza. En sus mejillas aún se notaban surcos de lágrimas. Miraba hacia el Gurugú, una sombra recortada por la ausencia de estrellas.

«Nadie lo ha visto morir, pero ahora sí estoy segura de que ha muerto.»

Me he quedado a su lado. Las estrellas fueron desapareciendo, cubiertas por unas nubes que apenas podíamos ver, y comenzó una llovizna suave y tibia. Más que agua parecía que sobre nosotras caían cenizas.

«¿Quieres que nos vayamos?»

«No.»

«Ojalá hubiese algo que yo pudiera hacer... o decir.»

«Me basta con que estés aquí.»

Hemos permanecido otro rato en silencio. Luego Alba me ha preguntado a bocajarro:

«¿Por qué me tenías tanta manía en la escuela?».

«Bueno, no lo sé... Siempre pensé que yo era la que te caía mal a ti...»

«Claro que me caías mal. Desde el primer día me mirabas con suspicacia; cuando yo hacía algo mal te reías y cuando yo hacía algo bien ponías mala cara. Y era absurdo. Somos a quienes más les gustaba aquello...»

«Lo siento... Sí que es absurdo. Recuerdo un día, al principio, en el primer curso. Estaba con Avi y con Inés, y me pareció que nos mirabas con pena.»

«Yo también lo recuerdo. Y sí, es cierto, te miré con pena.»

«Creí que era porque envidiabas lo bien que nos llevábamos las tres.»

«¡No! Me daba pena que a ellas las trataras tan bien y a mí tan mal.»

«¿Por esa razón nos delataste a don Francisco?»

«Supongo que sí. Luego me arrepentí mucho, sobre todo por cómo trató a Inés y a Avi... Pero me habías hartado tanto con tus chanzas y tus desplantes que...»

«Yo tampoco me porté bien contigo..., déjalo. Éramos unas niñas. Yo, al menos, lo era.»

«¡Si solo ha pasado un año y medio!», ha replicado riéndose.

«En algún lugar tiene que estar la frontera, ¿no? Esa que separa al adulto del niño.»

«Sí, y espero que tú la cruces pronto», ha bromeado.

Luego me ha cogido de la mano y hemos estado allí otro buen rato.

«Parece que no llueve mucho —le he dicho—, pero nos estamos empapando. Y la tristeza, con pulmonía, no es menos tristeza.»

Me ha dado la razón y hemos bajado a nuestros barracones a secarnos y cambiarnos. Entonces me he dado cuenta de que aún no le había contado a nuestro héroe sin rostro que ya sé quién es... Pero se ha hecho demasiado tarde y prefiero quedarme con Alba.

Aún hemos conversado un poco más y hasta que no se ha dormido no he podido cogerte para poner por escrito este largo día, que estas líneas aún han hecho más largo.

11 de agosto de 1921

Aunque ayer me acosté tarde, me he levantado al rayar el alba para contarle a Ismael lo que había descubierto. Mientras subía al pabellón de oficiales, he oído a la enfermera de guardia hablar con alguien. Era un soldado que preguntaba por un herido en el descansillo de las escaleras. No había ninguna compañera en la sala y, en medio de la blancura, destacaba un hombre de uniforme junto a una de las camas; precisamente la de Ismael.

«¿Qué hace aquí?», le he preguntado.

El visitante se ha dado la vuelta y, para mi sorpresa, era el mismo que me preguntó por Ismael en el hospital Docker, el sargento de pelo cano.

«He venido a presentar mis respetos a este soldado», ha dicho. Y, sin más, se ha ido.

Me he acercado a Ismael para saber qué había pasado.

«Acababa de despertar cuando lo he visto llegar. Al principio me he asustado. Me miraba con odio, de una forma realmente amenazadora. Luego he temido que me fuese a echar las manos al cuello o algo así; pero entonces, de repente, se ha echado a reír. Le he preguntado que si me conocía de algo. Él ha querido saber qué recordaba yo. He reconocido que nada. Iba a decirme algo más, pero entonces ha llegado usted.»

La enfermera de guardia ha comentado lo pesado e impertinente que ha sido el soldado que la había enredado en las escaleras. Al otro, al de pelo cano, ni lo había visto. La situación me ha parecido muy extraña. Pero antes de hacerme más preguntas, le debía unas cuantas respuestas a mi paciente.

«Ya sé cómo se llama: Ismael Vallejo, y es alférez.»

Esperaba alguna reacción en sus ojos o en su boca, pero solo se ha encogido de hombros.

«Gracias.»

«¿Ese nombre no le dice nada?»

«No. Pero me alegro de que me puedan llamar por un nombre a partir de ahora, y no solo de usted, o el sin rostro o la máscara. —Ha notado mi apuro—. No suelo dormir mucho y, por la noche, oigo hablar a las enfermeras.»

«Lo siento.»

«No tiene por qué. Es la realidad. Hasta hoy no solo no tenía rostro, sino que no era nadie. Al menos ahora soy un nombre. Ya es algo, y se lo debo a usted.»

«También sé dónde ha estado. Y visitando esos lugares quizá pueda recobrar la memoria.»

«¿Me acompañará? He oído que estoy en Melilla y, si la conocía, no la recuerdo. Al menos sé que es una de nuestras ciudades en África, y también sé cosas de esta guerra, pero como si las hubiese leído en los periódicos, no vivido.»

«Pues cuénteme todas las cosas que vaya recordando. Hablar de ellas en voz alta puede ayudarle a despertar recuerdos. Y también los sueños, los sueños pueden encerrar memorias.»

«Hoy he soñado con usted», me ha dicho.

El calor en las mejillas indicaba que me había ruborizado.

«Bueno, eso mejor no me lo cuente», he dicho con un hilo de voz.

«Oh, no, tranquila. —Se ha puesto igual de nervioso que yo—. Soy un caballero; no sé si lo era antes, pero ahora lo soy, o es mi pretensión serlo. Si fuese uno de “esos sueños”, no le diría nada...»

«Entonces, ¿tiene de “esos sueños”?»

«No, bueno, no sé..., no voy a hablar de esos temas. Y le aseguro que con usted no ha sido así.»

«¿Y cómo ha sido?»

«Estábamos en el hospital ese de Madrid del que tanto me ha hablado, donde estudió. Y usted y sus compañeras iban a hacer unas prácticas de cirugía. De hecho, la práctica era con mi cuerpo. Ustedes creían que era un cadáver e iban a abrirme sin anestesia ni nada, y yo intentaba decirles que estaba vivo, pero no podía ni moverme ni hablar...»

«¿Y yo no me daba cuenta?»

«Al final, sí, pero sus compañeras no le hacían caso.»

«¿No me hacían caso? —he preguntado con escepticismo—. Eso es que usted aún no me conoce bien...»

Me he reído y él también, lo que ha acabado en otro de sus dolorosos ataques de tos.

«Tenga un poco de piedad de mí, por favor, señorita», ha bromeado.

«Aunque le duela, es un buen ejercicio pulmonar, Ismael.»

Se ha quedado callado un momento y me ha mirado de una forma tan profunda que casi he tenido que apartar los ojos.

«¿Qué pasa?», le he preguntado.

«Ismael... Me gusta cómo suena mi nombre en su boca.»

Como diría mi padre, amigo de metáforas marineras, eso me ha desarbolado un poco. Y como aún no había bajado a desayunar, me he disculpado y me he ido. Ahora que lo pienso, no sé por qué ese pequeño y sencillo requiebro me ha afectado tanto, porque ya me he acostumbrado a los piropos de los soldados. En la calle son más descarados, pero aquí se vuelven mucho más dulces. Se ve que cuando se convierten en nuestros pacientes, al sentirse débiles y estar a nuestra merced, o por simple agradecimiento, se vuelven más gentiles. Margarita, que es un poco bruta a veces, lo define de una forma muy graciosa:

«Cuando están sanos quieren llevarnos al catre, pero cuando están heridos quieren llevarnos al altar».

He visitado a los supervivientes del monte Arruit y me ha impresionado comprobar por sus temblores y pesadillas que, tras los horrores que habían visto y vivido, tardarían más en recuperarse de las heridas de su mente que de las de su cuerpo.

Al menos, con ellos estaba Sancho. Traerle una guitarra ha sido buena idea, porque no para ni cuando está sedado con morfina. Y sé que algo así podría resultar muy pesado, pero toca bien, tiene repertorio y sabe cuándo debe sonar cada pieza. Algo animado para el momento de las curas y los tratamientos, divertido y picante para las tardes, y suave y melancólico para las horas de descanso... Alba, que además de cantar también sabe tocar la guitarra, a veces se le une, incluso en las canciones picantes (que la ponen colorada como un tomate) y nos divierten mucho a todos con sus dúos. Creo que vamos a echar de menos a Sancho cuando él y su guitarra se vayan.

En la comida he aprovechado para hablar con Carmen y pedirle permiso para llevar a Ismael a los lugares en que había estado.

«Pero siempre fuera de tu turno —me ha dicho—. Por atender a uno no podemos descuidar a los demás.»

«De acuerdo. Tendrías que haber visto el recibimiento que me hicieron en el Docker al ver la insignia de la Cruz Roja. Todos querían venir a este hospital.»

Carmen me ha contado con orgullo que las noticias de nuestra labor también habían llegado a la Península.

«Una multitud de jóvenes se han apuntado a las Damas Enfermeras y no paran de llegarnos donaciones, tanto de dinero como de materiales. ¿Recuerdas estas camas que tanto trabajo nos costó conseguir? Pues ahora me ofrecen el doble de las que tenemos aquí.»

«Pues camas para heridos no sobran en Melilla», le he dicho haciéndome eco de lo que me había contado el doctor Pagés.

«Lo sé y, por eso, a partir de hoy, me veréis mucho menos. Y también a mi marido, a Luisa y a las de Melilla.»

«¿Por qué?»

«Estoy en tratos con el Ayuntamiento para ampliar este hospital con un nuevo edificio en la trasera, pero esa obra va a llevar mucho tiempo y necesitamos más espacio ya. Así que nos ceden otra escuela, aún más grande que esta, que equiparemos con doscientas camas y varios quirófanos y salas de curas.»

«Es una gran noticia. Pero, por lo que me ha contado el doctor Pagés, cuando empiecen los combates de verdad harán falta diez más como ese.»

«Lo sé. Pero con los problemas que ya hay para mantener abastecida a la población y al Ejército no serían viables tantos hospitales de sangre. Podríamos tener diez mil camas, pero no tendríamos medicamentos ni material para tratar a los heridos.»

«¿Y qué podemos hacer?»

«Barcos y trenes —ha dicho con orgullo—. Barcos hospital y trenes hospital que lleven a los pacientes a casa. Aquí haremos las primeras operaciones y, en cuanto podamos desplazarlos, nuestros heridos pasarán su convalecencia en los hospitales más cercanos a sus hogares. Y todo ya está en marcha, por toda España. Tu padre, de hecho, nos ha donado dos barcos que él mismo se encargará de equipar.»

Me ha emocionado esa generosidad por parte de mi padre.

«¿Y todo será... Cruz Roja?»

«Sí.»

«Vaya. Ya nadie nos volverá a cuestionar. Al final sí que has tenido tu Crimea...»

«Es cierto, te dije eso..., mi Crimea... —Carmen lo ha recordado con más pesar que alegría—. Pero ahora desearía no haberla tenido. Solo quería algo que llamase la atención del público sobre nosotras, pero no esta catástrofe. ¿Sabes lo que pienso ahora? Que ojalá algún día la Cruz Roja no sea necesaria, o que solo lo sea para luchar contra la enfermedad, no contra esta violencia. Pero hoy es lo que nos toca hacer... Unos se entregan a destruir el mundo y otros a repararlo. Así que, Laura, manos a la obra, que aún nos queda mucho por arreglar.»

Y es lo que he estado haciendo el resto del día.

13 de agosto de 1921

Ayer un barco trajo el correo. Inés recibió carta de Bonifacio, su Boni, como lo llama, Margarita de su Santiago y muchas otras de sus novios, esposos y prometidos. Otras, como Alba y yo, de nuestras familias. Ahora me doy cuenta de lo bien que hice en escribirles para contar que estaba bien y cuatro tonterías más. Lo habrán agradecido igual que yo he agradecido saber de ellos.

Pero no es a nosotras a quienes el correo ha hecho más bien, sino a nuestros heridos y enfermos. Por mucho que nosotras nos esforcemos en cuidarlos, no podemos aspirar a tener el mismo efecto que una carta de casa. Inés nos contó que uno de sus pacientes, un cabo, no quería que le

cortasen la pierna y prefería arriesgarse a que la gangrena lo matase antes que a quedar inválido; pero cuando recibió una carta de su hijo en la que le contaba cuánto deseaba verlo, con lágrimas en los ojos accedió a la operación.

En el ejército, las municiones, el agua y la comida son imprescindibles para el combate y la supervivencia; pero el correo lo es para la moral. Es su alma.

En cuanto acabé mi turno, escribí una carta de respuesta, agradeciendo mucho a mi padre sus donativos, y ayudé a varios soldados, que no saben escribir, con las cartas para sus madres, padres, esposas, hijos y novias. Luego Avi vino a buscarme para ir al vestíbulo. «Es importante», dijo.

Todas nos reunimos allí para despedirnos de Sancho, que volvía con su bandera de la Legión a primera línea.

«Las echaré mucho de menos, señoritas, pero espero que no me tengan que volver a reparar pronto», nos dijo, y luego tocó una canción que se había inventado para nosotras y que remató con un sonoro beso en la mejilla de Alba, su compañera cantante.

Se me hace extraño pensar que lo siguiente que va a hacer alguien con tan buen humor y con esa simpatía es coger un fusil y dedicarse a matar a otras personas, aunque sean nuestro enemigo.

Por la tarde me dediqué a buscar un bastón y un uniforme nuevo para Ismael, y le cosí los galones correspondientes a su rango. No sé si lo habré hecho muy bien porque como no tengo ni idea de costura, usé la técnica de las suturas...

Hoy por la mañana se lo he dado y le he explicado nuestro plan de visitar el primero de los lugares en que él estuvo en Melilla: el acuartelamiento Santiago, que no está lejos de aquí. Hemos salido cuando ha refrescado un poco, pues al mediodía el calor es muy intenso y a él no le vendría bien.

Antes de salir me he preguntado qué ropa debía llevar. Estaba fuera de mi turno, por lo que podría haberme puesto uno de mis vestidos si hubiera querido. Pero no me ha parecido muy apropiado. Nuestra salida, entonces, parecería una cita. Si iba de enfermera, dejaría claro que estaba de servicio, aunque entonces él se sentiría más señalado con esas vendas y conmigo a su lado... Tras darle unas cuantas vueltas he optado por ir de enfermera.

Lo he ayudado a vestirse, le he dado el bastón y hemos salido. Para mí, a buen paso, habría sido un pequeño paseo de quince minutos. Con

él, que aún cojea un poco y le cuesta moverse por las cuestas, ha sido el doble. Al principio iba muy animado, con ganas de hacer ese recorrido conmigo y ver si recordaba algo. Pero entonces han llegado las miradas y los niños que lo señalaban al paso y lo seguían con curiosidad. Es normal en estos días ver a soldados heridos, sin un brazo o una pierna, o sin un ojo. Pero un hombre con el rostro completamente vendado es algo extraordinario y llamativo. Y, para los niños, toda una fiesta.

Ismael se ha ido sintiendo más y más incómodo.

«En el hospital soy uno más, aquí me hacen sentir como un monstruo... Quizá ha sido una mala idea.»

Creo que el «quizá» lo ha dicho por amabilidad. A fin de cuentas, había sido mi idea.

Le he insistido en que no hiciese caso de las miradas, en que no había maldad en ellas, y que no importaba lo que pensasen de él sino quién era él realmente, que a mí no me importaban aquellas vendas, ni siquiera el rostro que había debajo, sino la persona que se escondía en su interior, una persona extraviada entre la niebla del olvido, y que esa niebla comenzaría a disiparse con nuestra visita.

Su antiguo acuartelamiento está en el barrio del Polígono, el primero que se construyó fuera de los muros de Melilla la Vieja, alrededor de las paredes y los baluartes de piedra negra del fortín de San Francisco. Lo componen un buen número de barracones para la tropa y los oficiales, rodeados por tiendas y camastros donde la tropa se acumula de forma desordenada. Al vernos, la mayoría se han apartado con respeto y bastante aprensión. Eran soldados recién llegados, poco más que críos, que no habrían visto jamás el combate, y lo que le ha pasado a Ismael los sobrecogía, sobre todo porque ese podía ser su futuro. Aquí, en medio de la suciedad y el hacinamiento, a la vista de los heridos y los muertos que llegan del frente, la épica y el heroísmo de los relatos de hazañas militares se disipan para estos jóvenes. La guerra, empiezan a darse cuenta, es mugre, fatiga, enfermedad, dolor y muerte. El coraje ya no consiste en grandes proezas, sino en permanecer allí, al lado de sus compañeros, en tan difíciles condiciones.

Hemos llegado al pabellón que supuestamente él había ocupado. Lo ha recorrido entero y hasta ha tocado sus paredes, por si el tacto de esa madera podía provocar alguna reacción en su memoria. Ha estado callado todo el tiempo y, cuando nos hemos ido, le he preguntado:

«¿Ha recordado algo?»

«Nada. Es como si hubiese estado aquí por primera vez en mi vida. Regresemos al hospital.»

«¿Le parece que pasemos antes por otro lugar?»

«Creí que los otros dos emplazamientos estaban muy lejos de aquí.»

«Y lo están, y uno en manos del enemigo; pero hay otros en los que seguro que ha estado en algún momento.»

En otra caminata de unos quince minutos hemos pasado de la tosquedad de los barracones a la elegancia del barrio más caro de Melilla. Aun así, los preciosos edificios modernistas alternan con casas más humildes y, en medio de una plaza, vimos una extravagante y enorme construcción de madera, como tres enormes graneros rodeados de un pequeño muro, donde viven decenas de personas humildes y refugiados. Lo llaman el Mundial Pabellón, construido para durar unos meses y que ya lleva ahí años.

El paseo nos ha llevado, por fin, al enorme Hotel Victoria, que ocupa toda una manzana. Como es sábado, su café estaba repleto de humo, música y conversaciones en voz muy alta; soldados y oficiales bebían y también comían un menú bastante módico para un establecimiento tan elegante. Ismael, al apercebirse del gentío, no ha querido entrar. He tenido que arrastrarlo al interior y, nada más cruzar la puerta, de forma gradual, como si una ola partiese de nosotros, se ha hecho el silencio. Hasta los músicos han dejado de tocar y todos se han quedado mirando a Ismael.

Él se ha echado a temblar, se ha agarrado de mi brazo y me ha rogado:

«Vámonos».

Entonces se nos ha acercado un cabo y lo ha saludado formalmente.

«Señor, ¿es usted el de Nador? ¿El que salvó a los colonos? Oí que lo habían dejado sin rostro; perdone mi forma de expresarme.»

«Sí, lo es. Alférez Ismael Vallejo», he respondido por él. Ismael aún estaba temblando, encogido a mi lado.

«Entonces me gustaría invitarle a algo, a lo que quiera. Salvó a mi hermana y a mis sobrinos. Uno solo tiene dos años.»

Ismael se ha limitado a asentir; aún estaba muy asustado. El cabo, entonces, se ha dirigido a todos los clientes del hotel:

«¡Es el héroe de Nador! —Y se ha vuelto hacia Ismael—. Por favor, no tiene que estar asustado, aquí está en familia».

Un oficial que estaba junto a él ha dado una palmada. Me ha recordado a lo que yo misma hice cuando don Francisco nos impartió su

última clase. Y el resultado ha sido el mismo: poco a poco todos se han ido sumando. He ayudado a Ismael a ponerse firme para recibir ese aplauso que le dedicaban. Le han hecho un pasillo y lo han llevado hasta la barra, donde he tenido que insistir en que solo podría tomar una bebida, que aún estaba convaleciente; no ha sido fácil, porque todos querían invitarlo y celebrar su presencia. Hemos tardado casi una hora en irnos.

Ismael ha estado callado casi todo el rato, murmurando un «gracias» de vez en cuando. En cuanto hemos salido me ha dicho:

«Sé que he estado ahí dentro más veces».

«¡Entonces ha recordado algo!».

«No mucho. Solo que alguna vez estuve ahí, que es un local que me resulta familiar. La barra, las mesas, el ruido, el ambiente cargado de humo, el alcohol... Pero no sé qué haría ahí, ni cuántas veces habré estado o con quién.»

«Es algo. Hay otro café que suele ser muy frecuentado por los oficiales de Melilla. ¿Quiere que vayamos?»

El Hotel Colón está cerca del puerto, en un edificio modernista rodeado de solares vacíos y casas a medio construir. Su café es más refinado y tranquilo, con conversaciones en voz baja cubiertas por la música de un piano. Los militares que lo frecuentaban hoy eran todos oficiales y se mezclaban con hombres de negocios de la ciudad, y hasta había algunas mujeres. Hemos ocupado, discretos, una mesa. Esta vez no ha habido silencio ni aplausos, y las miradas han sido de reojo. Un camarero nos ha servido un par de tés.

«Es extraño —ha dicho Ismael cuando nos ha dejado solos—, de alguna forma sé que no pertenezco a este lugar, que tengo más que ver con el café del Victoria, pero también sé que estuve aquí muchas veces... y que, por alguna razón, estaba incómodo. Igual que ahora. En el otro local me asusté y todo me abrumó de forma excesiva. Aquí no hay nada que me moleste y debería relajarme y disfrutar de este té, que está muy bueno, pero hay algo que debió de ocurrir aquí y que me inquieta mucho.»

Antes de irnos les he preguntado a los camareros si les sonaba el hombre de Ismael Vallejo o si recordaban algún suceso referido a un militar de ese nombre. Me dijeron que no.

Hemos regresado al atardecer y le he pedido que, para rematar nuestra expedición, subiésemos a la terraza del hospital.

«Me da que esto lo hacen todos en Melilla, y quizá le traiga más recuerdos.»

Alba también estaba allí pero, con discreción, se ha ido hacia otro lado y nos ha dejado a solas. Y allí me he quedado con Ismael hasta que las estrellas han comenzado a aparecer y el sofocante calor se ha apartado hacia las montañas por la brisa que llega desde el mar. Mañana nos golpeará el levante, pero a esa hora era muy agradable.

«Estar aquí no devuelve nada a mi memoria —ha dicho mirándome a los ojos—. Pero en la brevísima historia de mi vida, que comenzó cuando la vi en el hospital Docker, jamás me he sentido más en paz que ahora. Gracias, Laura.»

Lo he ayudado a acostarse y he tenido la tentación de besar las vendas de su frente para desearle las buenas noches, como hice un día con Leandro en Madrid. Con el niño fue una triste cuesta abajo. Con Ismael siento que estoy recorriendo el mismo camino en la dirección contraria, hacia arriba.

14 de agosto de 1921

Con nuestra visita al acuartelamiento y a los cafés, algo ha debido de agitarse en el interior de Ismael, porque ha tenido un sueño muy extraño que me ha contado al regreso de la misa.

«No llevaba las vendas y ni siquiera estaba herido. ¿He soñado con mi pasado?»

«Puede ser. En los sueños se mezclan recuerdos antiguos con otros recientes, y estos con miedos y deseos, y también con puras fantasías... — No le he hablado de mis propios sueños, en los que aparecen cosas que nunca he visto y que han resultado ser reales, para que no me tome por loca—. Siga, por favor.»

«Caminaba por un paraje árido, bajo una colina y junto a un blocao de adobe reforzado con sacos terreros. A su lado había un coche quemado. Y cerca, un pequeño llano del que habían retirado todas las piedras y arbustos.»

«¿Podría ser la posición de Dar Hamed? ¿O la de Nador?»

«No lo sé. Entonces apareció el hombre de pelo cano, el que me visitó en el hospital... Aunque le dijo a usted que no me conocía.»

«Por su actitud creo que nos miente. Y piense que en los sueños se amalgama de todo. Puede que de verdad sea un recuerdo o que ese hombre jamás haya estado ahí o que ese lugar ni siquiera exista...»

«Al verme, ese hombre corrió hacia mí y dijo que me había estado buscando...»

«¿Por qué le buscaba?»

«No lo sé. Pero yo debía de saberlo, porque le pedí que se tranquilizase, que iríamos ahora mismo hasta allí, eso fue lo que dije, “hasta allí”... Y lo llevé a una cueva cercana.»

«¿Una cueva?»

«Sí, ¿por qué?»

«Yo también he soñado con unas cuevas, ¿cómo eran las de su sueño?»

«Oscura y estrecha, de roca caliza y seca, que se deshacía al tocarla...»

«No son las mismas.»

«Pues allí estaba usted.»

«¿Yo?»

«Sí. Y parecía asustada. Me acerqué a ver qué le pasaba y cómo podría ayudarla. Pero usted me miró y no me reconoció. Es más, se asustó, gritó e intentó escapar de mí... Y entonces me desperté.»

«Está claro que yo no pertenezco a su pasado. Pero ese lugar y esa cueva sí creo que pueden formar parte de él. Así que intentaré organizar una visita a Dar Hamed para comprobar si es el mismo lugar.»

«He preguntado a otros soldados y me han dicho que Dar Hamed es una posición avanzada de las más peligrosas. A su blocao lo llaman “el Malo” por la cantidad de soldados que han caído allí... Quizá no deberíamos ir por ahora.»

«Ya se me ocurrirá algo.»

Hemos oído un estallido lejano al que no he dado demasiada importancia. Él se ha encogido: «Artillería». Y, unos segundos después, ha sonado otro más cercano.

«Voy a ver qué ha sido», le he dicho.

«Esta sensación la recuerdo bien, es un cañón y nos están disparando.»

He subido a la azotea y, con los demás médicos y enfermeras que ya estaban allí, hemos divisado, al sur, por donde estarían nuestras líneas, una pequeña columna de humo. Pablo, que hoy estaba con nosotros para instalar una cocina nueva, ha comentado:

«Se ve que los moros ya han emplazado sus cañones en el Gurugú. Ahora pueden dispararnos a placer.»

He temido oír más cañonazos y ver el estallido de más bombas por toda la ciudad, pero no ha pasado nada. Hemos vuelto a nuestras tareas y, poco después, nos han traído a los tres heridos por aquel primer disparo. Había dado de lleno en una trinchera ocupada por seis hombres. Dos soldados habían muerto al momento, otros dos necesitaban curas, uno estaba desaparecido y el tercero no parecía tener nada e insistía en volver con sus compañeros cuando, de repente, le ha faltado el aire y ha comenzado a escupir sangre. Lo hemos llevado corriendo al quirófano y, con mi ayuda y la de Avi, el doctor Noguerras lo ha abierto. Pero ya no se podía hacer nada. Tenía los pulmones encharcados de sangre.

«Pasa a veces —nos ha explicado Noguerras—. La explosión crea un vacío junto a la víctima y esta absorbe todo el aire que hay en sus pulmones, destrozándolos. Por fuera parece intacto y puede aguantar así bastantes minutos, incluso una hora, pero ya está sentenciado a muerte.»

Ese no ha sido el único horror de la bomba. Uno de los dos supervivientes tenía pequeñas heridas de metralla por todo el cuerpo, muy superficiales. Mientras le extraíamos esas esquirlas no paraba de preguntar por el desaparecido, que era su mejor amigo. Noguerras, al estudiar de cerca la metralla, se ha dado cuenta de qué había pasado y nos ha llevado aparte:

«No les dispararon con un obús de metralla, sino con uno explosivo».

«¿Y toda la metralla que le estamos quitando a ese paciente?», ha dicho Avi.

«No es metralla. Miradla. —Y nos ha enseñado, con las pinzas, lo que hasta ahora habíamos creído pequeñas esquirlas metálicas. Era un pedacito de hueso ensangrentado y muy astillado—. El obús alcanzó directamente al amigo de nuestro paciente y lo desintegró en miles de pequeños fragmentos de carne y hueso... que se han clavado por todo el cuerpo de este pobre hombre. ¿Quién le dice que tiene lo poco que queda de su amigo enterrado en su propia carne?»

«¿Las Santirso?», ha propuesto Avi.

Inés y Margarita se lo han explicado: aunque ellas le sacaran la mayoría de esos pedacitos, muchos, minúsculos, aún quedarían enterrados bajo su piel. Pero no debe preocuparse. A lo largo de los siguientes días su propio cuerpo expulsará los restos de su amigo en forma de granitos purulentos, como si volviese a tener acné... A todos nos ha sorprendido cómo han conseguido Inés y Margarita decirle algo tan repulsivo, triste y macabro con esa sensibilidad.

Un par de horas después, hemos oído otro disparo y otra explosión. «¿Dónde ha sido esta vez?», ha preguntado Alba.

Había caído lejos de las casas y de las defensas. Más tarde, ya cerca del anochecer, ha caído una bomba junto al río, pero no ha explotado. Galeb ha ido a verla y nos ha contado que estaba medio enterrada en el barro. Unos artilleros han excavado a su alrededor para quitarla de allí y han descubierto que la espoleta estaba mal ajustada.

En cuanto ha anochecido, un oficial nos ha visitado para pedir que apagásemos la luz, como se pretende hacer en toda la ciudad para evitar dar blancos nocturnos al cañón del Gurugú. Pero Carmen se ha negado. Necesitamos algunas luces para atender a los heridos. Y, por lo que he visto desde la terraza, no hemos sido los únicos en negarnos: varios cafés y teatros allí estaban, con las luces encendidas y rebosantes de gente. Su bullicio aún se oía más que los lejanos cañonazos.

16 de agosto de 1921

Hoy ha ocurrido un milagro: han regresado los muertos.

A media tarde, el doctor Nogueras, Inés y yo estábamos en el vestíbulo, abriendo una de las cajas que puntualmente nos envía sor Berzelius, cuando ha entrado un sanitario del hospital Docker. Lo seguía un hombre que llevaba un vendaje en la cabeza y que, pese a sus heridas y su mal aspecto, caminaba por su propio pie.

«Ha insistido en que lo trajéramos aquí», ha dicho el sanitario.

Nogueras ha tardado un poco en reaccionar porque no era capaz de creer lo que veía.

«¿Tan mal estoy que ya no me reconoces?», le ha preguntado el herido.

«¿Felipe?» Nogueras no daba crédito.

Se han abrazado y el recién llegado se ha resentido del exceso de entusiasmo de nuestro doctor.

«Deja que te examine, y me explicas qué coño te ha pasado.»

El aparecido, nunca mejor dicho, era Felipe Peña, uno de los médicos que estaban con la columna de Navarro en Arruit y al que todos creían muerto en la masacre. Pero, herido en la cabeza, sobrevivió y se arrastró hasta un aduar, que es un poblado de nómadas, donde se fue recuperando mientras hacía de curandero para esas gentes. En cuanto estuvo restablecido, dos de los nómadas, en agradecimiento, lo

acompañaron hasta nuestras líneas a través de caminos poco transitados, de noche y fuera de la vista de la *harka* de Abd el-Krim.

Y un poco más tarde el milagro se ha repetido. En pequeños grupos de tres o cuatro, algunos acompañados por bereberes de la zona, han ido llegando una veintena más de supervivientes; algunos de Arruit y otros de puestos aún más lejanos que ya fueron destruidos antes. A todos los hemos atendido y ayudado a recuperarse, y hemos escuchado sus asombrosas historias. Ninguno es el padre o el prometido de Alba, y ella les ha preguntado a todos por ellos. Algunos los conocían y los habían visto aquí o allá en algún momento, pero ninguno ha podido darle fe de su supervivencia o de su muerte.

Me ha parecido que Alba lo encajaba más o menos bien, pero en cuanto ha estado a solas en una de las salas de cura la ha emprendido a golpes con el material y las sillas, tirándolo todo y rompiendo algunas cosas. Hasta se ha hecho un corte en la mano. La he agarrado como he podido y ambas hemos caído al suelo, manchadas de su sangre. Me ha gritado que la soltase, que la dejase en paz. No lo he hecho y, al poco, han entrado varias enfermeras que habían oído el escándalo.

María Benavente, que sustituye a Carmen mientras se monta el otro hospital, le ha administrado una pequeña dosis de morfina para calmarla y la ha llevado hasta su barracón. Las he acompañado y he ayudado a acostarla.

«Pensé que en mi alma ya solo quedaba una cicatriz —me ha dicho Alba en un susurro mientras se le iban apagando los ojos—, pero esa herida nunca se va a cerrar.»

Su respiración se ha suavizado y una sonrisa artificial se ha dibujado en su boca. Dormía en paz. He limpiado la sangre de su mano y vendado el pequeño corte que se había hecho. Luego me he echado en el camastro de al lado y he estado un rato vigilándola. Y aquí sigo, escribiendo al son de su sosegada respiración.

17 de agosto de 1921

Me ha parecido que Alba, hoy por la mañana, estaba mejor. Benavente ha insistido en que se tome todo el día para descansar, pero ella no ha querido y ha vuelto a sus tareas.

El cañón del Gurugú sigue disparando y ya nos estamos acostumbrando a su sonido. Casi todos sus disparos se dirigen contra las

trincheras y puestos avanzados del sur, en los alrededores de Beni Ensar y la Mar Chica. De los pocos proyectiles que caen en la ciudad, la mayoría no explotan porque las espoletas han sido mal manipuladas. Hay quien especula que esos cañones son manejados por un prisionero español que intenta hacer su trabajo de la peor forma posible para evitar dañarnos.

Por la mañana he ayudado a Ismael con sus ejercicios, subiendo y bajando las escaleras cogido de mi brazo, aunque me parece que ya no es necesario porque camina mucho mejor y se mueve con soltura. De no ser porque sus pulmones, si se fatiga, aún se resienten, y porque su piel sigue quemada y necesita una vigilancia constante por si aparecen infecciones, podríamos darle el alta. Su cuerpo parece querer recuperarse cuanto antes; no así su memoria.

Ha vuelto a tener un sueño parecido, con el mismo lugar árido y fortificado que, sospecho, será Dar Hamed.

El regreso de Peña y los demás supervivientes me ha hecho pensar que el cerco sobre Melilla ya no debe de ser tan estrecho como antes y que quizá nuestras líneas no soportarán la misma presión. Quizá sea el momento de acercarse hasta el Atalayón y ver si, desde ahí, podemos alcanzar la posición de Dar Hamed.

«¿Y por qué no esperamos a que nuestras tropas lo recapturen? —ha propuesto Ismael—. Algún día comenzaremos a retomar el territorio perdido... Para eso estarán trayendo tantos soldados.»

«Es posible que cuando eso ocurra usted ya esté en la Península. Su recuperación será lenta y le daremos de alta en cuanto cambiemos las vendas y veamos que las quemaduras comienzan a cicatrizar y no hay infecciones.»

Esa noticia ha parecido descorazonarlo.

«No lo sabía...»

«Pues ahora ya lo sabe.»

«No quiero irme de aquí.»

«No puede quedarse para siempre. Y necesitamos las camas para otros heridos. En los hospitales de la Península estará bien atendido.»

«No tan bien como aquí —ha dicho mirándome—. Y allí podré curar mi cuerpo, pero no mi cabeza. Es aquí donde puedo recuperar la memoria y saber quién soy... Quién era.»

«Por eso le propongo ir ahora hasta Dar Hamed.»

Se ha quedado callado un momento, pensando, y luego ha dicho que no. Y no sé por qué, pero me he enfadado mucho con él en ese momento.

«De acuerdo. Como prefiera. Aunque yo tengo bien claro lo que haría. Pero, a fin de cuentas, se trata de su memoria y de su identidad, no de las mías.»

Esa reacción y esas palabras le han dolido, pero, furiosa como estaba, no me ha importado. Qué injusta puedo llegar a ser a veces...

Él, sin levantar la voz ni molestarse, ha respondido:

«¿Usted es la misma que cuando era niña? ¿O que hace un año? — Por nuestras conversaciones, en las que yo le he contado de todo, sabe demasiado sobre mí. Aun así, he estado tentada de decirle que sí era la misma Laura, pero él se adelantó—: No me diga que sí, porque sabe que no es cierto. Usted misma me lo ha dicho».

«¿Y qué tengo que ver yo con lo que le pasa a usted?»

«Mi caso es parecido, aunque más extremo. Sé quién soy ahora y me da igual quién era antes, porque ya no soy esa persona... ¿Qué más da qué hacía o cómo sentía? Esa persona ha muerto, ya no está... Puedo vivir sin saber quién era, pero no sin...»

No he querido oír más, me he dado la vuelta y lo he dejado con la palabra en la boca. Sus argumentos pueden sonar bien y ser razonables, pero una persona está incompleta si no sabe quién fue. Pero lo que me ha dolido ha sido que menospreciase mis esfuerzos, que no pusiese de su parte cuando yo había hecho tanto por ayudarlo.

Me he entregado a mi trabajo y poco a poco se me ha ido pasando el enfado, lo reconozco, tan injusto. Así que al cabo de unas dos o tres horas he tomado aire, me he tranquilizado y he ido a hablar con él. Nada más entrar he visto que estaba haciendo sus ejercicios con otra enfermera, una de las nuevas, una pelirroja cuyo abultado cabello rizado se le escapaba de la cofia, muy simpática y jovial, y que ha llegado hace unos días. No sé qué le habría dicho él, que se estaba riendo. Me ha sentado como una patada en el estómago, así que me he ido sin que siquiera llegasen a verme.

Lo sé, querido diario, lo sé. Es absurdo y no tiene lógica. O, peor aún, obedece a una lógica que aquí no tiene sentido. La lógica irracional e incontrolable de los afectos. Supongo que por haberlo cuidado desde el principio, he acabado por ver a Ismael como algo mío y he sentido que me lo están quitando, o que él se aparta, o que lo estoy perdiendo. Fuera lo que fuera, me ha dolido. Y no me ha gustado que me doliese. Si mi corazón es un barco, seré yo quien lo dirija, no los elementos. Aquí nadie es de nadie y tengo mucho que hacer como para perder el tiempo con tonterías.

Acabo de ir al panel del vestíbulo y he pedido turno en la planta baja, con la tropa, en enfermos. Ismael, por lo que veo, se las apañará bien sin mí.

18 de agosto de 1921

Hoy ha venido Carmen al hospital. Aunque están trabajando duro, el nuevo no se abrirá hasta septiembre y le apetecía ver qué tal están nuestros pacientes. Y además nos traía un regalo recién llegado de la Península, fruto de sus gestiones. Cuando lo hemos desembalado no dábamos crédito: una máquina de rayos X para cirugía.

«Este aparato nos convierte en uno de los hospitales de sangre más modernos del mundo. Nos vendrá bien para buscar balas o metralla en los heridos», ha explicado.

«Que Dios me perdone —ha dicho el doctor Nogueras—, pero estoy deseando que a alguien le metan un buen balazo en el tórax.»

Puedo entenderlo. Y me he arrepentido muchísimo de mi arrebatado de ayer, y de haberme autoasignado el pabellón de enfermos, porque las de cirugía se han pasado el resto de la mañana aprendiendo a usar la máquina. En mi primer rato libre me he apresurado a hablar con sor Asunción para que me volviese a poner en el cuadro de cirugía. Y le he asegurado que no me importaba doblar turno esta misma tarde.

Cuando ya estaba acabando la mañana, la enfermera pelirroja ha bajado a buscarme.

«Ismael pregunta por qué no has ido, y quiere saber si irás por la tarde.»

«Dile que hoy tengo turno en medicina, aquí abajo, y que luego subiré a estudiar la máquina nueva. Me será imposible ir.» Creo que ha sonado bastante tranquilo y razonable.

La tarde la he pasado con la máquina de rayos X y no he vuelto a pensar en Ismael hasta que Inés ha aparecido con otro recado de él, al que yo he respondido de forma similar. Pero Inés no es la pelirroja...

«¿Qué te pasa con él? No puedes tratarlo así», me ha dicho.

«No le estoy haciendo nada, es solo que estoy muy ocupada.»

«Si hasta ayer os pasabais el día juntos...»

«No exageres.»

«No exagero.»

«Solo intentaba ayudarlo con lo de su memoria, pero a él ya no le interesa; así que me he puesto a otra cosa...»

Inés ha meneado la cabeza.

«Porque eres mi amiga, pero mira que puedes llegar a ser testaruda... No insisto porque no quiero que te enfades conmigo, pero piensa en lo que estás haciendo.»

No sé por qué ha dicho eso. No tengo nada que pensar. Ismael era mi paciente, no mi amigo. Y ahora ya no lo es. Mi paciente, digo. Lo otro, nunca lo ha sido.

19 de agosto de 1921

Por la afluencia de heridos se ve que los combates arrecian en el frente. No es que haya sido un aluvión, pero sí han llegado más de los habituales. Desgraciadamente para el doctor Nogales y para nosotras, ninguno ha necesitado la máquina de rayos X. Afortunadamente para ellos, han sido operaciones sencillas y ya están recuperándose.

En la última operación el doctor Nogueras me ha invitado a coser una de las puñaladas.

«Pero —he dicho con timidez—, esta vez no es una urgencia...»

«Razón de más; así puedo supervisarla mejor.»

«Solo soy una enfermera. No debo hacer cirugía mayor. Si una enfermera cose en quirófano puede ser inhabilitada...»

«Lo sé, pero estamos en un hospital de sangre, en primera línea de guerra; aquí el protocolo tiene muchas excepciones y la urgencia nos obliga a saltarnos las normas. Y si le digo que suture, es que puede hacerlo. Además, si lo hago es porque no es una enfermera.»

«Ya, solo soy una voluntaria...»

Se ha reído.

«Dios mío, Laura, tan lista para unas cosas y tan despistada para otras. Ande, coja las pinzas, las agujas y el hilo, y póngase a cerrar la herida antes de que se nos llene de moscas.»

Lo he hecho, pero que me estuviese mirando tras decir todo eso me ha puesto nerviosa y, al principio, me temblaban las manos. «Tranquila», me ha aconsejado. Ya sabía que tenía que estar tranquila y que él lo dijese no ayudaba. Así que me he parado un momento, he tomado aire, lo he soltado lentamente, he agarrado con fuerza las pinzas y la aguja, y me he puesto a coser la carne como ya había hecho otras veces mientras mi

compañera, ahora mi ayudante, limpiaba la sangre alrededor de la herida. Cuando he terminado, el doctor ha dicho que lo había hecho bien y me ha dado un par de consejos para hacerlo mejor la próxima vez. Estaba tan contenta que ni he sido consciente del significado de lo que ha venido a continuación.

«Y ahora quiero que me ayude a quitarle las vendas a su paciente.»

«Claro», he respondido ufana. Entonces me he dado cuenta de que ese paciente era Ismael, y no me apetecía nada estar con él. Pero ya era tarde para decir que no.

Ismael me ha recibido con alegría, como si nunca hubiésemos discutido.

«Avísenos si le duele o se siente mal», le ha pedido el doctor.

Con mucho cuidado, hemos comenzado a retirar las vendas que le cubrían casi todo el cuerpo, empezando por las piernas.

Allí las quemaduras eran más escasas y el tejido había cicatrizado bastante bien. Con el tiempo apenas se le notará. En los brazos y el tórax era diferente. El impacto de la explosión fue mayor y, aunque el doctor Pagés había hecho un buen trabajo quitándole todos los fragmentos de metralla, las cicatrices de las heridas se mezclaban con las de las quemaduras y la piel estaba horriblemente arrugada y enrojecida. Con el tiempo, si se cuida bien, mejorará respecto a lo que veíamos, pero siempre quedará marcado.

Cuando íbamos a comenzar con el rostro, Ismael ha dicho:

«Si no les importa, preferiría que en esta parte ella no estuviese».

Nogueras me ha mirado, Ismael, no; de hecho, ha apartado su mirada de mí.

«Claro», he balbuceado. Y he salido de la sala de curas al descansillo.

Allí he esperado, de muy mal humor. Y eso que el enfado que tenía con Ismael se me había pasado al ver las quemaduras de su cuerpo. Aunque seguía sintiendo lástima, no entendía por qué me había echado. He estado a su lado y lo he cuidado día y noche. Ya he visto el resto de su cuerpo. ¿Se creía que no iba a soportar ver su rostro? Soy enfermera y sé cómo estará. Lo único que haría es comprobar si hay peligro de infección y ver qué podemos hacer para mejorar la cicatrización. No me iba a asustar, no me iba a alejar de él; al contrario, me podría haber aproximado más... No suelo medir a la gente por su aspecto, y mucho menos por un aspecto que le ha sido impuesto de esa forma tan cruel. Le he hablado mucho de mí, le he contado casi toda mi vida... y me duele que piense que puedo llegar a juzgarlo de una forma tan superficial.

Estaba dándole vueltas a todo eso cuando se ha asomado el doctor Nogueras.

«Laura, puede volver. Vamos a ponerle vendas empapadas en vaselina en algunas zonas del tórax y los brazos.»

Al final acabaré por verle el rostro, he pensado, pero me ha sorprendido que volviera a tenerlo cubierto con vendas nuevas. Me he limitado a hacer mi trabajo. Luego lo hemos acompañado hasta su cama, donde el doctor Nogueras le ha explicado que su recuperación es muy buena y que pronto le podremos enviar de vuelta a casa.

«¿A casa? —ha repetido Ismael con extrañeza—. Hasta este momento no me había planteado que también debo de tener una casa y una vida en la Península. La única que conozco, por ahora, es esta.»

Me ha mirado al decirlo y yo no he apartado la mirada, porque no habría estado bien, pero tampoco le he sonreído.

«Un oficial de su batallón —le ha informado Nogueras— está haciendo averiguaciones para ver quién es su familia y dónde viven. En cuanto lo sepamos, le enviaremos a un hospital cerca de ellos.»

«¿Y cuándo será?»

«En dos o tres días.»

Ismael se ha quedado pensativo. Ya íbamos a irnos cuando ha dicho:

«¿Puedo hablar con ella un momento?».

«Claro.»

El doctor ha respondido por mí, lo que me ha obligado a volver con Ismael. Me he limitado a mirarlo, en silencio. Él me había llamado, ¿no? Pues que hablase.

«Quiero ir a Dar Hamed», ha dicho por fin.

«¿Por qué antes me ha echado de la cura?», le he preguntado muy seca y enfadada.

Ni yo esperaba esa propuesta ni él esperaba mi pregunta.

«Lo siento; pero no quería que viese... lo que hay debajo.»

«Sé lo que hay debajo y me da igual. ¿Cómo puede pensar que yo...?»

«Lo sé, Laura, lo sé. La conozco y sé que no le importaría. Y no tiene nada que ver con usted, sino conmigo. —Lo ha dicho con tanta tristeza que parecía a punto de llorar—. No quiero que me vea así... Ni usted ni nadie... Aún no... Y no se enfade, por favor... Ya ha oído al doctor. Solo me quedan dos o tres días aquí, y no quiero que los pasemos así.»

No sé por qué, pero a mí también me han entrado ganas de llorar. He respirado profundo para contener esas lágrimas. Luego le he dicho con voz suave:

«¿Quiere ir a Dar Hamed porque el tiempo se le acaba? —Asintió—. Creí que su pasado ya no le importaba, que todo lo que yo estaba haciendo por usted ya no servía para nada... Que se había rendido».

«Claro que me importa, pero usted me importa más... Y no quería ponerla en peligro.»

«¿Y qué ha cambiado ahora?»

«Que por querer protegerla la he alejado de mí. Y que ese sueño, con ese lugar, sigo teniéndolo todas las noches. A veces está usted, a veces hay más gente, el de pelo cano, otros... Pero el lugar siempre es el mismo... Y mi angustia, allí, cada vez es peor. Si quiero acallar mi mente, debo ir y saber qué pasó, qué es ese lugar para mí. Pero usted se quedará atrás, júreme que no se expondrá al peligro.»

«Lo intentaré.»

Es una mentira, por supuesto. En la vida podemos escoger nuestro viaje, pero no a quienes serán nuestros compañeros; a esos nos los vamos encontrando. E Ismael, se ponga como se ponga, en este me llevará a mí.

20 de agosto de 1921

Galeb me ha explicado que no será nada fácil llegar a un sitio tan expuesto y aislado como Dar Hamed, y que era posible que ni siquiera lo consigamos. Ha hecho unas cuantas llamadas y a primera hora de la tarde me ha avisado. Lo había organizado todo para que nos lleven hasta el Atalayón. A partir de ahí ya será asunto nuestro.

Hemos salido en su camioneta. Avi, que intenta pasar todo el tiempo libre del que dispone con él, se nos ha unido y lo ha acompañado en la cabina. Ismael y yo nos hemos subido al cajón de carga.

He vuelto a recorrer el camino que ya he hecho otras veces hacia el sur, pero hoy me ha parecido que Melilla es otra ciudad. Los edificios son los mismos, pero hay mucha más gente: mercaderes, mujeres, niños y, sobre todo, soldados, miles de soldados que se agolpan en las terrazas, hacen cola en los cines, mercados y comercios, y se reúnen alrededor de sus tiendas de lona, que ahora están por todas partes. En la improvisada pista de aterrizaje del Hipódromo hay más aviones y, a su alrededor, cañones, morteros y decenas de camiones militares. En los descampados los reclutas hacen instrucción y simulan atacar y pelear a las órdenes de sus oficiales.

Dejamos Melilla atrás y cruzamos Beni Ensar, pero esta vez hacia el mar, hasta llegar a la Restinga, que también está llena de tiendas de campaña y soldados entrenando.

En esa zona, la Restinga tendrá unos trescientos metros de ancho y se pierde de vista hacia el sur, como un infinito puente entre dos mares. Galeb, que es muy respetado por los lugareños, se ha reunido con un nativo que nos llevará en su barca por la Mar Chica hasta el Atalayón.

«Iré yo solo», ha dicho Ismael.

«Es mi paciente —le he replicado— y, que yo sepa, no le he dado el alta, así que será usted quien venga conmigo.»

He subido a la barca y él, resignado, me ha seguido.

Las aguas de esta laguna costera no son muy profundas y esa tarde, en que casi no hacía viento, estaban muy tranquilas. La barca se ha deslizado sobre el agua sin apenas bambolearse. Sobre el zumbido de su motor hemos comenzado a oír disparos y explosiones lejanas.

«¿Qué pasa?», he preguntado.

«¿Estamos atacando? —ha dicho Ismael extrañado—. Cuando veníamos no he visto demasiado movimiento hacia el frente...»

«Aún no es la gran ofensiva de la que todos hablan —ha comentado el barquero sin dejar de mirar a la laguna—, pero la Legión y los regulares ya están en faena, tanteando las líneas enemigas y atacando las faldas del Gurugú.»

Los ecos de los cañonazos y los disparos reverberaban sobre la laguna y parecían venir de todas partes.

«Voy a echarla de menos, ¿sabes? —ha dicho Ismael mientras paseaba la mirada sobre el agua—. Tengo un presente y sé quién soy, qué quiero hacer y con quién quiero estar, pero resulta que sí necesito un pasado para sentirme bien; me figuro que todos lo necesitamos. Y si no lo tienes, te lo construyes aunque no sea real.»

«¿Y se ha construido uno?», he preguntado con curiosidad.

«Lo he creado con lo que tengo a mano. Me ha contado tantas cosas de su vida, de su familia y de sus amigas que ya casi siento esas historias como propias. Como si hubiese estado allí, cerca de usted, en su casa, en los bailes, en el hospital... Pero en silencio, viviendo todas esas cosas sin participar en ellas..., hasta que, ahora, por fin, he podido entrar en su vida.»

«Como si fuese un hermano...», le he dicho.

«No. Como si fuese un niño que la miraba jugar desde el otro lado del patio sin atreverse a cruzarlo.»

«Pero ese no es su pasado. Si estamos aquí, es para buscar el verdadero...»

«Lo sé. A veces siento un vacío extraño, como si mi vida fuese la superficie de este lago, limpia, en calma, plácida... y vacía. Pero en los sueños, en las sensaciones que he tenido al visitar los cafés, sé que bajo ella hay algo que se agita y quiere salir...»

«Pues ayudémosle.»

«Ya lo estamos haciendo... Aunque hay algo que me preocupa. ¿Y si lo que descubro no me gusta? ¿Y si es mejor lo que tengo ahora, aunque no sea real?»

«Yo he hecho cosas que me avergüenzan y de las que me arrepiento, pero esos errores forman parte de mí; me han hecho ser como soy... Si, cuando lo descubra, su pasado le gusta, celébrelo; si no, cámbielo... —He estirado el brazo hasta rozar la superficie del agua, creando una pequeña estela—. Y no puede ser malo; usted es un héroe, salvó a mucha gente... Alguien que da la vida por los demás no puede ser mala persona.»

«Eso me gustará recordarlo, supongo... Ser un héroe.»

El barquero ha apagado el motor cuando ya nos acercábamos a la orilla del Atalayón. Ismael se me ha acercado un poco más.

«¿Por qué lo hace?»

«¿Lo de ser enfermera?»

«Lo de ayudarme... ¿Por qué hace tanto por mí?»

Pero entonces el barquero ha reclamado a Ismael para empujar la barca un poco a tierra. Ambos me han ayudado a bajar. El Atalayón es una colina que surge de la Mar Chica, una empinada isla que se une a tierra a por un estrecho pasadizo al otro lado de donde estábamos nosotros. Los soldados la han llenado de barracones, trincheras, sacos terreros, cañones, ametralladoras y alambradas. No sé mucho de guerras, pero parecía fácil de defender y era un lugar perfecto para vigilar la carretera de Nador y las faldas del Gurugú.

Un cabo de la Legión nos ha salido al encuentro.

«¿Qué hacen aquí?», ha gritado con bastante mal humor.

«Este hombre tiene que ir a Dar Hamed», he respondido.

«¿Al Malo? ¿Están locos? Vuelvan ahora mismo por donde han venido.»

«Soy alférez, cabo —ha intervenido Ismael—, así que no puede darme órdenes.»

«Discúlpeme, señor, pero esta posición está a cargo de la Legión y, salvo que me muestre una orden escrita, allí solo vamos nosotros, no un

herido de otra unidad, aunque sea alférez. Y mucho menos, una mujer...»

«Solo será un momento.»

«Un momento es tiempo suficiente para que ocurra una desgracia. He dicho que no y cuando yo digo que no, es no.»

Entonces he oído el sonido de una guitarra y el canto de unos hombres. He echado a correr hacia el lugar de donde venía esa música.

«¡Eh, señorita, ¿adónde va?! ¡Deténgase!»

El cabo ya iba tras de mí, pero Ismael lo ha retenido. Al legionario no le ha costado soltarse de él, pero ya me había dado tiempo de llegar hasta unos sacos terreros y asomarme sobre ellos.

«¡Sancho!», he gritado.

Y él, con su guitarra, se ha puesto en pie y me ha recibido con sorpresa.

«Señorita, pero ¿qué hace aquí? No, espere, no me diga quién es, que yo para los nombres tengo mucha cabeza. A ver... Esa sonrisa, esos ojos verdes... Laura, la señorita De la Gasca.»

«Así es. Y necesito su ayuda.»

«Ni la escuches, Sancho. Tienen que irse», ha dicho el cabo al llegar a nuestro lado.

Sancho se sorprendió al ver que Ismael venía conmigo.

«Vaya, pensé que nosotros les enviábamos los heridos, no que ustedes nos los traían hasta aquí.»

Luego me ha presentado a sus compañeros, que de alguna forma ya me conocían por todo lo que Sancho les ha contado sobre el hospital, que en la imaginación de aquellos hombres se parecía más a un placentero balneario.

«Es el alférez Ismael Vallejo —les he explicado—, el héroe de Nador. No recuerda nada de su vida y quiere visitar los lugares en los que estuvo porque eso lo ayudará a recordar; y sabemos que sirvió en Dar Hamed.»

«Y también estuve aquí —ha dicho Ismael—. Este emplazamiento, sus dependencias, me resultan muy familiares. Y sé que había mucha confusión, con heridos que llegaban del sur y soldados que marchaban hacia allí...»

«Debió de ser antes de Annual o en esos días. Por aquí aún se podía pasar, pero ahora es muy peligroso. Y Dar Hamed es aún peor. —Sancho parecía realmente asustado—. Es el blocao que vigila varias de las gargantas que salen del Gurugú; siempre hay moros. Si le llaman “el Malo” por algo será. Raro es el día en que no sacamos algún muerto o

herido. Y lo peor es que allí hay que estar siempre alerta, no puedes descansar o relajarte ni un segundo. Es para volverse loco.»

«No se preocupe, iré yo solo.»

«No, es mi paciente e irá conmigo.»

«Laura, no puede...»

«Me da igual que sea alférez —le he interrumpido de forma abrupta—, mientras no tenga el alta médica, está a mi cargo y me debe obediencia.»

«Me dijo que...»

«Le dije lo que necesitaba oír. Y ahora cállese y acate.»

Sancho se ha reído.

«Vaya carácter tiene la señorita. A ver, vamos a hacer una cosa. Puedo preguntarles a los de Dar Hamed cómo están las cosas y, si ven que no hay mucho peligro, y el teniente lo permite, yo mismo los puedo acercar.»

Nos ha llevado hasta la parte alta del Atalayón, que hace honor a su nombre, pues desde allí se divisan claramente todos sus alrededores. Al norte, Melilla. Al este, la Mar Chica, y al otro lado de la Restinga, el Mediterráneo. Al oeste, el Gurugú. Y al sur, paralela a la Mar Chica, una carretera que llega hasta un pueblo de casas y barracones bajos, en medio de los cuales destaca una iglesia.

«Nador —nos ha explicado Sancho—, aún en manos del enemigo. Y aquel monte, a lo lejos, es el Arruit.»

Me he estremecido al pensar en la matanza que allí había ocurrido.

Sobre un trípode tenían un aparato compuesto por un par de espejos que han orientado hacia el Gurugú.

«Con este heliógrafo —nos ha mostrado su operador— podemos comunicarnos con Melilla y con todos los puestos avanzados de la zona. Es el mismo que usábamos para enviar mensajes a Nador, Zeluán y el monte Arruit.»

Con una serie de destellos, corto para el punto, largo para la raya, ha enviado un mensaje en morse a lo que a mí me parecía un montón de rocas. Entonces, a lo lejos, le han respondido otra serie de destellos.

«Allí está Dar Hamed. Dicen que no han tenido mucha fiesta y que, por ahora, no hay heridos. Y aún están pendientes del avituallamiento.»

Sancho ha hablado con su superior, el teniente Agulló, al mando de los legionarios del Atalayón, y ha sido lo suficientemente persuasivo como para que nos deje ir hasta Dar Hamed:

«Podéis acercaros con Manolo, pero tened mucho cuidado; no quiero que le pase nada a la señorita».

Manolo ha resultado ser uno de esos héroes anónimos que no protagonizan asaltos ni grandes hechos de armas, pero que se juegan el cuello todos los días con su reata de mulas y burros para llevar munición, comida y agua a los puestos avanzados.

Así que nos hemos puesto en camino en compañía de Manolo, Sancho, tres legionarios y unas cuantas mulas y borricos que iban cargados hasta arriba. Todos íbamos en silencio, los legionarios con los fusiles listos, mirando hacia las colinas que comenzaban a rodearnos. Al cabo de un rato hemos divisado el blocao sobre un pequeño altozano no muy lejos de las paredes de la montaña. Es tan solo una casamata elevada, con tejado de chapa y protegida por sacos terreros y alambradas. Unos veinte hombres la guarnecían esta tarde.

A medio camino de la montaña, alrededor de la posición, había varios cadáveres resecos con ropas rifeñas.

«Ni los moros se atreven a retirarlos, ni nosotros pensamos hacerlo», ha comentado Sancho.

Los del blocao han recibido los suministros con alivio y preguntado a Sancho cuánto faltaba para su relevo.

«No sé, cosa del teniente; pero le preguntaré.»

«¿Y esos dos?», ha dicho un legionario refiriéndose a nosotros, muy extrañado.

De hecho, todos me miraban como si fuese un unicornio o algo así; un ser extraño, ajeno por completo a ese mundo y que no pintaba nada allí.

«Más les vale que se agachen; los *pacos* llevan toda la mañana dando por culo, aunque no creo que se atrevan a atacar de verdad hasta la noche.»

Nos hemos agachado tras los sacos y hemos subido al blocao, donde los legionarios se apiñaban alrededor de una enorme ametralladora. En su interior, por culpa de la chapa del tejado, que parecía arder, el calor se hacía insoportable. La cara y los brazos enseguida se me han llenado de pequeñas gotitas de sudor que se evaporaban al instante. No sé como esos hombres pueden aguantar allí todo el día.

Sancho ha indicado que los abastecimientos ya habían sido descargados, así que cuanto antes nos fuésemos de allí, mejor. He mirado a Ismael, que había estado muy serio todo el camino y que entonces aún lo estaba más.

«¿Es el lugar de tu sueño?», he tenido que insistirle para que se diera cuenta de que le estaba hablando.

«No, no es este... Pero he estado aquí, lo recuerdo.»

«¿Y qué recuerdas?»

Se ha puesto en pie y le ha dicho a Sancho:

«Ya podemos irnos».

«Pónganse tras las mulas», nos ha ordenado Manolo en cuanto hemos emprendido el regreso al Atalayón, y así lo hemos hecho.

Los legionarios se turnaban para darse la vuelta y vigilar las rocas y colinas a nuestra espalda.

Apenas llevábamos cincuenta metros recorridos cuando del lomo de la mula que iba a mi lado, de repente, ha salido un chorro de sangre, como si le hubiesen dado una cuchillada invisible. El animal ha echado a correr dando chillidos. Entonces he oído el silbido y después un estallido y su eco, el «pa» y el «co» del que tanto había oído hablar. Ha sido como si las cosas fueran al revés, y muy lentas: primero, el impacto, luego la bala y por fin el disparo. Me he vuelto hacia la montaña. Y he visto el destello de un arma al disparar. Sancho ha ordenado: «¡Fuego de cobertura!». Sus hombres han levantado los fusiles. Ismael ha gritado mi nombre. Entonces creo que ha sido cuando he oído el silbido, muy cerca de mí, rozando mi cofia. Los legionarios ya disparaban como locos contra las rocas, tanto los que nos acompañaban como desde el blocao. He visto otro destello, pero entonces el rostro de Ismael, oculto por sus vendas, ha aparecido ante mí. Sus ojos me han mirado por un instante y se han cerrado. Me ha abrazado con fuerza, descargando todo su peso sobre mí, y ambos hemos caído al suelo. Me he golpeado en la espalda y, con él sobre mí, no podía respirar. Empezaba a faltarme el aire. Le he pedido que me soltara, pero no se movía. El ruido de los disparos era ensordecedor y ni siquiera podía oír mi propia voz gritando. Entonces he sido liberada. Dos legionarios han cogido a Ismael por las axilas y lo han levantado. Sancho me ha ayudado a ponerme en pie. No sabía si me iban a responder las piernas después de aquel golpe. Me ha dicho algo que no he entendido muy bien en medio de aquel jaleo, pero estaba claro que teníamos que irnos de allí.

Manolo ha arreado a sus acémilas, que han salido al trote, y nosotros hemos echado a correr tras ellas. Los legionarios de vez en cuando se volvían para disparar. Aún he tardado unos cien metros, o más, en darme cuenta de que Ismael iba echado sobre una de las mulas. He apretado el paso para ponerme a su altura y he visto que sangraba por el pecho. Me

he arrancado la cofia para ponerla sobre la herida, presionando fuerte. La mula iba demasiado rápida para mí y he estado a punto de caerme. Uno de los legionarios se ha acercado.

«Deje, señorita, ya lo hago yo.»

«Presione fuerte...»

Algo me ha entrado en el ojo y he tenido que cerrarlo. Cuando me he llevado la mano a él, he notado que era un líquido. Con el otro ojo he visto que tenía los dedos manchados de sangre. Sancho me ha limpiado el párpado con un pañuelo.

«La han rozado en la frente, pero solo es un rasguño. ¿Quiere que la subamos a una mula?»

«No.»

Yo misma he comprimido la herida con el pañuelo y he seguido adelante. He llegado jadeando al Atalayón. Y he pedido que dejaran a Ismael en el suelo para ver su herida.

«Se puso entre usted y los *pacos* —ha dicho Sancho—, esos cabrones iban a por usted, señorita. Serán malnacidos.»

La bala le había entrado por la espalda, en la escápula derecha, pero no había orificio de salida. He usado las vendas que me trajeron para frenar la hemorragia.

«Hay que llevarlo a mi hospital, rápido.»

Sancho y otro legionario han cargado con Ismael y me han acompañado en la barca. A medio camino, en la Mar Chica, Ismael ha comenzado a hinchar el pecho. Apenas podía respirar y, por los silbidos, he sabido que era un neumotórax. Semejante al de la mujer que había sido incapaz de salvar en la plaza de la Independencia. E, igual que entonces, no tenía material quirúrgico a mano.

Pero esta vez no me han temblado las manos. Allí no había nada que se pareciese a una jeringuilla con una aguja del grosor necesario. Pero sí un motor viejo con varios tubos inservibles. Le he pedido un cuchillo a Sancho, que me lo ha tendido sin preguntar, y les he ordenado que sujetasen bien fuerte a Ismael, que le iba a doler tanto que se podría despertar. He cortado un pedazo de tubo y lo he limpiado lo mejor posible, luego he hecho un corte entre las costillas de Ismael y, con la ayuda del cuchillo, he introducido el tubo en el pulmón. Enseguida han salido sangre y aire. El pobre se ha agitado y ha chillado antes de volverse a desmayar, pero Sancho y su amigo lo tenían bien sujeto.

Entonces la barca ha girado bruscamente y hemos estado a punto de volcar. El barquero, al ver lo que yo acababa de hacer, se había

desmayado y estaba caído sobre el gobernalle del motor. Sancho ha saltado hacia la proa, lo ha apartado y se ha hecho con el control. Yo he limpiado con mi delantal la sangre alrededor del corte que había hecho y le he pedido al legionario que presionase allí. Luego he atendido al barquero, que, muy avergonzado, no ha tardado en recobrase de su desvanecimiento. El compañero de Sancho le ha comentado:

«Qué bien nos vendría una de estas en el Atalayón».

Él ha asentido:

«Dios hace milagros a través de sus manos, señorita».

Galeb y Avi nos esperaban con la furgoneta. Se han asustado al ver que Ismael estaba herido y que yo aún tenía la frente manchada de sangre.

«¿Lo has hecho tú?», me ha preguntado Avi al ver mi improvisado tubo torácico.

«Sí, pero hay que quitárselo en cuanto lleguemos; ya sé que es una chapuza y que puede infectarse.»

«¿Lo llevamos al Docker?», ha preguntado Galeb.

«No, al nuestro, necesitamos la máquina de rayos X para localizar la bala. Aún sigue dentro.»

Galeb ha conducido a toda prisa mientras Avi y yo cuidábamos de Ismael. Ha aparcado justo delante de la puerta del hospital y entrado corriendo a pedir ayuda. El doctor Noguerras y sor Asunción no han tardado en salir con una camilla en la que hemos llevado a Ismael al quirófano. Durante el traslado, le he resumido al doctor cómo era la herida y lo que había hecho para mantener a Ismael con vida.

«De acuerdo, ahora espéreme fuera.»

«¿Por qué? Yo lo he atendido hasta ahora, yo he hecho ese tubo torácico, yo...»

«Usted está comprometida emocionalmente con este hombre y no debe operarlo.»

«¿Qué? Es solo mi paciente.»

«Sé lo que digo, Laura; espere aquí fuera. Ya ha hecho bastante.»

Y ha entrado al quirófano. Me he quedado allí, sola... Y en ese silencio he comenzado a ver las cosas con claridad. Yo le había convencido para ir hasta ese lugar y ese disparo era para mí, no para él. Ismael había confiado ciegamente en mí, había puesto lo poco que tenía en mis manos y ahora, por mi culpa, podía perderlo todo. Y yo aquí seguía, con solo un rasguño, indemne, como siempre, igual que en la Puerta de Alcalá, haciendo pagar a otros por mis errores. Entonces fue

por mi impericia, ahora por mi imprudencia. Y esta vez no se trata de una desconocida, sino de un hombre al que aprecio.

Ya era de noche y la oscuridad suele ser mala compañera de penas. Para mi fortuna, Avi y Galeb habían ido a avisar a las demás: Inés, Margarita, incluso Alba, han venido para darme ánimos e insistir en que no es culpa mía, que el tubo torácico le ha salvado la vida y que no debo preocuparme ni sentirme culpable.

«Esa bala era para mí. Él lo sabía y se puso delante.»

En otro momento me habría echado a llorar, pero no lo he hecho, no sé si porque estaba deshidratada al no haber bebido nada en toda la tarde bajo aquel infernal calor, o porque estaba tan desgarrada por dentro que ya ni me salían las lágrimas.

Galeb, al ver lo agrietados que tenía los labios, ha ido a prepararme un poco de té que me ha hecho tomar en sorbos pequeños. No sé qué les echa a esos té que prepara, porque me he mareado un poco y me ha aligerado la cabeza. Por eso, en el momento, no me ha afectado tanto lo que el doctor y sor Asunción me han dicho.

Nogueras nos ha informado de que la operación ha ido bien, que ha sacado la bala y que, por ahora, no hay infección. Pero Ismael ha perdido mucha sangre y está muy débil. No puede garantizar que vaya a recuperarse. «Todo dependerá de lo que pase los próximos días.»

«Pero usted no lo sabrá —me ha dicho sor Asunción—. Mañana hará las maletas y dejará el hospital. Me encargaré de buscar un barco que la lleve de vuelta a España.»

Mis amigas han protestado, pero sor Asunción no ha cedido. Mi conducta, al exponer a un paciente y a mí misma a ese peligro, ha sido irresponsable y temeraria. Y alguien así no tiene lugar en el hospital.

Les he pedido a mis amigas que se callasen. Sor Asunción tiene razón. Aquí ya no pinto nada.

21 de agosto de 1921

Anoche me acosté tardísimo. El día había sido tan largo como desastroso y luego me entregué a escribir y escribir en busca de un desahogo que, creí, había llegado en la forma de un cansancio demoledor. Pero el día continuó con unos sueños terribles en los que veía caer a Ismael una y otra vez, y su sangre bañaba mis manos y todo mi cuerpo. En el último de ellos, el más extraño, ya vestida de calle, con las maletas hechas, iba a

despedirme de él y me pedía que le quitase las vendas de la cara. Por fin iba a ver, por quemado o retorcido que estuviese, su verdadero rostro. Pero allí no había quemaduras ni cicatrices. Era Javier. ¿Cómo no me habías reconocido hasta ahora?, dijo.

Me he despertado sobresaltada. Las demás aún dormían. Me he incorporado cansadísima, pues no creo que haya dormido más de dos horas, y he subido a ver a Ismael. Allí estaba, en su cama, respirando con dificultad. He acercado el candil a las vendas que cubrían su cara. Los labios, el pelo, ese azul inconfundible que ahora recordaba de sus ojos, la forma de su cabeza. No se parecía en nada a Javier. Aquel había sido un sueño absurdo.

He preguntado a la monja de guardia cómo había pasado la noche el paciente. Me ha dicho que bien, que le había estado dando unas gotas de suero cada hora, siguiendo las instrucciones del doctor Nogueras. Más tarde le pondrían una sonda estomacal para hidratarlo y alimentarlo.

He subido a la terraza. Comenzaba a amanecer sobre el mar de Alborán. Ese era el último amanecer que vería en África, he pensado. Y aquella había sido la última vez que vería a Ismael. He vuelto a mi cuarto y me he puesto a hacer las maletas mientras las demás se preparaban para llevar a los pacientes a misa. Estaba acabando cuando ha entrado Merry con su uniforme de enfermera bajo el brazo.

«Me alegra que te hayas recuperado —le he dicho—. ¿Vuelves conmigo?»

«¿Volver? ¿Adónde?»

«A casa...» Había supuesto que, tras pasar el paludismo, Merry regresaría a España, al menos por una temporada.

«¡No! Aquí hago más falta, y ya estoy bien.»

«El paludismo puede tener recaídas.»

«Lo sé... Y si vienen, estaré bien atendida.» Entonces ha reparado en que yo llevaba mis ropas de calle y tenía las maletas listas para irme.

«¿Y tú? ¿Por qué te vas?»

«No me voy, me echan.»

«Eso está por ver...»

No lo ha dicho Merry, sino una voz que nos ha sorprendido a ambas. Al volvernos hemos visto a Carmen, que acababa de entrar.

«Sor Asunción me lo ha contado todo.»

«Lo siento...» Es lo único que he atinado a decir.

«Entiendo a sor Asunción, su enfado y que te quiera echar. Te has puesto en peligro y un hombre está gravemente herido por tu culpa.»

«Lo sé, y si pudiera hacer algo para...»

«No —me ha interrumpido—, no, Laura... Ni excusas, ni planes disparatados. Cuando intentas hacer cosas desesperadas y extremas, como ayer, es cuando sueles meterte en problemas. El día en que aprendas a obrar, de verdad, con la cabeza, serás una gran enfermera, y una gran mujer. Pensé que ese día ya había llegado cuando vi que te unías a nosotras, pero veo que aún te queda camino por recorrer.»

«Puedo incorporarme al hospital de Madrid, si me dejan.»

«Sor Asunción no quiere verte ni siquiera allí.»

He agachado la cabeza, muy avergonzada.

«En una semana abriremos el nuevo hospital de sangre, aquí, en Melilla, y tendremos el triple de camas. Y luego están los tres barcos médicos, los trenes, y todos los hospitales que se nos están uniendo en la Península. Voy a necesitar a muchísimas de vosotras, y no puedo prescindir de ninguna. Y menos de una de las mejores, aunque sea un poco atolondrada...»

«Pero ¿puedes...?»

«Si fueses una profesional, no podría hacer nada, y seguramente no volverías a trabajar en toda tu vida en esto. Pero eres una dama enfermera, una voluntaria; no te ata nada más que tu promesa. Y te debes a mí, a la reina y a la Cruz Roja, no a sor Asunción. Ella tiene mando sobre sus monjas y sobre las profesionales, pero no te puede expulsar. Es asunto de mi competencia. Y yo prefiero que te quedés..., con una condición.»

«Lo que sea.»

«Que lo que sientes por ese hombre...»

«Solo es un amigo.»

«Me da igual lo que sea; está claro que por él sientes un afecto mayor que por el resto, y lo respetaré siempre y cuando no interfiera en tu labor con los demás pacientes.»

«Te juro que no lo hará.»

«Ni quiero que te vuelvas a poner en peligro.»

«No lo haré, no te preocupes.»

«Ya nos llega con los mosquitos —dijo mirando a Merry— como para exponernos a las balas. Ahora hablaré con sor Asunción para explicárselo.»

Así que he desecho las maletas y me he unido a mis amigas, que se han alegrado al saber que me quedaba. En la misa sor Asunción me ha fulminado con la mirada. Espero que se le pase. Por lo pronto, hoy, en la

planilla de turnos, me ha puesto en el pabellón de enfermedades de la tropa, que sabe que es lo que menos me gusta... y lo que más me aleja de Ismael.

Con la llegada de más y más soldados, las enfermedades son más frecuentes y, mientras no se abra el otro hospital, aquí comenzamos a no dar abasto. Triviño nos ha sugerido aumentar el número de camas, pero Carmen no quiere hacerlo sin aumentar también los medios, el espacio y el personal. La quinina apenas nos llega para los casos que ya tenemos de paludismo. Y con la disentería es fundamental la higiene y el mantener hidratados a los pacientes, lo que hace que tengamos que emplearnos a fondo. Es un trabajo duro, rutinario y nada agradable. Su recompensa es que solemos salvar más vidas que en el pabellón de cirugía. Y la proporción de los que aquí se curan respecto a otros hospitales de Melilla es más alta, precisamente porque admitimos solo el número de pacientes que podemos atender. Traer más, sin mejorar las condiciones, sería condenar a todos a muerte.

Estaba asegurándome de que los enfermos de disentería tomaran sus líquidos, bien ellos mismos o a través de suero intravenoso, cuando Carmen ha entrado.

«En cuanto acabéis quiero veros», nos ha dicho.

Nos ha reunido en el vestíbulo.

«Ya hay el doble de soldados que cuando llegamos, y por lo que mi marido ha oído en el café del Hotel Colón, Berenguer aún quiere muchos más para lanzar su gran ofensiva. He visitado los campamentos donde se están concentrando, y las condiciones higiénicas, por llamarlas de alguna forma, dejan mucho que desear. Y la mejor forma de luchar contra el paludismo y la disentería es prevenir su aparición y su contagio. Una epidemia, ahora, desintegraría este ejército sin necesidad de que los moros disparen un solo tiro. —Como queriendo añadir una ironía, el cañón del Gurugú ha sonado a lo lejos y, poco después, hemos oído la detonación bastante cerca. Carmen no les ha hecho mucho caso y ha continuado—: Vamos a dar cursillos a los oficiales de intendencia para explicar cómo organizar los campamentos y su rutina de tal forma que se eviten esas y otras enfermedades.»

Carmen seguía hablando cuando ha entrado un soldado que no era uno de nuestros habituales camilleros. Llevaba la gorra bien calada y su cabello apenas asomaba de ella, pero su cara me ha resultado conocida. Mientras subía la escalera, lo he observado por detrás y he visto que su pelo era blanco. Era el sargento de cabello cano y se dirigía a las

habitaciones de cirugía, donde está Ismael. He querido seguirlo, pero Carmen ha reclamado mi atención.

«Laura, ¿qué estás mirando?»

Con lo que acababa de pasar, no estaba yo como para pedir favores o ausentarme de repente, y mucho menos por algo relacionado con Ismael, así que he contestado: «Nada, disculpa», y he seguido atendiendo. O, al menos, intentándolo, porque no era capaz de quitarme a ese hombre de la cabeza. Estaba claro que venía a ver a Ismael y he temido que quisiera hacerle daño.

«Acompañadme al jardín —nos ha pedido Carmen—, allí tengo preparadas las planillas para los cursillos que debe dar cada una. Y, lo siento, pero tendrá que ser fuera de vuestros turnos habituales.»

Y allá hemos ido todas, al jardín, aún más lejos de Ismael, que ahora estaría solo, gravemente herido y a merced de ese hombre que sabe Dios qué querrá. No sé cómo he podido disimular mi angustia, pero allí he estado casi una hora con Carmen y las demás enfermeras, preparando los cursillos sobre higiene.

Al acabar, con todo el disimulo que he podido, he vuelto al vestíbulo, subido las escaleras a toda prisa y entrado en el pabellón de cirugía para oficiales. Ante la cama de Ismael estaba puesto el biombo y una figura se movía tras él. Para no llamar la atención de las enfermeras ni de los demás pacientes, me he acercado intentando aparentar tranquilidad y me he asomado.

Una monja cambiaba las sábanas. Ver esa cama vacía me ha atravesado el corazón.

«¿El paciente que estaba aquí?», le he preguntado.

«Se lo han llevado a quirófano.»

Le he dado las gracias. Y lo que me había aliviado, al momento, me ha asustado. Si lo estaban operando de nuevo, no sería por nada bueno. Habría empeorado o, peor aún, aquel hombre de pelo cano le había hecho algo.

He tenido que esperar media hora hasta que han regresado. Ismael seguía inconsciente y lo han dejado en la cama. Noguerras me ha contado que la enfermera había visto sangre en las sábanas. La herida de la espalda se había abierto y han tenido que volver a coserla. Y lo peor es que hay indicios de infección.

«La hemos lavado bien y tratado con aceite fénico; ahora esperemos que no vaya a más y se recupere.»

He puesto la mano en la frente de Ismael. Aun a través de las vendas que cubren su rostro, he notado la fiebre. Como mi turno había acabado, me he ofrecido a quedarme con él y usar algo de hielo para bajársela, y también a moverlo para evitar las gangrenas de compresión. El doctor Nogueras ha aceptado y, antes de irse, me ha informado de que esa tarde habían llamado del cuartel general. Han localizado a la familia de Ismael. Es de Tablao, un pequeño pueblo cerca de Mieres, en la Cuenca de Asturias. Su padre había muerto en las minas y a su madre se la llevó la gripe española. Su hermano mayor, Anselmo, había heredado la casa y ahora vive allí. Él es toda la familia que tiene Ismael. Iban a enviarlo al hospital que la Cruz Roja tiene en Oviedo, a reponerse de las quemaduras, pero será imposible hasta que se recupere del disparo.

«Vele bien por él; ahora sabemos que hay alguien que lo espera en casa —me ha pedido Nogueras. Luego, en voz muy baja—: Y ese tubo torácico que improvisó en la barca, impresionante. Pero que sor Titulada no se entere de que lo he dicho.»

Esas palabras me habrían encantado en cualquier otro momento. Pero lo de Ismael no debería haber ocurrido. Yo no tendría que haberlo arrastrado hasta Dar Hamed ni él tendría que haberse interpuesto entre esa bala y yo. Ahora, por mi culpa, este buen hombre podría morir justo cuando acabamos de encontrar a lo poco que queda de su familia.

Aún estoy a su lado, vigilando su fiebre, que no quiere irse. Y esta vez ni siquiera tus páginas son buena compañía, mi querido diario.

22 de agosto de 1921

El doctor Nogueras me ha dicho que si quiero volver a cirugía y al quirófano debo descansar, así que hoy seré breve, y no es que hayan pasado pocas cosas.

Ismael sigue con fiebre, muy grave. Poco más puedo decir de su situación aparte de lo que siento...

Antes de salir a dar el cursillo de higiene he buscado a Galeb. Él conoce muy bien esta ciudad y a su gente, y sabe moverse entre los militares. Así que le he pedido un favor: a ver si puede saber quién es ese misterioso sargento de cabello cano que parece tan interesado en Ismael.

En el cursillo he intentado ser persuasiva, entretenida y amable, pero que durante las preguntas un sargento de intendencia me tratase de «guapa» y no de «señorita» me ha puesto de mal humor. El haber

dormido poco durante días creo que ha contribuido. Así que, muy seca y mal encarada, le he recordado que, aunque yo no era militar, al servir como enfermera se consideraba que mi grado era de alférez y, por lo tanto, su superior; otra tontería como esa y lo mandaría arrestar por insubordinación y falta de respeto a un oficial. El sargento se ha quedado pálido, sin saber qué decir. Los demás se han reído y, a partir de ahí, mi labor ha sido mucho más sencilla.

De regreso al hospital tenía que pasar por el puente de Camellos. La calle estaba llena de coches, soldados y civiles que iban de un lado a otro como si esta fuera una ciudad cualquiera. De repente el suelo se ha levantado a poco menos de cien metros de donde yo estaba en una columna de fuego, humo y tierra. El ruido de la explosión ha tapado cualquier otro sonido. Ha sido como si unas manos invisibles me golpeasen el pecho y me empujasen contra el suelo, y una ola de aire caliente me envolviera. Pedazos de tierra y barro han caído a mi alrededor. Me he levantado y corrido hacia el lugar del impacto. Había unas cuantas personas tiradas, pero solo tenían contusiones y arañazos. No había muertos ni heridos. Se han levantado con mi ayuda, se han sacudido la ropa y han continuado su camino como si nada hubiera pasado. Allí ha quedado el cráter de la bomba, sin que nadie le hiciera mucho caso. Solo unos niños que lo han aprovechado para jugar a las batallas, usándolo como si fuese una trinchera.

Cuando he llegado al hospital había una gran agitación entre las enfermeras y hasta Carmen estaba allí. Alguien había robado morfina. Lo había hecho con pericia y lo había dejado todo de tal forma que pareciese que no faltaba nada..., pero no habían contado con Candi.

Sor Asunción había puesto a cargo de la farmacia del hospital a la pelirroja que había atendido a Ismael, que hoy he sabido que se llama Cándida, de ahí lo de Candi. Y es muy buena con las matemáticas y la organización. Tiene todo perfectamente contado y anotado. Si desapareciese una sola dosis de quinina, o incluso una simple venda, ella lo sabría. Y falta morfina.

Aunque ha sido Candi quien ha dado la alarma, sor Asunción la ha culpado de lo sucedido, no porque piense que ella la había robado, sino porque es su responsabilidad asegurarse de que no falte nada y evitar robos.

Carmen ha tranquilizado a la pobre Candi, que estaba preocupadísima. Le ha dicho que había hecho muy bien su trabajo y que

era imposible vigilar la farmacia a todas horas mientras atienden a los pacientes. A partir de ahora estarán más vigilantes.

Ya iba a acostarme cuando han traído a un soldado en camilla. No estaba herido ni enfermo. Había ido a nadar con sus amigos y habían rodeado Melilla la Vieja para llegar hasta la cala Trapana, una pequeña playa que está bajo el faro. De vuelta le había dado un calambre y, aunque sus amigos habían conseguido sacarlo, había tragado mucha agua y apenas podía respirar. Hemos intentado reanimarlo, pero ha sido imposible. No sé por qué, pero que en un lugar donde la gente se muere por puñaladas, disparos y explosiones, que un muchacho tan joven, que apenas había comenzado a vivir, muera ahogado me ha parecido una burla, una especie de sarcasmo de Dios o de la naturaleza.

Y ya así de triste, he subido a ver a Ismael. Sigue con fiebre y sin despertar, alimentado por una sonda que aún dificulta más su respiración. Nogueras ya no confía en que se recupere.

Me pasaría la noche a su lado, pero necesito dormir.

23 de agosto de 1921

Estaba tan cansada que, aun con la cabeza llena de preocupaciones, dormí del tirón unas nueve horas. Me he levantado con fuerzas, pero con la misma amargura de ayer. Y la conversación que tenían mis amigas en el desayuno no ha ayudado mucho.

«¿Recordáis cuando os dije que este lugar estaba limpio?», ha preguntado Avi.

Inés y Margarita han asentido. Yo no he hecho mucho caso.

«¿Por qué lo dices?», se ha interesado Inés.

«¿Has visto un fantasma?» Margarita ha completado la preocupación de Inés.

«No, bueno, sí, pero no se trata de un fantasma, ni siquiera de un espíritu. Y es en todas las habitaciones, incluso en las escaleras y la terraza... El hospital ya no está limpio; aquí se muere y se muere con dolor. Los muros se han ido cargando con esas almas. Y ahora las siento a casi todas horas.»

«Pues no has elegido bien tu profesión —le he dicho un poco huraña—. Todos los hospitales, más tarde o más temprano, acaban así...»

«No creas —ha respondido Avi, que no parece haberse tomado a mal mi abrupto comentario—, he aprendido a sobrellevarlo. Y me hace ser

más amable con los que aún están aquí; para que, si se van, dejen una huella menos profunda y oscura. E incluso he aprendido a sentir cuándo se van a ir y, a esos, intento confortarlos mejor.»

Sus palabras me han provocado un escalofrío y la he mirado. Ella enseguida ha sabido por qué. Me ha cogido la mano y me ha dicho:

«No tienes por qué estar asustada; he visto a Ismael esta mañana y aún no se va a ir».

He querido creerla, y mi impulso ha sido subir corriendo al lado de él, pero en ese momento ha aparecido Galeb, que ya había oído parte de la conversación.

«¿De qué habláis?», ha preguntado extrañado.

Avi se ha puesto colorada, pero Inés, sin darle demasiada importancia, le ha contestado:

«Avi puede sentir a los fantasmas y, claro, este lugar está lleno».

«Ya sé que es una tontería —dijo Avi muy avergonzada—. Y que la religión prohíbe creer en estas cosas.»

Galeb, muy tranquilo, la ha cogido por la cintura de forma cariñosa.

«Mi religión no cree que las almas de las personas muertas se queden por aquí, sino que vuelven con Alá. Pero igual que nosotros fuimos creados de barro, Alá creo a los Yinn con fuego. Y quizá lo que sientas es la presencia de esos seres. Pero no tienes que asustarte, frente a alguien con un corazón tan bueno como el tuyo, los Yinn no tienen poder.»

Avi, tras mirar un momento alrededor para comprobar que no había monjas, le ha dado un beso rápido. He aprovechado para levantarme e ir a ver a Ismael.

«Espera, Laura —me ha detenido Galeb—, he averiguado cosas sobre ese hombre, el de pelo cano.»

«¿Qué sabes?»

«Tengo un amigo, sobrino de un caíd bereber, que puede conseguirte cosas que, digamos, son complicadas de conseguir. Cuando le pregunté por ese sargento se enfadó mucho. “¿Es que ya no te basta conmigo?”, me dijo. El hombre de pelo cano se llama Efraím y se dedica a algo parecido a lo que hace mi amigo, pero entre los españoles.»

«¿El mercado negro?»

«Algo así. Y Efraím, para obtener su mercancía, roba, chantajea, amenaza y hasta dicen que ha matado a alguno. Es muy peligroso y no es bueno mezclarse con él ni deberle dinero. Hace unos meses intentaron

denunciarlo, pero no se llegó a nada porque mucha gente le debe favores, incluso oficiales del alto mando.»

«¿Y crees que Ismael le debía dinero o que iba a denunciarlo?»

«No lo sé, pero tengo otra sospecha: ¿y si es él quien nos ha robado la morfina? Estuvo aquí justo antes de que desapareciese y se paga muy bien por ella entre los soldados. Si tu herido le debía dinero, quizá se esté cobrando así su deuda.»

Por fin he subido a ver a Ismael. La fiebre le había bajado y respiraba mejor. Ha sido como si esa mejoría la hubiese experimentado yo misma. Al final voy a acabar por creer en las cosas de Avi.

Cuando ya me iba a acostar, Galeb ha venido a buscarme y me ha llevado hasta un rincón bajo las escaleras, fuera de la vista de todos.

«Mira.» Me ha enseñado una pistola.

«¿Para qué la quieres?», le he dicho asustada.

«Tú quieres hablar con ese hombre, Efraím, para saber de qué conoce a Ismael y que lo deje en paz, ¿no? Y yo no quiero que nos sigan robando. La farmacia se queda sin vigilancia entre las once de la noche y las cinco de la mañana, cuando las enfermeras de guardia están más pendientes de los pabellones, así que si ese hombre vuelve a por más morfina, será a esa hora.»

«¿Y pretendes que vigilemos la farmacia durante seis horas por la noche?»

«Puedo traer un jergón y haremos turnos.»

No sé cómo me he dejado enredar, pero esta misma noche hemos puesto el jergón tras unas plantas del jardín, desde donde se puede ver la puerta de la farmacia. Ismael está durmiendo ahora mismo a mi lado, mientras yo entretengo mis tres horas de vigilia con tus páginas.

24 de agosto de 1921

Anoche no apareció nadie por la farmacia, así que regresamos a nuestros cuartos con las manos vacías y un buen dolor de espalda.

Al despertar dos buenas noticias me han alegrado el día: la fiebre de Ismael ha desaparecido por completo y en la planilla mi nombre aparece en cirugía junto al doctor Noguerras.

Esa es la mejor manera que tengo de apartar todas mis inquietudes por unas horas. Mi mente y mis manos, toda mi atención y creo que podría decir que todo mi cuerpo están centrados en preparar el quirófano

y el campo operatorio, en dar la sedación o servir el material al cirujano. Y hoy Nogueras me ha dejado poner los retractores y sacar un par de fragmentos de una extracción de metralla bastante complicada. Y he visto, por primera vez, cómo funciona la máquina de rayos X. Es algo milagroso. En una especie de placa fotográfica señala cada esquirla y así sabemos con seguridad cuántas hay y dónde está cada una, con lo que hemos podido completar la operación muy rápido. Sin esa máquina, el paciente habría muerto.

Escribo junto a Ismael, que ya respira mejor. Mañana le quitaremos la sonda y probaremos a retirarle los sedantes y a despertarlo. Ahora, dentro de un rato, bajaré al jardín y, con Galeb, montaré guardia ante la farmacia. Me pone un poco nerviosa verlo allí, con la pistola, tan tenso. Esperemos que no ocurra ninguna desgracia. Ya ves, querido diario, la gran capacidad que tengo para meterme en líos. No me extraña que sor Asunción tenga tan mal concepto de mí.

25 de agosto de 1921

Otra guardia en vano. O el robo fue algo ocasional, o Candi se equivocó en sus, dice, impecables cuentas, o nuestro ladrón es bastante más irregular de lo que esperábamos.

Cuando he subido a ver cómo seguía Ismael me lo he encontrado despierto. Me he acercado corriendo y, como no sabía muy bien qué decir, tan solo he pronunciado su nombre.

«¿Ismael? —ha repetido confuso—. ¿Quién es Ismael? ¿Y quién es usted?»

Me he asustado tanto que él enseguida ha abandonado aquella estúpida broma y me ha sonreído como si aquello le pareciese muy divertido.

«¡Ha estado muy grave!, ¡no tiene ninguna gracia!»

«¿Cuánto tiempo he estado así?»

«Seis meses.»

«¡Qué!», ha exclamado asustadísimo.

Entonces he sido yo la que se ha echado a reír.

«Muy graciosa, sí, muy graciosa...»

«Fueron cinco días.»

«Aun así..., cinco días es mucho tiempo. ¿Cómo no me he muerto de hambre o deshidratado?»

«Usábamos una sonda para darle líquidos, medicinas y nutrientes.»

«¿Una sonda? ¿Como la de los barcos?»

«Es un tubo que le metimos por la boca, directo al estómago. —Ha puesto cara de asco—. No se queje; hace unos años a los pacientes como usted se los alimentaba... por el otro lado, con un enema.»

Su cara de asco ha sido aún mayor, lo que me ha divertido mucho.

«Mejor cambiemos de tema», ha propuesto.

«De acuerdo. ¿Por qué lo hizo? Lo de ponerse delante de mí...»

Se lo ha pensado un momento antes de decir:

«Para seguir en el hospital. Ese doctor iba a echarme».

«Respóndame en serio, por favor.»

«Pero con una condición, que dejemos de tratarnos de usted; creo que con todo lo que ha pasado merezco esa confianza.»

«De acuerdo. ¿Por qué te pusiste entre esa bala y yo?»

«No sabía que venía una bala.»

«Si lo supieses, ¿no lo habrías hecho?»

«Claro que sí. Por protegerte. Aunque no lo recuerde, me jugué la vida en Nador por un grupo de personas a quienes no conocía de nada. ¿Cómo no iba a hacerlo por ti? Fue algo instintivo.»

Sus ojos, enmarcados por las vendas, eran todo lo que tenía su rostro, pero le ha bastado lo que ha dicho para provocarme un escalofrío. Entonces he sido yo quien ha bromeado.

«Pues se acabó eso de que te maten por los demás, ¿me entiendes? No quiero que me vuelvas a dar un susto como este.»

«Me parece bien.»

«Mientras estabas así, dormido y con la sonda, descubrimos que eres de Asturias, de un pueblo minero llamado Tablao, junto a Mieres, y que tienes un hermano mayor, Anselmo. ¿Te suena algo?»

«No.»

«¿Y qué pasó en Dar Hamed? Me dijiste que no era el lugar del sueño, pero que habías recordado algo.»

«Supe que había estado allí justo cuando ocurrió lo de Annual. Estaba solo y no había moros, pero me vi preparando mi arma, muy asustado...»

«¿Por qué?»

«Me sentía amenazado. Había un gran peligro y estaba disponiéndolo todo para enfrentarme a él.»

«¿Qué peligro era ese?»

«No lo sé, pero tenía que ir a Nador para hacerlo.»

«¿Algo que ver con los colonos que salvaste? Allí fue donde te enfrentaste a las tropas de Abd el-Krim.»

«Puede ser, pero creo que era algo más personal... Y para saberlo tendríamos que ir hasta allí.»

«Ir a Nador, en este momento, es imposible.»

«Lo sé, y ni yo puedo, ni quiero que tú corras más riesgos.»

«No lo haré. Y ahora tienes que descansar un poco más.»

«¿Después de cinco días durmiendo?»

«Sí, y comer, esta vez sin tubo...»

Yo misma me he encargado de darle la comida. Aún está muy débil. Tardará semanas en estar recuperado por completo, si no surgen complicaciones.

Pronto serán las once y bajaré a mi guardia con Galeb. Otra noche que dormiré mal y maltrataré la espalda.

Como iba a hacer la segunda guardia, me había echado a dormir al lado de Galeb. No sé cuánto tiempo llevaría así, pero ya estaba oscuro cuando él me ha llamado.

«Laura, Laura...»

Estaba tan cansada que he tardado en saber quién era Laura, quién era el que me había despertado y qué hacíamos allí.

«Alguien acaba de entrar en la farmacia», ha susurrado Galeb.

«¿Quién?»

«No sé, no lo he visto.»

«¿Cómo que no lo has visto? ¿No estabas vigilando?»

«Sí, bueno, ya... Me quedé un poco... traspuesto, y me ha despertado el ruido de la puerta, al cerrarse.»

«¿Te has dormido?»

«Traspuesto. Y solo un momento. Pero fíjate. Se ve el resplandor de un candil bajo la puerta. Quien sea sigue ahí dentro. Quédate aquí. Voy a por él.»

«Ten mucho cuidado... Y no te duermas por el camino.»

No sé si le haría gracia, porque, sin mirarme, ha cogido nuestro candil y se ha dirigido con mucho sigilo a la farmacia. Tras dejarlo en el suelo, con una mano ha abierto la puerta mientras con la otra sostenía la pistola.

«¡Quieto!», ha gritado.

Alguien le ha respondido con un grito, y él enseguida ha bajado el arma asombrado. Nuestro ladrón de morfina ha resultado ser quien no esperábamos:

«¿Alba?»

«Por favor —nos ha pedido—, no digáis nada. Si se enteran, me echarán y esta es la única forma que tengo de dormir, es el único alivio que tengo.»

«Pero se darán cuenta y acabarán por descubrirte. Ya sabes cómo es Candi.»

«Esta vez no he cogido una dosis, sino un poquito, casi nada, de varias, hasta formar con ellas una entera», nos ha explicado.

Bueno, al menos Alba es lista.

«La morfina es muy peligrosa —le he dicho—, y más si la usas para aliviar una pena.»

«Lo sé, pero si la probaras, verías que su alivio es... mágico. No era capaz de dormir, no era capaz de respirar, no era capaz ni de caminar sin sentir dolor. No podía dejar de pensar en mi padre y en mi prometido a todas horas... Y ahora, si lo hago, es de otra forma, como si hubiese ocurrido hace muchos años, con melancolía. Y puedo apreciar la belleza de todo lo que me dieron sin romperme por dentro. La morfina será peligrosa, pero me está dando mucho más de lo que, por ahora, me ha quitado.»

«¿Y qué pasará cuando empiece a quitarte más de lo que te está dando? Porque sabes que ese momento llegará. Y este alivio no es real.»

«Pues entonces me importa un bledo la realidad. Prefiero este sueño... —Nos ha mostrado la dosis robada—. Y la necesito para seguir soñando.»

«De acuerdo, no diremos nada y te ayudaremos a conseguir más», he respondido tras pensarlo un poco.

Ambos me han mirado muy sorprendidos. Alba con agradecimiento y Galeb como si me hubiese vuelto loca.

«Pero con una condición: seré yo quien prepare las dosis.»

«¿Y cómo puedo saber si usas un excipiente en lugar de la morfina?»

«Lo usaré, pero no al principio. Mi idea es ir reduciendo tu dosis poco a poco. Y ya sé que te va a afectar, porque el cuerpo te va a pedir lo contrario: que aumente cada día. ¿O no lo estabas notando ya?»

«Cada vez necesito más para el mismo efecto, es cierto. Y si reduces la cantidad, ya no me servirá de mucho... Volveré a estar como antes.»

«No. A ratos estarás mejor, y a ratos estarás peor.»

«No, lo siento, Laura, pero no es lo que quiero ahora. Necesito olvidar, anestesiar mi alma y mi cabeza. Lo que propones no me va a servir de nada.»

«Pues es todo lo que vas a tener. La otra opción es que hable con Carmen y te enviemos de vuelta a casa, donde tu madre se hará cargo de la recuperación. Sin morfina y sin nadie que sepa ayudarte tan bien como nosotros.»

Alba ha hundido su cara entre las manos y ha comenzado a sollozar mientras decía que no iba a soportarlo, que no quería volver a sufrir como había sufrido hasta ahora. Me ha partido el corazón y me ha costado mucho negarme a lo que me pedía. Al final, tras mucho discutir, ha accedido. Le he preparado la primera dosis, yo misma se la he inyectado y la he acompañado a la cama.

Luego, con Galeb, he buscado un lugar donde esconder la morfina robada, para que ni Alba ni nadie la encuentren. Hemos dado con un ladrillo un poco flojo del muro. Lo hemos quitado y en la pared hemos hecho un hueco suficientemente grande como para guardar esa morfina y la pistola de Galeb. De hecho, querido diario, creo que a ti también te guardaré ahí durante un tiempo. Sé que Alba, en algún momento, flaqueará e intentará buscar la morfina entre mis cosas... y no me apetece que dé contigo y te lea entero. Hay demasiados secretos en tu interior.

26 de agosto de 1921

Hoy creo que he solucionado un problema, pero si sor Asunción se entera de lo que he hecho, el problema lo voy a tener yo.

Era temprano y aún acabábamos de desayunar. Estaba en el vestíbulo, viendo la planilla de turnos, cuando por el rabillo del ojo he visto entrar a alguien. Una figura conocida. El hombre que ahora sé que se llama Efraím. Comenzaba a subir las escaleras hacia la planta de oficiales cuando le he dado alcance.

«¿Adónde va?»

Ha tardado un poco en reconocermme.

«Ah, la enfermera. Pues voy a ver a nuestro común amigo, el alférez Vallejo. Oí que lo habían herido en Dar Hamed y, en mi anterior visita, me pareció que estaba muy grave.»

«Así es. Y no hemos podido hacer nada para salvarlo. Ha muerto hace dos días.»

El hombre de pelo cano se ha sorprendido. Luego me ha mirado con cara de rabia y con bastante suspicacia ha dicho:

«Entonces iré a visitarlo a la Purísima Concepción. —Ese es el cementerio de Melilla donde se entierra a los caídos en combate—. Me figuro que estará en el Patio de Ánimas, como tantos otros camaradas.»

Si iba hasta allí, no encontraría ninguna tumba con el nombre de Ismael y descubriría la farsa.

«Su hermano ha reclamado el cuerpo. Al parecer van a hacerle un homenaje en su pueblo, en Asturias; hasta creo que le van a dar la Laureada a título póstumo.»

«Merecida, sin duda —ha dicho Efraím cavilando—. Una desgracia. No se imagina usted cuánto. —Se ha persignado y luego ha sonreído con una extraña amargura—. No nos queda más que resignarnos ante la voluntad de Dios.»

Se ha dado media vuelta y se ha marchado por las escaleras. En cuanto he empezado a subir, me he topado de bruces con Inés, que lo había oído todo.

«Pero ¿es que te has vuelto loca? ¿Por qué has dicho eso?»

«Solo hago mi trabajo: cuidar de nuestros pacientes. Ese hombre que acaba de irse es un peligro para Ismael, créeme. Así ya no nos molestará más. Y, por favor, no se lo cuentes a nadie.»

«Tranquila, no quiero que vuelvan a echarte.»

Asumo el riesgo y me parece justo. Ismael se interpuso entre aquella bala y yo. Y yo ahora me he interpuesto entre este hombre y él. De alguna manera siento que así he equilibrado un poco más la balanza.

29 de agosto de 1921

Estos días están siendo muy ajetreados y robo unos minutos al sueño para consignarlos brevemente. Entre mis idas y venidas al quirófano y al pabellón de cirugía, mis visitas a Ismael y mis atenciones a Alba, estas con la colaboración de Galeb y Avi, sor Asunción ha acabado por sospechar y me ha preguntado si le estaba ocultando algo. Por supuesto le he dicho que no, pero no la he visto muy convencida.

Y hoy, cuando iba a preparar la dosis de Alba, me he encontrado a Carmen esperándome. No sé si ha sido casualidad o si ha sido cosa de sor Asunción, pero me ha pedido que la acompañe al nuevo hospital para ayudarla a formar a las nuevas damas enfermeras, recién llegadas de la

Península, sobre el terreno. Dentro de tres días lo inaugurarán y no quiere que falle nada.

Así que, si hasta hoy la jornada había sido complicada, a partir de ahora no quiero ni pensar en cómo será.

31 de agosto de 1921

Preparar el nuevo hospital y a sus enfermeras ha resultado diferente a como esperaba. Cuando llegué allí, un edificio de dos plantas más amplio que el nuestro, Carmen se refirió a mí como subjefa de enfermeras y puso a mi cargo a un buen grupo de novatas. Así que, más que dedicarme yo misma a hacer camas, limpiar suelos y preparar las medicinas y el material quirúrgico, me ha tocado instruir, organizar, dar órdenes y comprobar que las tareas están bien hechas. Me gusta más operar, pero ser jefa tampoco está nada mal.

En el nuevo hay más espacio y camas dedicadas a medicina, pues el compromiso de Carmen con el Ayuntamiento de Melilla implica que también nos hagamos cargo de los enfermos de la beneficencia.

Cuando acabo mi largo turno allí, que dura casi doce horas de trabajo ininterrumpido, regreso a nuestro hospital y aún dedico unas pocas más a estar con Ismael, que sigue recuperándose bien, y con Alba, que ya acusa el malestar por la reducción en las dosis.

A veces se echa a llorar, otras me lo agradece de forma cariñosa, y otras me insulta y hasta se pone violenta. Lo más complicado es que nadie más se dé cuenta de su estado, especialmente sor Asunción. Al final, hemos reclutado a Inés, a Margarita y hasta a Candi, que tiene un corazón de oro y se ha mostrado muy comprensiva con Alba. Y ha sido una suerte, porque al controlar la farmacia nos facilita mucho conseguir morfina sin que nadie más se dé cuenta.

Entre Candi y yo hemos diseñado un plan para ir reduciendo las dosis y que, en un mes más o menos, esté libre de la morfina. No va a ser sencillo y a Alba aún le queda mucho por sufrir.

A veces pienso que si su padre o su novio, cualquiera de ellos, diesen señales de vida, Alba se curaría de todos sus males de repente. No sé si sería cierto y dudo que lo podamos llegar a comprobar. Aquí, a veces, ocurren milagros, pero casi nunca son los que desearíamos.

1 de septiembre de 1921

Hoy por la mañana se ha abierto el nuevo hospital y han comenzado a llegar los primeros pacientes, tanto soldados como civiles que ya saturaban los demás hospitales melillenses. Una vez he comprobado que todo funcionaba perfectamente, me he despedido de mis aprendizas y he regresado a nuestro hospital.

Me he llevado una sorpresa enorme al ver que Carmen mantiene mi puesto de subjefa. Ahora estaré a cargo de las enfermeras de la planta de oficiales para cirugía y del quirófano. Así que, además de todas mis tareas, también tendré que supervisar el trabajo de las que estén a mi cargo y, a última hora, colaborar en la elaboración de la planilla de turnos para el día siguiente.

Sor Asunción se me ha acercado. Creí que iba a hacer algún comentario sarcástico, pero no ha sido así. Me ha dicho que se alegraba y que ahora vería cómo es el peso de la responsabilidad. Quizá así yo sentaría la cabeza...

6 de septiembre de 1921

Ya llevo cinco días de subjefa y, si realizo bien mi trabajo, no es mérito mío, sino de todas las enfermeras y monjas que tengo a mi cargo. Saben lo que hay que hacer y lo hacen sin esperar a que se lo pida. Solo acuden a mí para darme el papeleo bien cubierto o cuando hay alguna duda o problema que, afortunadamente, hasta ahora han sido fáciles de resolver. Lo más complicado fue lidiar con un teniente que es sonámbulo. Una de las monjas vino a despertarme un día sobre las cuatro de la madrugada para decírmelo. Entre ambas conseguimos evitar que se cayese por las escaleras y devolverlo a su cama. Al día siguiente rehíce la planilla para tener por la noche una enfermera de refuerzo que se encargue de «pasear» al buen hombre con cuidado de que no se haga daño.

Hoy, como encargada del pabellón, he recibido la visita del general Juan Picasso. Aunque tendrá ya unos sesenta y tantos años, se mueve como si tuviese veinte. Su mirada es clara e inteligente, igual que su conversación. En su pecho luce, entre otras condecoraciones, la Laureada de San Fernando. Pablo Montesinos, el marido de Carmen, lo acompañaba y me lo ha presentado.

«¿Picasso? Igual que el pintor», he dicho con mi inevitable impertinencia.

Por suerte, él se lo ha tomado bien.

«A mi sobrino le va bien en París, es cierto.»

«El general ganó la Laureada aquí mismo —me ha dicho Pablo—, en la guerra de Margallo, hace ya casi treinta años. Así que conoce bien esta tierra y este conflicto.»

Un conflicto que, por lo que veo, parece interminable.

Al general le han encargado investigar las causas de la derrota de Annual y de la calamitosa retirada posterior. Para ello está interrogando a todos los supervivientes. Le he llevado hasta los oficiales que habían tenido alguna participación en Annual y he visto como tomaba notas de todo lo que le decían. Ismael, aunque no ha podido contarle nada, ha recibido sus felicitaciones.

«Por lo que estoy viendo —le ha confiado el general—, hubo mucha negligencia y cobardía en esa jornada, pero también valentía. Es un honor estrecharle la mano a uno de esos héroes.»

Ismael se ha emocionado.

«Si recuerda algo pregunte por mí en el Cuartel General. Estaré encantado de continuar esta conversación con usted.»

Después el general Picasso ha estado hablando un buen rato con Pablo en el descansillo y yo no he podido evitar oírles. Bueno, la verdad es que sí habría podido evitarlo fácilmente, pero ya sabes lo curiosa que soy.

«Hoy me acaba de llegar un telegrama del ministro de la Guerra —ha dicho Picasso—, bastante impertinente, por cierto. Me piden que no meta las narices en las acciones del alto mando. El mismísimo rey ya me lo ha ordenado dos veces...»

«¿Y qué vas a hacer?»

«No me han dado esto por ser un pusilánime. —Imagino que se refería a la Laureada—. Me debo a la verdad, no a los políticos.»

«Ten cuidado; te puedes meter en líos...»

«Mi intención es meter a otros en un buen lío: a los responsables de esta catástrofe. Ya tengo demasiados años para ser prudente.»

Ojalá el general descubra todo lo que hay que descubrir sobre los culpables de esa terrible mortandad. Por sus palabras parece que nuestros soldados, más que víctimas de Abd el-Krim, lo han sido de la incompetencia de sus mandos y de la dejadez de nuestros políticos.

El efecto de la visita del general ha sido muy bueno para todos y, sobre todo, para Ismael, que está radiante.

«Si llego a saber que te gustan tanto los generales, me habría puesto un mostacho y un uniforme con dos estrellas para cuidarte.»

«No es por el general —me ha dicho—, es por lo que voy descubriendo sobre mí. Me gusta ser esa persona.»

Debería haber compartido su alegría, pero al acostarme me he sentido triste. Me gusta ver cómo se recupera, pero sé que se acerca el momento de su alta y su regreso a casa, donde será celebrado como un héroe. Y eso, que es tan justo y bueno, nos separará para siempre.

7 de septiembre de 1921

En la reunión para hacer las planillas, Merry, que es la jefa del pabellón de tropa, me ha pedido que le sugiriese una sustituta. Le he dicho que Avi o cualquiera de las Santirso lo harían muy bien.

«¿Por qué me lo preguntas?»

«Porque me vais a tener de paciente. —Luego me ha cogido una mano y la ha llevado a su frente. Estaba ardiendo—. Ha vuelto, y con este lapso entre recurrencias seguramente es *Falciparum*...»

La hemos llevado al pabellón de enfermos, la hemos rodeado de biombos y programamos los turnos para tenerla siempre vigilada aunque eso nos quite horas de sueño a todas. La *Falciparum* es la variedad más grave y peligrosa del paludismo.

No soy muy religiosa, pero me van sobrando motivos para rezar.

10 de septiembre de 1921

He oído que solo dos o tres de cada diez proyectiles que dispara el cañón del Gurugú explotan. Y la mayor parte caen cerca de las trincheras. Nos hemos acostumbrado a ellos y los vivimos como una amenaza distante e improbable. De vez en cuando oímos sobre algún muerto o algún herido, pero suena tan ajeno que parece que jamás nos podría pasar. Ya no lo tememos. Es como el retumbar de una tormenta lejana. El dolor de uno entre cien mil. Qué equivocadas estábamos.

No me extenderé, querido diario, porque el dolor aún es cercano y quiero estar con ella. Hemos oído la explosión cuando estábamos recogiendo tras una operación. Había sonado más próxima de lo habitual. Alguien lo ha comentado, «Este ha caído cerca», sin darle más

importancia. Al salir de quirófano hemos visto a las demás enfermeras bajar corriendo para salir.

«¿Qué ha pasado?», he preguntado.

«Le han dado a una», no sé quién me ha respondido.

He echado a correr con todas, mirando alrededor, deseando reconocer entre las que me rodeaban a mis amigas. He visto a Avi. Galeb, que venía del jardín, la ha abrazado con alivio. Dos hombres traían a una de nosotras en una camilla, con la cruz roja claramente visible sobre el uniforme. Alba ha llegado hasta mí. No era ella. ¿Inés? Tampoco era ella, pero enseguida he reconocido en su rostro de quién se trataba. Su eterna sonrisa se ha contraído en un grito desgarrador. Ha intentado abrazar a su hermana, pero la han apartado para llevar a Margarita a quirófano. Inés ha caído de rodillas. Alba y yo la hemos abrazado e intentado decir algo, ya no recuerdo qué, para consolarla.

Me he ofrecido para participar en la operación, pero el doctor me ha recordado que nada de familiares ni amigos en el quirófano. Hemos esperado fuera, con Inés. Carmen ha llegado en ese momento desde el otro hospital y, saltándose las formas, la ha abrazado.

Nogueras ha salido enseguida y no ha necesitado decirnos que Margarita había muerto. Carmen ha llamado al capellán militar y lo ha dispuesto todo para el velatorio de esta noche. Hasta ha conseguido un ataúd cerrado, pues, según ha dicho, el cuerpo había quedado destrozado.

«Por mucho que Inés insista en verla, no la dejéis. Esta noche vendrá un cirujano que trabaja en el hospital de Santiago. Él sabe reconstruir un cuerpo y, sobre todo, el rostro de un cadáver. Entonces sí podrá verla.»

Inés, para mí, siempre ha sido una sonrisa. Enojosa al principio y adorable después. Incluso cuando no sonreía, se le podía adivinar bajo su gesto. Era pura bondad e inocencia. Las irradiaba. Era difícil no ser un poco más feliz a su lado. Hoy eso ha muerto. Su sonrisa ha desaparecido por completo y ya solo queda una mueca de sufrimiento que siempre la acompañará. Y por mucho que lo hemos intentado, no podemos hacer nada para sanarla. Esa es nuestra profesión: curar. Pero hay heridas que son mortales.

En el velatorio nos turnaremos para acompañarla. Querríamos estar toda la noche, pero somos enfermeras y mañana hay que seguir trabajando; necesitamos descansar. Esta guerra ni siquiera nos permite compartir el dolor de nuestra amiga.

Debería estar agradecida porque Ismael sigue mejorando. Pero Merry está cada vez peor, Alba sigue padeciendo su necesidad de morfina,

Margarita ha muerto e Inés se ha quebrado por completo. A este lado del mar, cuando Dios te da una cosa, te quita diez.

11 de septiembre de 1921

La fortaleza de Carmen es asombrosa. Fue la única que se quedó con Inés en el velatorio toda la noche y, sin pegar ojo, esta mañana ya estaba organizándolo todo para el funeral. Menos unas pocas monjas que se han quedado de guardia, hemos ido todas al Sagrado Corazón, donde se ha oficiado una misa por el alma de Margarita. Al ser domingo la iglesia estaba repleta, pero nos han dejado los primeros bancos a las Damas Enfermeras.

El ataúd estaba junto al altar, abierto, y hemos podido ver el cuerpo, con su impecable uniforme de enfermera, tan blanco que ya parecía el sudario. En el rostro de Margarita había paz, como si durmiese, y solo si te acercabas mucho te dabas cuenta de que parte del rostro había sido reconstruido con algún tipo de cera o arcilla. Avi y yo hemos acompañado a Inés hasta el altar para que pudiese ver a su hermana por última vez. He pensado que se iba a desmoronar, que sus piernas no podrían sostenerla y que volvería a romperse y lloraría y gritaría. Pero ha aguantado en silencio. Solo nos apretaba las manos.

Nuestra intención, y la de ella, era enterrarla en el cementerio de la Purísima Concepción, que es donde reposan casi todos los caídos en esta tierra. Pero cuando ya nos disponíamos a ir, ha llegado una monja con un telegrama urgente.

Anoche, sor Asunción había informado a los padres de Inés sobre la muerte de su hija mayor y ellos, ahora, daban dos órdenes: querían el cuerpo y a Inés de vuelta. Inés se ha puesto furiosa y ha protestado; esa era la voluntad de su hermana, que si pasaba algo la enterrasen allí. Y ella tampoco quiere irse. No así, no ahora. No desea traicionar aquello en lo que su hermana y ella creían, a lo que han dedicado tanto. Todo, en el caso de Margarita.

Por la tarde Inés ha conseguido que le pusieran una conferencia con la Península y ha hablado con sus padres. Ha sido imposible convencerlos. Y como aún no tiene veinticinco años, debe hacer lo que sus padres ordenen, así que mañana se irá.

Hemos pasado casi toda la noche en la terraza, con ella. Aunque ya no hace el mismo calor que cuando llegamos, sigue siendo un lugar

apacible y agradable. Allí hemos estado hasta que ella misma nos ha pedido que nos fuésemos a dormir; no quería que los pacientes sufriesen nuestra fatiga por su culpa.

Hemos bajado y Galeb le ha dado uno de sus milagrosos tés, que enseguida ha conseguido hacerla dormir.

12 de septiembre de 1921

El barco al que ha subido Inés había atracado directamente en el muelle. De él han bajado decenas de soldados con sus petates y, tras ellos, han descargado gran cantidad de municiones y un cañón enorme. El puerto, ahora, está repleto, tanto en tierra como en el mar. Inmensos buques de guerra, de carga, de pasaje, chalupas, barcas, falúas y lanchas de todo tipo. Y en los malecones y el espigón, estibadores, marineros, soldados y, cómo no, niños que corren de un lado a otro ajenos (o habituados) a las mil tragedias que los rodean. Una grúa ha bajado de otro carguero un vehículo extrañísimo, completamente cubierto por planchas de metal, y con un cañón y varias ametralladoras que sobresalen de él. El tren vuelve a funcionar y, junto a decenas de camiones, lleva a los soldados y sus armas y pertrechos hacia el sur, por donde dicen que va a ser la gran ofensiva.

En medio de esa caótica actividad, cuando el barco ha quedado vacío, dos camilleros han subido el ataúd que llevaba a Margarita y luego ha embarcado Inés, sola. Tras las lágrimas y los abrazos nos ha dicho que ella podría irse, pero que su corazón se quedará aquí para siempre, con nosotras.

En la camioneta, de regreso, creo que todas hemos llorado. Al apearnos, Galeb ha cogido a Avi de la mano y se la ha llevado a un rincón. Varios niños han querido seguirlos para ver qué pasaba, pero él los ha echado sin contemplaciones. Ni siquiera nosotras hemos sabido qué ha pasado. Al poco han regresado. Avi nos ha enseñado el anillo de pedida. Galeb sabía que no era el mejor momento, pero tampoco quería dejar pasar un segundo más cuando la muerte te puede llegar del cielo en cualquier instante. Aunque no se casen aún, quería que a ojos de Alá y de los hombres se supiera de su compromiso. Nos hemos alegrado y les hemos felicitado, pero no ha habido fiestas ni brindis, ni ellos los han querido. Todos estábamos demasiado tristes. Hemos quedado en vernos más tarde en la terraza. Antes he ido a visitar a Ismael.

Nada más entrar en el pabellón he visto al hombre de pelo cano. Estaba junto a Ismael. Me he quedado tan aturdida que no sabía cómo reaccionar. Él ha sonreído al verme, como si se encontrase con una antigua conocida.

«Señorita. O, mejor, doña Laura, me han dicho que se llama así, Laura de la Gasca. —Que supiese mi nombre me asustó aún más—. Hablan maravillas de este hospital y de sus enfermeras, pero que puedan traer de vuelta a los muertos es más de lo que me esperaba.»

Ismael no se movía ni decía nada.

«¿Qué le ha hecho?», le he preguntado mientras me acercaba a ellos.

«¿A su amigo? Nada. Está durmiendo.»

«¿Y qué hace usted aquí?»

«Preocuparme por él.»

«No le creo.»

«Debería ser yo quien se enfadase e hiciese las preguntas, ¿no le parece? ¿Por qué me mintió? ¿Por qué me dijo que había muerto?»

Me he acercado mucho a Efraím para demostrarle que no le tenía miedo.

«Sé quién es y a qué se dedica, y me da igual si Ismael le debe dinero o tiene algún tipo de deuda con usted.»

«No me debe nada. Nuestros asuntos son de otra índole.»

«¿De qué índole?»

«Eso, y perdone que le sea tan franco, no le incumbe.»

«Es mi paciente y todo lo que le afecta me atañe.»

«Estuvieron en Dar Hamed para ver si él recuperaba su memoria, ¿no es así?»

«¿Usted también estuvo en Dar Hamed?»

«He estado en muchos lugares, pero no estamos hablando de mí, sino de él. ¿Ha recordado algo?»

«No —he mentido—, no ha recordado nada. Pero si usted lo conoce, y creo que es así, quizá pueda contarme algo que nos ayude a rescatar su pasado. Un pasado que veo que le interesa mucho.»

Efraím, incómodo, se ha apartado de mí, se ha calado la gorra y, antes de irse, ha dicho:

«Si recuerda algo, dígame que más le vale que venga a verme antes de hacer nada. Él sabrá cómo encontrarme.»

Me he tenido que sentar un momento. Estaba temblando y he tardado un rato en recuperarme. Cuando Ismael ha despertado, le he contado lo que había pasado.

«Creo que tiene miedo de que recuerdes algo.»

«Ojalá supiese el qué...»

«Sea lo que sea, y aunque lo recuerdes, nunca se lo digas ni hagas nada con ello. Ese hombre es muy peligroso. Me lo han dicho y se le nota con solo mirarlo. Quizá será mejor olvidarse del pasado y mirar solo hacia delante.»

«Quiero saber quién era porque ya no temo lo que pueda encontrar. Cuando pensé que te iban a herir, salté ante esa bala por instinto. Igual que salvé a toda esa gente en Nador. Ahora sé que no soy un cobarde, que no soy un canalla. Y no sé qué relación tendré con Efraím, pero estoy seguro de que no será algo malo.»

«¿Y si ibas a testificar contra él o algo así? ¿Y si es por eso que te tiene vigilado, para matarte si recuerdas?»

«Entonces lo llevaré ante la justicia.»

«No, por favor, no... —He apretado su mano—. Júrame que no volverás a ponerte en peligro.»

«Soy un soldado, Laura. No hace falta que lo recuerde porque sencillamente lo sé. Y un soldado lucha por sus compañeros y por su causa. No me pidas que vaya contra mi naturaleza.»

«Solo te pido que tengas cuidado. Ya he perdido demasiado en esta guerra.»

Mientras esa noche preparaba la dosis de morfina para Alba he sentido la tentación de preparar otra para mí. Ojalá pudiese contemplar todo esto anestesiada, sin sentir este miedo y esta angustia.

Nos hemos reunido en la terraza. Alba se ha tumbado mientras la morfina comenzaba a sedarla y se ha entregado a su placentero entumecimiento. Avi y Galeb, cogidos de la mano, miraban las estrellas. El faro rondaba la ciudad con su luz y, a lo lejos, alrededor del Gurugú, he divisado pequeños fuegos, diminutos. He sentido una inmensa sensación de sosiego y serenidad, y me ha parecido que si daba un paso hacia el vacío, podría flotar y volar. Así de estúpido puede llegar a ser nuestro cerebro.

15 de septiembre de 1921

Durante un par de días algunas de nosotras tuvimos que doblar turnos por la ausencia de Merry, Margarita e Inés. Al tercer día Carmen se reincorporó a nuestro hospital y trajo a dos nuevas damas enfermeras

que acababan de llegar de la Península. Poner sus nombres en la planilla, donde en otro momento habrían ido los de mis amigas, aún incrementó el vacío que sentíamos por ellas.

Ismael ya se incorpora en la cama, pero tras tanto tiempo tendido y con la enorme cicatriz que tiene en el pecho por culpa de mi improvisado tubo torácico, aún le cuesta caminar y se fatiga enseguida. La clave, le he recordado, es alimentarse bien y hacer sus ejercicios, y no quejarse y haraganear. Me encanta reñirle. Con él se me pasa el tiempo volando y, durante esos momentos, hasta me olvido de todo lo que ha pasado.

Y supongo que con el tiempo será así, que Margarita e Inés se convertirán en una memoria triste, como la de mi padrino, el tío Cristóbal, que murió cuando yo era una niña y del que ya apenas recuerdo nada. Pero el dolor por la ausencia de Margarita e Inés aún es intenso y presente a todas horas, y me parece justo sufrir por ellas. Es la huella que han dejado en mí, y esta amargura es la única forma que conoce el alma de rendirles homenaje.

Galeb, además de té, hoy ha traído una pipa que por aquí es bastante común, la *shisha*. Es de metal, muy decorada, y se rellena con agua y un tabaco muy espeso llamado melaza. Se fuma a través de un tubo. He probado y he acabado tosiendo. No me ha gustado nada y no creo que repita. A Alba y a Avi parece que les ha hecho más gracia, aunque también han empezado atragantándose con el humo.

Avi y Galeb, tras unos cuantos tés y pipas, nos han contado que hoy han ido por casa de los padres de él, y que estos han bendecido la relación. Avi va a escribir mañana a los suyos para pedir su consentimiento. Ojalá sean igual de comprensivos.

Vuelvo a la cama, una noche más, cansada y un tanto abotargada. Tengo que preguntarle a Galeb qué lleva ese dichoso té. ¿O esta vez habrá sido la pipa?

16 de septiembre de 1921

Hoy he operado con Carmen y con otro de nuestros médicos, el doctor Herranz. A primera hora de la mañana nos han traído a un soldado al que habían apuñalado. Pero no se trataba de una gumia ni había sido en las trincheras. Le habían dado seis bayonetazos y molido la cara a culatazos anoche, en el barrio del Carmen, una zona muy humilde al norte del río, a tan solo unos minutos de las grandes avenidas modernistas de la ciudad.

No llevaba identificaciones, ni dinero, ni medallas, y le habían cortado dos dedos para robarle los anillos. Está claro que no les bastaba con el robo y el asesinato, sino que también quisieron quitarle su identidad, para que nadie supiese quién era ni a dónde pertenecía. Cuando ha llegado, apenas respiraba y no hemos podido hacer nada por salvarle la vida. Por su juventud estaba claro que sería un soldado raso, con lo que no creo que nadie investigue su muerte. Acabará en la fosa común y para su familia será un desaparecido en combate. Si se hubiese tratado de un oficial, se habría armado una buena. Pero en este lugar no todas las vidas valen igual y las hay que son muy baratas.

Y esa no ha sido la única tragedia de la mañana.

Un oficial de la Legión ha venido muy temprano. Enseguida lo he reconocido: el teniente Agulló, el que estaba al mando de los legionarios del Atalayón. Me ha saludado con respeto, quitándose la gorra, y ha preguntado por doña Carmen Angoloti.

«Soy yo», ha dicho ella adelantándose.

El teniente le ha dado un canastillo que traía lleno de dinero, anillos y medallas.

«¿Qué es?», ha preguntado Carmen.

«De los legionarios que han muerto anoche en Dar Hamed.»

«¿Qué ha pasado?», he querido saber.

«Hace dos días nos relevaron del blocao y pusieron en nuestro lugar a veinte hombres del Batallón Disciplinario, con el teniente Ferrer al mando. Ayer por la tarde los atacaron los moros, centenares de ellos, con cañones y morteros. Envié a quince de mis hombres a reforzar la posición. No les engañé. Iban a la muerte. Uno de ellos cogió su paga, todos sus ahorros y hasta sus medallas y anillos, y me los dio para que se los trajese a ustedes, por lo bien que tratan a nuestros heridos, para que sigan haciéndolo.»

En ese momento no sabía de quién se podría tratar, pero he deseado que no fuera Sancho.

«Otros imitaron su gesto y también me dieron sus dineros y cosas de valor. Cuando conseguí refuerzos y llegamos al blocao esta mañana, estaban todos muertos. A su alrededor había cientos de moros caídos... y ni uno solo había conseguido entrar en la posición. Ahora, al Malo lo llamamos “el Blocao de la muerte”, porque fueron los muertos quienes, sabe Dios cómo, lo defendieron.»

Con el dinero y las joyas nos ha entregado una guitarra que llevaba a la espalda.

«Uno de ellos, que se sumó voluntario, me la dio. Dijo que aquí hay una enfermera que hará buen uso de ella.»

Me ha costado contener las lágrimas. Le hemos entregado la guitarra a Alba, que no ha podido contenerse y ha salido al jardín a llorar. A la pobre se le suman las desgracias, pero esta misma tarde se ha sobrepuesto y ha tocado para los pacientes algunas de las canciones que había aprendido con Sancho.

17 de septiembre de 1921

Hoy nos ha despertado un retumbar como no habíamos oído hasta ahora. Intenso y continuo, como si toda la ciudad fuese sacudida por un terremoto que no cesaba. Hemos subido casi todas a la terraza, algunas aún en camisión, y hemos visto como al sur, hacia Nador y por las faldas del Gurugú, se levantaban columnas de humo y muchos aviones volaban entre ellas. Sobre la ciudad flotaba un gran globo aerostático, amarrado al suelo por un largo cable.

Muchos de nuestros pacientes también querían saber qué pasaba y ha sido uno de ellos, un oficial que tiene disentería, quien nos lo ha explicado:

«Son nuestros cañones, decenas de ellos, y los más graves, los que retumban más, la artillería naval, la del *Alfonso XIII* y los cruceros, que pueden disparar a kilómetros de distancia. Ha comenzado nuestro contraataque. Vamos a por Nador, Zeluán, el Gurugú y Arruit... A echar a esos moros de Melilla para siempre.»

Lo de «esos moros» hasta a mí me ha resultado incómodo, habida cuenta de que en la planta de abajo teníamos a unos cuantos heridos de los regulares, moros que luchaban y morían a diario junto a los españoles.

Carmen ha llegado muy temprano y ha traído el refuerzo de varias damas enfermeras de Melilla que han acabado el curso de segunda hace poco. Las puso en el ala de medicina para liberar a las que tienen más experiencia y reforzar así cirugía.

«Hoy vamos a tener mucho trabajo, me temo —ha dicho—, y nos vendrán bien.»

Merry, que ya no tenía fiebre, también se nos ha unido.

«¿No deberías descansar unos días más? —le he dicho—. Aún no te has quitado la enfermedad de encima.»

«Nunca me la quitaré de encima, Laura, se irá y volverá cuando le plazca. Y no voy a permitirle que dicte mi vida.»

Hemos preparado los quirófanos y dado el alta a cuantos pacientes hemos podido. Ismael se ha ofrecido a trasladarse a otro pabellón para dejarnos su cama, pero no puede caminar bien y sus heridas necesitan supervisión, por lo que se ha quedado aquí.

Aún no habían dado las doce cuando nos han traído a los primeros heridos. Carmen y Merry se han encargado del *triage* y a quirófano nos han enviado a las que teníamos más práctica. Avi con Herranz y yo con Noguerras.

Aún recuerdo cuánto le costaban las prácticas a Avi en la escuela, y las dudas que don Francisco tenía sobre ella. Sin embargo, ahora es de las mejores. Es muy buena sedando y conoce muy bien el material de cirugía. Los doctores no tienen ni que pedirle bisturíes, pinzas, sierras o retractores, pues ella está muy pendiente de la operación y, justo en el momento en que se necesita algo, lo tiende. Herranz ya se ha acostumbrado tanto a su ayuda que creo que se lleva una decepción tremenda cuando Avi no está de turno y le toca con otra.

Noguerras, como ya es habitual entre nosotros, ha delegado en mí algunas de las tareas para ganar tiempo y pasar antes a otros heridos. Hemos tenido de todo: balas, metralla, gumiazos, quemaduras, amputaciones... A nosotros nos llegaban los peores. Carmen se encargaba de sedar a los que ya no tenían esperanza y se aseguraba de que su muerte no fuese solitaria, y a los que tenían heridas menores los enviaba a la sala de curas, donde otros dos médicos y varias enfermeras hacían lo que podían para curarlos o mantenerlos con vida hasta que llegase su turno. No hemos parado ni para comer y solo de vez en cuando nos traían algo de agua o de caldo para hidratarlos y no desfallecer.

Las monjas y las damas enfermeras de segunda también han trabajado muy duro limpiando los suelos, constantemente manchados de sangre y donde sería muy fácil resbalar, y enterrando los miembros amputados en una fosa con cal en el jardín.

Al final del día nos dolían los brazos y la espalda y teníamos los mandiles completamente empapados de sangre. Ha sido el día de trabajo más intenso de toda mi vida y, por lo que ha dicho Noguerras, mañana será parecido. No sé cómo, porque ya no nos quedan más camas. Quizá haya que trasladar a algunos pacientes a otros hospitales para poder seguir usando el quirófano.

Estábamos cenando cuando ha llegado la noticia de que los nuestros han reconquistado Nador. He subido a decírselo a Ismael.

«Ahí fue donde te hirieron, donde comenzó todo... Y ahora por fin podremos ir.»

«Si acaban de tomarlo, Nador sigue siendo primera línea, y estará a tiro de los *pacos* y de la artillería del Gurugú. Y no voy a dejar que vuelvas a arriesgar tu vida.»

«Mi vida está en peligro cada día, como la de todos. Por los mosquitos, por las infecciones, por las bombas del Gurugú...»

«Y allí estará en muchísimo más peligro. Esta vez no me vas a convencer, Laura. Iremos, pero no ahora.»

«¿Cuándo?»

«Cuando retomen el Gurugú y Nador sea un lugar completamente seguro. Así también podré recuperarme del todo. Porque no sé qué es peor, si la bala que recibí o la cicatriz que me dejó tu amigo, el doctor Nogueras, con su bisturí.»

«El doctor Nogueras te salvó la vida.»

«No, tú salvaste mi vida.»

«Y no voy a dejar que ahora la estropees holgazaneando en lugar de hacer tus ejercicios.»

Lo he ayudado a caminar por el pabellón y por las escaleras mientras continuamos hablando.

«¿Cuánto crees que tardarán en tomar el Gurugú?», le he preguntado.

«No lo sé, pero me figuro que les llevará tiempo. Una montaña es fácil de defender y hay que tomarla luchando por cada roca. Supongo que también intentarán rodearla por el sur, para aislarla y obligar a Abd el-Krim a retirarse de ella. Tardarán semanas...»

«¿Y si antes te dan de alta?»

«Cogeré una pensión en Melilla, o me quedaré en un campamento. Viviré a la intemperie o bajo un puente si hace falta, pero no me iré sin resolver este misterio que soy yo.»

18 de septiembre de 1921

La batalla sigue y mientras los soldados luchan en las faldas del Gurugú nosotras lo hacemos en el quirófano. Hoy el suelo ha vuelto a empaparse de sangre, igual que nuestros mandiles y uniformes. Dos han muerto en

la mesa de operaciones. Se siente una frustración horrible cuando te has pasado dos horas luchando para salvar a un hombre y ves, literalmente, cómo se le detiene el corazón. Al menos, cinco han salido con vida y ya descansan en el pabellón, recuperándose poco a poco.

A última hora hemos dado el alta a tres y enviado a otros seis al nuevo hospital para hacer sitio a los que llegarán mañana.

23 de septiembre de 1921

Por muy habituales que sean las tragedias en la guerra, una nunca acaba por acostumbrarse. Entiendes esa expresión de la Biblia que define esta vida como un valle de lágrimas. Así debió de ser el pasado, cuando la guerra era algo tan habitual e inevitable como la lluvia o el viento. Pero a veces, en medio de tanto horror, ocurre un milagro.

El doctor Antonio Vázquez Bernabéu, uno de los supuestamente caídos en Annual, ha regresado vivo. Lo atendieron en el hospital Alfonso XIII y, después, lo interrogó el general Juan Picasso. Anoche lo invitaron a cenar en el Hotel Colón con otros médicos militares. El doctor Nogueras asistió a esa cena y se llevó a Alba con él. «Quizá ese hombre sepa algo sobre tu padre o tu prometido.»

Avi y yo esperamos despiertas a que regresase y se reuniese con nosotras en la terraza.

«El doctor Bernabéu estaba en Buy Meyan cuando comenzó todo — nos ha contado Alba—. Arrollaron su posición y él, con los supervivientes, retrocedió hasta Annual, así que lo vivió todo. Tanto la valentía de unos pocos como la cobardía de miles, y la rapiña y brutalidad de la *harka*, que hasta se peleaban entre ellos por los despojos y por la oportunidad de torturar a los heridos. El doctor usó su pistola para defender a tiros a los que estaban a su cargo, y si no lo mataron fue porque el propio Abd el-Krim ordenó que lo capturasen. Bernabéu había atendido en el parto a las esposas de algunos jefes rifeños y, por eso, Abd el-Krim había oído hablar de él. Le ofreció ser su médico particular a cambio de una gran cantidad de dinero, pero el doctor se negó. Lo enviaron a Axdir, la capital de la cabila de Abd el-Krim, con otros prisioneros.»

«Entonces, ¿hay prisioneros? ¿No los mataron a todos?», ha preguntado Avi.

«A la tropa, sí, pero capturaron a algunos artilleros para que les enseñasen a manejar los cañones, y a varios oficiales para pedir un

rescate por ellos.»

«¿E Ignacio? Es alférez, ¿no?», le he preguntado.

«Bernabéu atendió sus heridas tras la caída de Arrayán. Y me contó que Ignacio estaba en Annual cuando se produjo el ataque, pero no sabe qué fue de él... —Le costó un poco seguir—. En Axdir no estaba.»

Avi y yo le hemos dicho que lo sentíamos.

«El doctor insistió en que eso no quiere decir que haya muerto, que hay más campos de prisioneros. Él, en Axdir, se dedicó a atender tanto a nuestros heridos como a los rifeños. Y no fue un trabajo fácil. No por falta de medios, sino por sus peleas con los nativos por los métodos primitivos y poco higiénicos que usaban. Cambiaban sus apósitos y vendajes por remedios locales a base de pan mascado, paños viejos y hierbas. Y, claro, las heridas se infectaban y mataban a hombres que, de otra forma, habrían sobrevivido. Cuando ya llevaba allí casi un mes llevaron a más prisioneros: el general Navarro y otros oficiales de los que estaban en el monte Arruit.» Alba ha notado en nuestras caras que íbamos a preguntar por su padre y se ha adelantado:

«Y mi padre tampoco estaba entre ellos».

«¿Cómo hizo el doctor para huir?», ha querido saber Avi.

«Cuando vio que ya no podía hacer más por nuestros heridos, aprovechó que podía ir y venir con cierta libertad, y escapó por la noche. Pero no fue fácil, porque le dispararon y tuvo que saltar al mar para salvarse. Luego regresó a la orilla y vino por la costa hasta llegar a Melilla.»

Aquello había sido un milagro, sí, pero completamente estéril para Alba.

«Sigo luchando contra el efecto de la morfina, pero, creedme, no hay peor adicción que la esperanza. Se habla muy bien de ella: fe, esperanza y caridad, las tres virtudes teologales... Pero la esperanza es una gangrena. Infecta las heridas para que no dejen de sangrar nunca. Ojalá llegase alguien y me dijera que han muerto; así podría enterrarlos de una vez y comenzar a vivir sin ellos.»

Le había preparado su dosis de morfina y se la he ofrecido. Por primera vez ella la ha apartado.

«Se acabó, esta droga puedo dejarla; ojalá con la esperanza fuese tan fácil.»

25 de septiembre de 1921

Abandonar la morfina así, de golpe, no es tan fácil. Hemos cubierto a Alba diciendo que ha cogido unas fiebres y con esa excusa ni siquiera ha tenido que ir a misa. Con lo que suda y los escalofríos que tiene ha sido fácil que nos crean. Le duele todo el cuerpo y no puede parar de temblar, pero dice que lo peor es la ansiedad.

«No puedo dejar de pensar en otra cosa que en la morfina. En cuánto me aliviaría, en cómo la necesito, en lo feliz que era con ella... Y no tenerla, rechazarla, me causa más angustia que la ausencia de mi padre o de Ignacio. Ya no siento nada por ellos, me dan igual; solo quiero otra dosis... Por favor, dádmela...»

No nos ha resultado fácil, pero hemos sido firmes y no se la hemos dado. Galeb, Avi, Candi y yo haremos turnos esta noche para no dejarla sola. También se lo he contado a Ismael, para que entienda que estos días me debo a Alba y que será otra quien lo acompañe en sus ejercicios.

26 de septiembre de 1921

Alba ha empeorado. Tiene aún más escalofríos, taquicardia, hipertensión, le gotea la nariz, vomita todo lo que come y le duele el vientre de tal manera que, dice, parece que va a partirse por la mitad. Y su ansiedad es todavía peor. Algunas enfermeras creen que tiene disentería. Mejor que piensen eso.

27 de septiembre de 1921

El doctor Noguerras ha bajado a ver a Alba. Le dije que no hacía falta, que solo eran unas fiebres y que ya me ocupaba yo.

«No soy tonto, Laura. Y conozco a médicos que han pasado por lo mismo que ella está pasando. Cuando faltó la morfina, supuse que era por algo así... —Antes de que yo se lo pidiese, ya me respondió—: Tranquila, no diré nada. ¿Cuándo tomó su última dosis?»

«Hace casi tres días.»

«Mañana comenzará a mejorar y en unos días más, el miércoles o el jueves, estará perfectamente. Pero siempre le quedará cierta ansiedad y la tentación. Es una lucha que arrastrará toda su vida... Es bueno que todas sus amigas y su familia lo sepan para estar alerta y acompañarla cuando lo necesite.»

Luego ha hablado con Alba. Le ha contado cómo algunos de sus amigos médicos habían recorrido el mismo camino que ella hacía ahora.

28 de septiembre de 1921

Como predijo Nogueras, Alba se encuentra mejor. Aun así, se quedará todo el día en nuestro barracón y haremos turnos para cuidarla. Durante el mío, el doctor ha bajado y se ha acercado a nosotras.

«Te sustituiré un rato, porque hay algo que deberías hacer tú. —Me ha tendido un pequeño paquete que venía cerrado con papel de estraza y una cuerda—. Lo ha enviado desde Asturias Anselmo Vallejo.»

Ismael lo ha recibido con ilusión y me ha pedido que les diese las gracias a los oficiales que habían conseguido ponerlo en contacto con su hermano. Ha abierto el paquete con reverencia, como si contuviese un grimorio lleno de magia, con el hechizo que le devolvería parte de su vida.

Había una carta en la que su hermano le contaba cosas de sus padres, la casa, las tierras, sus infancias..., como que en la escuela unitaria de Tablao, los hermanos Vallejo habían compartido pupitre y tirones de orejas de don Abundio, un profesor cascarrabias que no les permitía hablar en bable ni siquiera entre ellos.

«Entonces..., ¿sabes bable?»

«No lo sé..., quizá si tú me hablastes en bable yo podría responderte, pero así, sin más... No sé....»

«Yo no conozco la lengua de tu tierra, pero no te preocupes, buscaré a algún soldado asturiano que te lo hable. Vamos a ver las fotografías.»

Con la carta venían varias. Una de él y su hermano, de niños, con sus padres, delante de una casa que parecía trepar por una empinadísima ladera llena de árboles. Otra de los hermanos, jóvenes, en un estudio fotográfico, posando con el traje de los domingos. Otra de Ismael, ya vestido de soldado, con sus compañeros de instrucción, abrazados, sonrientes. Y la más reciente, él con su uniforme de alférez. Ha paseado su dedo por el rostro de la foto.

«Así que este soy yo.»

«Y eres muy guapo», le he dicho.

«Lo era», ha dicho con pena.

«¿Y te recuerdas así? ¿A tus padres, tu hermano, la casa? ¿Tus compañeros?»

«Aún no...», ha suspirado.

«Lo siento.»

«No, por favor; no te pongas triste por algo que a mí no me aflige. Solo son fotografías, no es como estar allí. Cuando vuelva, ahora lo sé, recordaré mi vida en estos lugares. Como cuando estuve en los cafés o en Dar Hamed. Y da igual que por ahora no lo recuerde aquí dentro. —Se ha señalado la cabeza—. Este soy yo. Y lo siento aquí.» Ha acercado la mano a su pecho, a la altura del corazón.

Entonces ha tomado la foto de sus padres y la de sus compañeros de instrucción y las ha contemplado con melancolía.

«Los que están en esas fotos han muerto. Es un mundo que ya no existe y del que solo quedo yo. Si recupero la memoria, podrán vivir en mis recuerdos.»

Me ha pedido papel y pluma. Quería responder a su hermano. Entonces, al intentar escribir, sus manos se han vuelto torpes y las letras le salían mal y confusas. Se ha asustado.

«¿Qué me pasa? Sé hablar, sé leer, ¿por qué no puedo escribir?»

Le he quitado la pluma y el papel y le he cogido las manos.

«Tranquilo, no es raro que la conmoción, además de a la memoria, haya afectado a tu capacidad de escribir. Es normal. E irás recobrándola poco a poco. Por ahora, díctame lo que quieras. Lo de escribir cartas para vosotros lo he hecho mil veces.»

Ha apretado mis manos con las suyas y se ha quedado quieto, mirándome un rato.

«Si no me sueltas, no podré escribir.»

«Claro, perdona...»

Ha comenzado a dictarme una carta de agradecimiento a su hermano. ¡Seis cuartillas, querido diario, seis cuartillas! Y eso que apenas tiene recuerdos. No sé como aún tengo ganas de escribir en tus páginas.

3 de octubre de 1921

La ciudad ya tiene a quien encomendarse: la Virgen de la Soledad.

Ayer un obús de metralla atravesó el tejado de una casa de la calle Polavieja y cayó entre dos niños que dormían junto a una imagen de esa Virgen. Aunque el proyectil explotó y las paredes se llenaron de metralla, los niños y la Virgen resultaron ilesos. Se ha proclamado el milagro, han sacado a la Soledad en procesión y todos se encomiendan a ella. Por supuesto, yo no creo en ese milagro y estoy segura de que hay alguna otra explicación. No porque tenga una mente científica, sino porque me niego a pensar que Dios juegue a salvar a unos y dejar morir a otros, sobre todo a otros como Margarita, que tantas vidas había salvado entre las paredes de este hospital.

Si para mí este día tiene un milagro, ha sido ver a Alba completamente repuesta y de vuelta al trabajo.

5 de octubre de 1921

Por los heridos que siguen llegando, los combates alrededor del Gurugú y al sur de Nador deben de ser terribles. Cada vez somos más eficaces discriminando entre quienes se pueden salvar y quienes no, y son pocos los que se nos quedan en la mesa de operaciones, aunque a muchos tenemos que mutilarlos o dejarlos inválidos para el resto de sus vidas. Aun así, lo más terrible es el *triage*, sobre todo cuando un herido te mira con esperanza, pensando que eres su ángel salvador y que se pondrá bien, pero sabes que va a morir y que lo único que puedes hacer es darle morfina y llamar al capellán. Algunos se dan cuenta y se ponen a gritar y llorar como locos. A veces, cuando ya estoy en quirófano, operando, puedo oír sus gritos fuera. El doctor Noguerras me pide que piense en los muchos que, de no estar nosotros, habrían muerto; que así me sentiré mejor... Asiento, no porque pueda hacerle caso, sino porque sé que, hasta para él mismo, es una mentira que merece la pena creer.

Hoy, con el correo, ha llegado la respuesta de los padres de Avi a la pedida de Galeb. Le han dicho que no. Se niegan a que su hija se case con un moro, por muy educado o de buena familia que sea. Ella, al principio, se ha enfadado mucho, pero luego se ha calmado y le ha pedido a Carmen que le consiga una conferencia con Madrid.

«¿Vas a hablar con tus padres?», le he preguntado.

Pero no ha querido decir nada. Tiene su plan, me ha dicho, y ya me lo contará si le sale bien.

6 de octubre de 1921

Hoy Carmen ha dejado Melilla. No es que haya decidido regresar a España o le haya pasado algo. Se ha ido a Tetuán.

«Se combate en más lugares, no solo aquí, y vamos a abrir hospitales en Tetuán y Larache. Mi marido y yo vamos a organizar un poco las cosas y regresaremos en cuanto podamos.»

La he acompañado hasta el puerto, que sigue tan atestado y tumultuoso como antes de iniciarse la ofensiva. Esta vez también había un barco hospital, con una enorme cruz roja, a donde las enfermeras y sanitarios estaban subiendo a los convalecientes. He recordado el día que llegamos, hace ya dos meses y medio, cuando solo éramos un puñado. Ahora se pueden ver cruces rojas por toda Melilla y, me figuro, por toda España.

El barco que se ha llevado a Carmen ha pasado junto a un enorme carguero, el *Churruca*. Es un buque cisterna con varias toneladas de agua que nos vendrían muy bien, pero por su calado no puede entrar al puerto y aquí no tienen mangueras suficientemente largas como para vaciarlo. Lleva así dos semanas y sin solución a la vista. Estoy segura de que, si fuese responsabilidad de Carmen, mañana tendríamos esa agua en Melilla.

De regreso, quirófano; después, los ejercicios de Ismael, que ya se mueve y camina mucho mejor, y finalmente la reunión con las demás jefas y subjefas, alrededor de una gran jarra de té y dátiles, para archivar el papeleo, analizar incidencias, comprobar el material, seguir la evolución de los pacientes, ver qué necesidades apremian, hacer la planilla de mañana y, de paso, cotorrear un poco. Le estoy cogiendo mucho gusto a ese momento que suele cerrar el día.

10 de octubre de 1921

Esta mañana Galeb, con unos prismáticos, ha visto la bandera española ondear en la cima del pico Basbel, el más alto del Gurugú. La noticia no ha tardado en confirmarse: la montaña ha sido reconquistada y Melilla, por fin, se ve libre de sus cañones.

He corrido a contárselo a Ismael, que, con la alegría, me ha abrazado como si le llevase la noticia de que la guerra había acabado.

«Entonces..., ¿iremos a Nador?», le he preguntado.

«En cuanto tú puedas.»

Podría explicarle la situación a sor Asunción y pedir su permiso, pero me temo que me lo negaría y que me tendría vigilada durante muchos días. Así que Ismael ha hablado con el doctor Nogueras y le ha dicho que recuerda cosas que podrían interesar al general Picasso para su investigación. Ha pedido su permiso para desplazarse hasta el Cuartel General, que es donde el propio general dijo que podría encontrarlo. El doctor, al ver que Ismael está casi recuperado, ha accedido con la condición de que vaya acompañado por una enfermera. Y como yo soy la encargada del servicio, he asumido personalmente esa labor. Estoy segura de que Avi lo hará muy bien como subjefa provisional de cirugía para oficiales.

Iba a acostarme cuando una monja nos ha llamado a todas: «¡Subid a la terraza, rápido!». Desde allí hemos visto todo el Gurugú en llamas, marcando su inmensa silueta con el rojo del fuego. Las estrellas se ocultaban tras el humo que, según ascendía, se confundía con la oscuridad de la noche. Aunque este ha sido el día de nuestra liberación, parecía el fin del mundo.

11 de octubre de 1921

Hoy, bien temprano, hemos salido con Galeb hacia el sur. Esta vez, Ismael y yo con él en la cabina. Al poco de arrancar, Ismael se ha puesto muy nervioso y ha querido que parásemos. Le ha pedido a Galeb que le dejase al volante. Ha arrancado y ha conducido un buen trecho con una enorme satisfacción.

«Sabía conducir, isé conducir! —ha gritado muy ilusionado—, y he pasado por aquí más veces, de camino a Nador; ahora lo recuerdo. Y llevaba un vehículo aún más grande. Un camión.»

El día comenzaba bien. Pero enseguida se ha puesto mal.

Apenas habíamos cruzado el río cuando Galeb ha movido la cabeza para fijarse en el retrovisor.

«Frena», le ha pedido a Ismael.

Un coche que teníamos detrás y que no se esperaba ese repentino frenazo casi choca con nosotros. Por los espejos hemos visto quién lo conducía: Efraím, que, sin su gorra, lucía claramente su pelo cano. Lo acompañaban un par de soldados.

«Ese cabrón nos está siguiendo —ha dicho Galeb—. Le voy a decir cuatro cosas.»

«¡No! —Le he detenido—. Es muy peligroso, tú mismo me lo has dicho; no te enfrentes a él, por favor.»

«Pues tendremos que despistarlo; no me apetece tenerlo detrás todo el día», ha respondido Ismael.

He pensado que iba a acelerar para intentar escapar de nuestro perseguidor, pero conducía tranquilo, como si no pasase nada.

«¿Y así pretendes despistarlo?», ha comentado Galeb.

«Que aún no sepa que lo hemos visto, no hasta que nos convenga. El barrio del Real está trazado como una cuadrícula, con manzanas pequeñas, y siempre está lleno de gente... Allí será más fácil despistarlo.»

Galeb y yo lo hemos mirado asombrados.

«¿Has recordado todo eso?»

Ismael ha asentido jubiloso.

Aunque muchas tropas se han desplazado al sur para seguir presionando hacia Zeluán y el monte Arruit, la zona de los campamentos y los barrios del sur siguen atestados. Ismael ha dirigido la camioneta entre esa multitud hasta un cruce por el que estaba pasando una larga caravana de camiones con refuerzos. Todos eran muy jóvenes y, aunque algunos bromeaban, parecían muy asustados. Ismael estaba más pendiente de los huecos que, a veces, quedaban entre camiones y, de repente, ha hecho sonar el claxon, ha acelerado haciendo un gran ruido con el motor, y se ha colado por uno de esos huecos ganándose los insultos del camionero y de unas cuantas personas que han tenido que apartarse para dejarle pasar. El coche que nos seguía, con Efraím, ha quedado atrás.

Creía que Ismael aprovecharía para ir hacia Nador a toda velocidad, pero se ha metido por callejones laterales hasta llegar al mercado del Real, cuatro largas naves de mampostería y hierro, rodeadas de vendedores ambulantes con sus puestos y sus carritos. Ha aparcado entre dos de las naves, lejos de la entrada. Luego nos ha pedido que nos apeásemos.

«Efraím nos buscará hacia Nador y por su carretera, así que le daremos el resto de la mañana para que se canse y lo dé por imposible. Nosotros iremos por la tarde.»

Así que he pasado el resto de la mañana con ellos, en el mercado, visitando los puestos y jugando a regatear con los vendedores. Ismael

también ha dedicado un buen rato a estudiar el motor de la camioneta, que parecía conocer como si él mismo lo hubiese fabricado.

«Está claro que sé de camiones y de mecánica.»

Hemos comprado alubias, arroz y algo de una carne muy especiada que nos han dicho que era cordero. Después de comer hemos tomado un té muy cargado y unos pastelillos de miel, y hemos vuelto a la camioneta.

Una de las calles que pasan al lado del mercado lleva directa a la carretera de Nador. Por ella salimos de Melilla y entramos en Beni Ensar. Esta vez, en lugar de ir hacia el oeste, a la Restinga, continuamos hacia el sur, pegados a la orilla interior de la Mar Chica. El sol bajo del otoño resplandecía sobre ella y te dejaba medio ciega si te quedabas mirando sus aguas mucho rato. A nuestra derecha, en las cimas del Gurugú, entre el humo, los esqueletos de árboles ennegrecidos por el incendio de la noche; en algunos picos aún había llamas. Las colinas y los escarpes bajos que nos rodean no han sido afectados por el fuego y, entre cráteres y trincheras abandonadas, todavía se agarran higueras y encinas retorcidas, rodeadas de matorrales pardos y oscuros que, no sé cómo, han sobrevivido a las explosiones y los disparos. Un cañón destrozado, los restos de un camión, las alambradas, los sacos terreros desmoronados y rotos, y hasta los casquillos de los obuses forman parte de este paisaje castigado.

El levante nos golpeaba con tal fuerza que apagaba los sonidos de nuestro propio camión. Incluso ahora, en otoño, se siguen notando el calor y la aridez de esta tierra tan hosca y bella. Y, sobre nosotros, impasible a la destrucción, el cielo, con ese azul tan intenso que me sigue asombrando como el primer día. Es lo que más me recuerda que estoy en otro continente.

Pasamos ante el Atalayón, continuamos hacia el sur y en menos de veinte minutos ya estamos en Nador. Si Melilla parece una ciudad en construcción, esta parece una recién nacida. Una multitud de casas bajas de piedra blanca, con tejados planos, terrazas y grandes puertas y ventanas, entre las que destacan tres altos edificios: la iglesia y las factorías de electricidad y de harina.

«Y esas son las Tetas de Nador», ha dicho Galeb señalando dos pequeñas colinas cercanas.

En ese momento parecían dos niños pequeños que dicen su primera palabra malsonante. De verdad, querido diario, ¿por qué hasta los hombres más listos pueden llegar a ser tan tontos?

Galeb nos ha dejado para visitar a unos amigos de sus padres, que habían regresado a Nador para participar en su reconstrucción. Ismael y yo hemos dado un paseo por la ciudad.

«¿Recuerdas algo?»

«Muchas cosas —me ha respondido exultante—. No acontecimientos concretos, ni nombres, ni personas, pero sí sensaciones. Y lugares. He estado aquí, muchas veces..., y hasta puedo sentir cómo voy cambiando por dentro según recorro estas calles.»

«Pues no paremos. Déjate llevar. Vamos a donde quieras.»

Caminamos entre las casas, entre pelotones de soldados que iban hacia el frente, que rugía lejano al sur, y entre camiones con heridos y muertos que regresaban de allí. Nuestros pasos nos han llevado hacia las afueras, por la carretera que continúa hacia Zeluán. Ismael estaba tan absorto en lo que iba sintiendo que apenas reparaba en lo que lo rodeaba.

«¡Cuidado!» He tenido que agarrarlo para que un camión no se lo llevase por delante.

Él ni se ha inmutado y, en cuanto lo he soltado, ha seguido con su andar errático. Parecía un sonámbulo que, en lugar de caminar en sueños, lo hacía por su pasado. Desde el camión ha saltado un soldado que se ha dirigido a mí. Creía que iba a gritarnos, enfadado por haberles hecho frenar de aquella manera tan brusca, pero me ha hablado con amabilidad:

«Señorita, por favor, necesitamos su ayuda. —El cajón de carga iba lleno de camillas con heridos—. Es el sargento, no para de sangrar».

Me han ayudado a subir. Aquel sargento tenía una buena herida en el costado derecho, un gumiazo que no le había perforado el hígado de milagro. El sanitario que lo había atendido, para los medios que me figuro que tendría, había hecho un buen trabajo con la hemostasia y la sutura; lo suficiente hasta que llegase al hospital. Pero con el traqueteo del camión, o quizá con el frenazo, la herida se había abierto y desgarrado más tejido. Llevaban un pequeño botiquín del que he podido coger aguja e hilo para cerrar la herida, y vendas para contener la hemorragia.

«Está muy débil. Que el conductor vaya con cuidado y que lo atiendan el primero en cuanto llegue al hospital.»

No sé si sobrevivirá a tanta pérdida de sangre, pero no he podido hacer más.

El camión se ha ido y me he quedado sola. He mirado a mi alrededor y no he visto a Ismael. La sorpresa ha sido sustituida por la preocupación y esta por el miedo según buscaba y no lo encontraba. He gritado su

nombre, pero con aquel infernal viento daba igual. No me oiría y si me oía no sabría de dónde venía mi voz.

Ya estaba a punto de rendirme cuando he visto, cerca de la carretera, una trinchera protegida por sacos terreros con un pequeño blocao detrás. Estaba rodeada de cráteres y los sacos destejidos por los balazos y despanzurrados por las explosiones. He tenido la intuición de que ese era el lugar donde habían herido a Ismael. He corrido hacia allí, llamándolo, y me lo he encontrado en la trinchera, encogido y temblando.

Cuando lo he tocado, se ha asustado y me ha apartado. Parecía no reconocerme.

«Ismael, soy yo, Laura.»

Su respiración era tan agitada que he temido que se fuese a desmayar. Me he arrodillado junto a él, le he cogido las manos y le he pedido que respire más lento, acompasando su aliento con el mío, así, poco a poco, hasta que se ha ido calmando. Estaba tan nervioso y alterado que hasta sus pupilas se habían dilatado.

«Te molesta la luz, ¿verdad? Ven conmigo, allí estarás mejor.»

De la mano lo he llevado hasta el blocao. Le costaba caminar y llevaba los ojos entrecerrados. Dentro el aire era muy cálido y espeso, pero la penumbra lo ha calmado. Se ha sentado contra una de las paredes y yo frente a él.

«¿Ya te encuentras mejor? —Ha asentido—. ¿Puedes hablar?»

Ha tomado aire antes de contarme qué le había pasado.

«Estaba arrebatado, ya lo has visto en el paseo; no solo es que recordara, he sentido como cada cosa que veía, cada paso que daba, evocaba un recuerdo. Ya no es que los viese en mi cabeza, era como si volviera a vivirlos, como si me estuviese completando en ellos... Y entonces he llegado aquí.»

«Al lugar donde te hirieron...»

«He sido un estúpido y me he precipitado a la trinchera; allí me había convertido en un héroe y quería recuperarlo, sin pensar en que también reviviría mi muerte. Porque ahora sé que sentí eso cuando me hirieron, que moría. Noté la explosión que me lanzó por los aires y el fuego que me rodeó y comenzó a consumirme la carne. Y, otra vez, el mismo dolor insoportable. La piel se me caía a tiras y yo me retorcía en la agonía; apenas podía respirar y me arrastraba por el suelo, intentando huir. Las piedras y los guijarros se me clavaban y arrancaban pedazos de mi cuerpo. Debería haberme dejado caer y morir. Pero tenía tanto miedo al vacío de la muerte que seguí aquí, vivo, agonizando, arrastrándome por

la noche, entre las hierbas y las rocas, suplicando que alguien me viese, aterrorizado y con una agonía que duró horas. Me fui sintiendo más y más débil, y grité de rabia y de pánico. Iba a morir allí, en medio de la nada, solo y asustado, y las bestias darían cuenta de mis restos. Sencillamente desaparecería en medio de esa infinita agonía.»

«Pero no fue así.»

«No, de repente todo desapareció. Me rodeó la oscuridad más profunda que he sentido jamás. Podía mover la mano delante de mis ojos y no verla. Y ya no sentía mi cuerpo. No había nada. Era como flotar en medio de esa nada. Pensé que era la muerte. Y sentí paz. Cerré los ojos y decidí irme. Era feliz, absurdamente feliz... Hasta que me despertaron. Sentí un pinchazo y estaba en una camilla, en un hospital, rodeado de hombres que me sujetaban y gritaban a mi alrededor. La luz era tan intensa que me quemaba los ojos y el aire abrasaba mis pulmones. Prefería la muerte a esa tortura. Grité, intenté huir, pero me ataron, me golpearon, me pusieron una máscara... Y fue en ese momento cuando, poco a poco, comenzó a desvanecerse mi memoria. El dolor me había vuelto loco, me había convertido en algo inferior a una bestia y, por eso, mi cabeza lo borró todo... Mi mente solo quiso protegerme, darme una nueva vida, lejos de esa agonía... Nueva... Y he sido tan estúpido como para no darme cuenta y traerlo todo de vuelta.»

Estaba llorando y por su cuello resbalaban las gotas de sudor que se habrían formado bajo las vendas. Sus manos ardían, como si tuviese fiebre.

«Lo siento —le he dicho también con lágrimas—. Siento haberte causado todo ese dolor.»

«No, tú no tienes culpa de nada.»

«Claro que sí. Yo te he empujado a venir aquí.»

«No, y no debes estar triste. Por favor, no llores, tú no...»

«Has vuelto a sufrir todo eso por mi culpa...»

«No es cierto y aunque lo fuera, me daría igual. Por ti volvería a atravesar la muerte y esa misma agonía mil veces más... Solo con tal de verte feliz y que pares de llorar.»

«No digas tonterías... —He forzado una sonrisa que, entre mis lágrimas, no sé si tendría mucho valor—. Cómo te gusta exagerar.»

«No exagero, Laura... Y sé que no eres tonta, y si no sabes qué siento por ti es porque tú misma no has querido verlo. Igual que mi cabeza borró mi pasado, la tuya te ha vuelto ciega para protegerte...»

«¿Para protegerme de qué?»

«Tienes un corazón enorme; eres la persona más buena y generosa que conozco... Y sé cuánto te dolería no corresponder lo que siento por ti.»

A lo lejos sonaban disparos y explosiones. El viento golpeaba el tejado de chapa con fuerza y hacía repiquetear la arena sobre él. Pero en ese momento he sentido un silencio absoluto. Solo lo podía oír a él y hasta mi propia voz sonaba distante.

«Te quiero, Laura, y te pido que lo olvides y que no temas hacerme daño. Sé que alguien como tú no puede corresponder a alguien como yo.»

«A un héroe...»

«A un monstruo...»

«No eres un monstruo.»

He soltado sus manos y me he sentado a horcajadas sobre su regazo, cara a cara con él.

«¿Qué haces?», me ha dicho.

He acariciado las vendas que lo cubrían. Estaban empapadas por el sudor y las lágrimas. He encontrado el cabo final de la venda y he tirado de él.

«No...», me ha dicho.

«Chsss...»

Ya había empezado a retirar las vendas que cubrían su cara cuando ha insistido:

«No, por favor, para.»

«Cállate.»

Ha puesto sus manos delante y se las he apartado. Luego ha girado la cabeza a un lado. La he cogido entre mis manos y le he hecho mirarme de frente. Mientras continuaba liberando su rostro, notaba su aliento sobre el mío y no he dejado de mirarle ni un momento mientras las vendas me iban dejando entrever sus heridas y cicatrices. Las he retirado por completo y han caído al suelo. Él estaba temblando.

«Mírame —le he pedido—, yo te miro... —Aún temblaba—. Tranquilo —le he susurrado. He contemplado su rostro muy de cerca hasta adivinar sus rasgos bajo las heridas y las deformidades. He acariciado su piel, dura y áspera, muy retorcida y tirante. He acercado mis labios a lo que había sido su mejilla y la he besado. Luego he vuelto a besarle cerca de la barbilla, sobre sus cicatrices. Me he apartado un poco y he dejado caer mis labios sobre los suyos, suaves, húmedos y cálidos. Con mi lengua he buscado su lengua.

Entonces fue cuando me ha abrazado con fuerza e, igual que yo, se ha entregado.

Me ha quitado la ropa y yo la suya. Aun en ese crepúsculo, su cuerpo retorcido y quemado contrastaba con la blancura de mi piel. Hemos hecho el amor y aunque, por cómo se movía, creo que él tiene experiencia, no puede recordar a otras antes que a mí... Así que ha sido como si ambos fuésemos vírgenes, como si esa fuera la primera vez en nuestras vidas... Nuestro primer amor consumado.

Y no te voy a contar más, querido diario, solo que no tiene nada que ver con lo que dicen los libros. Es más rudo y más dulce, a veces hace daño, mucho, y a veces es tan placentero que esa palabra no basta para definirlo. Y, ante todo, es intenso.

Recuerdo que, de niña, se me carió una muela y el dentista tuvo que quitármela. Sin querer tocó el nervio y sentí el dolor más agudo y destructivo que he sentido jamás; parecía que no solo me dolía el diente sino todo el cuerpo, y que ese dolor irradiaba hasta explotar y dejarme casi sin sentido. Pues el orgasmo es lo mismo pero al revés. Y en él no existen ni la muerte, ni la pena, ni la infelicidad. Todo, por un momento, es tuyo, puro y absoluto.

Hemos permanecido un rato allí tendidos, desnudos, abrazados. Un poco de brisa que se colaba entre los sacos y las maderas ha comenzado a evaporar las gotitas de sudor que había sobre mi cuerpo. Y la realidad prosaica ha entrado de golpe: he estornudado.

«Será mejor que nos vistamos», me ha dicho Ismael.

Lo hemos hecho en silencio, sin decir nada. Supongo que nuestros cuerpos ya lo habían dicho todo. Él ha buscado por el suelo y se ha querido poner las vendas como si fuesen una prenda más.

«Ya no las necesitas, y no estarán muy limpias», le he dicho.

«Contigo no, pero siguen siendo mi escudo frente a los demás.» Y ha acabado de ponérselas. He pensado que tampoco tiene ya heridas abiertas y que se las cambiaría nada más volver al hospital.

Nos hemos reunido con Galeb y hemos hecho el trayecto de vuelta en silencio. No sé como Galeb no se ha dado cuenta de que ya no éramos los que habían ido con él. Al menos, yo no lo era. No lo soy.

He acompañado a Ismael hasta su cama.

«En un par de días te daremos de alta», le he dicho.

«No me iré de tu lado hasta que tú me eches.»

He mirado alrededor con discreción y, fingiendo que le ajustaba las vendas, lo he besado en los labios.

He bajado las escaleras hacia la reunión, a ver qué tal lo había hecho Avi hoy, aunque la cabeza aún la tenía en el blocao de Nador. Y entonces ha ocurrido algo por completo inesperado y, de alguna manera, terrible:

«¡Laura!»

Me estaba llamando un hombre que me miraba al pie de la escalera, a pocos metros de mí. De un par de saltos ha recorrido el espacio que nos separaba, me ha tomado por la cintura con una mano y con la otra ha rodeado mi cuello. Me ha inclinado y me ha plantado un apasionado beso en los labios para sorpresa de todas las que estábamos allí, incluida yo.

Lo he apartado de mi lado con fuerza y entonces he visto quién era.

«¡¿Javier?!»

Me ha dedicado esa sonrisa que tantas veces me había fundido el corazón. El muy cabrón, y perdona que escriba así, querido diario, sigue siendo tan irresistiblemente guapo como siempre. He dado un paso atrás y con toda la fuerza que he reunido le he dado tal sopapo que muchos han debido de pensar que el cañón del Gurugú volvía a estar activo. Las enfermeras que nos rodeaban se han quedado atónitas. Una de las de Melilla, la que había estado antes con Javier, al ver la escena directamente se ha desmayado y ha tenido que ser atendida.

«Me lo merezco», ha dicho Javier por el bofetón.

«Lo que te mereces —le he dicho furiosa— es que te saque los intestinos con un bisturí Parker del doce.»

«Laura...»

«¡Ni se te ocurra decir mi nombre, porque no quiero saber nada de ti! Ya me he enterado de tus andanzas en Melilla. Por esa razón no querías que viniese, ¿no?»

«Así es», me ha dicho con un desconcertante descaro.

«¿Y tienes los arrestos de reconocerlo?»

«Escúchame, por favor; tú no tienes nada que ver con todas ellas.»

«Ya. Porque debo de ser la única que no ha dejado que te metieses bajo sus faldas...»

He oído gritos de escándalo... y una ha salido a toda prisa al jardín.

«No tiene nada que ver con eso. ¿Quieres saber por qué te dejé?»

«Quise saberlo, pero ahora me importa un comino.»

«Me gustan las mujeres, y mucho, y durante toda mi vida lo he tenido muy fácil. Saltaba de una a otra, y luego las olvidaba.»

«Lo que se dice un crápula.»

«Exactamente, un crápula, un sinvergüenza.»

«Un canalla.»

«Un disoluto.»

«Un cabrón.»

Esa palabra le ha sorprendido y se ha quedado boquiabierto.

«¿Dónde has aprendido a hablar así?»

«Ya no soy la misma.»

«Me da igual, porque me gusta cómo eres y como quieras ser.»

«Claro, y por eso me abandonaste... Y con una nota entregada por un subalterno.»

«Te abandoné porque me asusté. Por primera vez en mi vida no era capaz de olvidar. Quise alejarme de ti porque estaba aterrorizado. Jamás me había sentido así. Quería sacarte de mi cabeza y no podía, y cuanto más me esforzaba, cuanto más intentaba alejarme de ti, más presente estabas en mis sueños, en mis pensamientos, en todo... Hasta llamé “Laura” a un general durante una discusión. Por eso he venido a buscarte...»

«Después de cuatro meses...»

«Yo estaba en Tetuán. Y hasta hace muy poco no supe que trabajabas aquí.»

«Pues ya es demasiado tarde. Va a ser mejor que aprendas a olvidarme, porque yo ya lo he hecho contigo.»

«No puedo, Laura, y no puedo porque por primera vez en mi vida amo de verdad a alguien. Hui porque fui un idiota, un cobarde, un canalla y sí, incluso un cabrón y todas las cosas horribles que quieras llamarme. Pero te quiero. No, te amo. Te amo con locura. Y no me importa decirlo aquí, en voz muy alta, ante todo el mundo, porque ahora sé que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Y haré lo que sea para conseguirlo.»

Creo que otra enfermera de Melilla, al fondo, ha murmurado «puta» y se ha ido corriendo. Pero yo estaba centrada en Javier y su propuesta.

«¿Harás lo que sea?»

«Sí.»

«Pues vete y déjame en paz», le he pedido.

«No.»

«Ya no te quiero.»

«¿Y por qué estás temblando?»

Era cierto. Mis manos, sin que yo pudiese evitarlo, se agitaban. He cerrado los puños para controlarlas.

«Cuando te quise a mi lado, te fuiste. Y ahora que me he rehecho y ya no te necesito, ¿vuelves?»

«Estábamos descompasados... Pero, por favor, dame otra oportunidad. Te juro que no te fallaré y, si lo hago, yo mismo cogeré un bisturí y me sacaré las tripas.»

He tomado aire y le he hablado en un tono más calmado:

«Javier, ya no soy la que conociste. Ya no me impresionan estas fanfarronadas y declaraciones románticas... Ni siquiera me gustan. Ahora dejémonos de niñerías y vete, por favor; estoy muy ocupada».

Mi cambio de voz y de actitud ha debido de sorprenderlo, porque se ha puesto muy serio. Casi parecía asustado.

«De acuerdo, no quiero molestarte... Y ya veo cuánto has cambiado. Solo quiero que me dejes mostrarte cuánto he cambiado yo, y que veas que lo he hecho por ti.»

Se ha dado media vuelta y ha comenzado a bajar la escalera. Me he quedado un rato allí, quieta, viéndolo marchar. Igual que las numerosas monjas y enfermeras que había en el vestíbulo... Las he mirado y he dicho, seca:

«Se acabó el espectáculo».

Todas han regresado a sus tareas, menos mis amigas, que se me han acercado.

«Así que ese es Javier», ha dicho Alba.

«Has hecho muy bien en mandarlo a freír puñetas», ha opinado Avi.

Sé que lo correcto sería «hacer puñetas» o «freír espárragos», pero ese híbrido me resultaba gracioso por lo absurdo de la imagen. Les he agradecido el apoyo y le he dicho a Avi que la vería en la reunión. He subido corriendo al pabellón de cirugía, a ver si Ismael había oído algo de aquellos gritos. Estaba dormido, por completo ajeno a lo que había pasado. He respirado con alivio.

He bajado preguntándome qué hacer. Si decírselo o no. Y según lo pensaba, otro pensamiento, más bien otro sentimiento, ha comenzado a alojarse en mi corazón. Ese malnacido de Javier sigue aquí dentro. Lo que sentí por él aún está vivo. Aunque mi voluntad se resiste, cuanto más lucho contra ello, más fuerte se hace. Y no quiero hacerle algo así a Ismael. Ni él se lo merece ni me lo merezco yo. Y, por supuesto, tampoco se lo merece ese desfachatado de Javier.

Así que, mientras nuestro ejército sigue en su lucha para expulsar a Abd el-Krim de Zeluán y del monte Arruit, yo comenzaré la mía para expulsar a Javier de mi corazón.

12 de octubre de 1921

Me he despertado con la misma inquietud que me había quitado el sueño hasta altas horas de la noche. Y si no estoy más cansada es porque la rabia por sentirme así me agita y me mueve. La descargaría rompiendo cosas, saliendo a la calle a gritar o pegándole a alguien. Para fortuna de todos, el hospital me da tareas de sobra para emplear esos bríos de forma más productiva.

En el desayuno, varias de las damas enfermeras de Melilla se han sentado todo lo lejos que han podido de mí y me han mirado con un odio poco disimulado. No puedo culparlas.

He retrasado con honorables excusas (la misa por el Día de la Raza, mi trabajo, los pacientes, la responsabilidad de ser subjefa...) el momento de subir a ver a Ismael, porque temía que notase algo en mi actitud. Un error que aún estoy pagando.

Ismael, en cuanto me ha visto, no se ha andado por las ramas ni con juegos.

«¿Por qué no me lo contaste?»

A primera hora de la mañana, nada más despertarse, Ismael ha oído hablar a dos enfermeras sobre el beso que le dieron a Laura ayer por la noche. Ha creído que se referían a él. En cuanto ha visto a Avi, la ha llamado para preguntarle. Pero mi amiga, que no sabía nada de lo que había pasado entre Ismael y yo, le ha contado que mi antiguo prometido, Javier, se había presentado en el hospital por sorpresa y me había dado un beso rotundo, lo que ha debido de sentarle como una puñalada en el corazón.

«También te hablaría del bofetón que le di después y de que lo mandé a la porra.»

«Sí, y de cómo te temblaban las manos. Y que apenas hablaste en la reunión de enfermeras y que no has parado de dar vueltas en la cama por la noche.»

He cerrado el biombo a nuestro alrededor mientras él continuaba hablando.

«Y no es lo peor. Me has contado tu vida entera. Prácticamente has llenado mi pasado con tu pasado, pero de Javier nunca me has dicho nada, ni una sola palabra; y es porque aún forma parte de tu presente.»

«Me abandonó. ¿Cómo puedes creer que voy a volver con él solo porque se presente aquí? ¿De verdad crees que soy tan tonta y frívola?»

«No, claro que no. Pero es tu primer amor, un amor no consumado, de esos que nunca se olvidan. Además, por cómo lo ha descrito tu amiga, es el adonis del Ejército del Aire... No puedo competir contra algo así.»

«Lo tendré que decidir yo», he dicho molesta.

«Tu corazón ya lo ha decidido... Avi ha visto cómo lo mirabas y cómo te quedaste después; todas las enfermeras ya dan por hecho que acabaréis juntos.»

«Ayer había tomado la decisión de estar contigo, pero viendo cómo te comportas hoy, comienzo a dudarlo. Si hay algo que me gusta de ti, es que eres un luchador...»

«Y lo soy, pero esta batalla la tengo perdida. Laura, reconócelo: frente a Javier no tengo oportunidad.»

«¿Es que no te das cuenta de que la única batalla que tienes que pelear es contra ti mismo? ¿Y cómo puedes pensar que soy tan...? No he hecho nada, absolutamente nada, para que te rindas y te hagas la víctima de mi... —Tardé un momento en dar con la palabra—. De mi superficialidad. Si de verdad me conocieses, sabrías que tu aspecto, porque sé que en el fondo hablas de eso, no tiene nada que ver. Y que lo pienses, me ofende.»

«Ni he dicho tal cosa ni tú has respondido a mi pregunta: ¿por qué nunca me hablaste de Javier?»

«Porque igual que tú querías recordar, yo quería olvidar.»

«Pues ninguno de los dos lo ha conseguido del todo... Y creo que va siendo hora de aceptar que jamás lo lograremos.»

«Me equivoqué al no hablarte de Javier, de acuerdo. Es una parte de mi pasado que me da mucha rabia y vergüenza. Igual que tú no querías quitarte esas vendas, yo no quería hablar de él. Y lo siento... No por tu ridículo enfado, sino porque ahora me doy cuenta de que aún no lo he olvidado y que tengo que aprender a manejarlo. Igual que si tú nunca llegas a recordarlo todo, eso no te impedirá vivir lo que tienes por delante. No podemos hacer nada con nuestro pasado, pero sí podemos decidir qué hacer con nuestro futuro. Y creí que ayer te había dejado bien claro lo que yo quería... Te he dado mucho más de lo que le he dado a él.»

«¿Compasión...?»

Me he enojado muchísimo.

«Si no te doy una bofetada ahora mismo, es porque puedo hacerte daño y aún soy tu enfermera..., que es lo único que seré para ti a partir de ahora.» Y, sin más, me he ido.

Antes de que pudiera darle más vueltas, ha llegado una ambulancia con heridos y el doctor Nogueras me ha reclamado en el quirófano. Cuando hemos salido eran casi las seis de la tarde y tan solo habíamos comido unos dátiles entre una operación y otra. En todo ese tiempo me había serenado y ya había decidido hablar de nuevo con Ismael. Hablar, no gritar. Y esperaba que a él le pasara lo mismo. El regreso de Javier nos había afectado demasiado y nos habíamos dejado llevar por nuestra ira y nuestros miedos.

Me he lavado, me he cambiado el delantal e iba a subir cuando la monja de recepción me ha dicho que tenía una visita; alguien que llevaba un buen rato en la salita de espera, un pequeño cuarto junto al vestíbulo con unas cuantas sillas y telas y tapices marroquíes por las paredes. He tomado aire y me he dirigido hacia allí; no sabía a qué vendría Javier esta vez ni qué efecto causaría en mí verlo de nuevo. Pero estaba dispuesta a ser firme y valiente, a dejarle las cosas bien claras y apartarlo de mi vida para siempre.

Y ya entraba con un implacable reproche a punto de salir de mi boca cuando me he quedado muda. No era Javier quien estaba allí, sino Efraím. Se ha levantado y me ha dicho:

«Ayer fueron muy hábiles al esquivarme por Melilla. Pero fue absurdo por dos razones. La primera: no pueden evitarme estando atados a un lugar tan fácil de visitar como este. Y la segunda: me preocupo por lo mismo que usted, que nuestro común amigo recupere su memoria. Por eso, ayer, yo también estuve en Nador, y hoy le he traído algo que encontré allí y que creo que puede ayudarlo a recordar.»

«¿Y de qué se trata?»

«Ya se lo he dado y, aunque su memoria aún no ha vuelto del todo, sí que le ha impresionado bastante. Hasta se le notaba bajo esas vendas.»

«¿Qué le ha hecho?»

«Nada, señorita, y quiero que sepa que, en el fondo, tenemos intereses comunes, así que será mejor que colaboremos. No quiero perderme el momento en que él recuerde ciertas cosas.»

«¿Qué cosas?»

«Si ya lo supiera, ¿qué interés tendría para mí?»

Se ha ido y me he quedado en la salita un momento, recuperándome, antes de correr escaleras arriba. He apartado el biombo y he descubierto que su cama estaba vacía.

«¿Dónde está?», he preguntado a la monja de guardia.

«No lo sé —me ha dicho sorprendida—, pensé que seguía ahí.»

He salido corriendo y he comprobado que no estaba en las salas de curas, ni en el quirófano, ni en ningún otro pabellón. En el vestíbulo tampoco lo habían visto salir. En la farmacia le he preguntado a Candi, que se estaba recolocando la cofia sobre su rebelde e incontenible melena rizada.

«Lo he visto bajar hacia el jardín, pensé que iba a buscarte.»

No estaba allí, ni en las cocinas, ni en nuestros barracones y por ahí es muy fácil salir del hospital sin ser visto. Cuando regresaba al vestíbulo, he oído un enorme estruendo sobre el hospital. A través de la puerta y las ventanas caían una especie de copos, como si estuviese nevando, pero de colores. Al salir he visto que un avión, que había pasado rasante, se alejaba. En el suelo, a mi alrededor, cientos de pétalos de flores.

¿Había sido cosa de Javier? De quién si no... Esa iniciativa, que hace unos meses me habría parecido la más romántica del mundo, me ha irritado más que si hubiese arrojado aceite hirviendo sobre el hospital. Pero ¿quién se cree ese imbécil que soy yo? ¿Una niña a la que se conquista con estas idioteces? Esas flores, tan difíciles de conseguir, nos habrían venido muy bien para las habitaciones. Y ese vuelo rasante solo ha conseguido asustar a algunos pacientes que están muy delicados. Te juro, querido diario, que si lo tengo delante en ese momento le arranco el duodeno con mis propias manos.

No todas compartían mi opinión. A algunas les ha parecido precioso y hasta alguna se ha referido a Javier como «tu novio», lo que me ha disgustado aún más. Las he hecho callar y les he explicado que aquel aviador loco no es mi prometido ni yo pretendo que lo sea. Luego he informado de la desaparición de nuestro paciente, lo que ha causado una gran preocupación en el hospital.

Avi ha pedido ayuda a Galeb, a ver si alguno de sus numerosos amigos podía averiguar algo. Un hombre con el rostro vendado o, si se quita las vendas, con él completamente quemado, es fácil de reconocer.

Y en eso estábamos cuando ha aparecido Javier por la puerta. Su recuerdo, como has podido ver, querido diario, me inflama y me enfada mucho. Pero tenerlo allí delante, con esa mirada de amor y arrepentimiento, me desbarata por completo. Y estaba tan asustada y nerviosa en ese momento que hasta he sentido la tentación de correr hacia él y refugiarme entre sus brazos, porque sabía que allí encontraría seguridad y consuelo.

Pero no lo he hecho. Intentando parecer furiosa, le he dicho:

«Un paciente ha desaparecido; ahora molestas. Bueno, perdón, no es cierto. No molestas ahora, molestas siempre».

«Quizá yo pueda hacer algo para ayudaros a buscarlo.»

«¿Con tu avión? ¿Haciendo tonterías como la de antes?»

«Pensé que te...»

«¡No pensaste nada! —le he cortado con un grito—. Estamos en un hospital, no en un cabaret. Aquí necesitamos silencio, tranquilidad y reposo... ¡Y no a ti con tu avión haciendo cabriolas!»

«Pues si necesitáis silencio, quizá deberías hablar más bajo.»

Menos mal que con comentarios como ese Javier me recuerda que, pese a su actitud beatífica y su cara de ángel, sigue siendo un mostrenco.

«Soy oficial y antes de que me destinasen a Tetuán estuve en Melilla muchos meses —ha insistido—. Conozco la ciudad y a mucha gente; puedo ayudaros.»

Antes de que pudiese rechazar su ayuda, Galeb ha dicho:

«Tiene razón, Laura. Su ayuda nos vendría muy bien para encontrar a Ismael.»

Y tanto Alba como Avi le han dado la razón. No he dicho nada, que ha sido mi forma de aceptar a regañadientes.

Antes de irse, Javier se ha dirigido a mí.

«Sé que me odias y lo entiendo; me lo merezco. Pero estoy arrepentido y he cambiado. Tú me has cambiado.»

«¿A cuántas más les has contado ese cuento?»

«Piensa lo que quieras. Es normal. Pero cuando veas que pasan los días y sigo aquí, que pasan los meses y sigo aquí, que pasan los años y sigo aquí..., verás que no te miento. Y que haré lo que sea, cualquier cosa que me pidas..., salvo alejarme de ti.»

Mientras salía, mis amigas lo han mirado con embeleso.

«Pero ¿queréis poner otra cara?», les he pedido.

«A mí me parece sincero —ha dicho Avi—. Quizá deberías perdonarlo.»

«Al menos ha vuelto; yo no he tenido esa suerte —ha añadido Alba con tristeza—. Ojalá Ignacio y yo tuviésemos una segunda oportunidad.»

Me hubiera gustado decirle a Alba que Javier no es Ignacio, que su prometido siempre la quiso y que si no está a su lado no es porque él no quiera, sino porque la guerra se lo ha llevado por delante. Pero solo le haría más daño. No saben nada de Ismael, no saben nada de la confusión en que ahora estoy sumida. Por eso lo de Javier les parece esa segunda oportunidad tan bonita de la que habla Alba. Un guapo y sentimental don

Juan arrepentido. El sueño de muchas mujeres. No el mío. Al menos, ya no...

13 de octubre de 1921

A la angustia de la falta de noticias sobre Ismael se ha unido otra. Cuando me dirigía al quirófano he notado que varias compañeras me miraban de forma extraña. Candi se me ha acercado.

«Han oído lo de que tu novio, con el que estás enfadada, es aviador...»

«¡Que ya no es mi novio!»

«Da igual. Algo sentirás por él si en algún momento lo fue. Esta mañana los rebeldes han derribado un avión al sur del Gurugú, y dicen que tanto el piloto como el observador han muerto.»

No sé qué debería haber sentido, pero me he mareado y mi corazón se ha agitado tanto que me costaba hablar.

«Aún no se sabe quiénes son, pero rezaré por que Javier no sea uno de ellos.»

Me hubiera gustado decirle a Candi que eso era como rezar para que fuese otro, lo que no sería justo. Si quería rezar, que pidiese a Dios por el alma de los muertos, fuesen quienes fuesen. Pero me he limitado a asentir y, fingiendo que tenía que hacer, he ido hasta la sala de espera, donde para mi fortuna no había nadie, y me he quedado allí un rato para recuperarme. Los dos hombres que había amado y que quizá aún amaba podían estar muertos o vivos, y yo no tenía forma de saberlo. Solo podía esperar.

He podido entrever el purgatorio en el que continuamente vive Alba. Su fortaleza al soportar esa angustia durante tanto tiempo, mientras hace su trabajo, es inmensa. Aún recuerdo, querido diario, cuando te hablaba de lo poco que me gustaba ella y de la manía que le tenía. En unos meses he pasado de esa absurda antipatía a quererla y admirarla más que a ninguna otra mujer.

He dado gracias a Dios cuando han llegado los heridos. Al cabo de unas horas volvía a estar manchada de sangre y sudorosa, pero durante el tiempo que duraron las operaciones he sido libre. Y aunque perdimos a uno, dos hombres que habían llegado medio muertos, ahora viven.

Mi primera respuesta ha llegado en la persona del propio Javier. Al verlo he sentido que mi corazón volaba y me ha costado mostrarme fría.

Conocía a los fallecidos y estaba triste por su pérdida. Y también por venir con las manos vacías. Igual que Galeb. Nadie, entre sus amigos y conocidos, ha visto a alguien tan fácil de reconocer como Ismael.

«Y no solo lo hemos buscado nosotros —dijo Galeb—. Efraím también ha estado preguntando por él.»

Si ese hombre lo busca, es que él al menos no le ha hecho nada.

Ismael estará por ahí, escondido o quizá perdido por culpa de sabe Dios qué recuerdos de su pasado. A veces la memoria se vuelve un espectro, como esos que tan a menudo ve Avi.

14 de octubre de 1921

Nuestras tropas han reconquistado Zeluán. Pero no hay motivo para la alegría. Los soldados que han estado allí hablan del horror de ver los cadáveres de sus compañeros asesinados. En la alcazaba, en el cementerio, en torno al aeropuerto, junto al río cuando estaban bebiendo o en los caminos cuando trataban de huir. Abandonados, tal cual cayeron, a la intemperie, pasto de los cuervos y los chacales. En la Casa de la Ina encontraron más de un centenar, no solo muertos, sino torturados y mutilados con sadismo. Se ven lágrimas y se oyen gritos de odio y de venganza. No solo contra el enemigo, sino contra los políticos que, con su dejadez, no enviaron los medios necesarios para socorrer a esa gente. Y lo peor es que todos saben que es solo un aviso de lo que encontrarán al llegar al monte Arruit.

En medio de ese horror, ha llegado el correo. Noticias del hogar con esas anécdotas y trivialidades que tanto nos alegraban y aligeraban otros días. Pero hoy ensombrecen aún más el pesar por los muertos y el espanto ante la carnicería. Nos hacen sentir más lejos de casa que nunca. Anuncian algo que, en el fondo, ya suponíamos: que al regreso no veremos igual nuestras casas; que quienes nos fuimos no somos los que regresarán. Aquella Laura, con todas sus ingenuas ideas y deseos infantiles, ya no existe, y no sabría decir en qué momento exacto ha muerto. Se ha ido disipando poco a poco hasta desaparecer por completo.

Avi, al menos, ha recibido una buena noticia: sus padres, ahora, aceptan su compromiso con Galeb.

«¿Cómo lo has hecho?», le he preguntado.

Solo ha dicho que ya me lo dirá cuando llegue el momento y que no insista más. Yo también he tenido carta, de Ana, que me cuenta cómo van

las cosas por Madrid y me habla de los preparativos para su boda y de lo preocupados que están mis padres por mí después de lo que ha pasado con Margarita.

Al ver la letra de mi hermana he recordado el papel que me dio antes de partir. «Si tienes problemas o necesitas ayuda ve ahí y di quién eres», me dijo. Sabía que era una solución desesperada e incierta, un disparo en la oscuridad, sin apuntar, pero no podía hacer otra cosa... Y así, de paso, saciaría mi curiosidad respecto a ese pequeño misterio. He corrido a buscar la nota en mi equipaje y he tardado un rato en dar con ella, enterrada bajo una buena cantidad de otras cosas que pensé que iba a necesitar y que nunca he llegado a usar.

En el papel venía escrita una dirección de Melilla la Vieja, una casa cerca del faro, construida con la misma piedra negra del Gurugú pero mucho más gastada y antigua. En la puerta jugueteaban unos niños que se han apartado en cuanto me he acercado. Se han quedado a unos metros, mirándome con una descarada curiosidad. Hacía calor y me había quitado la cofia, como suelo hacer algunas veces que salgo del hospital. Cuando he llamado a la puerta, los niños se han alejado hasta un muro cercano. Y tras él se han escondido con miedo..., lo que me ha asustado un poco.

Me ha recibido un hombre de mediana edad. Por su atuendo enseguida lo he recordado: era el extravagante personaje que nos encontramos en las cuevas del Conventico. Pero ahora llevaba un turbante torpemente enlazado que recogía su pelo rizo y enmarañado. Se ha sorprendido de mi visita y enseguida ha intentado despacharme.

«Aquí no tenemos ningún enfermo, señorita. Buenas tardes.»

Iba a cerrar cuando le he dicho:

«Soy Laura de la Gasca; me envía mi hermana».

Ha abierto la puerta de par en par, sus ojos se han empañado y, de repente, me ha abrazado. Me he quedado tan desconcertada que ni siquiera he reaccionado cuando ha cogido mi cara entre sus manos y me ha besado la frente.

«Dios mío, Laura, ¿eres tú? Te has convertido en una mujer preciosa.»

«¿Le conozco?», he preguntado aún aturdida.

«¿No te acuerdas de mí? Claro que no, eras muy pequeña. Anda, pasa. Y ponte la cofia; en esta casa no puedes llevar el cabello descubierto.»

He pensado que sería musulmán y que, por respeto, es lo que yo debía hacer.

«Es por el mono.»

«¿El mono?»

No ha tenido necesidad de responderme, pues enseguida he visto que se refería a un pequeño monito de pelaje pardo que, desde la parte superior de un armario, me miraba con suspicacia.

«Se lo gané a un marinero francés a los naipes y creo que perdió a propósito, porque es un mono revoltoso y destrozón.»

A la vista del desorden que había en la casa y de que no parecía haber ni un solo objeto intacto, me ha quedado claro que la fama del mono no era exagerada.

«Le encanta tirarle a la gente del pelo y, si son calvos, de las orejas. Cuando lo llevo por la calle tengo que tenerlo siempre bien amarrado para que no me meta en líos.»

Me he ajustado bien la cofia sin dejar de mirar al mono.

«¿De qué me conoce?»

«Soy tu padrino.»

No sabía si aquel hombre me estaba tomando el pelo o se había vuelto loco.

«Mi padrino está muerto», le he dicho.

«Vaya, cuando mi hermano me dijo que, para él, yo había muerto, no sabía que era en un sentido tan literal.»

«¿Usted es... el tío Cristóbal?»

«Cristóbal de la Gasca, historiador, arabista y buscador de fósiles. Veo que has heredado mis ojos verdes.»

Me he tenido que sentar. Aquello me estaba desbordando.

«No te asustes. Cuando estuviste aquí, con tus padres y tu hermana, eras muy pequeña. Es normal que no te acuerdes de nada.»

«¿Estuve aquí, en Melilla?»

«Hace unos quince años. Creo que tenías cuatro o cinco...»

«Por eso sueño con el cerro de San Lorenzo y las cuevas...»

«¿Las del Conventico? Oh, sí, te encantaba correr por ellas. Eras toda una aventurera... Y veo que sigues siéndolo.»

Mi tío ha preparado té y un plato con dátiles y pastelillos de miel. Él ha cogido uno, el mono se ha acercado para coger otro, y cuando yo he alargado la mano para tomar el mío, el macaco me ha enseñado los dientes con furor. «Como cojas ese pastelillo —parecía decirme—, te arrancaré la cofia y no dejaré un solo pelo en tu cabeza.» Así que he

optado por un dátil y he dejado que mi tío y el mono diesen cuenta de los dulces.

El té estaba muy bueno, pero apenas he podido probarlo porque el mono, en un despiste de mi tío, me ha echado dentro de la taza un pedazo de madera que había arrancado de una cómoda. Está claro que no le caigo muy bien a ese animal.

«Así que eres enfermera.»

«Dama enfermera de primera y subjefa de cirugía.»

«¡Vaya con mi pequeña! —ha exclamado impresionado—. Y, por casualidad, en vuestro hospital, o en otro que tú sepas, ¿no habréis atendido a alguien con lesiones por gas?»

«¿Gas?»

«Sí, iperita, fósforo, cloro...»

«¿Abd el-Krim está usando gas?»

«No, y no tendría medios para hacerlo aunque quisiera. Pero cuando lo usa un bando, siempre se producen accidentes que afectan a los propios soldados.»

«No he visto nada de eso —he respondido muy extrañada—. ¿Y no está prohibido por la Convención de La Haya?»

«Sí, y ya ves cómo se ha respetado. En la Gran Guerra lo usaron todos. Y me temo que aún se sigue usando...»

«¿Para qué quiere saberlo?»

«Es simple curiosidad. —Enseguida ha cambiado de tema—: Así que has venido con doña Carmen Angoloti, gran mujer para un hombre bastante insignificante.»

Ese comentario me ha ofendido y he reaccionado airada.

«Su marido es una buena persona y nos está ayudando mucho.»

«¿Pablito Montesinos está con vosotros?», ha preguntado con desdén.

«Y conmigo siempre se ha portado muy bien.»

«Porque no sabe que tu padre es masón. Odia a los masones y a los judíos. Y es un germanófilo empedernido.»

«¿Mi padre es masón?!» Dios mío. No es que, como Ismael, no recordase mi pasado, es que siquiera conozco a mi familia.

«Los dos lo éramos. Y quien lo fue sigue siéndolo toda su vida. ¿O ya no va a las reuniones de la logia?»

«Cada dos semanas queda con unos amigos. Pero yo creía que se reunían para fumar y charlar mientras jugaban a arreglar el mundo...»

«Básicamente es lo que hacen los masones; aunque con un poquito más de ceremonia.»

«¿Y por eso el inglés del puerto, al que le compramos las camas, me dijo que conocía a mi padre y que era... su hermano?»

«Otro masón, sin duda.»

«¿Y por qué mi padre se preocupa más por sus hermanos masones que por su hermano de verdad? ¿Por qué me dijo que usted había muerto?»

El tío Cristóbal ha apartado al mono, que se había puesto a bailar sobre la mesa mientras me enseñaba sus partes.

«Tu padre y yo comenzamos nuestro camino juntos. Nos hicimos masones porque creíamos que había que cambiar el mundo para hacerlo mejor. A él lo llevó a ser un hombre justo y recto, y como hermano mayor también tuvo que hacerse cargo de los negocios de la familia. Yo, que tuve más libertad, me formé en historia y lenguas vivas y muertas, y acabé aquí, estudiando la cultura árabe y con un buen puesto en nuestra embajada. En esa época vinisteis de visita y todo fue muy bien... hasta que me descubrieron.»

«¿Qué es lo que ocultaba?»

«Que, en realidad, trabajaba para los británicos. Era un espía.»

Está visto que con mi tío las sorpresas nunca se acaban.

«¿Por qué para los británicos?»

«Esa era mi forma de intentar hacer un mundo mejor.»

«¿Y esa fue la causa del enfado de mi padre?»

«Adolfo tuvo que pedir muchos favores para evitar que me encarcelasen o me pusiesen ante un pelotón de fusilamiento. Y el daño que le hice a nuestro apellido fue enorme. Tu padre estuvo a punto de perder la naviera y todo lo que habíamos heredado. Me acusó de irresponsable y de haber puesto en peligro el futuro de su familia; de vosotras. Y yo lo acusé de pusilánime y de poner las finanzas por delante de las ideas. Fue una discusión horrible y nos dijimos cosas imperdonables. Y lo peor fue que yo le aseguré que pensaba seguir haciendo lo mismo, que este era mi compromiso con el mundo. Entonces fue cuando decidió romper conmigo, creo que tanto por su enfado como por protegeros.»

«¿Y sigue espiando para los británicos?»

«No.»

He sentido cierto alivio, porque esa podría ser la semilla de una reconciliación...

«Ahora lo hago para los franceses.»

«Tío... —he dicho con decepción. Y me da que esta nueva ocupación es aún más arriesgada, pues Francia tiene intereses en Marruecos que a veces chocan con los españoles—. Si le descubren...»

«He aprendido que la mejor forma de que no te descubran es que sepan quién eres. Antes me comportaba como si se tratase de un juego de baraja, con las cartas tapadas. Pero ahora es como un ajedrez. Las piezas estamos a la vista y nos conocemos unas a otras. Lo que cuenta son los movimientos. Además, soy asesor cultural del consulado francés; ese es mi cargo oficial, y no hay ningún delito en ello.»

«De ahí todas esas preguntas sobre el gas, ¿no?»

«Sospecho que España quiere usarlo contra los rebeldes, y que van a construir una factoría aquí mismo, en Melilla.»

«¿Y usted quiere impedirlo?», he preguntado un poco asustada.

«¡No! Solo soy un espía. Quiero saberlo. Ese es todo mi trabajo, saber cosas. Y no creo que los franceses pongan muchas objeciones, siempre que sea con su consentimiento y su aprobación. A mis jefes les preocupa más que nuestro Gobierno no se acerque demasiado a Alemania, que es quien ahora le puede proporcionar la iperita.»

«¿Por eso estaba en las cuevas? ¿Porque allí la esconden?»

«Qué va. Sería absurdo guardar algo así en un lugar donde puede entrar cualquiera. Solo estaba buscando fósiles. Marruecos es un lugar maravilloso para eso, sobre todo al sur. Pero por ahora no se puede salir de Melilla.»

Le he visto venir las ganas de hablar de fósiles, y el mono también ha debido de notarlo, porque se ha tapado las orejas. Así que esa vez he sido yo quien ha cambiado de tema.

«¿Y cómo es que mi hermana sabe de usted?»

«Era mayor que tú cuando estuvisteis en Melilla. Y, a espaldas de tu padre, hemos mantenido correspondencia. Y ya veo que te dio mi dirección.»

«Me dijo que podría ayudarme en caso de necesidad.»

«Y lo haré si puedo. Eres mi ahijada. Y un masón siempre cumple un compromiso que ha asumido ante Dios.»

Sin entrar en detalles personales, le he contado la desaparición de Ismael.

«Sé que es muy difícil. Otros lo han buscado y no han dado con él.»

«Esos otros no son espías», ha dicho con orgullo.

«¿Y cómo va a hacer?»

«Tengo mi red, que es como llamamos a nuestros confidentes e informadores, por toda la ciudad.»

«Mis amigos también tienen su propia red, como usted la llama, y no les ha servido de mucho.»

«Pero es que, además, tengo otra red aún más secreta, extensa, tupida y numerosa que nos vendrá muy bien: los niños. Son menos fiables para ciertas tareas, pero son muchísimo más baratos y numerosos que cualquier otro confidente, y se meten por todos lados sin llamar la atención o llevándose tan solo un coscorrón por la travesura. Una pandilla se lo pide a otra, y esta a otra, y esa a una más... Y en unas horas han registrado toda Melilla.»

«Me ha parecido que los niños le tenían miedo. Cuando he llamado a la puerta han salido corriendo.»

«No es por mí, sino por el mono... Le tienen pánico. —No me extraña nada—. Los pondré a buscar a tu amigo y, en cuanto sepa algo, te avisaré.»

Lo he abrazado y le he dicho cuánto me alegraba de haberlo recuperado. He dudado si advertirle de que, a sus espaldas, el mono estaba defecando en una de sus tazas de té. También le he prometido que no le contaría nada a mi padre, aunque para mis adentros me planteo hacer algo para que se reconcilien.

He regresado muy tarde al hospital y casi no llego a la reunión de planificación. Me han dicho que Javier había ido por allí y que me había esperado un buen rato antes de irse.

Hoy, querido diario, me siento más relajada y tranquila que ayer. Sé que quizá sea una quimera, pero mi tío Cristóbal y su pequeño ejército de pilluelos me han dado esperanza.

16 de octubre de 1921

Javier se ha vuelto a presentar por la mañana muy temprano, antes de que saliésemos para la misa con nuestros pacientes. He corrido hacia él esperando que hubiera descubierto algo sobre Ismael, pero no era así.

«Anteayer no estabas y temí que te hubiese pasado algo.» Estaba realmente preocupado.

Lo he tranquilizado y, sin darme cuenta, por primera vez desde que había regresado hemos tenido una conversación en la que no le he gritado ni tratado de forma fría. Cualquiera que nos hubiera visto pensaría que

era el amigo de un paciente que venía a interesarse por él y yo una enfermera que lo atendía con amabilidad.

El resto de la jornada ha transcurrido como muchas otras. Un par de operaciones a heridos recién llegados, otra a uno que había empeorado, y cinco altas que nos dejarán tres camas libres para mañana.

Los días se han ido haciendo más cortos y al salir del quirófano ya era de noche. Me he acercado hasta las cocinas, he cogido algo frío para comer y he subido a la terraza en busca de un poco de soledad.

Pero allí estaban ya Avi y Alba. Habían notado mi inquietud a lo largo de todo el día y pensaban que estaba así por Javier. Lógico, ya que no saben nada de lo mío con Ismael. No me ha parecido justo.

«Tengo que contaros algo y, por favor, no me interrumpáis hasta que acabe.»

Les he contado todo. Y, cuando digo todo, querido diario, me refiero a todo. Desde lo que fui sintiendo poco a poco, casi sin apercibirme, hasta lo que pasó en el blocao de Nador. Incluida la «resurrección» de mi tío, el espía francés. Se han quedado calladas un buen rato.

«¿No decís nada? ¿Tan mal os parece?»

«Eres mi amiga —ha dicho Avi por fin— y te apoyaré.»

O sea, que sí que le ha parecido un poco mal lo que he hecho.

«A mí, hace unos meses me habría parecido muy mal —ha añadido Alba—, y habría pensado que eres una fresca o algo peor.»

«Pero ahora soy tu amiga.»

«No lo digo por eso —me ha corregido—. Antes de que lo destinasen aquí, Ignacio me propuso pasar unos días con él, en un hotel en la sierra, y que allí... lo hiciésemos. Le dije que no y hasta me enfadé con él. Ahora me arrepiento. —Su voz acusaba su pena—. Me arrepiento muchísimo. Si no regresa, nuestro amor habrá sido el de dos niños, y no consumir lo que sentíamos, no hacerlo más real, es algo que siempre me pesará en el alma. —Entonces me ha mirado fijamente—. Me parece bien lo que has hecho. Hasta lo envidio.»

Además de sus palabras, me ha confortado que se quedasen a mi lado, en silencio, hasta que ha empezado a refrescar. Las noches ya no son tan calurosas como para dormir ahí arriba.

17 de octubre de 1921

Aún no eran las doce y estaba en mitad de mi turno cuando me han avisado de que un esperpéntico hombre con un mono preguntaba por mí. Me he dado prisa con el vendaje que tenía entre manos y he bajado corriendo.

El tío Cristóbal esperaba en medio del vestíbulo, con el mono en su hombro, amarrado a su mano por una fina correa de cuero. Mi tío miraba el edificio con curiosidad y el mono a las enfermeras aún con mayor interés. Y entonces ha aparecido Candi, con sus rizos pelirrojos sobresaliéndole de la cofia. Nada más verla, el mono ha abierto muchísimo los ojos y se ha puesto muy nervioso. He apurado el paso para decirle a Candi que se fuese a toda prisa, pero ella, al ver al mono, en lugar de huir, se le ha acercado.

«Huy, qué mono más bonito, ¿tiene nombre?»

Lo que tiene son los modales de un godo y, en cuanto ha tenido a Candi a tiro, ha saltado sobre su cabeza y comenzado a tirarle del pelo mientras hacía un ruido a medio camino entre el gemido y la risa, que enseguida se ha mezclado con los gritos de la pobre Candi.

Entre mi tío, una monja y yo hemos conseguido quitarle al mono de encima. La monja se la ha llevado a la sala de curas para tratarle los arañazos que tenía por toda la cara. El mono ha regresado al hombro de mi tío con una buena mata de pelo rojizo entre las patas como trofeo.

Por orden de sor Asunción, mi tío y yo hemos salido a la calle para hablar... y no causar más problemas.

«¿Lo han encontrado?», le he preguntado en cuanto estuvimos a solas.

«Sí, y nos guiarán hasta él ahora mismo.» Y ha señalado a un par de harapientos niños que se mantenían a una buena distancia del mono..., que no pienso contar qué estaba haciendo en ese momento con el pelo que le había arrancado a Candi.

«No puedo ir ahora, estoy en medio de mi turno.»

«Ahora saben dónde está, pero quizá dentro de una hora se haya ido.»

«De acuerdo, veré qué puedo hacer.»

He conseguido que Avi me sustituyese en quirófano. Espero que el doctor Nogueras no se enfade mucho cuando vea que no estoy.

Los dos niños nos han llevado hasta el fortín de San Francisco, donde otros dos nos esperaban. Estos han tomado el relevo y nos guiaron aún más al norte, al Barrio Hebreo. Allí, entre su estrecho trazado, nos

han indicado una desvencijada casa que hacía esquina entre la calle D y las escaleras de un callejón.

Les he pedido que me dejaran entrar sola.

Con las contraventanas cerradas, el interior estaba oscuro. He notado el aire, cálido y húmedo, cargado de olor a sudor y orines. Me ha costado acostumbrar la vista y el olfato.

«Ismael», he llamado.

Una sombra, en una esquina, se ha movido. Me he acercado.

«¿Ismael? ¿Eres tú?»

Ha prendido un candil y he podido verlo, en la penumbra, medio desnudo y sin vendas en la cara. La habitación estaba aún más desnuda que él y por el suelo tan solo había unas cuantas cantimploras y restos de comida.

«¿Laura? ¿Cómo me has encontrado?»

«Porque te he buscado. Estaba muy asustada...»

El que parecía asustado y completamente desbordado por lo que fuera que le hubiese ocurrido era él.

«Lo siento», ha dicho.

«¿Qué ha pasado? ¿Por qué huiste? ¿Tuvo algo que ver con Efraím?»

«Sí... Con lo que me dio.»

«¿Qué era?»

Me ha tendido un papel que tenía a su lado.

«Un mapa.»

Era un mapa topográfico, medio quemado y al que le faltaba casi la mitad. Sobre él había indicaciones dibujadas con tinta.

«Yo hice las marcas de ese mapa, lo sé, y sé que llevan a un lugar importante, al lugar de mi sueño.» Se ha puesto en pie y me ha llevado hasta un rincón donde había varios botes de pintura.

Entonces he podido ver que sus manos estaban manchadas de esa pintura. Ha alzado el candil para iluminar la pared.

En ella había copiado el mapa, signo por signo, y lo había completado hasta ocupar toda la pared.

«Desde que me fui del hospital, he soñado con este mapa todas las noches; incluso despierto puedo verlo. Así he podido completar lo que faltaba. Y sé que es importante, no sé por qué, pero es muy importante. Y la clave está aquí. —Ha señalado en la pared un emplazamiento que quedaría en la parte quemada del papel, aparentemente en medio de la nada—. Pero es imposible ir hasta ahí. Está detrás de las líneas enemigas, a medio camino entre Melilla y Annual.»

«¿Y huiste del hospital por un mapa?»

«No.»

Entonces me ha llevado a la esquina donde había estado encogido y me ha mostrado un galón de cabo.

«¿De quién es?»

«No lo sé... Pero sé que yo lo maté.»

He agradecido estar en esa penumbra y que el candil no me iluminase, porque esa confesión me ha estremecido y no creo que a Ismael le hubiese venido bien notar ese recelo.

«Nada más tocarlo, se formó en mi cabeza una imagen, un recuerdo muy vivo. Me vi golpeando a un hombre por la espalda y, al caer, lo remataba de un disparo. —Me ha mirado con lágrimas en los ojos—. Soy un asesino. Por eso hui...»

«No... No lo eres. No puede ser. Estamos en una guerra, se combate y se mata...»

«Era uno de los nuestros...»

«Quizá era uno de los hombres de Efraím, quizá solo te estabas defendiendo... ¿No recuerdas nada más?»

«No, solo que ocurrió en el mismo lugar de mi sueño. —Ha vuelto junto al mapa pintado en la pared y ha señalado una marca—. Aquí. En este lugar se esconde la última pieza de mi pasado... y ahora temo descubrirla. Pero tampoco soy capaz de vivir con esta incertidumbre.»

He hecho pasar a mi tío para saber si habría alguna forma de llegar hasta allí.

«Parece una de las muchas posiciones que había camino de Annual. Pero ahora está muy lejos y en territorio de Abd el-Krim. Imposible.»

«En algún momento se recuperará, igual que Nador o Zeluán», he dicho.

«No por ahora. Berenguer se detendrá en cuanto reconquiste el monte Arruit. A partir de ahí todo será mucho más lento. Para derrotar a Abd el-Krim necesita más medios y la colaboración de Francia. Y eso tardará en ocurrir.»

He vuelto a mirar el mapa frustrada y llena de rabia.

«¿Qué es este signo?», he preguntado señalando una pequeña aspa doble que había al lado de la marca.

«La pista de aterrizaje que vi en mis sueños —me ha contestado Ismael—. Debe de ser alguna base aérea a medio construir.»

Inevitablemente he tenido una idea. Una idea disparatada, absurda y tan loca que se podría calificar de suicida. Pero en aquella oscuridad, en

aquel ambiente cargado y obsesivo, viendo lo arrasado que estaba Ismael, no he podido evitar decir en voz alta:

«Quizá haya una forma de llegar...».

18 de octubre de 1921

Aunque por su estado físico ya podríamos darle el alta, Ismael ha pasado la noche en el hospital, sedado con una dosis baja de morfina que lo tranquilizó bastante y le permitió dormir sin sus obsesivos sueños.

Las visitas de Javier se han convertido en rutina, lo que me ha venido muy bien para mi propósito.

«Hoy quiero que me acompañes a un lugar», le he dicho.

Como él aún no sabía de qué iba aquel disparate ha aceptado encantado de estar conmigo un rato más. Yo he intentado no darle mucha conversación, pero él no ha parado de hablar. Se había releído todas mis cartas mil veces, ha dicho. Esas mismas a las que no respondió por estar muy ocupado con otras mujeres.

«Ahora son mi mayor tesoro; el recuerdo de ese momento en que eras mía y que yo, en mi ceguera, no supe valorar.»

Luego ha insistido en pedirme perdón y en buscar una segunda oportunidad. Así que me he hartado y me he detenido en seco.

«He conocido a otro hombre.»

Se ha quedado tan quieto y callado que creía que le había dado una catatonia.

«¿Es... el hombre al que estabas buscando, el herido?»

«Solo debe importarte que no eres tú.»

«O sea, que es él.»

He echado a andar y él ha tardado un poco en seguirme.

«¿Y lo quieres como me quisiste a mí? Porque estoy seguro de que él no puede quererte como yo te quiero ahora.»

«Lo quiero de otra forma porque, ahora, soy muy diferente a la que conociste. Y respecto a lo segundo, recibí una bala que iba para mí. Me salvó la vida.»

«Ojalá yo tuviese esa oportunidad...»

«Tienes la oportunidad de hacer otra cosa. Hemos llegado.»

Hemos entrado en la casita del Barrio Hebreo, he abierto las contraventanas para ventilarla y la luz natural ha iluminado el mapa de la pared. Le he señalado la doble aspa marcada por Ismael.

«¿Sabes qué hay aquí?»

«No... —Javier examinaba atentamente el mapa—. Pero he sobrevolado esa región un par de veces.»

«Dice que es una pista de aterrizaje.»

«Podría ser. En esta zona había muchos puestos y pequeños blocaos. Y en algunos prepararon pistas por si teníamos que hacer algún aterrizaje forzoso o para llevarles suministros en caso de necesidad.»

«¿Y hay muchas tropas de Abd el-Krim por ahí?»

«Está lejos de sus vías de suministro y es una zona muy árida. No creo.»

«O sea, que sería posible ir hasta allí, aterrizar, echar un vistazo y volver sin encontrarnos con enemigos.»

«He hecho cosas más difíciles. ¿A quién quieres que lleve a ese lugar?»

«A Ismael y a mí.»

Me ha mirado como si me hubiese vuelto loca, lo que no puedo reprocharle.

«Es importante, Javier, y has dicho que harías cualquier cosa por mí.»

Ha vuelto a examinar el mapa, como sopesando si lo que hasta ahora había sido un ejercicio teórico en su cabeza podría hacerse realidad...

«Es posible, pero antes quiero sobrevolar la zona. Dame un par de días.»

«Entonces..., ¿lo harás?»

«Lo intentaré.»

He tenido que contenerme para no darle un abrazo. Mientras repasaba el mapa tenía un gesto grave y serio que nunca había visto en él y que, no he podido evitar sentirlo así, lo hacía más interesante. Parecía preocupado. Estaba claro que aquello no iba a ser fácil.

19 de octubre de 1921

En el desayuno Avi estaba muy nerviosa y me miraba de forma extraña. Me ha respondido con un «nada» muy poco convincente cuando me he interesado en saber qué le pasaba. Iba a insistirle cuando alguien me ha tocado en el hombro.

«Laura —ha dicho una voz familiar—, feliz onomástica.»

Me he dado la vuelta y he visto a una monja. Ni me acordaba de que hoy era mi santo ni me parecía normal que una de las monjas me lo felicitase.

«Gracias, hermana», he correspondido un poco confusa... Y entonces me he dado cuenta de quién era.

Por un segundo he creído que mis sentidos me engañaban. Me he levantado de golpe, haciendo que mi silla cayera, y he abrazado a Inés, a la que también he estado a punto de tirar al suelo.

«Pero ¿qué haces vestida así?»

«Creo que tenemos muchas cosas que contarnos», me ha dicho.

Al entierro de Margarita, en Madrid, asistieron mi familia, la de Avi, la de Alba, y casi todo el personal del hospital de San José y Santa Adela, incluidos don Francisco y sor Berzelius. Había sido muy emotivo y, en cuanto terminó, Inés ya intentó convencer a sus padres para que le permitiesen regresar. Solo logró que accediesen a que colaborara en el hospital de Madrid, atendiendo a los heridos que enviamos desde aquí.

Luego Inés tuvo una misión muy especial: convencer a los padres de Avi de que Galeb era un buen muchacho y que su hija sería feliz con él. Por supuesto, lo había logrado. Pero sus propios padres, por mucho que ella insistía, no cedían y no querían dejarla regresar con nosotras. Y mientras no cumpliese los veinticinco años estaría obligada a obedecerlos. Entonces se dio cuenta de que esa ley tenía una excepción: si se hacía novicia de San Vicente de Paúl, se debería a la regla de esa congregación y no a sus padres. Sor Berzelius, al ver que lo hacía por su vocación de servir a los enfermos, fue su cómplice y en poco tiempo Inés ya se había ordenado y estaba lista para venir a Melilla con otras monjas. Sus padres se llevaron un disgusto tremendo, pero ella espera que con el tiempo la entenderán y hasta se sentirán orgullosos.

«¿Y Bonifacio?», le he preguntado.

«Sabe que es una farsa y, de hecho, en cuanto acabe su preparación en Medicina Militar, él mismo se alistará y vendrá a Melilla para que estemos más cerca. —Se ha reído con ganas—. ¿Te imaginas? Los amoríos entre un licenciado y una novicia.» Esa idea le hacía una gracia tremenda.

Y ya que estábamos por hablar de cosas escandalosas, le he contado todo lo que había pasado con Ismael y con Javier. Ella se ha esforzado en disimular que ya lo sabía, me figuro que a través de Avi. He fingido creerla.

Tanto que la había echado de menos y esa misma tarde, tras solo una jornada de trabajo a su lado, al verla pasar por el hospital ya me ha

parecido como si nunca se hubiera ido; tan solo se me hace raro verla vestida de monja.

En la cena Inés le ha preguntado a Avi si había sentido al espíritu de Margarita, que a fin de cuentas había muerto allí.

«Es que me gustaría saber dónde está mi hermana.»

Avi ha reconocido que su «don» no llegaba tan lejos como para conocer siempre la identidad de los espíritus.

«Y recuerda que no están enteros, son como sombras, partes de un alma. La que sufre y no es capaz de desprenderse de su dolor. Si Margarita estaba en paz y era feliz, que lo era, habrá partido y ya no quedará nada de ella por aquí.»

Eso ha parecido reconfortar a Inés.

Ya era de noche cuando Javier ha venido por el hospital. Había sobrevolado la zona indicada en el mapa.

«Y he visto esa pequeña pista junto a un blocao y una colina rocosa, como en el sueño de tu amigo. No hay rebeldes y su campamento más cercano está a varios kilómetros. Puedo tomar una ruta indirecta, para evitar al enemigo y sus disparos, y aunque los de ese campamento nos vean aterrizar, tardarían horas en llegar. Tenemos tiempo de sobra para bajar e irnos antes de que siquiera se acerquen.»

A Ismael ya le había contado mi plan en el Barrio Hebreo y sé que le parecía un completo desatino y algo muy peligroso. Le había dicho que hoy vendría Javier para decirnos si era posible. Por eso, aunque ya no las necesita, llevaba todo el día con las vendas sobre el rostro, como si fuesen su máscara.

Tras un silencio en el que los dos se han medido con las miradas, Javier le ha explicado que mi plan es posible y menos arriesgado de lo que podría parecer inicialmente.

«El principal peligro no son los moros —le ha advertido Ismael—, sino tus superiores. Te meterás en un buen lío si lo haces.»

«Lo sé; pero necesitan pilotos que conozcan bien el territorio. Así que no pasaré mucho tiempo en el calabozo. A ti no te harán nada. Eres un oficial a punto de ser condecorado con la Laureada. No querrán escándalos.»

«¿Y el avión podrá con los tres?», he preguntado.

Javier e Ismael me han mirado al mismo tiempo y, casi al alimón, han dicho:

«Tú no vienes.»

Luego se han mirado entre ellos, un poco extrañados de esa coincidencia.

«¿Por qué? Los aviones que iban a Arruit llevaban suministros que pesarían más que yo...»

«Esa no es la cuestión», ha zanjado Javier.

«Es muy peligroso —ha añadido Ismael—, y tú ya te has arriesgado bastante.»

«¿No querías llevarme en tu avión cuando estábamos en Madrid? —me he encarado con Javier—. Pues ahora tienes la oportunidad.»

«Allí no había miles de soldados bajo nosotros deseando abatir el aparato.»

«Dijiste que podías evitar las líneas enemigas.»

«Pero estaremos en territorio hostil —ha dicho Ismael— y, si pasa algo, rodeados; sería muy difícil volver.»

«Razón de más para que llevéis a una enfermera. —Antes de que siguiesen protestando he alzado la voz mirando a Ismael—. He estado desde el principio, te he guiado en tus peores momentos, no te he abandonado nunca y esta idea ha sido mía. —Luego he mirado a Javier—. Y tú aún me debes mucho como para decir que no.»

Se han quedado callados un momento.

«¿Tenía este carácter antes?», le ha preguntado Ismael a Javier.

«No. Pero siempre ha sido así de valiente.»

«No es valentía, es temeridad», ha insistido Ismael.

«Pues entonces seré temeraria. ¿O crees que las demás enfermeras no muestran la misma temeridad? Podrían estar en la Península y hacer donativos para los heridos y enfermos, pero están aquí, lejos de sus casas y de sus familias, durmiendo poco, comiendo mal, trabajando hasta caer rendidas... Una de nosotras ha cogido el paludismo, que la acompañará para siempre, y otra, una amiga mía, ha muerto en un bombardeo. Todas estamos arriesgando nuestras vidas por vosotros, y lo hacemos porque es nuestra decisión, así que si yo decido ir, iré, porque ya que me estoy jugando la vida tengo derecho a decidir dónde, cómo y por quién.»

Lo he dicho sin pararme mucho a pensar, hablando muy rápido para que ellos no me interrumpiesen. Sin esperar a que se recuperasen, le he preguntado a Javier:

«¿Cuándo iremos?».

Con más resignación que convicción me ha respondido:

«Aún no lo sé. Intentaré que me asignen a alguna misión de reconocimiento cerca de la zona para poder desviarme. Os avisaré.»

Antes de que Javier se fuese, Ismael lo ha saludado llevando su mano abierta a la frente, de forma militar.

«Se saluda al grado, y eres mi superior», y le ha dado las gracias.

Ha sonado sincero. Creía que, por mi culpa, o más bien por mi presencia en medio de ellos, se iban a odiar, pero no me da la impresión de que sea así. Tampoco es que se hayan agradado, ni mucho menos, pero he notado que entre ambos hay respeto.

20 de octubre de 1921

Por la mañana se ha ido Ismael. Ya le hemos dado el alta. Entre los civiles que salvó en Nador han hecho una colecta para pagarle una buena habitación en el Hotel Victoria. Teníamos demasiada gente alrededor para despedirnos de forma afectuosa, así que solo le he dado unas cuantas indicaciones para seguir cuidándose, como si fuese un paciente más. En secreto, hemos quedado en su hotel esta tarde.

Me ha parecido extraño ver a otro herido en esa cama que Ismael ha ocupado tanto tiempo. Es un joven oficial de Caballería al que hemos debido de sacar más de cincuenta fragmentos de metralla de la espalda. En esa operación colaboraron Nogueras y Herranz, y hasta nos dejaron participar a Avi y a mí; dividimos la espalda en cuatro y a cada uno le tocó una parte. A los doctores la lumbar, donde hay más tejidos y es más peligroso, y a nosotras la zona de las escápulas, donde la metralla era más superficial. El paciente tuvo mucha suerte; ninguna esquirla se había alojado en la columna ni en el cuello, ni había perforado los pulmones o las vísceras. Para nosotros resultó una tarea tan sencilla que, mientras la hacíamos, no paramos de hablar, como si estuviésemos alrededor de la mesa de un café.

Por la tarde, de camino al Hotel Victoria, me he puesto un poco nerviosa. Iba a estar a solas con Ismael en la habitación y me figuraba qué querría. Si en el blocao, sobre la tierra y rodeada de sacos y suciedad, había sido maravilloso, en una habitación de hotel, perfumada y con un colchón mullido, sería aún mejor. Además, supongo que para Ismael también sería una forma de corroborar que mi corazón le pertenece de verdad. Y si tengo dudas, no es por lo que diga nuestra religión o por lo que se supone que una dama debe hacer, a fin de cuentas ya no voy a llegar virgen al matrimonio, sino por Javier. Su reaparición me ha afectado más de lo que me gusta reconocer. Y aunque aún no sé hasta qué

punto confiar en sus promesas, su actitud está siendo muy noble y generosa.

He entrado en el café temblando, y he sentido cierto alivio al ver que Ismael y Javier estaban sentados a una mesa conversando. Me he unido a ellos. Javier lo había arreglado todo para que dentro de tres días podamos volar.

«Nos estamos trasladando a Zeluán, así que no habrá mucha gente en la pista del Hipódromo. Dejaré mi aparato en un rincón y un par de amigos nos cubrirán. Nos veremos allí a las diez de la mañana. —Luego me ha entregado un paquete—. Tú no puedes ir vestida así, de enfermera; ponte esto.»

«¿Qué es?»

«Uno de mis trajes de piloto.»

He estado con ellos un poco más y luego he puesto una excusa para regresar al hospital. Me ha sorprendido que la aceptasen y se quedasen allí hablando sobre la guerra, aviones y armas como si fuesen dos amigos.

Al salir casi he tropezado con dos niños que pedían limosna e intentaban sisar algo a los transeúntes. Cuando me han reconocido, han echado a correr. Había visto niños a cientos por todas las calles y rincones de Melilla. Pero esta vez me he preguntado si aquellos dos estarían allí por algo relacionado con mi tío.

21 de octubre de 1921

Carmen ha regresado y todas nos hemos sentido un poco menos huérfanas. Nos ha contado cómo está organizando los nuevos hospitales de Tetuán y Larache, y el crecimiento de la Cruz Roja por toda España.

«Y lo mejor es lo bien que hablan de las Damas Enfermeras. Hasta los socialistas, en el Congreso, han elogiado nuestra labor. Hoy mismo Indalecio Prieto, que no para de criticar a todo el mundo, ha publicado un artículo en el que nos pone por las nubes. Quién lo iba a decir...»

Luego nos ha reunido a unas pocas, entre las que estábamos Avi, Alba, Inés, Merry, Isabel, Luisa de Orleans, María Benavente y yo.

«Con vosotras, y con otras que hoy por desgracia no están aquí, comencé en Madrid. Y levantamos este, nuestro primer hospital de sangre, de la nada. Éramos solo un sueño, un deseo de ser útiles y demostrar que nuestro lugar no está en casa, sino que podemos hacer cosas de verdad importantes, grandes.»

»Ese deseo es hoy una realidad. Y lo es gracias a la labor y la ayuda de muchísimas personas, pero no puedo evitar sentir por este pequeño grupo un cariño especial. Con vosotras empezó todo.»

Ha abierto un par de botellas de *champagne*, que no sé de dónde habría sacado, y brindamos con tazas de té.

Después de esa emotiva celebración, el trabajo ha sido más satisfactorio que nunca. Y lo digo por las palabras de Carmen, no por el *champagne*.

Por la tarde me disponía a salir para visitar a Ismael cuando me he topado de frente con mi tío. Esta vez traía al mono bien agarrado en el regazo y le había puesto un capuchón como el de los halcones. Aun así, el mico no paraba de olfatear el aire y de volver la cabeza hacia cada ruido que oía. Antes de que pudiera saludarlo, mi tío me ha cogido del brazo y me ha arrastrado a la sala de espera. En cuanto hemos entrado, me ha dicho muy serio:

«Te están siguiendo».

«¿Quién?», he preguntado asustada.

«Ya lo sabes y deberías haberme hablado de él: un sargento de cabello blanco, Efraím. Los de aquí también lo llaman “el Alimoche”, por ese pelo cano y porque, como esos carroñeros, se alimenta de la muerte.»

«¿Cómo ha sabido de él?»

«Eres mi sobrina y me preocupo por ti. Todo alrededor de tu amigo me pareció muy extraño: su extravío, su aspecto, el mapa que había pintado en la pared... Así que, por si acaso estabas metida en un lío, hice que te siguieran.»

«¿Ha hecho que sus niños me espíen?»

«No solo los niños. Y mi gente ha descubierto que el Alimoche os vigila a ti y a tu amigo Ismael.»

«¿Qué sabe de Efraím, el Alimoche o como se llame?»

«Que no hay que mezclarse con él. Maneja tabaco, alcohol, morfina, prostitutas, comida y cualquier cosa que pueda tener valor en el mercado negro. Y es intocable. Hace meses un fiscal militar intentó llevarlo a juicio, pero nadie se atrevió a testificar y al propio fiscal lo enviaron a otro lado.»

«Ya lo sabía. ¿Y le han contado qué relación tiene Ismael con ese hombre?»

«No, pero que el Alimoche esté tan interesado en su memoria es preocupante. Ayer, de hecho, intentó hablar con él... Pero tu otro amigo, el aviador, un par de colegas míos y yo mismo nos turnamos para que

Ismael nunca estuviese solo. Y por la noche lo sacamos del hotel escondido en un baúl. Ahora está en un lugar seguro.»

«Pero dentro de dos días...»

«Lo sé, habéis quedado en el Hipódromo para esa locura de vuelo. Javier e Ismael me lo han contado todo y también me han pedido que intente disuadirte. ¿Crees que sería capaz de conseguirlo?»

«No.»

«Entonces no me queda más remedio que ayudarte. Un par de hombres vendrán con una ambulancia a entregaros heridos y a llevarse a los muertos. Tú espera en el jardín con las ropas que te dejó Javier. Ellos se encargarán de llevarte hasta el avión sin que nadie te vea salir del hospital.»

El plan me ha parecido delirante y loco. Casi tanto como el mono de mi tío Cristóbal, que se le ha escapado aprovechando que estaba tan concentrado en nuestra charla y andaba enredando por la salita, libre del capuchón.

«¿No cree que está exagerando un poco? En cuanto subamos al avión, adiós problema. No nos va a seguir por el aire.»

«Pero sabrá qué hacéis y puede esperaros a vuestro regreso. Créeme, en estos asuntos toda prevención es poca. No le hables de esto a nadie.»

Mi tío ha recuperado al mono, que había orinado en una silla y jugaba a deshilar las telas que decoran la habitación. Le ha vuelto a cubrir la cabeza y, tras disculparse por el destrozo, se ha ido.

Yo me he quedado igual de destejada que ese tapiz... No volveré a ver a Javier e Ismael hasta el momento de subir al avión y comenzar nuestra aventura. Mañana va a ser un día eterno.

22 de octubre de 1921

Y sí que se me ha hecho eterno. Ni el quirófano conseguía apartar nuestros planes de mi cabeza ni aligerar la sensación de tener el estómago lleno de cemento.

Después de misa, con la ayuda de Inés y Avi, me he probado el traje de piloto. Me queda enorme y estoy francamente ridícula.

«Al menos, ya no soy la única que se disfraza», ha dicho Inés riéndose.

Por la tarde lo hemos ajustado entre las tres para que no pareciese un globo desinflado. Y aunque el resultado sigue siendo lamentable, ya

me parece mejor.

Desde entonces ya han pasado seis horas y debería estar durmiendo, pero el corazón me late de prisa y noto una sensación de frío por todo el cuerpo. Y aunque sé por qué se produce exactamente, no puedo controlarla. Ahora entiendo lo que contaba Sancho sobre la lucha y la espera. El miedo ha de vencerse antes de la batalla, no durante ella; y no sé si podré dominarlo para dormir esta noche.

23 de octubre de 1921

Ya ha acabado todo, querido diario, aunque no de la forma que ninguno de nosotros hubiera deseado. Si hay algo que define el futuro es que siempre es diferente a lo que esperamos. Y lo mismo podría decirse del pasado.

Ha sido un día largo, enorme, y por momentos he temido que fuese a ser el último de nuestras vidas. Comienzo por el principio.

Tras despertarme de una noche llena de sueños angustiosos y de haber dormido pocas horas, he desayunado, he asignado mi turno a Alba, que se ha comprometido a cubrirme, y a la hora convenida esperaba en el jardín, vestida con el traje de piloto.

Se me han acercado dos camilleros. Uno grandote y el otro bajito y con el pelo más rubio que haya visto nunca.

«¿Señorita De la Gasca? —Asentí—. Nos envía don Cristóbal.»

Han posado la camilla en el suelo y me han pedido que me tumbase en ella. Luego me han cubierto con una sábana como si fuese uno de los cadáveres que enviamos al depósito.

«¿No es exagerar un poco?», he preguntado.

Pero ellos solo seguían órdenes de mi teatral tío. Así que, para no causar problemas, me he dejado llevar esperando que nadie en el hospital notase nada. Especialmente sor Asunción...

En la ambulancia he compartido trayecto con tres cadáveres, estos de verdad, y tras dejarlos en el depósito hemos continuado hasta el Hipódromo. En un rincón de la pista ya solo quedaba un avión. A su lado me esperaban Javier e Ismael, este aún con su máscara de vendas. Les ha hecho gracia ver la pinta que llevaba.

Ismael y yo hemos ocupado la cabina del observador, donde he tenido que sentarme sobre él; íbamos muy apretujados e incómodos.

Javier ha puesto en marcha la hélice y ha subido a su carlinga. Por fin, querido diario, iba a volar.

El ruido del motor ha ocultado cualquier otro. La velocidad nos ha empujado hacia atrás en el asiento y el De Havilland ha comenzado a temblar y brincar sobre los baches de la pista. Íbamos cada vez más rápido y daba la impresión de que nos estrellaríamos contra los edificios del fondo, pero entonces el aparato se ha despegado del suelo. He sentido como si mi estómago flotase dentro de mi cuerpo y por un momento me ha faltado el aire, supongo que por la emoción. El avión ha dejado de temblar y se ha elevado suavemente.

Estaba volando.

Enseguida hemos cogido altura y he mirado hacia abajo. Las personas se hacían cada vez más pequeñas hasta desaparecer, y las casas y calles parecían de juguete, como un plano pintado en la arena. El mar, a nuestra izquierda, centelleaba reflejando el sol, y hasta el Gurugú parecía achicarse a nuestros pies. Atravesábamos las nubes como si fuesen un humo húmedo y lechoso. Bajo nosotros se han convertido en un océano blanco y detenido en el tiempo. Entre ellas, a veces, podía ver la línea que separa el mar de la tierra.

«Volaremos sobre el mar —ha gritado Javier para hacerse oír sobre el motor—. Así evitaremos al enemigo. Luego giraremos hacia el oeste, para ir directos a nuestro destino.»

Aunque Ismael y yo íbamos muy incómodos, la visión del mundo desde allí arriba y la sensación de flotar sobre el viento y entre las nubes han hecho del viaje algo mágico.

Al cabo de una media hora, hemos comenzado a descender. Javier ha señalado a un lado, tras unas colinas. Había un campamento rifeño con medio centenar de soldados y unos pocos caballos.

«No os preocupéis —ha vuelto a decir Javier—, aunque nos vean, están muy lejos de nuestro destino.»

En unos minutos hemos recorrido esa distancia que a ellos les llevaría horas. Javier parecía que iba a aterrizar cuando de repente ha vuelto a elevar el aparato.

«¿Qué pasa?», he gritado.

«La pista es más pequeña de lo que parecía, y con tanto peso no sé si podremos aterrizar.»

Le he pedido que lo intentase. Esa iba a ser nuestra única oportunidad y Javier tenía fama de ser uno de los pilotos más hábiles de todo Marruecos. El De Havilland ha trazado un amplio arco alrededor de

la pista y ha emprendido de nuevo el descenso. La sensación ha vuelto a ser estremecedora. Mi estómago flotaba, el corazón se me aceleraba y los oídos me dolían, supongo que por el cambio de presión en el aire. He acusado en todo el cuerpo el impacto de las ruedas contra el suelo y la frenada nos ha empujado contra la parte delantera de nuestra carlinga.

Me ha dado la impresión de que la pista se iba a acabar antes de que hubiésemos frenado y, al contrario que en el despegue, esta vez la sensación se ha correspondido con la realidad. El avión se ha salido de la pista y ha traqueteado sobre el suelo irregular de tal forma que parecía que se iba a hacer pedazos con nosotros dentro. Ha girado y se ha levantado sobre un lado hasta tocar con sus alas el suelo, pero finalmente ha caído sobre las dos ruedas y se ha detenido levantando un montón de arenilla y piedras que han golpeado el fuselaje por todos lados. El motor ha empezado a echar humo.

«¿Qué pasa?», he preguntado asustada.

«No lo sé —ha respondido Javier —, pero bajad, ¡deprisa!»

Ismael me ha ayudado a salir y luego ha bajado él. Javier ha usado una de sus cantimploras para apagar el pequeño fuego que se había producido. Luego ha respirado con alivio.

«Al menos el avión no ha ardiendo.»

«¿Y podrá despegar?», he preguntado.

«Vamos a comprobarlo. Esta sacudida no le ha venido nada bien. Y me parece que las alas también están tocadas. —Javier ha movido los controles y ha comprobado que uno de los alerones no respondía bien—. Creo que podré arreglarlo. —Luego ha intentado poner en marcha el motor. Este se ha agitado, ha dejado salir un humo negro muy denso y se ha parado. Javier ha lanzado un par de maldiciones—. Haced lo que tengáis que hacer; veré cómo puedo arreglarlo.»

«¿Y si no puedes?»

«Será un largo paseo hasta la zona francesa.»

Me he acercado a Ismael, que apenas había caminado unos metros y se había quedado quieto.

«¿Este es el lugar de tus sueños?»

«Sí. Y estuve aquí. Ahora lo sé. —Hablabla despacio, como si las cosas fuesen apareciendo una a una en su cabeza—. Iban a construir un puesto, con la pista de aterrizaje y el blocao, pero luego decidieron que no, que estaba muy lejos de las líneas de comunicación entre Annual y Melilla. Y lo abandonaron.»

«¿Y os fuisteis?»

«No. Yo no serví aquí. Vine precisamente cuando lo abandonaron.»

«¿Por qué?»

«No lo sé. Creo que buscaba algo... o seguía a alguien...»

«¿A Efraím?»

«Puede ser.»

Ha comenzado a caminar alrededor, conmigo siguiéndolo. Hemos revisado el blocao, los restos de un coche calcinado, las alambradas y los sacos terreros, los alrededores de la pista... Luego nos hemos alejado un poco más y hemos subido la colina. Desde allí arriba divisábamos un camino que serpenteaba entre pequeños collados y roquedales hacia el norte.

Cada paso, cada lugar, le evocaba una sensación. Pero estas eran indefinidas y no le contaban una historia. Solo confirmaban que había estado allí. Y, por alguna razón, eso le inquietaba. Su respiración se volvía lenta y pesada, y sudaba mucho.

«¿Qué te pasa?»

«No lo sé. Es como si... Aquí ocurrió algo terrible; no es que lo sepa. Lo siento. Y es como si fuese a volver a pasar en cualquier momento. Es como si estuviese volteando piedras sabiendo que, tras una, aparecerá una víbora.»

«Podemos parar.»

«No. Es lo que tengo que hacer. Sé que aquí, en algún lugar, se esconde el resto de mi pasado. Lo sé.»

Le he tocado la frente. Aun bajo las vendas, ardía. Y en ese estado febril y vacilante ha seguido inspeccionando. Hasta que ha visto algo: un roquedal cubierto de arbustos, cerca de la colina. Ha echado a correr hacia allí. He ido tras él, pero era más rápido y se ha alejado enseguida. Al llegar se ha quedado quieto. Por un momento no ha hecho nada. Luego ha soltado un grito estremecedor y, de golpe, ha caído al suelo.

Javier lo ha oído y se ha unido a mí para ir corriendo hasta donde yacía Ismael. Estaba inconsciente. En la caída se había dado un golpe en la cabeza y sangraba un poco.

«¿Qué le ha pasado? ¿Es un disparo?», ha preguntado Javier mirando alrededor.

«Solo se ha desmayado. Yo me ocupo de él. Encárgate del avión.»

He vuelto con Javier al avión para coger el botiquín que llevaba. Tras limpiar la herida de Ismael, se la he vendado. Vendas sobre más vendas. Le he mojado los labios con agua y he intentado reanimarlo. Su respiración era regular y los latidos normales, pero no volvía en sí. Era

como si estuviese atrapado en un sueño del que no podía o no quería despertar. Le he pedido a Javier que me ayudase a llevarlo hasta el blocao para ponerlo a la sombra.

«Lo dejaré así un rato, y más tarde intentaré despertarle. Como no lo consiga, nos va a costar mucho subirlo al avión.»

«Puedes dejarlo descansar todo lo que quiera, porque la reparación me va a llevar más tiempo del que pensaba.»

Hemos regresado al avión. Javier, tras un breve silencio, ha tomado aire para decirme:

«Ismael no es mal hombre, y te quiere. Me gustaría decir que te quiere menos que yo, y que es un idiota o algo así, pero no es cierto. Querría odiarlo, y querría alejarlo de ti como fuese, pero no puedo. Te ha salvado la vida. Y siempre se lo deberé.»

El motor tenía algunas partes quemadas y en el suelo había unas cuantas piezas y los trapos con que Javier las había estado limpiando.

«¿Sabes repararlo?», he preguntado un poco preocupada.

«Más o menos.»

«¿Y sabes cómo se llega desde aquí a la zona francesa?»

«Más o menos.»

He intentado no perder los nervios.

«A ver, ¿en qué puedo ayudarte?»

«Ojalá lo supiera...»

Estábamos en silencio mirando el destazado motor, cuando hemos oído unos pasos. Nos hemos dado la vuelta con miedo por si era un rebelde, pero ha resultado ser Ismael. Venía con paso firme, sereno y seguro. Al descubrir aquel desastre ha dicho:

«Quizá pueda ayudar. Trabajaba con camiones y no será tan diferente.»

«¿Estás mejor?», le he preguntado.

«Al menos no estoy peor.»

«¿Qué te ha pasado? Te desmayaste.»

«No lo sé; quizá haya sido el calor, o la tensión...»

«¿Y has recordado algo?»

Muy serio, casi áspero, me ha respondido:

«No todo, pero sí parte.»

«¿Y qué es lo que hacíais aquí? ¿Por qué es tan importante este lugar?»

«No lo sé... Y quizá nunca llegue a saberlo. Pero he tomado una decisión. Mi camino hacia el pasado ha llegado hasta aquí. Se acabó. A

partir de ahora solo miraré hacia adelante. A lo que quiero ser...»

No lo ha dicho como quien celebra un triunfo, sino con amargura. Me ha parecido una capitulación. Se ha dirigido a Javier:

«¿Qué motor es?».

«Un Liberty L-12 de cuatrocientos caballos; americano.»

Ismael ha acariciado el motor con si fuera un ser vivo.

«¿Cuatrocientos caballos? Madre de Dios, se lo pones a un camión y también lo haces volar. Es precioso.»

Ismael se ha puesto con el motor mientras Javier trataba de arreglar el alerón dañado. Yo les he ayudado en lo que he podido, como si estuviese asistiendo en la operación de aquel avión. En un momento en que Javier se ha ausentado para enderezar una pieza golpeándola entre dos rocas, Ismael me ha dicho por lo bajo, mirándolo:

«Pensé que sería un mequetrefe relamido y un cretino, pero es valiente y, mal que me pese, te quiere de verdad y está realmente arrepentido. Si nos ha traído hasta aquí es por eso: haría cualquier cosa por ti».

Solo le ha faltado decirme que le encantaría odiarlo, pero que no podía. Me ha asombrado esa sintonía, que parecía el germen de una improbable amistad.

Pero me temo que era un oasis. O, mejor dicho, un espejismo. En esa situación tan desesperada necesitábamos estar unidos. Una buena relación entre los tres, con lo que ha pasado y lo que aún sentimos, es imposible. No puede existir amistad donde alguien sufre. Aunque quiero pensar que, con el tiempo, el doliente sanaría sus heridas, apagaría sus sentimientos no correspondidos y encontraría a alguien a quien volver a amar de verdad. Un amor no correspondido es incompleto y no tiene razón de ser; se basa en sueños e ilusiones, no en algo real. O se olvida o se magnifica hasta convertirse en un delirio, en algo enfermo que puede llegar a corromper el alma y destruir el yo, como les pasó al joven Werther o a Emma Bovary. Y ni Javier ni Ismael tienen el carácter sensible y frágil de esos personajes. Ni yo creo que lo tenga. De hecho, lo que tengo es un océano lleno de tempestades en mi cabeza. Y como no me aclare pronto, los tres naufragaremos.

Javier ha regresado con la pieza ya bien enderezada.

«¿Cuánto falta para tener el avión listo?», les he preguntado.

«El alerón casi está», ha dicho Javier.

«Al motor aún le quedan dos o tres horas de trabajo», ha calculado Ismael.

Javier ha palidecido al escucharlo.

«¿A qué viene esa cara?», le ha preguntado Ismael.

«Si los rifeños a los que sobrevolamos han decidido venir a ver qué pasa, llegarán antes de que el avión esté listo. —Ha sacado su pistola—. Y solo tenemos esto para defendernos.»

«¿Y la ametralladora del avión?», ha preguntado Ismael.

«Iba junto a vuestra carlinga. La quité para aligerar peso.»

«¿Y por dónde vendrían los rifeños?», he querido saber.

«Desde el noreste, por el camino que hay tras la colina.»

«Iré a mirar», les he dicho.

He cogido unos prismáticos que llevaba Javier en la carlinga y he vuelto a subir hasta la cima para vigilar aquel amplio horizonte.

«¿Ves algo?», me han gritado.

«¡Nada!»

Desde allí arriba oía los golpes que daban al avión y algún comentario que hacían entre ellos mientras seguía vigilando. Una pequeña nube de polvo, al otro lado del horizonte, muy lejos de donde estábamos, ha llamado mi atención. ¿Podría ser solo el viento? Pero no se dispersaba ni cambiaba de dirección. Se mantenía constante y parecía venir hacia nosotros.

«¡Mirad!», les he gritado.

Ismael y Javier han subido corriendo y han comprobado que lo que yo temía era cierto. Un grupo de rifeños iba hacia nosotros.

«¿Os dará tiempo a acabar con el avión antes de que lleguen?»

«Lo dudo —ha dicho Javier—. Lo mejor será que nos marchemos y quizá se conformen con capturar el avión.»

«¿No deberías incendiarlo?», ha preguntado Ismael.

«Entonces seguro que nos seguirían... —Javier ha tenido una idea—. Escondeos. Lejos de aquí, porque lo registrarán todo. Yo me entregaré con el avión y les diré que venía solo.»

«¡No! —he gritado—. Te matarán.»

«No creo. Estarán impacientes por enseñarle su captura a Abd el-Krim: un avión y su piloto. Y en cuanto me lleven de aquí, podréis ir hacia la zona francesa.»

«Es una travesía larga y peligrosa, y apenas nos queda agua y comida», ha protestado Ismael.

«Pero es vuestra única oportunidad. Con solo una pistola no podemos hacer nada.»

Ismael se lo ha pensado un momento antes de decir, muy serio, como si estuviera haciendo una confesión terrible:

«No tenemos solo una pistola. Venid».

Lo hemos acompañado hasta el roquedal. Tras apartar unos arbustos y mover unas piedras, ha dejado libre la entrada a una pequeña cueva. Era estrecha y hemos tenido que entrar de uno en uno, con la linterna de Javier. Las paredes, de roca caliza, se quebraban al tacto. El pasillo se abría a una cámara bastante espaciosa. El lugar estaba lleno de cajas.

«¿Qué hay en ellas?», he preguntado, aunque lo imaginaba.

Ismael ha abierto una mientras decía:

«Lo que estaba investigando... Por eso a Efraím le preocupa tanto que recuerde».

La caja estaba llena de fusiles y munición.

«Y hay más —ha dicho y se ha ido hasta otra caja, llena de granadas y explosivos—. Esta no es. —Ha buscado en un par de ellas más hasta dar con lo que quería: una enorme ametralladora y decenas de cintas con munición a su lado.

«Una Hotchkiss. Francesa, enfriada por aire, seiscientas balas por minuto. —Parecía que nos la quería vender—. Si no los frenamos con ella, no los frenaremos con nada.»

Pesaba muchísimo. Ismael ha cargado con ella, yo con el trípode y Javier con una gran cantidad de cintas de munición. Hemos hecho varios viajes más para traer más munición, una docena de fusiles y granadas. Luego hemos vuelto a tapar la entrada a la cueva, que, así, era prácticamente invisible.

Hemos colocado la ametralladora en la cima de la colina para poder dispararla a cubierto desde nuestra cara de la pendiente.

«Lo ideal sería colocarla en la base y excavar una trinchera o levantar un parapeto para manejarla —comentó Ismael—. Así su campo de tiro, a ras de suelo, sería letal. Desde aquí arriba las balas caerán en ángulo y no harán tanto daño. Aunque nuestro objetivo es asustarlos, no matarlos a todos.»

Así que hemos situado los fusiles a los lados, por toda la cima de la colina, asomando entre las rocas, para dar la impresión de que allí había todo un pelotón apostado.

Ismael me ha entregado uno de los fusiles, que pesaba muchísimo, y me ha explicado cómo dispararlo.

«Es importante que lo sostengas muy firme, con la culata contra el hombro, y ya te aviso que el retroceso va a ser muy grande y te va a doler,

como si te dieran un golpe, pero no te asustes. Ni te asomes al disparar, ¿entendido? Ni apuntes. Lo importante es hacer ruido, ir de uno a otro y dispararlos sin cesar para que crean que hay muchos soldados.»

Luego también me ha enseñado a lanzar las granadas, por si acaso los rifeños llegaban a acercarse mucho.

Ismael y Javier han vuelto al avión para continuar reparándolo mientras yo me quedaba en la colina, vigilando, rodeada de todas aquellas armas. Media hora más tarde, a través de los prismáticos, he divisado bajo la creciente nube de polvo a un buen grupo de rifeños, algunos a caballo. Aún estaban muy lejos para saber cuántos eran o para que ellos pudiesen ver que había alguien aquí arriba. He deseado que se confundieran o errasen su camino y se dirigieran a otra parte, pero no. Supongo que debían de conocer la existencia de este puesto con su pista y habrán supuesto que el avión ha aterrizado en ella.

Al cabo de un rato, con los prismáticos ya distinguía claramente al grupo. Serían unos treinta. Tres de ellos a caballo, que han azuzado a sus monturas para acercarse a explorar. Me he agachado, he descendido un tramo y llamado a Ismael. Estaban tan centrados en el avión que no me oían. He tenido que elevar la voz.

«¡Ya vienen!»

Ismael ha dejado sus herramientas y ha corrido hacia mí. Ambos nos hemos tumbado tras la ametralladora. Él ha observado por los prismáticos a los tres jinetes al trote. Los demás venían a una buena distancia de ellos, caminando sin mucha precaución.

«Aún faltan unos minutos para que estén a tiro —me ha avisado—. Agáchate bien.»

«¿Por qué no me dijiste que habías recordado lo de las armas?»

Se ha quedado callado.

«Efraím trafica con armas —le he dicho—, ahora lo recuerdas y aquí tienes las pruebas. Por eso te vigila tanto. Pero ahora vamos por delante y puedes denunciarlo.»

«No haremos nada.»

«¿Por qué?»

«Porque ahora también recuerdo lo que es capaz de hacer y no quiero arriesgarme más.»

«Ya te enfrentaste a él en el pasado, ¿no? Cuando mataste a ese hombre aquí.»

«Sí.»

«Pues ahora puedes acabar con todos ellos.»

«Antes estaba solo, pero ahora, no. Y aunque no tema por mi vida, temo por la tuya. Te harán daño. Y si hace falta, os matarán a Javier y a ti para hacerme callar. Así que, para Efraím, nunca habré recordado nada... Y para Javier y para ti debe ser lo mismo.»

Iba a responderle, pero él ha mirado hacia los rifeños y me ha dicho: «Coge un fusil; ya vienen».

Me he alejado un poco de él y levantado uno de aquellos pesados máuser. Ya estaba listo para disparar. He apoyado la culata en mi hombro y me he asomado un poco sobre la cresta de la colina. Los jinetes aún estaban lejos, a unos quinientos metros, y se acercaban a un trote ligero. Apuntarles a esa distancia era como apuntar a una lagartija que estuviese correteando por el suelo. Ismael ha levantado la mano indicando que esperase. Los ha dejado recorrer otros cien metros más y entonces ha bajado la mano. He apuntado, enfilando a uno de los caballos entre la mira y el alza, como me había enseñado, y he disparado. El ruido ha sido intenso, rápido y seco. Una explosión que en menos de un segundo ya había desaparecido para convertirse en un eco que se repetía entre las rocas. He sentido la culata contra el hombro como si me diesen un martillazo y, aunque creía que tenía el fusil firme y bien agarrado, el cañón se ha elevado bastante. No me he caído de milagro y el disparo ni siquiera se ha acercado al jinete. Pero se han detenido.

Ismael ha comenzado a disparar la ametralladora con un ruido aún más fuerte y continuo, realmente ensordecedor. A unos veinte metros de los caballos el suelo se levantaba en pequeños surtidores de tierra que han ayudado a Ismael a guiar el tiro hacia los caballos. Dos han reaccionado y huido al galope, pero el otro ha sido alcanzado y ha caído al suelo. Lo siguiente ha sido horrible, como si la ráfaga de la ametralladora fuese una cuchilla que los atravesara y abriera en canal. Las tripas del caballo se han desparramado fuera del cuerpo y el jinete ha quedado destrozado. La sangre enseguida se ha extendido a su alrededor formando un charco.

Ismael me ha gritado que disparase un par de fusiles más. Lo he hecho mientras él agotaba su primera cinta de balas para hacer huir a los jinetes. Luego ha cargado otra mientras yo hacía lo mismo con los fusiles.

«Con un poco de suerte —me ha dicho—, pensarán que es una posición bien defendida y se irán.»

Yo esperaba lo mismo y he deseado que fuera así, porque a mí, al menos, ni se me ocurriría enfrentarme a una ametralladora ahora que había visto lo que podía hacer.

Pero no ha sido así. Los dos jinetes supervivientes se han reunido con el grupo, que estaría a unos setecientos metros, han dejado los caballos y con los demás se han dispersado para acercarse, cuerpo a tierra, buscando piedras e irregularidades del terreno tras las que cubrirse. Eso les hacía ir muy lentos, aunque era mucho más difícil dispararles.

En ese momento de quietud y silencio, tras los disparos, me han sorprendido dos cosas. Una: la razón que tenía Sancho. Mientras estaba disparando no he sentido miedo, de hecho creo que no he sentido nada en mi interior. Solo dolor, sudor, fatiga y una intensa energía que me llevaba a moverme con rapidez y frenesí de un lado a otro, cargando y disparando. La otra: lo sencillo, frío y aleatorio que es matar con estas armas.

He mirado hacia atrás. Javier aún se afanaba con el motor del avión. Luego me he figurado una conversación bastante estúpida con Dios, en la que yo le pedía que nos ayudase y él me decía que los de enfrente, los rifeños que nos atacaban, le estaban pidiendo exactamente lo mismo.

«Pero nosotros somos menos», le decía yo.

«Tenéis una ametralladora», respondía.

«Solo queremos irnos de aquí —insistía yo—, y ellos quieren matarnos. No es lo mismo.»

«Pues, por ahora, el único que ha muerto es uno de ellos», replicaba Dios.

He apartado esas tonterías de mi cabeza para asomarme con mucho cuidado. Los rifeños ya habían recorrido una tercera parte del camino. Uno se ha levantado un poco, ha alzado su fusil y nos ha disparado. Tras agacharme instintivamente, he oído el silbido de la bala muy por encima de nosotros. A lo lejos sonaban otros disparos. Algunos impactaban contra la colina, levantando pequeños surtidores de tierra, y otros pasaban de largo. No paraban de disparar aunque allí, a cubierto de la loma, era imposible que nos alcanzasen.

«Es fuego de supresión —me ha explicado Ismael—. Un grupo dispara a discreción para que nos pongamos a cubierto y facilitar el avance de los otros. Así que... a disparar. Pero tú ni te asomes. Tira al aire aunque sea, que solo oigan el ruido y el silbar de las balas.»

Lo he hecho sin apenas levantar la cabeza tras las rocas, mientras Ismael, con cuidado, se ponía tras la ametralladora y comenzaba a disparar. Entre un par de piedras me he asomado un poco y he visto como, efectivamente, un grupo de cinco corría hacia la colina bajo la

cobertura del fuego de sus compañeros. He apuntado y disparado sin mucho éxito. Pero la ráfaga de la ametralladora ha estallado de repente en el suelo, cerca de ellos, y ha parecido perseguirlos. Dos han caído, convirtiendo los surtidores de tierra en surtidores de sangre, y los otros tres han conseguido esconderse tras un peñasco que Ismael ha machacado con sus disparos. Mientras él cambiaba la cinta yo he aprovechado para disparar varios fusiles casi seguidos. El ruido los ha mantenido encogidos.

Una vez recargada la ametralladora, Ismael la ha dirigido contra los que hacían el fuego de supresión, que enseguida se han echado cuerpo a tierra. Yo seguía disparando mientras el hombro se me resentía por el dolor. Al pasar cerca de la ametralladora uno de los casquillos me ha golpeado un brazo. Estaba ardiendo y me ha hecho una pequeña quemadura en la ropa.

He seguido disparando los fusiles hasta que he oído gritar a Ismael, que se encogía de dolor echándose una mano al brazo. He corrido a su lado. Sangraba.

«No es nada», me ha dicho.

«Eso lo diré yo», he replicado.

Y afortunadamente era así. Solo un rasguño bastante profundo. He rasgado un pedazo de tela para apretar su propia camisa contra la herida y él ha vuelto a la ametralladora. La pausa ha hecho que los rifeños se nos acercasen más.

«Lanza unas granadas —me ha ordenado— y, por Dios, ten mucho cuidado. Si alguna se te resbala, se acabó.»

He cogido una granada y la he lanzado todo lo lejos que he podido. Parecía que el brazo se me fuese a romper. Había usado el mismo que había soportado el retroceso de los fusiles. Al poco he oído la explosión al pie de la colina. He lanzado un par de ellas más y vuelto con los fusiles, disparando unos y otros, y luego lanzando más granadas. Ismael, mientras, seguía paseando las ráfagas de ametralladora entre los que se nos acercaban, cuyos disparos eran cada vez más escasos.

He de reconocer la valentía de aquellos rifeños, porque contra una ametralladora, granadas y fusiles ellos seguían avanzando. Tres más habían caído. Dos, muertos, yacían en el suelo. Al tercero, herido en una pierna, lo habían recogido sus compañeros y, tras unas rocas, me figuro que estarían intentando parar la hemorragia.

Entonces, a nuestra espalda, ha sonado un disparo. Lo primero que he pensado es que nos habían rodeado y que todo se había acabado. El

miedo, que en ningún momento había sentido, se aferraba entonces a mi interior y me tenía paralizada. Ni me atrevía a mirar. Y entonces lo he oído: el ruido del motor del avión. He mirado. El disparo había sido de la pistola de Javier para avisarnos de que estaba listo.

«Ve tú primero —me ha ordenado Ismael—, yo iré enseguida.»

He corrido hacia el avión mientras Ismael seguía disparando la ametralladora. Javier me ha ayudado a subir y luego ha ocupado su carlinga. Entonces hemos oído una explosión sobre la colina. Del lugar donde había estado Ismael salía una columna de tierra y humo que se desperdigaba por todos lados y la ametralladora, hecha pedazos, volaba por el aire para volver a caer a tierra.

He temido que una granada de los rifeños lo hubiese alcanzado, pero entonces lo he visto correr hacia el avión. Había puesto unas cuantas granadas en la ametralladora para destruirla y que los rifeños no pudiesen usarla contra nosotros.

Javier ha pilotado el avión para llevarlo, traqueteando sobre el irregular suelo, hasta la pista. Ya estábamos en ella cuando nos ha alcanzado Ismael. Le he tendido una mano para que subiese y, mientras lo hacía, he visto que tres de los rifeños habían coronado la colina y nos apuntaban con sus fusiles. Han disparado. Las balas han pasado a nuestro alrededor y una ha impactado en un ala.

El avión ya comenzaba a correr sobre la pista cuando Ismael ha entrado en nuestra carlinga. Me ha apartado para sentarse, y yo lo he hecho sobre sus rodillas.

«Así te protegeré con mi cuerpo.»

Aun sobre el ensordecedor ruido del motor podía oír los disparos, que nos han seguido aun cuando el avión ha despegado. En unos segundos ya estábamos tan altos y tan lejos que no había nada que temer.

«¿Estáis bien? —ha gritado Javier. Le hemos dicho que sí—. Esperemos que el avión también lo esté.»

Esta vez ha volado más bajo porque no confiaba en el motor, y no se ha adentrado tanto en el mar. A lo lejos hemos divisado el monte Arruit. Cerca de él, a pocos kilómetros al norte, había humo y sentíamos las explosiones a esa distancia. Nuestro ejército estaba preparando el asalto para recuperarlo.

En lugar de detenernos en Zeluán, demasiado congestionado por las tropas que se preparan para el avance, sobrevolamos la Mar Chica y comenzamos a descender al ver Melilla. Ya está atardeciendo y las sombras se estiran sobre un mar que refleja un cielo cada vez más oscuro.

El motor ha aguantado perfectamente y el aterrizaje ha sido mucho más tranquilo. Nada más detener el avión, unos soldados se nos han acercado. Tras confirmar que el piloto era el capitán Javier Alonso Cordero, se lo han llevado detenido. Me ha mirado antes de que lo subiesen a un camión y ha sonreído. Ese era el sacrificio que buscaba hacer por mí. Esta vez sí le he devuelto una sonrisa.

A Ismael y a mí nos han dejado ir. Al otro lado de la pista seguía la ambulancia que nos había traído esa misma mañana, aparcada junto a un barracón en ruinas. Al llegar hemos visto que la cabina estaba vacía. He abierto la portezuela trasera por si los camilleros se habían echado a dormir una siesta allí atrás. Estaban tumbados y les iba a decir que espabilasen cuando he visto la sangre a su alrededor. He girado la cabeza del rubio. Estaba helado y pálido. Le habían rajado el cuello y se habría desangrado en minutos. El otro estaba igual. Le he gritado a Ismael, asustada:

«¡Vámonos de aquí!».

Pero ya era tarde. Del barracón habían salido Efraím y otros tres hombres que nos apuntaban con sus pistolas.

«Al barracón, rápido», ha ordenado Efraím.

Nos han agarrado para llevarnos dentro a empujones.

«A ella dejadla en paz», ha exigido Ismael antes de golpear a uno de los hombres que me llevaba.

Efraím ha acercado su pistola a mi cabeza.

«Pues entonces compórtate y no me causes más problemas.»

En el barracón me han encerrado en un cuarto con uno de esos hombres y a Ismael en otro, supongo que bien alejado del mío, porque no les oía hablar en ningún momento. Le he dicho a mi captor que sería mejor que me dejase ir, que enseguida me echarían en falta, que mi padre era alguien muy importante, que la duquesa de la Victoria era mi jefa, que no pararían de buscarme, que se iban a meter en un buen lío y un buen número de cosas más..., pero no ha servido de nada. El hombre ni siquiera me ha mirado. Hasta he pensado que quizá era sordo y así se lo he hecho saber mientras le tiraba un pedazo de madera que había por el suelo.

«No —me ha contestado con cara de resignación—, no soy sordo. Pero usted es una pesada. Efraím me ha pedido que la tenga aquí hasta que termine de hablar con su amigo, y es lo que voy a hacer; así que, por favor, señorita, tranquilícese un poco y no complique las cosas.»

Y así he hecho, muy quieta, en un rincón, en silencio.

Al cabo de una media hora ya había oscurecido. Como el barracón no tenía electricidad mi vigilante ha encendido un candil. No he tardado mucho en notar la claridad de otro bajo la puerta antes de que se abriera. Ha entrado Efraím.

«¿Qué le ha hecho a Ismael?», le he preguntado más enfadada que asustada.

«Puede irse, señorita», me ha dicho secamente.

«No me ha respondido. ¿Qué le ha hecho?»

«La espera fuera. Y yo me despido ahora porque espero que no nos volvamos a ver nunca más. Nuestros negocios en común finalizan ahora mismo.»

He salido corriendo. La luna iluminaba tenuemente los edificios que nos rodeaban. Y allí estaba Ismael, fumando un cigarrillo. He corrido hasta él y lo he abrazado. He pasado mi mejilla por las vendas de su cara y sentido como sus brazos me apretaban con fuerza.

«¿Qué ha pasado?»

«Hemos llegado a un acuerdo. Nos dejará en paz, pero no podemos contar nada de lo que ha pasado.»

«No es justo. Acaba de matar a dos hombres.»

«Lo sé, pero si no nos matará a los dos. Hemos tenido mucha suerte. Vámonos.»

De camino al Hotel Victoria he buscado su mano y la he apretado fuerte. Así hemos caminado, sin decirnos nada, hasta llegar.

«¿Quieres subir?», me ha preguntado entonces.

He asentido.

Ya en su habitación, él se ha sentado en la cama. Sus ojos estaban cargados de pena. Cansados y derrotados.

He comenzado a desabrocharme el uniforme de piloto. No apartaba su mirada de mí. Pero no me sentía incómoda según me desnudaba para él.

«No, para.»

«¿Por qué? ¿No quieres que lo hagamos?»

«Claro que sí, pero... No es justo. No puedo hacerte esto.»

«¿El qué?»

«Quiero que veas quién soy.»

Según yo me cubría, él se quitaba las vendas de la cara.

«Ya sé quién eres.»

«No. No lo sabes. Bajo esta máscara, soy un monstruo.»

Y me ha mostrado su cara quemada y retorcida, perfectamente visible bajo aquella intensa luz eléctrica. Nunca había visto sus heridas con tal claridad. Jamás curarán del todo. Siempre será así.

«No eres un monstruo. Estás herido, y a mí me da igual. Ya lo sabes.»

«No me refiero a estas heridas, sino a lo que hay bajo ellas.»

Ha cogido la fotografía de Asturias. La suya con su hermano Anselmo.

«Este no soy yo», ha dicho.

En ese momento no he entendido qué quería decir. He supuesto que hablaba de forma figurada...

«Yo no soy Ismael Vallejo y no recuerdo nada de estas fotografías porque jamás estuve en esos lugares, ni este es mi hermano. Ahora lo recuerdo todo. Estos meses he estado viviendo una mentira, una vida que no me pertenecía.»

He tenido que sentarme y me ha costado hablar. Por un momento incluso lo he mirado con miedo.

«¿Y quién eres realmente?»

«Mi nombre es David Rial, y solo soy un cabo.»

«¿Y cómo...?»

«Te juro que hasta hoy creía que era Ismael. Y lo que he ido descubriendo sobre él, sobre el hombre que creía que había sido, me gustaba. Me gustaba mucho. Un hombre noble y honesto, que con gusto sacrificaría su vida por los demás... —Entonces ha notado mi miedo—. No me mires así, por favor, Laura. Si algo tengo claro es que jamás te haré daño. Y que si hace falta daré mi vida por ti... Como ya he estado a punto de hacer una vez. El que recibió una bala por ti fui yo, David. Aunque sé que Ismael lo habría hecho igual.»

«¿Y cómo llegaste a pensar que eras él?»

«Porque antes de perder la memoria me hice pasar por él, por eso llevaba su ropa. Fue entonces cuando me hirieron. Perdí la memoria de quién era, y todos pensasteis que era él; hasta yo creí serlo.»

«¿Y qué fue de ese hombre?»

Se ha quedado callado. He insistido:

«Dímelo, por favor, ¿qué fue del verdadero Ismael? De ese hombre al que tanto dices admirar ahora».

No sé por qué he preguntado algo cuya respuesta tanto temía...

Con lágrimas en los ojos, me ha confesado:

«Yo lo maté. Es lo que vi cuando Efraím me llevó mis verdaderos galones al hospital. Me vi matando a Ismael, pero en ese momento aún no lo sabía».

Me he levantado para irme.

«No, por favor, espera. Deja que te lo cuente todo.»

¿A ese hombre me había entregado? Me sentía aún más traicionada que cuando descubrí el pasado de Javier en Melilla. Pero me lo ha pedido con tal sinceridad, tan roto, que me he vuelto a sentar.

«De acuerdo, pero sé rápido.»

«Me cuesta decir “yo” para hablar de un hombre cuyas acciones, ahora, me parecen tan despreciables. Pero ese era yo. David Rial, cabo de Intendencia, conducía y arreglaba camiones y, por dinero, colaboraba con Efraím en sus negocios. Lo conocí en el café del Colón, donde nos reuníamos con nuestros clientes, un lugar donde nunca me encontré cómodo, así lo percibí cuando me llevaste allí. Supongo que por eso me angustié tanto. En ese café comenzó mi camino al lado de Efraím; mi perdición. Entre sus mesas conocí a muchos oficiales, algunos cuyos nombres ni siquiera me atrevería a pronunciar, que estaban detrás de todo y se beneficiaban de nuestras actividades. Si nuestro ejército estaba tan mal abastecido y equipado era por la cantidad de dinero y recursos que esa gente y nosotros robábamos, y que a nadie parecía importarles. Nuestra tarea era hacer el trabajo sucio y tan solo nos quedábamos con las migajas. Hasta que descubrimos que había un cliente que nos pagaría mucho mejor por algo que teníamos de sobra: armas. Así que Efraím comenzó a vendérselas a los de Abd el-Krim. Preparamos un gran cargamento y yo me iba a encargar de llevarlo hasta nuestro comprador en un lugar señalado en tierra de nadie. Pero entonces apareció Ismael, el verdadero alférez Ismael Vallejo, haciendo preguntas sobre unas armas que tenían que haber llegado a su sección. Y era un hombre inteligente que enseguida sospechó de nosotros.

»Aun así, salí con el camión y las armas, pero a medio camino me di cuenta de que me seguían. Aprovechando la noche, me desvié y acabé en el puesto abandonado en el que estuvimos hoy. Escondí las armas en la cueva que viste y dibujé la situación del lugar en un mapa. A la mañana siguiente iba a irme cuando apareció Ismael en un coche. Intenté disimular, pues a fin de cuentas el camión estaba vacío, pero no era solo que me hubiese seguido. Tenía pruebas contra nosotros que llevaba acumulando semanas. Me pidió que le llevase hasta las armas.

»Ya me veía perdido cuando llegó otro hombre a caballo; nos contó lo que había pasado en Annual. El frente se había desplomado y todo el Ejército huía en desbandada, replegándose hacia las posiciones alrededor de Melilla. Aprovechando la conmoción que causó la noticia, me hice con un arma y maté a Ismael.

»Eso es lo que recordé al ver mis verdaderos galones; cómo acababa con Ismael golpeándolo por la espalda y rematándolo en suelo. Mi cabeza, aún reacia a aceptar la verdad, me hizo confundir los términos y creer que yo era el alférez que había matado al malvado cabo. Pero la realidad es otra. La contraria. Yo maté a Ismael. El criminal, el asesino, por el momento se había salido con la suya.

»El caballo se encabritó por el disparo y tiró a su jinete. Le disparé cuando estaba en el suelo. Estudié los papeles y la documentación de Ismael y luego la quemé con su vehículo. Espanté al caballo, enterré los cadáveres cerca del blocao, me vestí como el alférez Ismael e hice un hatillo con mis ropas y el mapa. Mi plan era aprovechar la confusión que había causado la derrota de Annual para, así vestido, introducirme en el cuartel de su sección y destruir las pruebas. Luego me pondría mis verdaderas ropas y volvería con Efraím para contarle lo que había pasado. No sabía lo grave que había sido el desastre militar y esperaba poder regresar a recuperar el alijo en cuanto todo se tranquilizase un poco.

»Por lo que había visto en sus papeles, la unidad de Ismael había estado en el acuartelamiento Santiago y luego había sido trasladada al Atalayón, donde estarían sus cuarteles y todo el papeleo. Así que me dirigí hacia allí. De camino me crucé con soldados que huían, asustados y desesperados, sin ningún orden. Solo dejé subir a los heridos, que llevé conmigo hasta el Atalayón, desde donde una ambulancia los trasladó a Melilla.»

«Fue una buena acción.».

«Que fue a la cuenta del hombre que todos creyeron ver: el alférez Ismael Vallejo. Comenzaba la leyenda de su labor heroica y salvadora. Yo aproveché el caos que se enseñoreaba de todo para colarme en los cuarteles de la unidad de Ismael y registrar sus cosas. Descubrí que él y dos de sus hombres hacía semanas que nos vigilaban y seguían, y habían reunido bastantes pruebas contra nosotros. Lo quemé todo. Luego pregunté por esos dos soldados que habían colaborado con él; no podía dejar cabos sueltos.»

«¿Ibas a matarlos?», le he preguntado asustada.

«Sí —ha reconocido bajando los ojos—. Me dijeron que estaban en Dar Hamed. Fui hasta allí con esa intención. Con toda aquella confusión y los moros apareciendo por todas partes, sería fácil hacer pasar esas muertes por un ataque rifeño o por un desgraciado incidente de fuego amigo. Pero cuando llegué allí ya no estaban. Habían partido hacia Nador, a cubrir la evacuación de los trabajadores de las minas.

»Y los seguí hasta allí, a la posición avanzada que visitamos en las afueras de la ciudad. Los vi cubriendo la retirada de los civiles. Me acerqué con sigilo para matarlos, pero entonces comenzó el ataque de la *harka*. Me vi en medio de la refriega y comencé a luchar por mi vida. Ellos ni repararon en quién era ni en las ropas que llevaba. Y allí estaba, combatiendo codo con codo con las personas a las que hacía unos segundos iba a matar.

»El enemigo me ahorró el trabajo. Cayeron y yo fui herido por la granada. Mis verdaderas ropas se quemaron con la explosión y el mapa se chamuscó en su interior. Luego Efraím las encontró allí y me las llevó al hospital.

»El resto de la historia ya te la figuras. Desperté en el Docker sin saber quién era. Me confundieron con el hombre que había asesinado y yo mismo me creí que era él. Un hombre mejor que yo. Un hombre que, ahora, querría ser.»

«¿Cuándo lo recordaste?»

«En el puesto abandonado, cuando me desmayé. Estuve a punto de dejar que me matasen los moros cuando vi que ya estabais en el avión, pero temí que, si yo no regresaba, Efraím os hiciese daño.»

«¿Y cuál ha sido vuestro trato exactamente?»

«Le he indicado dónde están las armas. Mañana por la noche se reunirá con un espía de los rebeldes y les dirá dónde están escondidas en cuanto le den el pago convenido. A cambio, yo... Yo ya no puedo seguir aquí. Ni como Ismael, porque la farsa acabaría por descubrirse, ni como David, porque es un asesino que debería ser juzgado y fusilado. Se supone que te iba a convencer de que deberíamos huir, de que volvíamos a estar en peligro. Sé que querías ir a Argentina, a continuar con tus estudios de Enfermería, y allí nos habríamos ido. Tengo dinero de sobra para los viajes y para comenzar una nueva vida contigo, lejos de todo... Sin pensar más en el pasado.

»Pero no soy capaz de mentirte. El David de antes lo habría hecho, pero haber sido Ismael estos meses me ha cambiado; ya no quiero ser aquel, sino este. He matado a ese hombre, pero él ha tomado posesión de

mi alma. Ya te he demostrado que prefiero morir a que te hagan daño, y ahora te demuestro que prefiero perderte a no ser sincero contigo.»

Nos hemos quedado un momento en silencio. Apenas podía asimilar la verdadera historia.

«Solo te pido una cosa: no cuentes nada a nadie. No por mi vida, que ya me da igual, sino por la tuya. Si lo haces, Efraím te matará. O amenazará a quienes quieras. A Javier, a tus amigas, a tu familia... Hará lo que sea para callarte.»

«¿Y qué tienes pensado hacer tú?»

«Me iré, lejos, a comenzar mi vida de otra forma.»

«¿Y ni siquiera vas a suplicarme que te perdone o que te acompañe?»

«Alguien como yo no se merece a alguien como tú a su lado. Ya ves que no exageraba: soy un monstruo. Por fuera y por dentro. Las heridas de mi rostro no tienen cura y las de mi alma no tienen redención. Vuelve con Javier. Él te ama y te merece más que yo.»

Cuando había entrado en esa habitación creía haber elegido. Mi corazón y mi cabeza se habían unido y habían tomado la decisión de amar a un hombre que, ahora, ya no existía; que nunca había existido. Esa parte de mi mundo se había roto, igual que el cuerpo y el alma de esa persona retorcida y deformada que tenía ante mí.

No he dicho nada no porque no quisiera, sino porque no encontraba las palabras. Me he levantado y me he ido.

De camino al hospital me he sentado cerca del río. Confiaba en que las lágrimas me inundarían, pero no ha sido así. Tampoco podía dormir. Por eso, mi querido diario, me he refugiado en ti, esperando encontrar en el recuento de este día una primera pieza con la que comenzar a reconstruirme.

24 de octubre de 1921

Por segunda noche consecutiva apenas he dormido. Mi cuerpo está fatigado y mi mente confusa y errática. Y en ese estado Carmen me ha convocado junto a sus enfermeras de más confianza: Inés, Avi, Alba, Merry, María, Luisa y otra media docena más.

«Hoy no trabajaremos con vivos —nos ha dicho—, sino con muertos. Me acaban de informar de que nuestras tropas han avanzado esta mañana sobre el monte Arruit sin encontrar oposición; el enemigo lo había abandonado. Necesitan nuestra colaboración para recoger los

cadáveres de los que asesinaron allí. —Ha mirado a Alba—. Si para ti va a ser demasiado difícil, no vengas.»

«Quiero ir», ha dicho ella sin titubear.

«Y esto es extensivo a todas. Sois voluntarias y lo que vamos a ver allí será espantoso. Tenemos que mantenernos firmes y no quiero que vaya ninguna que no esté segura de aguantarlo.»

Todas hemos aceptado. Se nos han unido varias monjas y varias profesionales, también voluntarias para esta misión. Hemos partido en dos camiones, uno de ellos conducido por Galeb, y de camino se han sumado otros en una larga procesión. Una vez rebasado Nador, a ambos lados de la carretera ya hemos ido descubriendo las huellas de los combates: vehículos y cañones calcinados, posiciones destrozadas, cráteres, arboledas arrasadas por las bombas y el fuego, trincheras reventadas y alambradas retorcidas, y los cuerpos del enemigo, que nadie se digna a identificar y que tan solo se apilan y queman.

Al dejar atrás Zeluán nos hemos encontrado con centenares de civiles que querían continuar hasta Arruit, a menos de diez kilómetros de allí. Eran familiares de los desaparecidos y fallecidos, algunos llegados de la Península, que venían en busca de respuestas o de los cuerpos de sus muertos; igual que Alba. Pero los soldados no les dejaban pasar para evitar el previsible caos que se produciría. Nos han abierto paso entre ellos y hemos dejado atrás a esa multitud doliente y encrespada.

Ya antes de entrar a las posiciones defensivas del monte Arruit hemos divisado a lo lejos los primeros cadáveres. Estaban en torno al cauce del río Caballo. Decenas y decenas de muertos cerca de la orilla, a donde habían ido a buscar agua para sus compañeros, pues en el interior de las fortificaciones no hay pozos. A esta distancia parecían manchas sobre la tierra, o sombras de personas que ya no estaban allí.

Al cruzar el gran arco que daba entrada a la posición ya hemos notado el intenso olor a putrefacción. Apenas se podía respirar y todas nos hemos puesto un pañuelo blanco sobre la boca y la nariz.

Avi ha percibido en su espíritu algo parecido a un continuo grito de angustia que, en forma de un descomunal espectro, flotaba sobre todo el monte Arruit.

«Jamás he sentido algo así —nos ha dicho—, tanto dolor y tanto miedo.»

Pero no se ha echado atrás ni ha temblado. Al contrario, nos ha explicado, su labor, nuestra labor, era acallar esas voces.

Dentro, en un inmenso patio rodeado de muros y pequeñas dependencias, nos hemos enfrentado a los cadáveres, centenares de ellos, al menos un millar, dispersos por todos lados. Los musulmanes no enterraron a nuestros muertos porque les repugna tocar el cadáver de un infiel. Y allí se quedaron, en el mismo lugar en que había caído cada uno. Ya no había cuervos ni buitres, ni siquiera gusanos o moscas sobre los cadáveres, pues en estos meses se han comido todo lo que había que comer.

Los cuerpos, o más bien lo que queda de ellos, están secos y retorcidos bajo el sol, entregados a la putrefacción, deshaciéndose poco a poco, como aplastados contra el suelo, medio envueltos en los harapos que quedan de sus ropas, casi todos descalzos. En muchos se pueden notar aún los agujeros de bala y las puñaladas a través de la ropa, el ensañamiento de la matanza y las mutilaciones.

No fue una ejecución formal. No hay grupos de víctimas contra un paredón. Fue una masacre enloquecida y aleatoria. Se los mataba allí donde estuvieran. A tiros, a gumiazos, a golpes; a algunos se notaba que los habían quemado vivos.

Un par de fotógrafos, con su máquina sobre un trípode, retrataban aquel mar de muertos.

En las dependencias había aún más cadáveres. No quedaba un solo lugar libre de muerte. En la enfermería, sobre las camas, un centenar de cuerpos que habían sido rematados allí mismo. No se había perdonado a nadie, salvo a un pequeño grupo de oficiales del alto mando que se habían llevado para canjearlos por dinero o sabe Dios qué.

Hemos comenzado nuestra labor de envolver los cuerpos en sudarios para llevarlos a los ataúdes y los camiones. Había que hacerlo con mucho cuidado, pues a la mínima se deshacían y se rompían. En algunos casos ya no había ni cuerpos, solo quedaban restos dispersos de huesos y calaveras que conformaban un inmenso osario.

Carmen ha descubierto el cadáver de un niño. Se ha agachado sobre él y con su propio delantal lo ha envuelto. Los hombres que la rodeaban han estado a punto de echarse a llorar.

«No son momentos para lágrimas, sino de recoger a los muertos», ha dicho. Y ha seguido con su labor.

Unos soldados del cuartel general nos han acompañado para intentar identificar los cadáveres a través de las ropas o algún documento que estas pudiesen contener. Lo anotaban todo y conseguían poner nombre a algunos. Otros, me temo, permanecerán desconocidos para siempre:

cuerpos sin nombre que se corresponderán en casa a nombres sin cuerpo al que velar.

Después de lo que pasó ayer, esta ciudad de muertos, este mundo desolado y seco se corresponde bien con el estado de mi corazón. Aunque el verdadero purgatorio no me pertenece a mí, sino a Alba.

Mientras colaboraba con nosotras estaba pendiente de los uniformes y de la labor de los soldados que intentaban identificar a los caídos. He notado cómo luchaba contra su ansiedad, pero esta le podía y cada vez estaba más nerviosa. Miraba con atención cada cadáver en busca de los galones de su padre y de su prometido.

Ya llevábamos tres horas de trabajo, empapadas de sudor, fatigadas y sedientas, cuando Carmen nos ha venido a buscar.

«Han encontrado más cuerpos a un kilómetro de aquí. Debieron de rodearlos cuando huían y los mataron a todos.»

Los camiones nos han llevado hasta allí. Unos quinientos cuerpos estaban desperdigados por un claro. Junto a ellos había restos de caballos, enormes si se los compara con los cadáveres humanos, con el cuero de la piel reseco sobre los esqueletos, ya huecos y sin vísceras.

No habían pasado diez minutos cuando hemos oído un grito. Alba había caído de rodillas ante uno de aquellos muertos. Hemos corrido hacia ella.

«Es su uniforme —ha dicho entre lágrimas—, y aunque parezca absurdo, puedo reconocerlo... Es mi padre.»

El cadáver estaba tan deteriorado y frágil que ni ha podido abrazarlo. Solo rozar con su mano el destrozado uniforme y la piel seca y oscura que se había pegado a los huesos de la cabeza. La hemos apartado de allí. Carmen se ha encargado personalmente de recoger el cuerpo en un sudario y de notificar su identidad.

Alba nos ha dicho que ya no sabía cómo sentirse. Esperaba que la certeza de esa muerte la aliviase de su continua incertidumbre, pero el dolor, en ese momento, era demasiado grande como para sentir nada bueno.

«No lo conocisteis. Era pura dignidad y nobleza, cariñoso y amable, lleno de vida... Y verlo así, consumido y mutilado, con apenas carne sobre los huesos... es un insulto macabro. Nadie debería ver a los suyos de esta forma.»

La hemos acompañado unos minutos hasta que ella misma ha dicho que había que volver al trabajo. Nos hemos pasado el resto del día

recogiendo tanto cadáveres completos como huesos que era imposible saber a qué cuerpo pertenecían.

Luego, en una inmensa fosa común cercana al monte, hemos enterrado a más de quinientos. Una labor que, me temo, se prolongará durante días.

Ya se había puesto el sol cuando hemos vuelto al hospital. Nada más aparcar, fuera, hemos notado el revuelo. El doctor Noguerras nos ha reclamado nada más entrar.

«Ha habido un tiroteo en el cerro de San Lorenzo y nos han traído a los heridos. —Y me ha mirado a mí—. Conoces a uno; lo siento...»

He corrido escaleras arriba. Había cuatro camillas. Una estaba vacía; su ocupante ya estaba en quirófano, pendiente de la operación. He revisado las otras: un rifeño empapado de sangre, que ya apenas respiraba; a su lado, un hombre cuyo rostro me ha resultado familiar, ya inconsciente, y en la tercera, un poco apartado, estaba David. No llevaba las vendas sobre el rostro y este aún se contraía más por el dolor. Tenía el abdomen ensangrentado.

Me he agachado junto a él. Estaba en el lado del *triage* donde ponemos a los que ya no tienen esperanza.

«No —he dicho casi para mí—, tienen que haberse equivocado...»

He levantado el vendaje para ver la herida del vientre. Ya se estaba formando gangrena y, por lo pálido que estaba David, había perdido demasiada sangre. Era cierto. No había nada que hacer..., pero yo aún quería creer en milagros.

«No te preocupes, haré que te lleven a quirófano. El doctor Noguerras es muy bueno, él sabrá qué hacer.»

«No, Laura, por favor —me ha dicho con esfuerzo—, ya me has salvado la vida demasiadas veces. Esta vez no puedes.»

«Pero ¿qué has hecho?», le he preguntado con lágrimas en los ojos.

«Quise ser el héroe que Ismael habría sido, y así es como se paga a los héroes: con sangre. —Me ha sonreído con esfuerzo—. Es lo que él habría hecho: acudir a la reunión de Efraím con los rebeldes e impedir la venta de las armas... Y creo que me he llevado a tres por delante antes de que me hirieran. —Luego ha apretado los dientes—. Aunque ese asesino se me ha escapado.»

«Yo haré que lo detengan y que pague...»

«No, por favor, no. Ya que he fallado en esto, al menos déjame triunfar en algo...»

«¿En qué?»

«En que tú sigas viva, en que seas feliz... Tú me lo enseñaste: no podemos hacer nada para cambiar nuestro pasado, pero sí podemos elegir qué hacer con nuestro futuro. Y el mío es para ti, para que vivas y seas quien quieras ser.»

«No has fallado —le he dicho mientras le acariciaba el rostro—. Has sido valiente y noble, y me has dado la vida. Nunca lo olvidaré y nunca te olvidaré a ti. No al monstruo, sino al héroe que has sido.»

«Entonces, tienes razón... He triunfado.»

«Sí.»

Ha comenzado a cerrar los ojos. Le he agarrado la cabeza con fuerza.

«¡No! No cierres los ojos aún, mírame..., yo te miro.»

Con un gran esfuerzo, ha devuelto mi mirada por última vez.

«Te quiero», le he dicho.

Lo he besado en los labios y he sentido como poco a poco el calor lo iba abandonando. Cuando he apartado mi rostro del suyo, ya había muerto. Sus ojos, aún abiertos, ya no miraban nada. Se los he cerrado. Me he limpiado las lágrimas y me he puesto en pie.

Entonces he reconocido al otro hombre que estaba en el suelo. Uno de los matones de Efraím. He entrado a quirófano. En la mesa estaba el que me había retenido en el barracón. Le he pedido al doctor que me permitiese incorporarme a la operación.

Me he esforzado como nunca en salvar la vida de ese asesino. Y así ha sido. Lo han llevado al pabellón de cirugía y he bajado a cenar algo con mis amigas. Aunque Alba era la que más había perdido hoy, también han sido muy compasivas conmigo por la muerte de David. Me he despedido de ellas con un abrazo que les ha sorprendido un poco.

«¿Por qué estás tan cariñosa?», me ha preguntado Inés.

Las he mirado. A Inés, a Avi, a Alba... Me ha parecido que resplandecían.

«Porque soy muy afortunada por teneros.»

He salido del hospital para ir hasta la prisión militar. Aunque a esa hora no se puede visitar a los presos, a una enfermera, con una buena excusa, no le resulta difícil. He pedido que me dejaran a solas con Javier. Le he contado la noble muerte de David, aunque para él ha seguido siendo Ismael.

«Lo siento mucho —me ha dicho—, pero no estás sola.»

«Lo sé. Nunca lo he estado.»

«Esta vez no te dejaré, estaré a tu lado, te lo juro. Sé que no tienes por qué creerme, pero déjame demostrártelo.»

«Esta vez te creo, Javier.»

De verdad parecía muy enamorado. He leído en sus ojos que me quería y me figuro que él también ha visto en los míos cuánto lo quiero. Por eso me ha sido tan difícil decir:

«Pero esta es la última vez que nos veremos. He venido a despedirme.»

«¿Por qué?»

«Tenía que elegir y lo elegí a él; lo siento. Y da igual que esté muerto, en este momento tengo que ser fiel a mi duelo, a su recuerdo. Mi camino pasó por ti, igual que pasó por él, y ahora sigue más allá. Y debo recorrerlo sola.»

Me he acercado a las rejas y a través de ellas le he dado un último beso. He pensado que eso quizá me desarmaría. Pero no ha sido así. Él se ha echado a llorar. Yo no. Mi determinación, la decisión que he tomado, ha convertido la pasión que sentía por Javier en simple melancolía.

De regreso al hospital he abusado de mi cargo de subjefa para reemplazar a la enfermera que estaba de guardia en cirugía. Y aquí estoy, aún junto al cuerpo de este esbirro, confiándote todos estos pensamientos y hechos, querido diario, pendiente de que despierte.

Eran las cuatro de la madrugada cuando ha vuelto en sí. Se supone que habría de dormir toda la noche, pero he rebajado la dosis de éter para que el dolor lo despertase.

«Por favor, ayuda», se ha quejado.

Al verme a su lado se ha asustado. Me había reconocido. Le he enseñado una jeringuilla que tenía en la mano.

«Es morfina; con ella el dolor desaparecerá y podrás dormir. Pero antes tienes que decirme dónde se esconde tu jefe.»

Me ha insultado y ha jurado que jamás me lo diría. Solo he necesitado esperar un poco para que el dolor siguiera su curso y que él, entre lágrimas, me respondiese:

«En las oficinas abandonadas de la compañía minera, en el puerto. Allí es donde nos reunimos y escondemos todo. Esos almacenes ya no los usa nadie...».

Entonces le he puesto la inyección. Mientras la morfina lo iba sedando me he acercado a su oído para susurrarle:

«Si tienes tanto dolor es porque en la operación me dejé una gasa infectada en tu interior. La gangrena ya te está comiendo por dentro, de ahí la fiebre. Mañana por la mañana te encontrarán muerto».

Ha intentado decir algo más, pero ya era tarde.

En cuanto acabe de escribir bajaré al jardín, iré hasta el escondrijo donde aún está la pistola de Galeb, te cambiaré por ella e iré a ajustar cuentas con el asesino de David. Luego le contaré todo al general Juan Picasso. Él sabrá cómo hacer justicia. Así que ahí te quedarás, mi tan querido diario, en espera de mi regreso, si es que este se produce. Estas quizá sean las últimas palabras que conozcas de mí. Si me pasa algo, que me entierren aquí, en Melilla, en el Patio de Ánimas, junto a David y los demás caídos en esta tierra que tanto amo y que tanto me ha dado.

Ahora haré lo que tengo que hacer.

EPÍLOGO DEL CORONEL PIZARRO

Inglaterra, 1940

Esa es la última página del diario. Laura nunca llegó a hablar con el general Picasso ni volvió al hospital. En Madrid me facilitaron tan solo una fotografía para buscar a esa joven desaparecida: la que se había hecho el 22 de mayo de 1920 en Alfonso, con su uniforme de dama enfermera recién estrenado. Su belleza y la inteligencia de su mirada me cautivaron desde ese momento. Me juré que la encontraría.

Cuando llegué a Melilla, el 28 de octubre, ya llevaba tres días ausente. Desde que la enfermera de guardia la había visto en la madrugada del día 25, nadie más había sabido de ella. Interrogué a sus amigas, a doña Carmen Angoloti y al doctor Noguerras, y fui descubriendo algunos de los detalles de esta historia. La clave me la dio el prometido de Avelina Bastida, Galeb, que me llevó hasta el escondrijo del jardín para decirme que su pistola había desaparecido y que en su lugar estaba el diario de Laura de la Gasca.

Leí el diario mientras tenía la fotografía de Laura a mi lado, y me la pude imaginar en cada uno de esos días. Eso aumentó mi fascinación por ella, y también me abrió el camino para esclarecer su muerte. No tardé en dar con el sargento Efraím y todos los suyos. Encontramos la pistola desaparecida en las oficinas abandonadas del puerto, junto a un importante alijo de material robado y de contrabando. Aunque, como era de esperar, él lo negó todo. Pero uno de sus hombres confesó y nos llevó hasta un lugar entre la carretera de Nador y la Mar Chica.

De allí sacamos el cuerpo de Laura. La humedad cercana había acelerado la descomposición, pero el doctor Noguerras, en la autopsia, la identificó. Se mostró muy afectado por la muerte de aquella joven que tantas veces había colaborado con él. Todos en el hospital lo estaban. Yo mismo me sentí estremecido cuando enterramos a Laura en el Patio de Ánimas del cementerio de la Purísima Concepción, que, ese día, se llenó

con el personal del hospital, su familia, que había venido desde España, y decenas de heridos y enfermos que habían pasado por sus manos.

Fue tal la impresión que había causado en mí su historia que, saltándome las normas, me quedé el diario y la fotografía que, desde entonces, no solo habré mirado mil veces, sino que siempre llevo conmigo, como si fuese una especie de talismán.

Aunque Efraím me amenazó y apeló a sus amigos entre la oficialidad, las cosas habían cambiado. El informe que preparaba Juan Picasso estaba poniendo nerviosos a muchos políticos y oficiales del alto mando, y nadie quería complicarse más la vida protegiendo a ese canalla. Y esta vez no se trataba de que hubiese degollado a un soldado raso o a un suboficial; había asesinado a la hija de uno de los hombres más ricos e influyentes de España. A mediados de noviembre, tras un juicio sumarísimo, lo fusilaron junto a seis de sus hombres. Nadie asistió a su entierro.

Yo me incorporé a mi nuevo trabajo con el general Juan Picasso. El expediente sobre el Desastre de Annual resultó demoledor y señaló a gente muy importante dentro del alto mando del Ejército. Muchos militares reaccionaron culpando a los políticos de todo y negando sus propias responsabilidades. Eso llevó al pronunciamiento de Primo de Rivera y a su posterior dictadura, y esa sombra siguió proyectándose hasta nuestra reciente Guerra Civil. Como ya he contado, el padre de Laura me ayudó a evitar las represalias y acabé trabajando en Londres.

A finales de este mes de septiembre, por la noche, salí de la embajada con mi maletín y me dirigí a casa. Pasaba cerca de la catedral de San Pablo cuando oí la sirena que anunciaba un bombardeo. Antes de que pudiese llegar a un refugio, una bomba estalló cerca y me lanzó por los aires. Caí entre los cascotes de un edificio, con el cuerpo lleno de metralla y unos cuantos huesos rotos. Intenté moverme, pero el dolor me envió de vuelta al suelo y me inmovilizó.

Me mantuve despierto hasta que oí las sirenas de las ambulancias. Intenté pedir ayuda, pero me faltaba el aire. Nadie venía a por mí. Me desesperé... Y entonces, mientras la consciencia comenzaba a abandonarme, la vi: una mujer vestida de blanco con una gran linterna, buscando heridos entre las ruinas. Se me acercó, pasó su mano por mi cara y con una sonrisa me dijo que me tranquilizase, que enseguida

estaría a salvo. Y así me sentí. Cerré los ojos y me abandoné a la oscuridad confiando en que, gracias a ella, podría regresar.

Y así fue. Al despertar pregunté por la enfermera que me había salvado. El sanitario que me atendía se rio.

—¿Enfermera? No era una enfermera, sino una doctora. Y lo salvó por partida doble, porque lo encontró y lo operó. Enseguida vendrá a verlo —me contestó en inglés.

Esa tarde esa doctora pasó a visitarme. Al verla pensé que me había vuelto loco, porque en aquel rostro, el de una mujer de unos cuarenta años, serena y muy guapa, me pareció ver el de aquella fotografía que tantas y tantas veces había mirado.

—*What's your name?* —le pregunté.

—Por cómo me mira —me respondió en perfecto castellano—, creo que ya lo sabe.

—¿Laura? —dije sin creer lo que estaba diciendo.

—Aquí soy la doctora De la Gasca, jefa de Cirugía Torácica y de la unidad de socorro.

Ante mi cara de asombro, dijo:

—No se crea que me ha encontrado, coronel Pizarro; yo le he encontrado a usted... Y también he encontrado algo en su maletín.

Me mostró su diario, dentro del cual también tengo su fotografía.

—¿Cómo es posible? —le pregunté aún asombrado.

Hojeó las páginas de su diario y se detuvo en la última.

—Ya ve que al final usé la pistola para hacer justicia con el sargento Efraím... Solo que usted fue la bala. —Se me acercó más—. Por eso he decidido venir a verle cuando me habría sido muy fácil evitarlo. Le he utilizado y le he engañado. Y ahora que ha pasado tanto tiempo, le debo la verdad.

Comenzó a revisar mis heridas mientras seguía explicándose:

—Mi primera intención fue lo que usted leyó en el diario: ir directamente a por Efraím o denunciarlo. A tiempo me di cuenta de que antes de que pudiese hacer nada, me mataría o amenazaría a mis amigas para callarme. Pero ¿quién puede callar a una muerta? ¿A quién podría amenazar para enmudecer unas palabras escritas?

»Igual que mi adversario tenía a su gente, yo tenía a la mía: mi tío, mis amigas, los doctores... Solo nos faltaba alguien con poder para aplicar un castigo, y ahí entró usted, el fiscal militar. Mi tío Cristóbal se las ingenió para que uno de sus niños dejase la pistola en la guarida de Efraím. El hombre que lo delató en los interrogatorios y señaló dónde

estaba mi supuesto cadáver era realmente un infiltrado de mi tío. El cuerpo era el de una joven que había muerto esa mañana y que el doctor Noguerras se encargó de identificar erróneamente. Luego lo envió a su verdadero lugar. Enterramos un ataúd vacío. Fue emocionante ver que mi muerte congregaba a tanta gente. Hasta estuve tentada de acercarme a esa multitud y darles las gracias a todos... Mi familia y todos los que me querían, por supuesto, conocían la farsa. No iba a hacerles pasar por ese sufrimiento.

En ese momento la interrumpí:

—¿Y el hombre al que mató con la gasa infectada?

Sonrió, lo que me descolocó un poco.

—Quizá fue un poco excesivo, sí.

—¿Excesivo? Fue un asesinato y usted, por lo que he leído, es una mujer de conciencia. ¿No se arrepiente? ¿No le persigue ese crimen en sus sueños?

—¿Quiere que le sea sincera?

—Por favor.

—Estaba poseída por la ira y no solo buscaba justicia. Buscaba venganza. Así reacciona el corazón humano, hasta el más noble y justo, cuando se le golpea con crueldad. Y, ¿sabe?, aún tengo pesadillas con la muerte de Leandro, con la de aquella mujer en la Puerta de Alcalá, con la de Margarita, con la de David... Y todavía sueño con los muertos de Arruit y con mucho del sufrimiento que he visto a lo largo de estos veinte años. Pero con ese hombre, no. Con el fusilamiento de Efraím y los suyos, tampoco. Nos hablan del remordimiento y de la culpa, pero creo que solo existe el miedo a ser descubierto. Quizá si el crimen hubiera sido realmente monstruoso sentiría remordimientos, no lo sé... Pero ese no lo fue. Esos hombres pagaron por un crimen que no habían cometido, igual que se libraron de muchos otros de los que sí eran culpables. Es una forma retorcida de justicia, y completamente ilegal, pero fue la única solución que se me ocurrió: crear una mentira para hacer valer la verdad. Y una vez superé el miedo a que todo se descubriese, los fui olvidando. Me temo que las pesadillas son para las víctimas, no para los verdugos.

Tardé un poco en recobrar me de esa confesión.

—¿Y qué hizo después?

—Debo reconocer que la idea de morir y amanecer en otro lugar, a otra vida, sin ningún pasado, solo con el futuro por delante, me resultó muy atractiva. Y lo hice. Viajé a la Argentina, donde estudié Medicina con Cecilia Grierson gracias a las cartas de recomendación de Carmen

Angoloti y de los doctores Nogueras y Luque. Allí me titulé en Cirugía. Para completar mi formación vine al Reino Unido, y aquí me he quedado. Han tenido suficientes reinas como para que no les importe obedecer a una mujer. Y ya ve que ni siquiera me he molestado en cambiarme el nombre. Cuando se supone que no estás, nadie te busca.

»Me carteo con regularidad con mis amigas y he regresado a España en varias ocasiones y nunca he tenido problemas en la frontera. Estuve en la boda de Galeb y Avi, que siguen en Melilla. Él es ingeniero de minas y ella trabaja ya como enfermera profesional. También estuve en la de Inés y Bonifacio, que siguen trabajando para la Cruz Roja. Alba jamás supo de su novio. Uno más de los centenares de desaparecidos del Desastre de Annual. La espera la hizo creer que jamás volvería a amar y se ordenó novicia... Pero entonces conoció a un paciente del que se enamoró. Un hombre humilde que, gracias a ella, consiguió un trabajo como conductor de ambulancias en Madrid, donde ahora tienen una vida sencilla y feliz. Durante la Guerra Civil volvió a vivir otro asedio, esta vez el de Madrid, y otra vez logró sobrevivir. Sigue siendo la mujer más fuerte y valiente que he conocido. Quizá con la excepción de doña Carmen; hablé con ella cuando mataron a su marido.

—¿Y su familia?

—Mi hermana se casó y ahora vive en Galicia, cerca del mar. Mi padre se ha jubilado y disfruta haciendo más o menos lo mismo que había hecho mientras trabajaba, con mi madre a su lado, como siempre. Y cuando supo lo mucho que me había ayudado su hermano Cristóbal, se reconciliaron.

—¿Y qué ha sido de él, de su particular tío?

—Es un espía; si supiese exactamente lo que hace ahora, es que estaría haciendo mal su trabajo.

Sonreí. También le pregunté por Javier.

—Acabó por olvidarme, como se olvidan tantas otras promesas eternas de juventud. Me han dicho que se casó con la hija de un oficial. Poco más sé de él.

—¿Y usted? Por lo que me cuenta, para usted no hubo un final romántico... ¿O ha conocido a alguien? ¿Está...? —Al preguntarlo, no sé por qué, me puse nervioso.

—¿Está intentando coquetear conmigo? —se burló de mí.

—No, claro que no... Es solo curiosidad. Saber si ha curado su corazón...

—Estoy casada y tengo dos hijos, si se refiere a eso. Él es operador de radar en la costa, y los niños han sido evacuados al campo por el *Blitz*. Pero mi corazón ya había sanado mucho antes.

Se puso en pie y dejó el diario y la fotografía a mi lado.

—Me ha gustado volver a ver el diario, pero es suyo. A fin de cuentas, esa joven, Laura, murió en Melilla en 1921, igual que tantos otros.

Se dio la vuelta para irse.

—Al menos, ¿fue una historia romántica, la que tuvo con su marido?

Ella meneó la cabeza como si yo no hubiese entendido algo.

—¿Por qué las mujeres necesitan una historia romántica? —dijo—.

Mi marido y mis hijos forman parte de mi vida, los quiero y soy feliz a su lado, pero no son mi historia. Si busca mi romance, como usted lo llama, o mi gran historia de amor, no ha sido con un hombre, sino con este uniforme, con la ciencia y con la medicina. —Señaló el diario—. De eso va mi vida.

Se fue caminando de la forma más elegante y bonita con la que jamás he visto moverse a una mujer. El paciente que tenía en la cama de al lado me vio mirarla así y se rio, lo que me azoró un poco.

—No se avergüence; aquí todos estamos un poco enamorados de ella.

—Es una gran mujer —murmuré según se alejaba.

—Sí —dijo mi compañero de habitación, que la miraba sin ningún disimulo—. Pero llegamos tarde. Porque no crea que su marido es un doctor o un general importante, qué va. Me da que es uno de nosotros, uno de sus pacientes.

—¿Lo conoce? —le pregunté.

—No, pero lo vi un día. Y tenía el rostro completamente quemado y lleno de cicatrices.

Tardé un poco en reaccionar, y de repente me eché a reír. Mi vecino de cama me miró como si me hubiese vuelto loco.

¿Un hombre con el rostro quemado y lleno de cicatrices? ¿Era una casualidad? ¿O es que Laura me había vuelto a mentir una vez más? Abrí el diario y miré su última página. ¿Era aquella la única invención o estas habían comenzado más atrás, en la noche en que David le había confesado toda la verdad? ¿Ella se fue o se quedó y, tras una larga noche de conversaciones, acabó por redimirlo con su amor y perdonarlo? ¿Urdieron toda esa farsa para hacer pagar a Efraím y poder renacer ambos, libres de culpa, en otro lugar? Todo lo del tiroteo en el fuerte de San Lorenzo, la muerte de David y el truculento asesinato del esbirro de

Efraím con una gasa, ¿era pura invención? ¿Por eso dijo que había sido un poco... excesivo?

Intenté hablar con ella otra vez, pero no volvió y, cuando la busqué, siempre estaba en otro lado. El día de mi alta, cuando ya me iba, la vi a lo lejos. Su esposo y sus hijos habían venido a visitarla y salían al jardín a pasear. El sol se estaba poniendo y se recortaban contra él. Estuve tentado de ir tras ellos, pero solo me senté en un escalón, encendí un cigarrillo y los vi alejarse, su marido a un lado y sus niños al otro. Estaba claro que esa mujer era el centro de sus vidas.

Laura se dio la vuelta un momento y me dio la impresión de que me había visto. Le hice un saludo y creo que me sonrió. Una sonrisa resplandeciente y pícara. Se la correspondí y los vi irse. Me dio igual quién fuera aquel hombre si ella era feliz a su lado. Del diario saqué su fotografía y volví a ver a la joven Laura, la enfermera, la doctora, la mujer que había salvado mi vida y la de tantos otros, nuestra dama de la lámpara.

NOTA DEL AUTOR Y AGRADECIMIENTOS

1921, diario de una enfermera es una ficción narrada ante el gran telón de fondo de la historia reciente de nuestro país.

La creación de las Damas Enfermeras de la Cruz Roja y su participación en la guerra de Marruecos está tan bien documentada que se podría rescatar el nombre de cada una de las mujeres que fueron a Melilla para ayudar a los soldados heridos. Entre esos nombres no están los de nuestras protagonistas, que son puras creaciones literarias, al igual que sus familias, novios, amistades y principales antagonistas, y que las monjas, las enfermeras profesionales y muchos de los soldados y personajes secundarios.

No es el caso de algunas enfermeras: Carmen Merry del Val, María Benavente, Luisa de Orleans y, muy especialmente, doña Carmen Angoloti y Mesa aparecen en la novela con fragmentos de sus verdaderas biografías, como el paludismo de Merry del Val o la intensa labor de Carmen Angoloti a favor de la Cruz Roja, aunque también hay mucho de invención. Igual pasa con casi todos los doctores, cuyos nombres son reales pero la mayor parte de sus acciones son ficticias para adaptarse a la trama y a sus relaciones con los personajes principales. En memoria de esos profesionales que tanto hicieron por los demás, he procurado ser muy respetuoso y realizar sobre ellos una recreación positiva. Incluso cuando muestran algún rasgo o comportamiento negativo, he intentado que esté justificado por las circunstancias y la época, de modo que la valoración del personaje no distorsione la entrega y la generosidad que presidieron sus vidas reales. Así, por ejemplo, el doctor Luque hace gala de un machismo endémico en esa época en España y, durante unas páginas, se convierte en antagonista de Laura, pero acaba siendo uno de sus referentes profesionales y afectivos.

De forma más anecdótica, aparecen muchos otros personajes históricos, que van desde la reina o el presidente del Gobierno hasta el humilde mulero Manolo, quien realmente se encargaba de abastecer uno

de los blocaos más peligrosos de Melilla. Dos de estos referentes reales tienen para mí una especial importancia: el hospital de San José y Santa Adela y la propia ciudad de Melilla. Dos lugares que son coprotagonistas de esta historia y que, aunque siguen existiendo hoy en día, son muy diferentes a como eran en 1920 y 1921.

Para conocer el hospital, conté con la ayuda de su conserje, Francisco Javier Navarrete, que me guio por sus pasillos y túneles, y con la del doctor Vicente Corbatón, quien ha trabajado muchísimos años en él y ha escrito una tesis doctoral sobre su historia. Con gran amabilidad me dejó consultarla, me enseñó las instalaciones mientras me contaba infinidad de detalles y se ofreció a leer mi texto para corregir mis equivocaciones y errores, lo que ha mejorado sin duda el resultado final. Un trabajo enorme y desinteresado por el que le estoy de veras agradecido.

Para visitar la ciudad de Melilla de 1921 he recurrido a fotografías, mapas, planos, memorias, relatos, artículos periodísticos e incluso blogs. Es encomiable la generosidad con la que mucha gente comparte sus recuerdos y conocimientos por Internet. Gracias a todos ellos pude hacer un recorrido imaginario por la Melilla de esos años. Todos ellos también son deudores de mi agradecimiento.

Este proyecto nació cuando la guionista Gema R. Neira me contó que Planeta quería publicar una novela ambientada en la misma época que su inminente serie *Tiempos de guerra* y me ofreció la oportunidad de escribirla. Varias cosas me animaron a aceptar el desafío: no tenía que ser fiel a la serie ni a sus personajes, sino crear una historia protagonizada por las Damas Enfermeras durante el Desastre de Annual, y tendría absoluta libertad; por otra parte, ya había trabajado con Planeta en el pasado y la experiencia había sido muy buena; además, me apasiona la historia y hacía muy poco había estado leyendo precisamente sobre esa época. Por último, esa misma tarde, mientras fregaba los platos, se me ocurrió la trama principal... Era una buena señal. Acepté y no me arrepiento. Así que muchas gracias, Gema, por acordarte de mí y por echar un vistazo a mi primera sinopsis y darme un par de estupendas ideas.

Y muchas gracias también a Carlos López, coordinador de guion de la serie, que me pasó los primeros guiones para que comprobase que mis tramas no eran parecidas a las suyas y me facilitó la ingente cantidad de documentación que él había estado manejando y que me resultó de gran ayuda. Y porque conversar con él siempre es una delicia, sea sobre el tema que sea.

En Planeta he tratado con Raquel Gisbert y Lola Gulias, que ha sido mi editora. A Raquel ya la conocía y fue maravilloso volver a trabajar con ella. Uno de esos reencuentros que tienes ganas de que ocurran. Y tener a Lola supervisando el manuscrito y dándome consejos ha sido un privilegio. No solo por su gran trayectoria y experiencia, o por la precisión de sus comentarios y lo bienvenidos que eran siempre sus mensajes de ánimo, o porque sea medio gallega, sino porque se nota que tanto ella como Raquel aman los libros y todo el proceso de contar historias. Adoran su trabajo y disfrutan con él. Y eso se contagia.

Las correcciones han corrido a cargo de Esther Aizpuru. Sé que escribo muy rápido, dejándome llevar por los personajes, la historia y los conceptos... Y eso se paga con muchos errores y torpezas de estilo. Al revisar el texto corrijo muchos, pero a veces vuelvo a dejarme enredar por la trama y me despisto. Bueno, la verdad es que soy muy despistado. En todo. Pero gracias al enorme trabajo de Esther el lector creerá que soy mejor escritor de lo que soy. Así que muchas gracias a ella por tan generosa e importante contribución.

También me apetece acordarme de los diseñadores de la cubierta, del fotógrafo, de quienes realizan la maquetación, de los responsables de publicidad... La labor de todos ellos contribuye a que alguien se decida a escoger este libro y empezar a leerlo.

Escribir, dicen, es una profesión solitaria. Ya veis que en este caso no es así, pues son muchas las personas que arropan esta historia. Y ni siquiera en las numerosas horas dedicadas a la escritura y revisión del manuscrito en mi casa he estado solo. Mi mujer y mi hijo son el asidero al mundo real. No me permiten convertirme en un huraño. Y, lo más importante, cuando construyo sentimientos ajenos, como los de estos personajes, parto de una materia prima personal, igual que tantos otros autores. Buena parte de ella proviene de experiencias vividas con ellos.

Además, mi mujer es siempre mi primera lectora. Y no solo leyó esta novela en su versión definitiva, sino en su forma más torpe y primitiva. De ella me llegan siempre las primeras valoraciones y es mi guía principal en el proceso de creación.

Cualquiera que haya estado enfermo o haya sufrido un accidente y haya tenido que pasar por un hospital conocerá la sensación de desamparo con que llegamos los pacientes. Y sabrá que las primeras palabras de la enfermera o el enfermero, del doctor o de la doctora que nos atienden ya marcan una diferencia. Son nuestro salvavidas (en el sentido más literal) en medio del naufragio que supone la enfermedad. Es

algo que he tenido muy en cuenta en esta novela, que en muchos de sus párrafos pretende ser un homenaje a todas esas personas que dedican sus vidas a salvar las nuestras.

1921, diario de una enfermera
Eligio R. Montero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño
© de la ilustración de la portada, CollaborationJS - Arcangel y © Philip Lange y © Jakkrit Orrasri – Shutterstock

© Eligio R. Montero, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.